RUTH HEALD

LOS SECRETOS DE MI MARIDO



NOS PROMETIMOS PARA SIEMPRE.

PERO SOLO UNO DE NOSOTROS SALDRÁ

VIVO DE ESTE MATRIMONIO...

JENTAS

RUTH HEALD

LOS SECRETOS DE MI MARIDO



NOS PROMETIMOS PARA SIEMPRE.

PERO SOLO UNO DE NOSOTROS SALDRÁ

VIVO DE ESTE MATRIMONIO...

JENTAS

LOS SECRETOS DE MI MARIDO

Ruth Heald
Los secretos de mi marido
Título original: My Husband's Affair
Copyright © Ruth Heald, 2024
Copyright © Jentas A/S, 2026
Traducción: Jorge Liñán Monroy © Jentas A/S
Cubierta: Jentas A/S
ePub: Jentas A/S

ISBN 978-87-428-1446-8

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Queda prohibido el uso de cualquier parte de este libro para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial sin autorización previa de la editorial.

First published in the English Language in 2024 by Storyfire Ltd, trading as Bookouture.

PRÓLOGO

Llevo tantísimo tiempo esperado este momento. La tarde es cálida; la temperatura, perfecta. Llevo el vestido sin mangas que tanto le gusta y ni siquiera siento frío en los brazos. Todo es tal y como lo había imaginado: las olas que rompen contra los acantilados a mis pies, la suave brisa, el rumor de las risas que llegan desde la carpa de la boda al otro lado del cabo.

Estamos todos juntos en su maravillosa villa junto al Mediterráneo. Él, su mujer y yo.

Él y yo somos almas gemelas. Nuestro destino es estar juntos. Lo tuve claro desde el mismo momento en que nos conocimos, esa intensa descarga eléctrica lo demostró.

Pero él quiere tenerlo todo. Quiere la estabilidad y los servicios domésticos que ella le proporciona, una mujer paciente que lo espere en casa; y ansía mi pasión y mi juventud. No puede negar la atracción que sentimos el uno por el otro, como imanes.

No puedo esperar más. No puedo seguir ocultándolo. Pronto lo veré y tendrá que elegir.

Me elegirá a mí. Sé que lo hará. No hay duda.

Seré yo quien nade en su piscina exterior bajo el sol francés. Será mi espalda la que él untará de crema solar. Tomaremos vino francés en encantadores bistrós mientras nos declaramos nuestro amor y damos gracias a Dios por haber tenido el valor de dar el salto hacia nuestro futuro juntos.

Y en cuanto a su mujer… ella nunca volverá a interponerse entre nosotros.

UNO

PRESENTE

—Qué suerte tienes, Jen —dijo Kirsty, una de las madres que esperaban a la salida del colegio, mientras miraba a la hija de Jen, dormida en el carrito.

Jen le devolvió la sonrisa. Ruby parecía un querubín en aquel momento, pero se había pasado casi todo el día berreando y no se había quedado dormida hasta justo antes de llegar al colegio, donde Jen iba a recoger a sus dos hijos mayores.

—Gracias —respondió ella.

—¿Cuántos años tiene?

—Cumplió un año hace unas semanas.

—Entonces, te toca volver al trabajo dentro de poco ¿no?

Jen bajó la mirada hacia sus pies.

—Bueno, no. He decidido quedarme en casa y cuidar de Ruby.

—Vaya, qué bien —dijo Kirsty—. Es fantástico. Eres afortunada de tener a Rob y de poder tomarte el tiempo que necesitas.

Jen asintió. Sabía que Kirsty tenía razón. Quedarse en casa con sus hijos era un lujo que le permitía el excelente sueldo de Rob. Lo cierto era que quería volver al trabajo, pero, cuando hicieron los cálculos de las facturas de la guardería de la pequeña y de las actividades extraescolares de los mayores, comprobaron que su sueldo no habría dado para cubrirlo todo.

Su amiga Natasha se acercó por detrás y le dio un golpecito en el hombro, rescatándola del interrogatorio de Kirsty.

—Quedarse en casa es más difícil de lo que parece —dijo,

colocándose su liso y oscuro cabello detrás de la oreja y sonriendo cálidamente.

—A veces es un trabajo muy duro —respondió Jen. Siempre se había entregado al máximo en todo lo que hacía, pero, desde que tuvieron a los niños, su prioridad había virado de ser una gran agente inmobiliaria a ser la mejor esposa y madre posible. Ella y Rob eran un equipo, y mientras él traía dinero a casa gracias a su puesto de director regional de una cadena de agencias inmobiliarias, ella se esforzaba en llevar la casa, asegurándose de que él tuviera un plato de comida caliente, de que los niños estuvieran bien cuidados y de que su hogar estuviera impecable.

Sus hijos salieron del colegio. Jack, el mediano, de cinco años, corría hacia su madre para abrazarla, mientras que Lottie, la mayor, avanzaba con la cabeza gacha. Jen tragó saliva. Esperaba que a Lottie le hubiera ido mejor en el colegio hoy. Se habían mudado allí hacía ocho meses y, desde el principio, Lottie había tenido dificultades para hacer amigos. Jen había ido a ver a su profesora, que hacía todo lo posible para animar a las otras niñas a que jugaran con ella, pero Jen no tenía la impresión de que las cosas estuvieran mejorando demasiado.

Caminaron de vuelta a casa con Natasha y su hija, Matilda, que estaba en la clase de Jack. A Jen le alegró encontrarse a Natasha en la puerta del colegio cuando los niños empezaron las clases. Ella había trabajado con Rob durante una temporada hacía unos años, así que Jen ya la conocía un poco. Le gustó ver una cara conocida y enseguida se hicieron amigas.

Jack y Matilda echaban carreras por la calle mientras Lottie se quedaba atrás junto con Jen, que empujaba el carrito de Ruby.

—¿Vendrás al parque? —preguntó Natasha.

—Hoy no —respondió Jen. Tenía mucho que hacer. A Rob le gustaba que la casa estuviera perfecta cuando volvía del trabajo, y

Jen recordaba el estado en la que la había dejado cuando salió a toda prisa con Ruby. Los juguetes de la pequeña estaban tirados por todo el suelo, Jen no había tenido tiempo de terminar la colada y ni siquiera había empezado a preparar las verduras para la cena. Tendría que inventarse algún juego para mantener entretenidos a los niños mientras ella se apresuraba a hacer las tareas domésticas. Rob le había dicho que no quería que los niños pasaran tanto tiempo delante de una pantalla, y Jen se esforzaba por mantenerlos ocupados con actividades más didácticas, como juegos en familia y rompecabezas, a pesar de las discusiones acaloradas que acompañaban a estos divertimentos.

—¿Qué tal el colegio? —le preguntó Jen a Lottie con cautela una vez Natasha se hubo despedido en la entrada del parque.

Lottie se limitó a encogerse de hombros y mirar a la nada. Jen odiaba lo retraída que se había vuelto últimamente. Intentaría hablar con ella más tarde, a la hora de acostarse, cuando saldrían a la luz las preocupaciones que había estado rumiando durante el día.

Un portero trajeado abrió la puerta del bloque de apartamentos de fachada acristalada y ella introdujo el cochecito hacia el interior.

—Hola, Patrick —dijo—. ¿Cómo estás?

—Muy bien, gracias, Jen.

Jen sonrió mientras maniobraba el cochecito entre las grandes macetas y las esculturas del vestíbulo. Aún no se había acostumbrado al nivel de lujo que ofrecía el edificio. El precio del ático que Rob había comprado era desorbitado, pero él había negociado un descuento y ahora vivían en el mejor apartamento del edificio más nuevo y cotizado de la zona.

Incluso tras ocho meses allí, todavía se sentía un poco fuera de lugar, como si aquel no fuera su sitio, pero se alegró de ver a su amiga Amy en la recepción. La saludó con la mano y entró en el ascensor para subir al ático.

Entró y empujó el cochecito a través de la puerta, deteniéndose como siempre para admirar las vistas. Desde el apartamento se podía ver el Támesis y, más allá, la parte oeste de Londres.

—Tengo hambre —se quejó Jack, sacándola de sus pensamientos —. ¿Qué hay para cenar?

—Guiso de pollo.

—Qué asco —dijo Lottie.

—Sí, qué asco. ¿No hay otra cosa? Como pasta, por ejemplo.

Jen negó con la cabeza. Había pasado horas siguiendo la receta del saludable guiso de pollo que, según el libro, «deleitará hasta a las bocas más exigentes». Había preparado cinco raciones y las había congelado. La primera vez que se lo puso de comer a los niños, todos lo aborrecieron y acabó tirando la mayor parte a la basura.

—No, no podéis cenar pasta todas las noches —dijo Jen—. Dadle otra oportunidad al pollo. Es bueno para vuestra salud.

—Soy vegetariana —respondió Lottie con acritud.

Jen suspiró, tratando de controlar su creciente irritación.

—¿Desde cuándo eres vegetariana? —preguntó con un tono más agresivo de lo que pretendía.

—Desde hoy. No voy a comer guiso de pollo.

—Vale, pues te comerás el arroz con verduras.

Lottie suspiró.

—¿En serio?

—Sí, en serio.

—Mamá, ¿cuánto falta para la cena? —preguntó Jack con impaciencia.

Un grito los interrumpió. Ruby. Se había despertado de la siesta.

Jen se acercó al carrito, la levantó y vio que su pañal tenía una fuga que había acabado en el carrito. Tendría que buscar un espray y limpiarlo a fondo.

—Me muero de hambre —repitió Lottie.

Jen perdió la paciencia y cogió el mando de la televisión.

—Poneos un rato la tele mientras lo arreglo todo —dijo, dándose por vencida—. Y no se lo digáis a vuestro padre.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, había limpiado el carrito, puesto una lavadora, recalentado el guiso de pollo, cocinado el arroz y las verduras, y estaba lista para servir la comida. Solo había dejado que los niños vieran la televisión durante diez minutos antes de apagarla y sacar un rompecabezas para que lo hicieran. Para su sorpresa, cuando les echó un vistazo hacía quince minutos, estaban haciéndolo juntos. Lottie ayudaba a Ruby a colocar una de las piezas. Quizá Rob tuviera razón. A lo mejor podían entretenerse ellos solos; no hacía falta que Jen estuviera siempre jugando con ellos ni poniéndolos delante de la televisión o de sus iPads.

Jen emplató la cena, les sirvió agua a los niños y puso la comida en la mesa. Los llamó para que acudieran al salón.

Lottie y Jack llegaron en un abrir y cerrar de ojos, pero no tardaron en fruncir el ceño y quejarse de la comida.

—¿Qué hay de postre? —preguntó Jack, hurgando el pollo con el tenedor, abatido.

—Primero cómete la cena —dijo Jen—. Voy a buscar a tu hermana.

Jen fue al salón a buscar a Ruby para sentarla en su trona en la mesa de la cocina. Miró a su alrededor, pero no la vio.

—¿Ruby? —la llamó. Apenas había empezado a andar y le encantaba explorar. Jen suspiró. Podía estar en cualquier parte. Por suerte, el ático constaba de una sola planta, así que no había peligro de que se cayera por unas escaleras.

—¿Ruby? ¿Te estás escondiendo?

Esperaba oír las risitas de la pequeña. Le encantaba esconderse debajo de las mesas y las sillas, convencida de que Jen era incapaz de verla. Jen echó un vistazo por las esquinas del salón y luego entró en las habitaciones de los niños para buscarla. Tampoco

estaba allí.

Debía estar escondida bajo las sábanas de la cama de Jen. Ese era uno de sus lugares favoritos para ocultarse. Jen frunció el ceño y añadió «volver a hacer la cama» a su lista mental de tareas pendientes.

Pero, cuando entró en su dormitorio, no distinguió ningún bulto bajo la ropa de cama. Ruby no estaba. Jen aceleró el ritmo y buscó en el cuarto de baño de su habitación y luego en el baño de los niños antes de volver a la cocina.

—¿Dónde está vuestra hermana? —les preguntó a Jack y Lottie—. ¿Se está escondiendo de mí?

Lottie se encogió de hombros y Jack negó con la cabeza.

—No lo sé.

—¿No estabais haciendo el rompecabezas juntos?

—Un rato. Pero luego nos aburrimos y ella se fue por ahí.

—¿A dónde ha ido? —preguntó Jen alzando la voz. No podía haber salido por la puerta principal. La había cerrado con llave. Jen las había dejado a un lado, fuera del alcance de los niños. Al menos, eso creía.

Al mirar hacia donde había dejado las llaves, se fijó en las puertas del balcón. Estaban abiertas.

Corrió hacia el exterior con el corazón bombeándole en el pecho. Lottie o Jack debían haberlas abierto; era imposible que Ruby lo hubiera hecho ella sola. Tenía que estar fuera.

Su tobogán. Eso debía ser lo que estaba buscando.

Rob se había pasado todo el fin de semana montando un tobogán en el balcón. Iba a ser el regalo de primer cumpleaños de Ruby.

El balcón rodeaba todo el ático, circundando la última planta del edificio. Jen lo recorrió hasta donde se encontraba el tobogán. Pero Ruby no estaba allí.

Tenía que estar en algún otro lugar del balcón.

—¿Ruby? —gritó Jen. Intentó controlar su respiración. La niña no corría peligro allí. Los paneles de cristal del balcón eran altos, demasiado altos como para que Ruby pudiera treparlos. Pero entonces recordó la mesa de comedor exterior, donde tenían planeado comer cuando hiciera mejor tiempo. Ruby podría haberse subido a una silla y haber saltado—. ¡Ruby! —gritó Jen de nuevo mientras corría por el balcón. Llegó hasta la mesa y las sillas, pero estaban tal y como las había dejado. Ninguno de los muebles había sido arrastrado hasta el borde.

Pero ¿por qué no le contestaba Ruby? Jen miraba de un lado a otro, frenética. Vio el *jacuzzi* en la esquina con las mejores vistas al río. Todavía estaba cubierto. Ruby no podía haberse metido allí. Y estaba alejado del borde, por lo que Ruby no podía haberlo utilizado para trepar.

¿Dónde se había metido?

Jen se dio la vuelta, buscando a su hija.

De repente, oyó una vocecita.

—¿Mamá?

—¿Ruby?

Escuchó la risa de su hija, complacida con su escondite.

Jen se quedó sin aliento. El sonido provenía de la cornisa del edificio.

Se acercó al borde del balcón y la repentina altura la dejó de piedra.

Miró hacia abajo.

Y allí estaba Ruby. Al otro lado de los paneles de cristal del balcón, sentada en una pequeña cornisa con un abismo a sus espaldas.

DOS

Jen reprimió las ganas de gritar. No podía hacer nada que asustara a Ruby o que pudiera hacerla cambiar de posición en la cornisa.

Ruby estaba sentada chupándose el dedo, totalmente ajena al precipicio que tenía debajo. Jen descubrió que se había colado por un pequeño hueco en una esquina entre los paneles de cristal del balcón. Tragó saliva al mirar el hueco. Nunca había reparado en él antes, pero era lo bastante ancho como para que cupiera una niña pequeña. Ruby debía haberse introducido por ahí y luego haber descendido hasta la cornisa inferior.

—¿Ruby? —dijo con voz calmada. Se agachó sobre las baldosas de piedra y se asomó por el hueco, con el corazón a mil por hora—. Coge la mano de mamá y vuelve al balcón, cariño.

Ruby le cogió la mano y se puso de pie, como si nada en el mundo le importara. Jen apenas podía respirar. Si tropezaba, se precipitaría directamente al vacío.

Sosteniendo una de las manos de Ruby, Jen extendió el otro brazo para intentar rodear la cinturita de Ruby y subirla. Cuando le tocó la cadera, Ruby retrocedió un poco con una risita. Su mano soltó la de Jen y, por un momento, sus piernas se tambalearon.

—¡Ruby! —gritó Jen, estirándose y logrando agarrar la mano de Ruby antes de que esta cayera cornisa abajo. Aferró la mano de Ruby con fuerza y la niña gritó enfadada mientras Jen la arrastraba hacia la pared del edificio.

Ruby lloraba, pero Jen la agarró de la otra mano y tiró hacia arriba, en dirección al hueco del balcón. Pero Ruby agitaba las piernas con rabia y echaba la cabeza hacia atrás, por lo que Jen no conseguía

hacerla pasar por el hueco.

—Por favor —dijo Jen con voz temblorosa—, por favor, Ruby. Por una vez en tu vida, colabora conmigo. Esto es muy peligroso.

Pero Jen era consciente de que no se podía razonar con una niña de un año. Ruby le dio una patada al cristal del balcón, alejando su cuerpo del edificio con violencia, y a Jen le faltó poco para volver a perder el agarre. Entonces tiró con firmeza de los brazos de Ruby, que se sorprendió tanto por la fuerza que ejercía su madre que por un momento dejó de retorcerse. Aprovechando el instante de confusión, Jen consiguió pasar la cabeza y la parte superior del cuerpo de Ruby por el hueco. Ruby retomó los gritos. Jen se apresuró a agarrarla por la cintura y giró el cuerpo para introducir las piernas mientras Ruby no dejaba de dar patadas.

—Dios mío —exclamó cuando Ruby volvió a estar a su lado. Las lágrimas corrían por el rostro de Jen—. Dios mío, Ruby.

Envolvió a su hija con los brazos y la abrazó con fuerza. Ruby seguía berreando.

—¡Mamá! —chilló su hija, con ojos confusos y enfadados.

Jen notó que se sentía completamente traicionada, nunca la había tratado con tanta dureza. Se fijó en que tenía un largo arañazo en su bracito y se sintió abrumada por la culpa. Seguramente se lo había hecho mientras la arrastraba por el hueco.

—Lo siento mucho —dijo Jen mientras abrazaba a su inconsolable hija—. Lo siento muchísimo. —Ruby temblaba en sus brazos—. Te quiero mucho —dijo Jen con la voz entrecortada. Levantó a su hija, la alejó del balcón y la llevó de vuelta al interior después de cerrar con llave las puertas que daban al exterior.

El llanto de Ruby cesó una vez estuvieron dentro y Jen la llevó a la cocina para sentarla en su trona.

—No vuelvas a hacer eso nunca —le dijo suavemente a Ruby—. No vuelvas a salir al balcón sola, sin mamá ni papá. —Jen le acarició el

pelo, suave y fino. Era demasiado pequeña para comprender el peligro al que se había expuesto.

Lo único que Jen quería era que sus hijos tuvieran una infancia segura y feliz, en la que no tuvieran que preocuparse por nada. Quería que se sintieran protegidos y queridos, algo que ella nunca había sentido de niña. Pero hoy había fracasado estrepitosamente.

—¿Qué hay de postre? —preguntó Lottie, desconocedora de lo que acababa de pasar.

Jen se giró hacia su hija mayor.

—¿Has abierto la puerta del balcón? —le preguntó.

—Yo sí —dijo Jack—. Ruby quería ir al tobogán.

—No puede salir sola —dijo Jen—. Ya lo sabes —Sentía un torbellino de emociones en el estómago, una extraña mezcla de ira y amor. Estaba furiosa con su hijo por haber dejado salir a Ruby, pero exultante por que su familia estuviera sana y salva.

Jack arrugó la nariz.

—Lo siento —dijo. Hizo una pausa de un segundo—. ¿Hay postre?

Jen miró sus platos.

—No hasta que te lo comas todo.

Luego recorrió el ático y retiró todas las llaves de los balcones, las guardó en el estante superior del armario de su dormitorio y llamó a su amiga Amy, de recepción.

Amy llegó al ático un par de minutos más tarde. Estaba tan elegante y reposada como siempre, con su espesa melena rubia recogida en una pulcra coleta.

—Ha tenido que ser aterrador —dijo después de que Jen le contara lo sucedido. Rodeó a Jen con los brazos y la abrazó un momento mientras Jen trataba de recomponerse y recobrar la calma.

Luego se giró hacia Ruby.

—No le des esos sustos a tu mamá —le dijo con voz armoniosa, cogiendo a Ruby para darle un abrazo.

Tras devolverla al suelo, saludó a sus hermanos y les preguntó por el colegio, pero solo obtuvo gruñidos por respuesta.

—¿Me enseñas dónde está el hueco? —preguntó Amy—. Haré unas cuantas fotos y llamaré a alguien para que venga a arreglarlo lo antes posible.

—Claro —dijo Jen, rescatando las llaves de la puerta del balcón del dormitorio. Abrochó a Ruby a la trona antes de conducir a Amy afuera. Se estremeció cuando se acercó al hueco del balcón y miró hacia abajo. Apenas podía procesar lo que acababa de ocurrir, lo cerca que había estado Ruby de caerse.

—Ay, madre mía —dijo Amy, conmocionada—. Es demasiado grande. Esto hay que arreglarlo, pero ya.

—Lo sé —dijo Jen, temblorosa. No comprendía cómo no se había dado cuenta antes de que estaba ahí. Entonces recordó que había reestructurado las macetas el fin de semana mientras Rob montaba el tobogán de Ruby. Cuando compraron el piso, había una planta enorme justo donde se encontraba el hueco. Hicieron falta dos personas para moverla junto al *jacuzzi*.

—Creo que antes había una planta ahí y por eso no lo había visto —dijo Jen con culpa, escondiendo la cara entre las manos—. Cuando nos mudamos, comprobé que no hubiera ningún peligro para los niños en el apartamento. Verifiqué que no hubiera esquinas puntiagudas, me aseguré de que todos los muebles estuvieran fijados a la pared y revisé la altura del balcón. Pero, no sé cómo, esto se me pasó.

—No te culpes —dijo Amy, rodeándola con el brazo—. Lo importante es que todos estáis a salvo y que no le ha pasado nada a Ruby. Y ahora que has descubierto el problema, podemos arreglarlo cuanto antes.

—Gracias —dijo Jen, sintiéndose más tranquila.

Amy hizo fotos del hueco con su teléfono móvil y tomó medidas del

mismo usando una aplicación.

—Creo que tendrán que sustituir estos dos paneles de cristal por otros más grandes —dijo—. Alguien más cualificado que yo vendrá a echar un vistazo. Indicaré que es urgente. Mientras tanto, buscaré a alguien para que tape el hueco. No quedará muy bonito, pero será seguro.

—Me has salvado la vida —le dijo Jen a Amy.

—Creo que la que ha salvado una vida hoy has sido tú. Ruby está a salvo gracias a lo rápido que has reaccionado. Me parece que te has ganado una copa de vino.

Jen dejó escapar una sonrisa nerviosa. No era ninguna heroína. Había puesto en peligro a su hija al no darse cuenta de que el hueco estaba ahí.

—Creo que me vendría bien esa copa —dijo—. Pero primero tengo que atender a los niños.

—Es el cuento de nunca acabar, ¿verdad?

—Así es —dijo Jen—. Pero no lo cambiaría por nada.

—¿Cuándo volverá Rob para echarte una mano? —preguntó Amy mientras atravesaban las puertas del balcón y volvían al interior del ático.

—Todavía le quedan un par de horas. Hoy trabaja hasta tarde. — Jen le dedicó una mirada ansiosa al apartamento. Tenía mucho que ordenar antes de que él llegara a casa. El rompecabezas que les había dado a los niños solo aumentaba el desorden.

Amy sonrió.

—Bueno, mejor me voy. Me encantaría quedarme a tomarme una copa de vino y ponernos al día, pero tengo que volver al trabajo. Ya hablaremos más tranquilas el jueves, en el refugio de gatos. — Ambas eran voluntarias allí.

—Hasta pronto —dijo Jen, despidiendo a Amy con un beso en la mejilla.

Cuando Amy se marchó, Jen se giró hacia sus hijos solo para ver qué parte del guiso de pollo decoraba ahora el suelo de la cocina.

* * *

Cuando Rob llegó a casa esa noche, Jen estaba agotada, como de costumbre. Él la besó al entrar por la puerta, ella colgó su abrigo y lo acompañó hasta la mesa. Era tarde y ambos estaban hambrientos. Cualquier vestigio del desastre causado por los niños había sido eliminado, y el guiso de pollo languidecía en la basura. Había cocinado salmón con patatas y verduras para ella y para Rob, y lo había metido en el horno cuando él le envió un mensaje diciéndole que estaba de camino a casa.

Ahora Jen estaba sentada frente a él, en una casa perfectamente ordenada. Se había cambiado los vaqueros manchados de leche y se había puesto un vestido de verano que él le había comprado hacía unas semanas. Amy había hecho milagros con el equipo de mantenimiento del edificio y ya había una tabla cubriendo el hueco del balcón.

—¿Qué tal el día? —le preguntó ella.

—Ajetreado —respondió él—. Frenético. Este trabajo de gerente regional es otro nivel. Me alegré de que me dieran el ascenso, pero me obliga a trabajar muchas horas. No solo tengo que encargarme de las propiedades, sino también de todo lo demás. Cuidar del personal, asegurarme de que están contentos.

Jen asintió y tragó saliva. No podía concentrarse en lo que él decía; las imágenes de Ruby en la cornisa no se le borraban de la mente. Se sentía culpable. Le había fallado a su hija.

—Tengo que contarte algo —dijo ella.

—¿Qué? —preguntó él. Su mirada se suavizó al ver la expresión de su rostro—. ¿Qué pasa?

—Fue un error —dijo Jen apresuradamente, las palabras le

brotaban a borbotones—. Me siento fatal… Ruby salió al balcón cuando estaba distraída. Estaba ocupada preparando la cena de los niños. Los había dejado jugando con un rompecabezas.

—¿Qué ha pasado, Jen? ¿Ruby está bien?

—Está bien… Es que… se las arregló para colarse por un hueco que hay entre los paneles del balcón y se subió a una cornisa. Conseguí cogerla. Ahora está bien. Se ha arañado el brazo, pero tuvo mucha suerte de no caerse. No quiero ni imaginármelo. —Jen se llevó las manos a las sienes y apretó con fuerza. Necesitaba algo con lo que aliviar su culpa, algo que la calmara. Dio un sorbo al vino que Rob había traído; era su favorito, un capricho de entre semana. Pero lo tragó sin pensar siquiera, incapaz de apreciarlo—. Han tapiado el balcón.

—¿Se subió en la cornisa? —dijo Rob con los ojos desorbitados—. ¿A esta altura? Dios mío.

—Fue horrible.

—Debió ser aterrador —Se levantó, rodeó la mesa del comedor, se agachó a su lado y la envolvió en un fuerte abrazo.

—Lo fue —dijo Jen, temblorosa—. Conseguí cogerla, pero… Dios mío, Rob, ¿y si se hubiera resbalado?

—No se resbaló. La cogiste.

—Lo sé. Pero no entiendo por qué los paneles no estaban unidos.

Los ojos de Rob se oscurecieron.

—Ese hueco no debería haber estado ahí para empezar. ¿Cómo ha podido permitirlo la administración del edificio? —Se apartó de ella y sacó el teléfono—. Voy a hablar con ellos. Les diré que esto es totalmente inaceptable. Su incompetencia ha puesto en peligro la vida de Ruby.

—Pusieron una planta para taparlo —dijo Jen, dándose cuenta de que posiblemente la hubieran colocado allí para que no se viera el hueco cuando ellos se mudaron—. Intentaron ocultarlo. No era

seguro, Rob.

—Es una vergüenza —dijo él—. Saben que somos una familia con hijos pequeños. Deberían haberlo comprobado todo antes de que nos instaláramos.

—Nuestra hija podría haber… Podríamos haberla perdido, Rob.

—No quiero ni pensarlo —dijo Rob, empezando a dar vueltas por la habitación—. Pero no te preocupes. Yo me encargo de todo. Voy a hablar con ellos ahora mismo. Me aseguraré de que no vuelva a pasar algo así. Te lo prometo.

A Jen se le llenaron los ojos de lágrimas al recordar a Ruby en la cornisa.

—Gracias —dijo.

—No tienes que preocuparte por nada. Pase lo que pase, os protegeré a ti y a los niños. Siempre lo he hecho y siempre lo haré.

Jen se levantó. Había estado jugueteando con la comida en el plato, pero no tenía apetito. Cuando empezó a tirar la comida a la basura, él se acercó y la abrazó de nuevo. Al hacerlo, ella percibió un ligero aroma a perfume en su cuello, que se mezclaba de forma extraña con el olor de su loción de afeitado. Retrocedió un poco y lo miró.

Él estaba igual que siempre: su cabello oscuro y ondulado difícil de gobernar, la camisa perfectamente planchada, cuyo cuello sobresalía por debajo del jersey azul marino.

Se pasaba el día rodeado de gente; a menudo volvía emanando una mezcla de aromas de la ciudad, pero esto era diferente. Alguien debía haber estado muy cerca de él.

—¿Has tenido muchas reuniones hoy? —preguntó ella.

—Sí —respondió él—. Lo de siempre. Nuevos clientes en busca de propiedades. Algunos grandes inversores que quieren entrar en el mercado inmobiliario británico.

Jen asintió. Seguro que se había impregnado de esa fragancia

después de reunirse con un cliente. Cuando se inclinó para saludarlo, su intenso perfume se le habría quedado adherido al cuello. Era una posibilidad perfectamente lógica y, sin embargo, algo no cuadraba. Su instinto le decía que algo iba mal.

Se sacudió esa idea de la cabeza. Por supuesto que algo iba mal: su bebé casi se había caído por el balcón cuando ella tendría que haber estado vigilándola. Probablemente no era más que el estrés acumulado de todo el día. Tenía los nervios a flor de piel y se sentía agotada.

—Creo que voy a irme a la cama a dormir —le dijo a Rob.

—Hoy has tenido un día estresante —respondió él, apretándole la mano—. Pero nada de lo ocurrido es culpa tuya. Llamaré ahora mismo a la administración del edificio y les diré cuatro cosas. Ya me encargo yo de recoger la cena.

—Gracias —dijo Jen en voz baja, sintiendo una punzada de culpa por lo que se acababa de imaginar referente al perfume. Rob siempre estaba ahí cuando lo necesitaba. Era su marido, su alma gemela.

Se sirvió un vaso de agua y esperó a que Rob se retirara a su despacho para hacer la llamada. Luego sacó el frasco de pastillas del armario y se volcó un par de cápsulas en la mano. Normalmente solo tomaba una para dormir, pero esa noche necesitaría una dosis mayor.

Se tragó las pastillas, se fue al dormitorio, se puso el pijama y enseguida cayó en un sueño yermo.

TRES

HACE SIETE MESES

Mia se peinó con el cepillo el cabello oscuro y sedoso, comprobando su maquillaje en el espejo agrietado del baño. Cuando Rob, su jefe, se acercó a su mesa y se arrodilló a su lado para invitarla a cenar por segunda vez, sintió que los astros se alineaban. Se había pasado la mayor parte del día preparándose para su cita con él.

Desde que había empezado a trabajar para Rob, las cosas le iban mejor. Antes de eso, había desempeñado una serie de trabajos temporales en oficinas poco alentadoras, después de haber dedicado un tiempo a intentar triunfar como actriz. El trabajo en la inmobiliaria era perfecto para ella. Le gustaba lo que hacía, le encantaba ver todos esos casoplones y le emocionaba cerrar ventas. Solo era una administrativa temporal, pero Rob vio su talento para las ventas y la dejó involucrarse en esa parte del negocio. Sentía que tenía un futuro allí. Quería quedarse, ascender y convertirse en agente inmobiliaria.

Era Rob quien hacía que ir cada día a la oficina fuera emocionante; Rob, cuyo aspecto rudo admiraba desde la distancia, cuya voz escuchaba con atención, cuyas bromas la hacían reír. Ella era consciente de que su jefe se comportaba de forma diferente con ella en comparación con los demás trabajadores. Siempre se acercaba más de la cuenta y sus manos parecían buscarla: una mano en el hombro cuando estaba frente al ordenador, un apretón en el brazo para felicitarla cuando conseguía un inquilino para una casa.

Rob era atractivo y carismático, y todos en la oficina lo apreciaban.

Nunca en su vida habría pensado que él pudiera estar interesado en ella, así que cuando le dijo que quería invitarla a cenar para celebrar una venta que había conseguido, pensó que solo había quedado impresionado por sus habilidades comerciales. Pero, cuando él se inclinó para besarla a las puertas del restaurante, se le derritió el corazón. Sintió que el mundo se detenía y ellos eran las únicas personas en él. Todo se redujo a ese momento, solos ellos dos, entrelazados. Perdidos el uno en el otro.

Esta vez era la buena. Estaba segura. Se había equivocado muchísimo con los hombres en el pasado, pero ahora estaba convencida: Rob era el hombre de su vida.

Por eso era tan importante que su segunda cita fuera perfecta. Tenía que impresionar a Rob, mantener su interés. No podía echarlo a perder. Mia había estado de compras y había alcanzado el límite de su tarjeta de crédito con un vestido de cóctel rojo con un pronunciado escote. Lo había combinado con unos tacones negros nuevos y unas medias transparentes. Incluso se había comprado unos pendientes y un collar rojo a juego con el vestido.

Ahora, mientras se miraba en el espejo, pensaba que quizá el vestido era demasiado, que Rob podría asustarse en lugar de quedar impresionado. Cogió un chal negro del armario de la habitación que tenía alquilada y se lo echó sobre los hombros. «Así está mejor», pensó, estudiando su reflejo.

Se puso un abrigo elegante y llamó a un Uber, tratando de no pensar en cuánto le iba a costar el trayecto hasta el centro de Londres. Hacía demasiado frío para ir andando a la estación y esperar en el gélido andén, sobre todo ataviada como iba.

Cuando el conductor estaba a punto de llegar, cogió el bolso de la habitación y cerró la puerta con llave. Salió del sótano que compartía, subió los escalones que daban al callejón y pasó junto a los grandes contenedores negros para llegar a la calle, temblando de

frío.

Sonrió para sí misma mientras subía al coche. Aquella relación lo era todo para ella. Arreglaría su vida, la convertiría en la persona que siempre había estado destinada a ser. Mientras veía el mundo pasar a través de la ventanilla del taxi, apenas podía creer lo afortunada que era.

CUATRO

PRESENTE

Jen tarareaba mientras preparaba la cena. Era viernes por la noche, la noche que se reservaban para ellos dos desde que tuvieron a los niños. Pero en el último año, desde que nació Ruby y Rob consiguió el ascenso en el trabajo, ambos habían estado demasiado ocupados como para comprometerse con la cita. Rob solía trabajar hasta tarde y pasaba noches fuera por viajes de negocios, por lo que casi nunca estaba en casa. Las veces que tenían la oportunidad de hablar, se limitaban a repasar una interminable lista de tareas domésticas, pero nunca encontraban el momento de conversar de verdad, de conectar.

Era hora de cambiar eso. Ella le había explicado a Rob que quería retomar las noches de los viernes, darse prioridad el uno al otro y a su relación al menos una noche a la semana. Y le había prometido cocinar comida japonesa, la que solían pedir cuando salían a cenar fuera. Estaba preparando *dumplings* de pollo, ramen y *teriyaki* de ternera. Buscó las recetas y fue al supermercado asiático de la circunvalación, donde encontró los ingredientes que necesitaba. Los productos frescos le habían costado una fortuna, pero Rob le había dado un presupuesto de cien libras y sabía que la inversión valdría la pena.

El aroma de la salsa *teriyaki* casera le hacía la boca agua. Echó un vistazo alrededor de la cocina y suspiró aliviada. Por una vez, todo estaba bajo control. Los niños ya se habían bañado y los dos mayores estaban en la cama, leyendo. Ruby dormía en su cuna. El

salón estaba perfectamente ordenado. Solo le quedaba terminar de cocinar y cambiarse. Esa noche se iba a poner de punta en blanco, le apetecía fingir que salían a cenar a un restaurante, como en los viejos tiempos. Rob le enviaría un mensaje cuando saliera de vuelta a casa y ella cocería los *dumplings* al vapor para que estuvieran recién hechos a su llegada.

Jen se inclinó sobre la vitrocerámica para coger la botella de vino tinto que estaba en la encimera. Al hacerlo, sintió que la placa eléctrica irradiaba calor. Frunció el ceño. No estaba encendida. Comprobó en su teléfono la aplicación que mostraba todos los electrodomésticos del apartamento. Vio que, en efecto, la vitrocerámica estaba apagada. Colocó la mano a unos centímetros de la superficie. Estaba generando calor, no cabía duda.

Apagó el interruptor y le envió un mensaje al técnico del edificio a través de la aplicación. La semana anterior había tenido el mismo problema, pero, cuando el técnico fue a revisar el aparato, no encontró nada. Desde el primer momento habían tenido que lidiar con muchísimos problemas con el apartamento. Recordó con furia el hueco del balcón. Ruby podría haberse matado cuando se coló por allí. Rob tuvo una charla con el administrador del edificio, que se mostró extremadamente compungido y prometió que sustituirían los paneles de cristal del balcón lo antes posible y que no volvería a ocurrir nada parecido.

Jen se sirvió una copa generosa de vino. A pesar de los problemas que presentaba el apartamento, sabía lo afortunada que era de vivir una vida así junto a Rob. Cuando era más joven, jamás se había imaginado que tendría un estilo de vida tan acomodado. Jen estaba decidida a darles a sus hijos una infancia diferente a la que ella había tenido. Nunca tendrían que escuchar a un casero iracundo aporreando la puerta y gritando por el alquiler atrasado. Nunca tendrían que oír cómo su padre golpeaba a su madre, ni sentirse

culpables por no haber intervenido. Nunca tendrían que contar mentiras sobre el paradero de su padre en el colegio cuando lo metieran en la cárcel.

Jen tomó un sorbo de vino mientras pensaba en la infancia que tendrían sus hijos en el lujoso ático. Se aseguraría de solucionar todos los problemas y haría de ese lugar el hogar perfecto para ellos.

Los gritos de Ruby perforaron sus pensamientos. Jen se apresuró a su habitación, la sacó de la cuna y la sostuvo en brazos. No tenía el pañal mojado, y tampoco estaba hambrienta. Lo único que quería era sentir el calor del cuerpo de su madre. Había estado inquieta desde el incidente en el balcón. Jen la meció hasta que se durmió de nuevo, abrumada por el amor que sentía por ella.

Ruby había sido un embarazo no planeado. No fue un error, como había pensado Jen cuando esa diminuta bebé empezó a desarrollarse dentro de ella, sino una bendición. Amaba a su hija y no podía imaginar su vida sin ella. Pero todo tenía un precio. Jack estaba a punto de empezar el colegio y Jen estaba deseando volver al trabajo, reanudar su carrera profesional y ser más independiente. Se sabía afortunada de que Rob la cuidara y de no tener necesidades económicas, pero una parte de ella quería más. Le encantaba ser agente inmobiliaria, le encantaba trabajar y le encantaba decidir cómo gastar su propio dinero.

Jen volvió a acostar a Ruby y miró el reloj. Rob debería llegar en cualquier momento, pero no le había enviado ningún mensaje para decirle que estaba de camino. Frunció el ceño y le envió un mensaje:

¿Cómo va el trayecto?

Mientras tanto, sería mejor que se vistiera. Se puso la lencería negra que Rob le había comprado para su último aniversario de

boda. Luego fue al vestidor y sacó un vestido azul que se había comprado hacía unos años y en el que no había conseguido volver meterse hasta hacía poco. Ruby fue un bebé bastante grande. Además, el tercer embarazo parecía haber expandido su cuerpo más que los anteriores. Le había costado muchas horas de gimnasio recuperar su figura preparto, pero lo había conseguido. No estaba segura de que Rob se hubiera dado cuenta. «Esta noche lo hará», pensó, sonriéndose a sí misma en el espejo.

Estaba encantada con el reflejo que le devolvía la sonrisa, con su cabello rubio brillante y su maquillaje perfecto. Se había sacado el máximo partido. Se veía bien; se sentía bien.

Jen se retocó el pintalabios. Estaba lista para la acción. Solo tenía que calentar los *dumplings* y freír el *teriyaki* cuando terminaran el entrante. Miró su teléfono y vio el mensaje de Rob.

Lo siento mucho. Un cliente importante insistió en invitarnos a todos a tomar algo por el centro. No pude decir que no. Es multimillonario y está considerando comprar un bloque de pisos al completo en el centro de Londres. ¡Piensa en la comisión! Podríamos ganar un dineral. Ya voy de vuelta. Llegaré en unos cuarenta y cinco minutos. Un beso.

Jen leyó el mensaje dos veces. ¿Acaso se había olvidado de su noche especial? Hacía unos días, ella le había enviado una invitación a su calendario laboral para que lo anotara en su agenda, y se lo había recordado esa misma mañana. Pero entendía por qué no podía rechazar la invitación del cliente. Unas copas con un cliente tan importante suponían una oportunidad demasiado buena como para dejarla pasar. Los clientes así solo permanecían en Londres durante un tiempo limitado y, mientras estuvieran allí, había que esforzarse al máximo para venderles los pisos y bloques de apartamentos más caros. Jen miró la comida que había preparado y se tragó su

frustración.

Vale. ¡Estoy deseando verte! Esta noche es para nosotros y he preparado una deliciosa cena japonesa. Un beso.

Él respondió enseguida.

Siento muchísimo llegar tarde. Me muero de ganas de cenar contigo. Te compensaré cuando llegue a casa. Te quiero mucho. ¡¡Disculpa el retraso!! Un beso.

Jen dio un sorbo a su vino. Como pareja, necesitaban una velada así para reconectar. Desde que nació Ruby, a veces sentían que vivían vidas separadas. Aún se podía salvar la cita. Todavía podrían disfrutarla juntos.

Una hora más tarde, Rob entró por la puerta armado con un ramo de rosas, una botella de champán y una caja de bombones caros.

—Lo siento mucho —dijo, dejando el champán y los bombones, y la tomó en sus brazos para besarla en los labios—. La cena huele que alimenta.

—Gracias —dijo Jen mientras cogía las rosas—. Son tus platos favoritos.

—¿Qué haría yo sin ti? —preguntó Rob—. Soy muy afortunado de tenerte.

Jen sonrió.

—Yo también —dijo, destapando los *dumplings*—. Empecemos a comer. Recién hechos están más ricos.

—Deja que sirva el champán —dijo Rob—. Hay mucho que celebrar. Este increíble ático. Lo bien que han ido los tragos con el nuevo cliente. —Le dedicó una sonrisa—. Y lo preciosa que estás. —Mil mariposas revolotearon por su estómago cuando él la envolvió entre sus brazos. Sonrió y se apartó para poder sacar los *dumplings* de la

vaporera y colocarlos en los platos junto a un pequeño cuenco con salsa de soja.

Apagó la vitrocerámica y frunció el ceño, pues no estaba segura de si de verdad se había apagado. Para asegurarse, desconectó el interruptor.

—La vitrocerámica se ha vuelto a encender sola hoy —dijo ella.

—¿En serio? —dijo Rob, arrugando el rostro—. Qué raro. El técnico no encontró ningún fallo.

—No encontró el origen del problema, pero hoy ha vuelto a pasar. La aplicación decía que estaba apagada, pero estaba caliente.

—¿Estás segura de que no estaba caliente por haber cocinado? O quizá te la dejaste encendida y se apagó sola.

Jen frunció el ceño. Supuso que era posible que se hubiera olvidado de apagarla. A veces era un poco despistada. Con tres niños pequeños, tenía muchas cosas en la cabeza.

—No creo —dijo, dubitativa.

—Quizá lo mejor será que te asegures de apagarla desde el interruptor principal —dijo él—. Así no habrá ningún problema. En fin, estoy deseando hincarle el diente a este delicioso ágape que has preparado.

Se sentaron a la mesa. Rob cogió un *dumpling* con los palillos y lo examinó antes de darle un pequeño bocado.

Jen observaba expectante; esperaba que todos sus esfuerzos hubieran valido la pena.

—Saben a gloria —dijo Rob—. Incluso mejor que los del restaurante. Son perfectos.

Jen sonrió y empezó a comer. Estaba muerta de hambre. Llevaba toda la tarde cocinando y el apartamento se había impregnado de un sinfín de aromas deliciosos. Le había costado horrores controlarse para no comer nada antes de que Rob volviera.

—Estaban espectaculares —anunció Rob al terminar, y se limpió la

boca con la servilleta de tela.

—Y ahora viene la ternera *teriyaki* —dijo Jen—. Solo tengo que freírla con la salsa.

Se levantó y se dirigió a los fogones. Rob también se levantó y, de repente, la rodeó con los brazos por detrás y la estrechó con fuerza.

La giró hacia él.

—Hay otra cosa que me gustaría comer primero —dijo, recorriendo con la mirada su cuerpo enfundado en el vestido ajustado.

Ella sonrió, reconociendo la mirada ávida en sus ojos. La vio por primera vez cuando ambos estaban en el instituto. Él era un chico guapo de dieciocho años del que todas las chicas estaban prendadas; ella, una chica cualquiera de un curso inferior que se esforzaba por salir adelante. Aquella mirada había sido el comienzo de todo.

Jen pensó en el *teriyaki* que tanto había tardado en preparar. Podía esperar.

Dejó que Rob la llevara al dormitorio. Sus preocupaciones pasaron a ser un recuerdo lejano.

CINCO

HACE SIETE MESES

Cuando Mia bajó del taxi, el corazón le retumbaba en el pecho. Sentía que era un momento muy importante en su vida, un punto de inflexión.

En el interior del restaurante, la iluminación era tenue y las velas adornaban los gruesos manteles, cubiertos con pesados cubiertos de plata esterlina. Las cortinas de terciopelo rojo dividían el restaurante en secciones más reducidas e íntimas. Mia se dirigió al camarero de sala; le dio el nombre de Rob e intentó que el entorno no la intimidara. Cuando el camarero apartó delicadamente una de las cortinas y le indicó que pasara, Mia vio a Rob en un rincón, centrado en su teléfono, vestido con una elegante camisa azul y pantalones chinos. Había venido directo del trabajo. Mia había tenido el día libre y venía de casa.

Siguió al camarero hasta su mesa. Él levantó la vista cuando ella se acercó, esbozando una sonrisa. Mia vio cómo se le abrían los ojos bajo el influjo de su vestido. Rob se puso de pie.

—Estás preciosa —le dijo con un destello en la mirada.

Cuando se inclinó para besarla en la mejilla, sus cabezas se giraron ligeramente, casi sincronizadas, y sus labios se rozaron. Una descarga eléctrica la recorrió y no pudo evitar sonreír.

El camarero retiró la silla para que ella se sentara y Rob le pidió una botella de champán.

—Qué nivel —dijo Mia—. Pero mañana tenemos que trabajar. Normalmente no bebo entre semana. —Se sonrojó, avergonzada por

lo que acababa de decir. Había sonado un tanto infantil y, por un momento, pensó que Rob debía estar imaginándola por las noches, sola, leyendo o viendo la televisión en su oscuro sótano.

—Te estoy llevando por el mal camino, ¿verdad? —dijo él riendo. Le tomó la mano sobre la mesa y la apretó. Bajo la mesa, su pierna rozó suavemente la de él.

El camarero volvió con el champán.

—¿Qué te parece? —preguntó Rob cuando ella dio el primer sorbo.

—Es fantástico, gracias —respondió Mia, sonrojándose de nuevo. Nunca había tenido una cita en un sitio como aquel. Lo más parecido eran los bistrós a los que la llevaba su madre en Francia, pero entonces era muy pequeña y no eran, ni de lejos, tan lujosos como ese.

La conversación fluía entre ellos. Sintió que nadie se había interesado tanto por ella antes; Rob le preguntaba por su infancia en Francia y por su familia. Quiso hablarle de su hija, pero se contuvo. Aún era pronto. Podría ahuyentarlo.

En su lugar, le habló de su época de estudiante y de los distintos trabajos temporales que había tenido en Londres. Él parecía impresionado por su formación, fascinado por la idea de un internado angloparlante en Francia y entretenido por sus historias sobre audiciones para pequeños papeles de televisión cuando llegó a Londres.

—Era tan ingenua —dijo ella—. Estaba convencida de que triunfaría en Londres, de que me convertiría en una actriz famosa. Mis profesores siempre me decían que tenía madera. —Pensó en la señora Beddow, en cómo la colmaba de elogios—. Pero Londres es un mundo aparte. Es muy competitivo. Y el sector de la interpretación suele reducirse a los contactos que tengas.

—Me lo imagino. Al menos intentaste alcanzar tus sueños. —La miró a los ojos—. Eso es muy valiente.

—Aún no me he rendido —dijo Mia—. Sigo yendo a alguna que otra audición. —No era del todo cierto. Había pasado más de un año desde que fue a la última, y había sido un completo desastre—. Supongo que aún tengo posibilidades.

—Eso es lo que me gusta de ti. Eres muy tenaz. Nunca te rindes —Mia no estaba segura de que eso fuera cierto, pero aceptó el cumplido. No podía creer que tuviera una cita con alguien como Rob, que él estuviera interesado en ella, e incluso impresionado.

Su cabello oscuro y rizado le caía sobre los ojos y él se lo apartó con la mano.

—Me alegro de que no hayas triunfado como actriz —dijo.

—¿Qué? —dijo Mia, sorprendida.

—Si hubieras triunfado como actriz, nunca habría tenido una oportunidad contigo. —Su mano estaba debajo de la mesa, reptando por la falda de Mia, y ella sintió un escalofrío, fruto del deseo.

La llegada del camarero con los platos principales los interrumpió, pero Rob consiguió entablar conversación mientras le masajeaba el muslo con la mano. El camarero no pareció percatarse de la forma poco natural en la que su interlocutor se inclinaba hacia delante.

Rob sonrió cuando el camarero se marchó, retiró la mano y se lanzó hacia su solomillo.

Mientras comían, ella le preguntó por su vida: cómo había entrado en el negocio inmobiliario, cómo había ido ascendiendo, cómo había sido su infancia, cómo era su familia. Él le habló de su hermana y de sus padres, de una infancia feliz en el oeste de Londres. Ella no le preguntó por sus relaciones amorosas, aunque sabía que las habría tenido. Rondaba los treinta y cinco años y era guapo. Debía haber tenido un montón.

Mia sentía una especie de adicción hacia él, como si necesitara saberlo todo sobre aquel hombre. Él parecía sentir lo mismo por ella, pendiente de cada palabra que decía.

Mientras les retiraban los platos, sus miradas se cruzaron de nuevo. Había una atracción tan intensa entre ellos que Mia apenas podía soportarlo.

Ella fue la primera en apartar la mirada. Trató de alcanzar el agua al mismo tiempo que Rob. Sus dedos se tocaron y una descarga eléctrica recorrió su cuerpo. Sus dedos se posaron sobre los de ella. Luego cogió la botella.

—No te preocupes —dijo—. Yo te la sirvo. Bastantes favores me haces en el trabajo. Es hora de que yo haga algo por ti.

Mia se sonrojó y se bebió el agua de un trago. Se habían terminado la botella de champán y se sentía mareada, con las piernas débiles y temblorosas cuando se levantó para ir al baño.

Una vez allí, se miró con detenimiento en el espejo y se retocó el pintalabios. Sonrió a su reflejo. No podía creer lo bien que estaba yendo la cita. Era tal y como había fantaseado: Rob era el hombre de su vida.

—¿Quieres postre? —le preguntó Rob cuando ella regresó a la mesa.

—Estoy bastante llena, pero podría dejarme llevar por la tentación —respondió ella—. Lo único que quiero es que la noche no termine. —Se ruborizó, temerosa de haber revelado demasiado. Solo era su segunda cita.

Él sonrió con picardía.

—¿Qué te parece si nos vamos a otro sitio? Un amigo me ha recomendado un buen hotel. Está muy cerca de aquí. Podríamos ir. —La miró expectante.

—Oh —dijo ella. El corazón se le aceleró al imaginarse juntos en una habitación de hotel—. Creo… Bueno, creo que estaría bien. De todos modos, estoy demasiado llena para tomar postre.

Los ojos de Rob brillaban mientras hacía una señal al camarero para que trajera la cuenta.

Pagó con premura y la tomó del brazo, antes de sacarla del restaurante.

—Vamos… Te necesito, Mia. —La miró profundamente a los ojos, con las pupilas dilatadas por el deseo—. Llevo deseando esto desde que te vi por primera vez.

SEIS

PRESENTE

El fin de semana, Rob aprovechó para jugar al golf mientras Jen llevaba a Lottie y a Jack al tenis y a la piscina y cuidaba de Ruby. A Jen no le importaba que Rob disfrutara de su tiempo libre con sus amigos. Estaba encantada de que su noche especial hubiera ido tan bien y de que hubieran conseguido reconectar. Pero, tras el ajetreado fin de semana a cargo de los niños, no se sentía descansada el lunes cuando la despertó el sonido del despertador. La semana se transformó en un torbellino de llevar a los niños al colegio y hacer las tareas domésticas. Consiguió ir al gimnasio casi todos los días y se sintió agradecida por poder sacar tiempo para relajarse. El jueves seguía agotada, pero se despertó más feliz, ya que era su día favorito de la semana: era el día en que ella, Natasha y Amy hacían su voluntariado en el refugio de gatos.

Se dio una ducha rápida y se dirigió a la cocina a preparar el almuerzo de los niños mientras Rob se arreglaba para ir al trabajo. Añadió un plátano, unas fresas y unas frambuesas en la batidora, agregó la mezcla de vitaminas que Rob solía tomar y lo batió todo antes de verterlo en su botella del gimnasio. Él iba todos los días después del trabajo y siempre concluía la sesión con un batido casero. Jen también acostumbraba a tomárselos, hasta que leyó un artículo sobre que el azúcar era la nueva nicotina y decidió dejarlos.

Los niños no tardaron en levantarse y ella empezó a prepararles el desayuno. Rob salió de la ducha, con el pelo todavía húmedo, y cogió un yogur con muesli de la nevera para tomárselo en el trabajo.

Cogió su mochila y ella le dio el batido junto con un beso de despedida antes de que Rob saliera del apartamento. Él les dijo adiós a los niños con la mano y Jen inició la vorágine que suponía llevarlos al colegio.

Tres horas después de levantarse, Jen dejó a Ruby en la guardería del gimnasio y se despidió de su hija, que jugaba alegremente con los juguetes. Ruby ya se había acostumbrado a quedarse allí y le gustaba el personal. Todos la conocían bien, ya que Jen la dejaba allí casi todos los días de entre semana.

A Jen le había costado un tiempo darse cuenta de que las ventajas de ir al gimnasio incluían hasta quince horas de guardería gratuita a la semana. Rob había dejado más que claro que no pensaba pagar guardería alguna mientras Jen no trabajara, pero estaba dispuesto a pagar el gimnasio de buen grado. Siempre había querido que ella tuviera buen aspecto. No era algo que fuera a reconocer, pero le gustaba tener a una mujer guapa a su lado para impresionar a los clientes. Quería que todos los carcamales que invertían en el mercado inmobiliario londinense lo envidiaran. «Las faldas más cortas venden las propiedades más caras», solía decirse en la oficina cuando ella trabajaba como agente inmobiliaria. A Jen nunca le había agradado aquella idea, era como si desacreditaran su esfuerzo. En aquel momento de su carrera, era la que más comisiones ganaba de toda la oficina; mucho más que Rob, que trabajaba en la misma agencia.

Rob sabía que el gimnasio ofrecía servicio de guardería, pero no era consciente de que su mujer lo utilizaba para algo más que hacer ejercicio. Los jueves dejaba a Ruby en la guardería para poder hacer el voluntariado en el refugio de gatos. Si Rob se enteraba, probablemente no entendería por qué necesitaba ella tener tiempo para sí misma. Exceptuando las horas de entrenamiento en el gimnasio, era el único momento de la semana en el que no tenía

que estar pendiente de sus hijos, el único momento en el que tenía una identidad más allá de la de ser madre. Y le encantaba cuidar de los gatos y ayudarlos a encontrar un nuevo hogar.

Jen caminaba por la calle bajo el sol abrasador. Sonrió al ver que sus manos no empujaban un carrito de bebé. Todavía estaba en las nubes por la velada que había compartido con Rob el viernes. Había ido de maravilla y se habían vuelto a sentir como una pareja, en lugar de simples padres. Y por fin había conseguido hablar con él sobre la necesidad de volver a conectar, de encontrar más tiempo para ellos. Él también ansiaba pasar más tiempo juntos como pareja. Le encantaba su trabajo, pero estaba harto de las largas jornadas encerrado en la oficina.

—Te he echado de menos, Jen —le había dicho, apretándole el muslo mientras ella comía el *teriyaki* de ternera vestida con su bata de encaje y el rostro aún sonrojado por la actividad de la alcoba—. Me encanta estar contigo. Tienes toda la razón: tenemos que dedicarnos más tiempo el uno al otro.

Le había sugerido una escapada romántica de fin de semana. Sus padres cuidarían de los niños en su casa de la playa, mientras que él y Jen se buscarían un hotel con *spa* para estar juntos.

Rob le transfirió quinientas libras a su cuenta para que reservara algo. Se había pasado la primera parte de la semana organizando los detalles y negociando con sus suegros para encontrar un fin de semana que les viniera bien a todos. Por fin, tras un intenso año cuidando de Ruby, Jen podría escapar del caos y volver a la vida cotidiana.

Cuando llegó al refugio, Amy y Natasha ya estaban allí. Natasha le daba el biberón a un gatito recién nacido y Amy limpiaba uno de los areneros. Jen saludó y se dirigió al ordenador que había en el escritorio para responder a los correos electrónicos que habían llegado durante la noche; algunos eran solicitudes para adoptar un

gato y otros, de gatos que se habían encontrado en la calle y que podrían ingresar en el refugio.

Llevaba allí cuatro meses, desde que Natasha se lo sugirió a la salida del colegio, cuando Jen le confesó su preocupación por que sus habilidades profesionales se quedaran obsoletas por dedicarse plenamente a ser ama de casa. Jen siempre había querido tener un gato, pero en su edificio no se permitían mascotas. Cuando Jen se quejó sobre la normativa a Amy, la recepcionista, se pusieron a charlar. Resultó que a Amy también le encantaban los gatos, y cuando Jen le habló del voluntariado, se apuntó sin pensárselo.

La mañana se pasó en un periquete. A Jen le encantaba trabajar allí. Siempre había todo tipo de cosas que hacer. Publicó varios anuncios en las redes sociales para buscarles un hogar a los felinos, cuidó y jugó con los gatos y enseñó el refugio a los posibles adoptantes.

—La mañana se ha pasado volando —dijo Natasha mientras recogían para irse.

—Como siempre —dijo Amy con nostalgia—. Ojalá me pagaran por trabajar aquí, en lugar de ser un voluntariado.

Jen le sonrió.

—¿No estás contenta en tu trabajo? —Amy siempre se mostraba imperturbable y tranquila, pero Jen sabía que había habido muchos problemas en el edificio, y que algunos de los propietarios podían ser muy exigentes y, a veces, incluso groseros con el personal de recepción.

Amy suspiró.

—Lo de siempre, ya sabes. Muchas quejas. Duchas que no funcionan, azulejos que se caen de las paredes, ese tipo de cosas. Por no hablar de un vecino que ha preguntado si se puede trasladar la piscina a la azotea. —Puso los ojos en blanco y Jen se rio.

Las tres salieron al abrazo del sol.

—¿Alguien quiere ir a comer? —preguntó Natasha—. Hace un día estupendo. Podríamos ir a comer fuera y aprovechar este solazo.

—Suena bien —dijo Amy—. Me vendría bien un poco de sol.

* * *

Media hora más tarde, las tres disfrutaban tumbadas en el césped del parque, comiendo sándwiches de supermercado. Jen recogió a Ruby de la guardería del gimnasio y volvió para reunirse con las otras dos. Ahora Ruby correteaba entre las tres mujeres con un plátano aplastado en la mano.

—¿Qué tal la cena del viernes con Rob? —preguntó Natasha.

Jen les había contado sus planes a Natasha y Amy la semana anterior.

—Fue de maravilla —respondió Jen, sonriendo al recordarlo—. Bueno, Rob llegó un poco tarde, pero…

—¿Otra vez por el trabajo? —la interrumpió Natasha, enarcando las cejas.

—Sí, pero…

—Te desvives por él, Jen —dijo Natasha con delicadeza.

—Pero eso es lo que acordamos —dijo Jen—. Cuando dejé el trabajo, acordamos que yo me encargaría de la casa y de los niños. Él tiene un trabajo muy ajetreado y yo estoy en casa todo el día.

Natasha suspiró y arrancó un puñado de hierba con los dedos.

—Mmm…

—Nunca te ha caído bien, ¿verdad? —dijo Jen.

Conoció a Natasha cuando esta trabajó durante un tiempo en la sucursal de Rob. Fue un trabajo temporal que dejó al poco tiempo para dedicarse a cuidar de personas mayores. Jen y ella no hablaron demasiado en aquel entonces; solo se habían visto una vez en el trabajo. Pero, cuando Lottie y Jack empezaron a ir al colegio de Matilda, la hija de Natasha, se hicieron amigas enseguida. A veces,

Jen se preguntaba si Rob había hecho algo que hubiera molestado a Natasha cuando trabajaban juntos. Ella siempre se mostraba crítica con él.

—No es eso. Es que parece que no valora todo lo que haces. El matrimonio debe ser equitativo. Ambos debéis sentir lo mismo el uno por el otro. Cuidaros mutuamente.

—Puede que ninguno de los dos valore al otro lo suficiente —dijo Jen—. Llevamos nueve años casados. Estamos juntos desde que íbamos al instituto. Estamos acostumbrados a convivir. Y creo que es normal que las parejas se distancien un poco cuando tienen hijos. La vida no da tregua y los niños requieren mucha atención. Siempre hay cosas por hacer.

Natasha asintió.

—Puede ser. No lo sé. Steve y yo nos separamos cuando Matilda tenía dos años.

Amy levantó la vista.

—El matrimonio requiere mucho esfuerzo —dijo—. Tenéis que ser totalmente compatibles para que dure. Estar hechos el uno para el otro.

—Ese es el problema —dijo Jen—. Amy tiene razón. Los matrimonios son trabajo. Rob ha estado distante últimamente. Trabaja duro y pasa mucho tiempo fuera de casa. Pero podemos recuperar la chispa. —Pensó en la pasión desatada que hubo entre ellos el viernes por la noche—. Sé que podemos hacerlo. Solo tenemos que ponerle empeño. Por eso le preparé su comida favorita; por eso hago lo posible por que tenga lo que quiere y esté contento.

—¿Y qué pasa con lo que tú quieres? —preguntó Natasha.

—Lo único que quiero es que mis hijos sean felices y tener una familia estable.

Amy asintió.

—Eso es importante, claro. Pero solo es lo básico. ¿Qué hay de la parte divertida? ¿Seguís haciendo el amor? —preguntó.

—¡Amy! —dijo Natasha—. ¡No puedes preguntarle eso! —Se rio.

—No pasa nada —dijo Jen—. Seguimos haciendo el amor. De hecho, siempre nos ha ido bien en ese aspecto. El problema no es el sexo. Es la comunicación, la conexión. Esa es la parte que nos falta. —Esbozó una sonrisa forzada—. Pero, como he dicho, estoy trabajando en ello.

Natasha frunció el ceño de nuevo y le puso una mano a Jen en la rodilla.

—Estoy preocupada por ti, Jen. ¿Por qué crees que es tu responsabilidad hacer que vuestro matrimonio funcione, y no de Rob?

Jen negó con la cabeza.

—No es solo mía. Es de los dos. —Aunque en el fondo sabía que solo ella se preocupaba por salvar su relación. Era ella quien había reservado el fin de semana romántico, quien había quedado con sus suegros para que cuidaran a los niños. Sabía que, en cuanto Rob pusiera un pie en la oficina, se olvidaría del asunto.

Lo intentó de nuevo.

—Mira, leí un artículo muy bueno en una revista: «Cómo mantener viva la chispa en tu matrimonio». Tenía consejos muy buenos.

—Tienes que dejar de leer esas revistas. Nunca podrás conseguir todo lo que te piden —Natasha le dio un apretón a Jen en el brazo —. Ir al gimnasio cinco veces por semana. Cocinar tres comidas saludables al día. Jugar constantemente con tus hijos y hacer actividades educativas. Estar siempre perfecta. Esforzarte para conservar a tu marido. No son más que tonterías. —Natasha miró con ira a lo lejos, como si se imaginara hablando con el editor de la revista y diciéndole lo que pensaba.

Jen unió las cejas. Sentía que Natasha estaba ridiculizando toda su

vida. Desde que pasó a ser ama de casa, esas eran precisamente las actividades a las que se dedicaba. Natasha era su mejor amiga, pero a veces sentía que no la entendía en absoluto.

—Tengo que irme —dijo Jen, que se levantó y cogió a Ruby de la mano—. Voy a visitar a mi madre a la residencia.

Natasha también se levantó.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó. Natasha conocía levemente la historia vital de Jen y sabía por qué le resultaba tan difícil visitar a su madre. Una vez la llevó a la residencia, cuando Jen tenía el coche en el taller.

—Tranquila, no hace falta —dijo Jen. Quería ir sola.

—Jen, no lo decía con mala intención. A veces soy demasiado directa, ya me conoces.

—No me ha molestado —dijo Jen, acercándose para abrazarla.

Natasha le devolvió el abrazo, apretándola con fuerza, sus cuerpos pegados el uno al otro. Cuando se separó, le colocó unos mechones de pelo alborotados detrás de la oreja.

—Sabes que solo digo estas cosas porque te quiero, ¿verdad? —le dijo con sinceridad.

Jen asintió.

—No pasa nada —dijo—. Nos vemos mañana a la salida del colegio. —Le dio un abrazo rápido a Amy y se marchó.

Mientras caminaba de vuelta a casa con Ruby en el carrito, Jen sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas. Tenía tantas esperanzas puestas en su matrimonio. Estaba segura de que lo tenía todo bajo control, de que recuperarían la chispa en su escapada romántica. Pero Natasha tenía razón. Ella se esforzaba más en reflotar su matrimonio que Rob. Pensó en el perfume que emanaba de la camisa de Rob, en todas las noches que se quedaba hasta tarde bebiendo con sus clientes. A veces se preguntaba si de verdad estaba donde afirmaba estar. Ella lo había dado todo para

convertirse en la esposa perfecta e impulsar la carrera de Rob. Pero ¿de verdad él no valoraba sus esfuerzos? ¿Estaba viviendo una vida tan vacía como Natasha pensaba? Lo único que quería era una familia feliz. Solo tenía que asegurarse de hacer cuanto estuviera en sus manos para conservarla.

SIETE

HACE SEIS MESES

Mia sonrió para sí misma al entrar en la oficina. Era la primera en llegar; le encantaba tener todo el local para ella sola. En las oscuras mañanas, la habitación del sótano en el que vivía le parecía miserable y claustrofóbica, pero, cuando llegaba temprano a la oficina, por fin sentía que tenía un espacio propio en el que estirarse y ponerse manos a la obra. En aquella sala vacía, poblada únicamente de pantallas de ordenador, por fin podía oír sus propios pensamientos.

Siempre hacía todo lo posible por causar una buena impresión en sus trabajos temporales, pero en este se estaba esforzando más de lo habitual, y llegaba temprano siempre que podía. Si Rob se quedaba hasta tarde, ella también lo hacía, y él solía invitarla a cenar. Su romance avanzaba a pasos agigantados y Mia se dejó arrastrar por esa maravillosa sensación de perder el control, de entregarse por completo a él. Por fin se sentía aceptada, formaba parte de algo. Ella y Rob eran dos mitades de un todo.

Fue él quien insistió en que sustituyera a su asistente personal, Grace, durante esa semana, mientras esta estaba de vacaciones. El escritorio de Grace estaba justo al lado del despacho de Rob y ahora Mia contaba con la excusa perfecta para plantarse allí cada vez que le apeteciera. Y, además, ahora tenían más motivos para ir a comer juntos.

Rob le dio acceso a su correo electrónico y a su agenda, y a ella le encantaba tener ese nivel de implicación en su vida. Se encargaba

de leer todos los correos que le llegaban y decidía a cuáles debía responder. Cuando tenía tiempo, revisaba sus antiguos correos y devoraba todo lo que le parecía interesante. No había nada del otro mundo, solo lo que se puede esperar de un agente inmobiliario. Rob borraba muchos de los correos una vez resueltos, y Grace había organizado los antiguos en carpetas. Una de las carpetas le llamó la atención: «Ático, Riverview Apartments».

Le resultó extraño porque las demás carpetas tenían nombres genéricos, como «Ventas de casas», «Ventas de pisos» o «Ventas de edificios». Hizo clic en la carpeta, leyó algunos mensajes y se dio cuenta de que era el apartamento que Rob había comprado. Encontró el folleto de venta y examinó el precioso ático, de muebles modernos y vistas espectaculares. Aún no la había llevado allí, pero estaba segura de que no tardaría en hacerlo. Por el momento, centraba sus esfuerzos en impresionarla con hoteles caros de impolutas sábanas blancas y restaurantes elegantes donde la atendían camareros ataviados con corbata negra. Sonrió ante la perspectiva de que viviera él solo en aquel enorme apartamento. Quizá no la había invitado allí porque lo tenía manga por hombro y la nevera vacía. Trabajaba tanto que probablemente le faltaba tiempo para cocinar y ordenar la casa. Seguro que le daba vergüenza que ella la viera en ese estado y lo juzgara. Quizá incluso le preocupaba que perdiera el interés cuando descubriera las condiciones en que vivía. Pero a ella no le importaba. Estaría dispuesta a ayudarlo a mantener la casa en orden. Sería el lugar perfecto para formar una familia juntos.

El día anterior se pasó cerca de media hora estudiando las fotos del ático, imaginando que vivía allí con Rob, compartiendo una botella de champán en el *jacuzzi* del balcón mientras contemplaban las vistas. Buscó el edificio en Google Street View y lo analizó desde todos los ángulos. Estaba a solo quince minutos a pie de la oficina.

Esa misma tarde dio un rodeo después del trabajo y se detuvo a mirar la parte superior del edificio, pensando en las vistas que ofrecía el ático. Pensó en llamarlo y hacerle una visita, pero luego recordó que estaba en el gimnasio.

Ahora, a primera hora de la mañana, encendió el ordenador y revisó los correos que le habían llegado a Rob durante la noche. No había gran cosa: un par de ofertas por un nuevo piso en venta y un cliente que quería vender su casa familiar. Todo lo demás eran correos basura, que no tardó en eliminar.

Acabó pronto con su tarea, así que fue a la cocina, vació el lavavajillas comunitario y se sirvió un vaso de agua. Después, tomó asiento y revisó la agenda de Rob. Primero, repasó la semana en curso. Ese día tenía unas cuantas reuniones: una con el equipo por la mañana y varias con distintos clientes por la tarde. Hojeó el calendario, mirando distraídamente las semanas posteriores.

Se detuvo de repente, con la respiración entrecortada.

Rob tenía una cita la semana siguiente, titulada «Aniversario de boda». La invitación la había enviado una tal Jen. Mia sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Eso solo podía significar una cosa: Rob estaba casado. Jen debía ser su esposa.

OCHO

PRESENTE

Jen entró en el aparcamiento de la residencia de su madre y salió del coche. Sintió un escalofrío mientras sacaba a Ruby de la sillita. Alcanzó los abrigos del asiento del copiloto. Antes hacía calor, pero ahora el sol se había escondido tras las nubes y sentía una ligera brisa acariciándole el cuello.

Dentro haría calor. Siempre mantenían la calefacción encendida para los residentes, incluso en verano. Se desplazó con prisa sobre la grava hasta la entrada, grande y brillante. En otros tiempos, el edificio había sido una casa señorial e, incluso ahora, parecía más un hotel que una residencia de ancianos. Cuando Jen recibió esa llamada dos años atrás en la que le comunicaron que su madre estaba ingresada en el hospital a causa de un derrame cerebral, acudió en su ayuda sin pensárselo. Su madre solo tenía cincuenta y cinco años, pero pronto quedó claro que no iba a recuperar todas sus facultades. Jen había perdido el contacto con ella hacía años, cuando esta no se presentó a su boda alegando que el lugar era «demasiado pomposo para alguien como su hija». A pesar de ello, Jen quedó devastada ante la perspectiva de que ingresaran a su madre en una residencia. Rob abrazó a Jen mientras lloraba y luego se puso manos a la obra, moviendo algunos hilos para conseguir que su suegra entrara en la residencia más cotizada del oeste de Londres. Jen derramó lágrimas de alivio cuando su marido le dijo que había encontrado una plaza allí. Pensaba que sería demasiado caro, pero Rob le dijo que no se preocupara, que él se encargaría de

todo.

El personal de recepción saludó amablemente a Jen y a Ruby. La pequeña les devolvió el saludo entre risitas. A su hija le gustaba ir allí, al contrario que a Jen.

Llegaron al apartamento de una habitación de su madre, en la planta baja. Jen respiró hondo y llamó con firmeza a la puerta.

—Adelante —invitó su madre.

Jen abrió la puerta. Su madre estaba sentada en su sillón, junto a la ventana; el gran mueble casi parecía engullir su frágil cuerpo. A pesar de visitarla todas las semanas desde hacía dos años, a Jen siempre la invadía una nueva sensación de intranquilidad al ver a su madre así. Todavía no tenía ni sesenta años, pero desde que sufrió el derrame había envejecido a pasos acelerados y ahora parecía mucho mayor.

—Ah, eres tú —dijo su madre, apartando la mirada de su hija y dirigiéndola de nuevo a la ventana—. Pensaba que era la enfermera. A veces me traen galletas a esta hora.

—Vengo todos los jueves, mamá.

—Bueno, ya sabes que no hace falta. Solo esperas a que me muera para quedarte con mi herencia.

Jen tragó saliva. Eso distaba mucho de la realidad. Su madre había vivido de alquiler en el este de Londres toda su vida y no tenía ni un centavo. Rob cubría todos gastos de la residencia. Pero no tenía sentido reiterárselo a su madre. Ella afirmaba que no recordaba las cosas por culpa del derrame cerebral, pero Jen sospechaba que más bien tenía memoria selectiva. Había cosas que prefería olvidar.

—¿Quieres que te prepare algo de beber, mamá?

—No, gracias, acabo de tomarme un té.

—¿Salimos a dar una vuelta por el exterior? Hace un poco de viento, pero con los abrigos no pasaremos frío.

—Estaría bien —dijo su madre.

Jen ayudó a su madre a ponerse el abrigo y luego le ofreció el brazo para que se apoyara en él. No contaba con la mayor estabilidad, por lo que caminaron sin prisa por el pasillo. Ruby iba agarrada a la otra mano de Jen, tirando de ella para que fuera más rápido.

—Más despacio, Ruby —dijo Jen, concentrándose en seguir el ritmo de su madre.

Al pasar por recepción, su madre saludó al personal, que le preguntó amablemente cómo había pasado el día.

—He pasado una mañana estupenda leyendo —respondió. Ya era más de lo que le había contado a Jen. Se consoló pensando que al menos allí era feliz. No se podía pedir más.

—¿Cuándo crees que vendrá a visitarme Harry? —preguntó su madre cuando salían por la puerta principal de la residencia y giraban a la derecha en dirección a los jardines.

—No lo sé, mamá —respondió Jen—. Ya sabes que no hablo con papá. —No se dirigían la palabra desde que él entró en la cárcel por fraude cuando Jen tenía quince años. Él salió de prisión varios años después, pero desde entonces no había vuelto a ponerse en contacto con ella ni con su madre.

—Normal que no te hable después de lo que hiciste —dijo su madre.

—Intentaba protegerte —dijo Jen, pero sabía que era inútil. Jen llamó a la policía porque su padre maltrataba a su madre. Tenía quince años y estaba harta de vivir con miedo en su propia casa. Temblaba cuando hizo aquella llamada, pero la policía llegó rápidamente y arrestó a su padre. Su madre recibió una paliza, pero no estaba furiosa con otra persona que con Jen.

La policía trató de ayudar a su madre, pero ella decidió no denunciar a su padre y, en secreto, lo había dejado volver a casa. Jen no se lo contó a nadie porque no quería que los servicios

sociales vinieran a su casa y se la llevaran. En lugar de eso, pasaba tanto tiempo como podía fuera de casa: en la biblioteca, en el parque o en casa de sus amigos. Solo volvía a dormir cuando no tenía otro sitio a donde ir y se marchaba temprano, antes de que su padre se levantara.

—Tu padre era el amor de mi vida —dijo la madre de Jen—. Tú lo arruinaste todo. Destruiste nuestra familia. La policía no habría investigado las acusaciones de fraude si tú no te hubieras chivado en primer lugar. —La mirada de su madre comenzó a trastornarse y Jen se dio cuenta de que estaba muy alterada.

—Vamos a dejar el tema, mamá —dijo Jen. Deseaba que Natasha estuviera allí con ella. Las veces que la acompañaba a la residencia le restaba tensión al ambiente charlando con su madre sobre el tiempo o la decoración del edificio. Eso le quitaba presión a Jen.

—No viene a visitarme por tu culpa. No le has dicho dónde estoy.

—Hace años que no sé nada de él. Pero, si se pone en contacto conmigo, le hablaré de ti. —Jen había empezado a pensar que quizá sus padres se merecían el uno al otro. Durante gran parte de su vida había deseado tener otros padres, unos más parecidos a los de Rob. Sin embargo, ahora que la salud de su madre había empeorado, sentía una conexión con ella. Cuando era joven, la había querido incondicionalmente. De vez en cuando, Jen recordaba a la madre que tanto había amado, la que no vivía anclada en el pasado y la animaba en sus horas bajas. La echaba de menos.

—Gracias —dijo su madre con antipatía—. Es lo menos que puedes hacer.

Continuaron paseando por los jardines y Jen empezó a enseñarle las diferentes flores a Ruby, ignorando a su madre. Recordó cuando tenía diecisiete años y conoció a Rob, y él la llevó a casa de sus padres. Tenían un jardín precioso y, cuando conoció a la madre de Rob, esta le enseñó los nombres de todas las plantas y cómo

cuidarlas. Se comportó como una madre con ella, más incluso que la suya propia.

Jen paseó por el jardín junto a su madre y Ruby durante quince minutos, charlando con su hija con cierta timidez, consciente de la presencia silenciosa de su madre a su lado. Jen miró con un gesto notorio el reloj Cartier que Rob le había comprado por su aniversario de boda.

—Tengo que ir a recoger a los niños al colegio. —Al decirlo, se dio cuenta de que su madre no le había preguntado por sus nietos ni una sola vez y que tampoco se había molestado en hablar con Ruby. Jen sintió esa familiar punzada de dolor que le provocaba el amor por su madre.

—Pues será mejor que te vayas —dijo su madre—. Pero llévame a mi habitación primero. Ya sabes que no puedo ir sola.

Caminaron en silencio. Jen observó cómo su madre volvía a hundirse en su sillón y encendía la televisión.

Jen entró en el cuarto de baño y comprobó en el armario. Vio los botes de pastillas dispuestos en fila que le había recetado el médico.

—¿Te estás acordando de tomarte la medicación, mamá?

—Claro que sí. Aún no he perdido la cabeza.

Jen metió la mano en el armario y se guardó un bote de ansiolíticos en el bolso. Estaba segura de que a su madre ya no le hacían falta y, aunque fuera así, no sería difícil que le recetaran más medicamentos en la residencia.

—Muy bien, mamá. Nos marchamos. —Volvió al salón y besó la fría mejilla de su madre.

Ella no reaccionó. En lugar de ello, puso toda su atención en la televisión mientras Jen abandonaba la estancia con Ruby.

Rob solía tener reuniones con clientes por las tardes, pero esa noche habían planeado cenar juntos. Jen había preparó la cena y acostó a Ruby. Rob le envió un mensaje a las 19:15 para decirle que estaba

saliendo del gimnasio y que se dirigía a casa. Ella empezó a calentar la cena, pero él no había llegado a las 19:30, ni a las 20:00, y a medida que pasaba el tiempo, Jen empezó a sentir cómo se le formaba una burbuja de ansiedad en el estómago. Probó a llamarlo, pero no respondió, así que le envió un mensaje de texto. Acostó a sus hijos y cenó sola. A las 22:30, había terminado de recoger el piso y de fregar los platos de la cena. Normalmente, si Rob no había vuelto para entonces, Jen se iba a la cama sola y lo veía a la mañana siguiente. Pero estaba preocupada por que no le hubiera respondido a los mensajes. Aunque estuviera fuera por temas de negocios, siempre respondía. Salió al balcón para tomar aire fresco e intentó llamarlo de nuevo. La llamada pasó directamente al buzón de voz.

Miró de nuevo el teléfono y se planteó llamar a alguien que pudiera comprobar si estaba bien. No había dado señales de vida desde que salió del gimnasio. Claro que podía haber tenido algún imprevisto, pero la habría avisado en ese caso.

Contempló las luces centelleantes del Londres occidental, con el Támesis discurriendo suavemente a sus pies. Se quedaría un rato más despierta para ver si volvía. Rob tenía que trabajar al día siguiente y, a menos que hubiera algún evento importante, siempre volvía a casa antes de medianoche entre semana. Jen regresó al interior y cogió un libro de la mesilla de noche. Llevaba cosa de un mes leyéndolo, pero solo conseguía leer unas pocas páginas cada noche antes de que las palabras empezaran a difuminarse. Quizá esa noche pudiera avanzar más.

Encendió las luces del balcón, se sentó en el sofá de mimbre y se envolvió en una manta para protegerse del frío aire nocturno. Se sentía en la cima del mundo, con medio Londres postrado ante ella. Recordó haberle dicho eso mismo a Rob al ver el ático por primera vez, cuando él estaba desesperado por comprarlo.

—No solo parece que estemos en la cima del mundo —le había respondido él, rodeándola con el brazo por los hombros—, parece que somos los dueños del mundo.

El edificio era el más exclusivo de la zona y sabía que Rob había hecho un negocio redondo consiguiendo que la promotora le ofreciera un descuento tan grande. Él había vendido la mayoría de los pisos del edificio a sus clientes, por lo que la empresa le echó una mano, encantada. Pero Jen no estaba del todo convencida de que vivir allí fuera la mejor opción. Hubiera sido perfecto sin los niños; era el tipo de casa en la que había fantaseado vivir cuando empezó a trabajar como agente inmobiliaria. Pero una parte de ella deseaba que los niños tuvieran un jardín en el que corretear, como en su casa anterior.

De modo que allí estaba. Valoraba todos los lujos con los que contaba, pero había habido muchos problemas con el edificio. Miró hacia el hueco entre los paneles por donde Ruby se había colado. Amy ya había encargado que los sustituyeran y el hueco se había tapiado. Jen se estremeció al pensar en lo que le podría haber ocurrido a Ruby si se hubiera caído.

Miró de nuevo el reloj. ¿Dónde estaba? ¿Qué le habría pasado después de salir del gimnasio?

Su teléfono sonó y se apresuró a cogerlo. Era un mensaje de Natasha.

Siento si te he molestado antes. No era mi intención. Solo me preocupo por ti, eso es todo. Espero que todo haya ido bien con tu madre. Besos.

Jen le respondió.

¡No te preocupes! Mamá estaba como siempre. Nunca sé qué decirle. ¡Ojalá hubieras venido conmigo! Rob todavía no ha llegado a

casa. Íbamos a cenar juntos esta noche, pero no ha vuelto. Besos.

Ay, Jen. Pero eso no es extraño en él, ¿no? Suele trabajar hasta tarde muchas veces.

No me ha enviado ningún mensaje para decirme dónde está. Estoy preocupada. ¿Crees que debería hacer algo?

¿Como qué?

No lo sé. Tengo la sensación de que puede haber pasado algo grave.

Jen tenía un horrible nudo en el estómago. ¿Y si le había ocurrido algo a Rob? ¿Y si no volvía a casa? ¿Y si aquella mañana, cuando le había dado la bolsa del gimnasio, era la última vez que lo veía?

Seguro que está por ahí con sus amigos. O con clientes. Ya sabes cómo es. Vete a la cama. Llegará de madrugada.

Jen tragó saliva. Por supuesto, Natasha tenía razón. Volvió al interior del ático, echó la llave a las puertas del balcón y la guardó, y luego se preparó para irse a la cama.

Le envió un último mensaje a Rob:

¿Dónde te has metido esta noche? Pensaba que ibas a volver a casa después del gimnasio. Avísame cuando puedas. Besos.

Luego cayó en un sueño intranquilo.

A las tres de la madrugada, el sonido de su teléfono la despertó. Al principio pensó que era la alarma, pero luego se dio cuenta de que era una llamada. Cuando estaba a punto de contestar, saltó el buzón de voz.

Llamada perdida de Rob.

Le dio un vuelco el corazón. Estaba a salvo. Gracias a Dios. Pero ¿qué hacía llamándola a esas horas? Su alivio se convirtió en irritación. Fijo que estaba borracho y no se había dado cuenta de la hora que era. Típico de él. Podría haberle enviado un mensaje en lugar de despertarla. Pero no había pensado en eso. ¿A qué estaba jugando? Le envió un mensaje:

¿Qué pasa? ¿Vienes a casa? Besos.

¿Dónde estaba? A esas horas, incluso los bares y discotecas estaban cerrados. Y él tenía que estar en el trabajo en unas horas.

Tan pronto envió el mensaje, el teléfono volvió a sonar.

Jen lo cogió.

—¿Rob? —Pudo notar la irritación en su propia voz—. ¿Dónde estás?

Pero no era Rob quien estaba al otro lado de la línea.

—¿Con quién hablo? —preguntó una voz femenina.

—Jen —dijo ella—. Soy Jen. ¿Quién eres?

Hubo una breve pausa.

—¿Es usted la esposa de Rob? —preguntó.

NUEVE

A Jen se le hundió el corazón hasta lo más profundo de su ser. Se sentó erguida en la cama. ¿Qué hacía otra mujer contestando al teléfono de Rob? ¿Y por qué le preguntaba si era su esposa? De repente, recordó el aroma del perfume desconocido en la camisa de Rob el otro día.

—Sí, sí, soy su esposa —dijo secamente—. ¿Y quién eres tú? —No estaba segura de si quería saber la respuesta.

—Me llamo Priti. Soy enfermera en el West London Hospital.

—¿Qué? —dijo Jen, tratando de procesar lo que acababa de oír. El pulso se le aceleró. ¿Por qué no la llamaba Rob en lugar de una enfermera?—. ¿Dónde está Rob? —preguntó desesperada—. ¿Está en el hospital? —«No puede estar muerto, ¿verdad?».

—Cálmese, Jen —dijo la enfermera. Sonaba aburrida; esas llamadas no eran más que una parte rutinaria de su trabajo—. Rob está en el hospital. Ahora está bien. Lo encontraron inconsciente en un callejón. No sabemos muy bien qué le ha pasado. Un transeúnte llamó a una ambulancia y lo trajeron al hospital.

—¿Qué? —dijo Jen—. ¿Había bebido?

—El médico cree que sí. Vemos a muchos borrachos por aquí. Normalmente dejamos que se les pase la borrachera y los enviamos a casa. Pero a mí no me parecía que estuviera borracho. Y dice que no recordaba haber bebido ni tomado drogas. Se había desmayado. Cuando volvió en sí, estaba confuso y desorientado. No sabía qué estaba pasando.

—Dios mío —dijo Jen—. Pero ¿ahora está bien?

—Parece que sí. Pero no está en condiciones de volver a casa él

solo. Habrá que supervisarlo durante las próximas veinticuatro horas. No estamos seguros de la causa del desmayo. Todo parece estar en orden. Tenía la tensión arterial un poco baja, pero eso es todo. Le recomiendo que lo vigile en casa, por si acaso. Si le preocupa que algo no vaya bien, puede traerlo directamente aquí.

Jen tragó saliva. Se sentía aliviada de que estuviera bien.

—Así lo haré —dijo.

—¿Puede venir a recogerlo? —preguntó la enfermera.

Jen pensó en sus hijos. Tendría que llevárselos con ella hasta el hospital.

—Iré tan pronto como pueda —respondió.

Jen colgó y se quedó mirando el teléfono, con la adrenalina aún corriendo por sus venas. Rob estaba en el hospital. Pero estaba bien.

Entró en las habitaciones de sus hijos y comprobó que estuvieran bien. Dormían plácidamente. No quería sacarlos de la cama para ir al hospital, pero tenía que ver a Rob, comprobar que estuviera bien de verdad y traerlo a casa. Parecía que había estado inconsciente durante mucho tiempo. ¿Y si la enfermera estaba restando importancia a sus síntomas?

Natasha siempre le decía que podía llamarla en cualquier momento si necesitaba ayuda. Sabía que su hija se quedaba con su padre esa noche, por lo que estaría libre de cargas infantiles. Además, Jen la había ayudado hacía poco, cuando a Natasha se le averió el coche y la llevó a ver a todos sus pacientes ese día.

Jen respiró hondo y llamó a Natasha.

—¿Jen? —dijo Natasha, medio dormida—. ¿Qué pasa? ¿Es Rob? ¿Qué ha hecho?

—Siento mucho llamarte en mitad de la noche. Rob está en el hospital. Se ha desmayado… Y tengo que ir a recogerlo. ¿Podrías venir a cuidar de los niños mientras voy a buscarlo? Están todos dormidos. Puedes acostarte en el sofá mientras tanto.

—Sí, claro —dijo Natasha—. Me visto y estoy allí en quince minutos.

Jen suspiró aliviada. Gracias a Dios, siempre podía contar con Natasha.

Cuando Jen llegó al hospital y vio a Rob, se dio cuenta enseguida de que se encontraba en muy mal estado. Todavía estaba aturdido y confuso.

—Solo necesita descansar —dijo la enfermera—. Pero, si sus síntomas empeoran, tráigalo al hospital, por favor.

—De acuerdo —dijo Jen.

Rob apoyó todo su peso sobre ella mientras lo conducía a la salida del hospital, balanceándose de un lado a otro. Jen se alegró de no tener a los tres niños con ella. No habría podido encargarse de ellos y de Rob al mismo tiempo.

Consiguió meterlo en el coche y lo llevó a casa. Lo subió en el ascensor hasta el ático.

—Hola —saludó en voz baja a Natasha al entrar—. Ya estamos.

—Hola —respondió Natasha mientras Rob se dejaba caer en el sofá —. ¿Qué le ha pasado? —le susurró a Jen.

—Se ha desmayado.

—Dios mío —dijo Natasha, mirándolo con recelo—. Pobrecito. ¿Puedo hacer algo para ayudar? ¿Quieres que me quede contigo?

Jen suspiró.

—No, tranquila, no pasa nada. Me han dicho que lo vigile hoy y que me asegure de que está bien.

Natasha se fue y Jen llevó a Rob al dormitorio. Lo ayudó a quitarse la ropa y a meterse en la cama. Luego se acurrucó a su lado e intentó dormir un par de horas más.

* * *

Después de llevar a los niños al colegio la mañana siguiente, Jen

volvió a casa con Ruby para ver a Rob. Lo había dejado dormido, pero ahora estaba levantado y vestido con su traje.

—Llego tarde al trabajo —dijo, como si fuera culpa de Jen—. No me ha sonado el despertador.

—No puedes ir a trabajar. Los médicos dijeron que debes descansar. —Seguía teniendo los ojos enrojecidos y parecía inestable. Ella le tocó el brazo—. Estaba muy preocupada por ti. —Había sido incapaz de pegar ojo desde que volvió a casa con Rob. No dejó de dar vueltas en la cama para comprobar que seguía respirando. No entendía qué había pasado. Rob nunca había tenido ningún problema de salud.

—No puedo quedarme a descansar. Hoy tengo reuniones importantes. Tengo que ir a la oficina.

Jen negó con la cabeza.

—Ya le he enviado un correo a Grace para decirle que no te encuentras bien. Dice que ella se encarga de todo y que te recuperes pronto.

Rob se llevó una mano a la cabeza.

—Tengo un dolor de cabeza espantoso. Quizá tengas razón. Será mejor que me quede en casa. Puedo dedicarme a responder correos.

—Siéntate en el sofá y descansa —dijo Jen, guiándolo suavemente hacia allí—. Te prepararé una taza de té.

Se sentó a regañadientes y dejó caer la cabeza sobre los cojines.

—Sigo muy cansado —dijo—. No sé qué me ocurrió. Estaba saliendo del gimnasio y, de repente, me desperté en urgencias.

—¿Estuviste bebiendo?

—¡No! —dijo Rob—. No recuerdo haber bebido nada. De verdad. Todo es muy extraño.

Jen frunció el ceño. La enfermera tampoco creía que hubiera bebido. Y, aunque fuera así, Rob solía tolerar bien el alcohol.

Jen le pasó los dedos por el espeso cabello rizado.

—¿No bebiste nada de nada? Entonces, ¿qué pasó?

—Debí desmayarme al salir del gimnasio. Pero los médicos me hicieron pruebas y no encontraron nada fuera de lugar.

—Tienes que hacerte más pruebas —dijo Jen—. Ve al médico. Asegúrate de que está todo bien. —No pudo evitar pensar en su madre y en cómo el derrame cerebral le había cambiado la vida por completo. Se le hizo un nudo en la garganta al pensar que algo así le pudiera pasar a Rob.

—No necesito ir al médico —dijo Rob con desdén—. Ya me han hecho pruebas en el hospital. Además, ya estoy bien.

—Tienes que ir. Solo por descartar que no sea algo grave.

Rob negó con la cabeza.

—Estoy bien. De verdad. Hoy puedes hacer de enfermera y cuidarme, pero mañana vuelvo al trabajo.

Jen lo miró, tumbado en el sofá con el traje puesto.

—¿Seguro que me estás contando todo lo que ocurrió anoche? —preguntó.

Él asintió.

—¿Por qué te iba a mentir? —dijo, cogiendo el mando a distancia. Y encendió la televisión, dejando claro que la conversación había terminado.

DIEZ

HACE SEIS MESES

Mia se quedó mirando el calendario de Rob, incrédula ante lo que veía. No había ningún tipo de duda: la cita en la agenda de Rob para la semana siguiente estaba marcada como «Aniversario de boda». Rob estaba casado. Tenía esposa.

Mia no supo cuánto tiempo estuvo mirando la agenda, pero debían haber dado las nueve, porque a su alrededor las filas de escritorios empezaron a llenarse y la oficina bullía de actividad mientras sus compañeros colgaban sus abrigos y encendían sus ordenadores. Mia tragó saliva, ignorando el teléfono que sonaba en su escritorio. Tuvo ganas de echarse a llorar. Después de todo lo que había vivido junto a Rob. Todas las escapadas a hoteles a la hora del almuerzo, las citas secretas en los dormitorios de lujosos apartamentos nuevos, las preciosas palabras que le dedicaba, las promesas que le había hecho. Le había dicho que la amaba. No podía estar casado. Era imposible.

El teléfono seguía sonando y tuvo que contestar.

—Hola, Inmobiliaria Davidson. ¿En qué puedo ayudarle? —Trató de sonar profesional, conteniendo las lágrimas. Todos los años de esfuerzo intentado triunfar como actriz habían dado sus frutos. La mujer quería ver una casa en la zona y Mia apuntó la cita en la agenda de uno de los agentes.

—¿Alguien quiere un café? —preguntó en voz alta.

Varias caras la miraron desde sus pantallas con expresión ausente.

—Iba a ir a Audrey's… —añadió tímidamente cuando nadie

respondió. Al empezar a trabajar allí, le dijeron que el ambiente era muy agradable, pero no parecía ser el caso con ella.

Contuvo un suspiro. Iría a por un café para ella y otro para Rob. Audrey's era su cafetería favorita y él siempre se mostraba agradecido cuando ella aparecía con uno de sus brebajes humeantes. Para cuando volviera de la cafetería, Rob ya estaría en la oficina preparándose para la reunión del equipo. Eso le daría una excusa para entrar en su oficina y hablar con él. Para preguntarle por Jen.

Mientras esperaba en la cafetería, pensó en su relación. Todo parecía ser perfecto: las comidas caras, los cariñosos regalos, las visitas a hoteles de lujo. Él no se quedaba a dormir siempre; decía que prefería irse a casa y dormir en su propia cama. Pero a veces sí que se quedaba. ¿Dónde creía su mujer que estaba en esos casos?

Mia se sentía estúpida. ¿La había utilizado? ¿Sabía toda la oficina que estaba casado? Él nunca llevaba alianza en el trabajo, nunca había mencionado a su mujer, ni siquiera a una novia. Ella había dado por sentado que estaba soltero. ¿Cómo había podido volver a pasarle? Estaba convencida de que Rob era un buen tipo, creía que era el hombre de su vida. Pero estaba casado. ¿Qué significaba eso? ¿Que todas las veces que le había dicho que estaba enamorado de ella era mentira? No podía ser. Nadie podría fingir algo como lo que había entre ellos.

La mente le daba vueltas mientras regresaba a la oficina con los cafés calientes. Respiró hondo, llamó a la puerta del despacho de Rob y entró con el corazón a mil por hora.

Él levantó la vista y sonrió, observando el café antes de fijar la mirada en sus pechos, realzados por el escote de su blusa.

—Mia, eres la mejor —dijo mientras ella le entregaba la bebida. Él le puso la otra mano sobre el hombro—. Creo que tú y yo nos lo vamos a pasar en grande esta semana —le susurró, mirando hacia la

puerta de la oficina para asegurarse de que nadie pudiera oírlos—. El viernes pienso llevarte a comer a uno de los mejores restaurantes de Londres. Suele haber lista de espera, pero conozco al dueño. —Le guiñó un ojo—. Y también conozco un hotel cerca.

—¿Quién es Jen? —espetó Mia, apartándose de él.

—¿Jen? —Rob cruzó rápidamente el despacho y cerró la puerta.

—Sí, Jen. ¿Es tu mujer?

Rob frunció el ceño.

—Es mi exmujer.

—En tu agenda pone que la semana que viene es tu aniversario de boda.

Rob arrugó el rostro y respiró lentamente.

—Es cierto. Habríamos hecho nueve años de casados. Ella lo anotó en mi agenda el año pasado. Supongo que ninguno de los dos cayó en la cuenta de borrarlo. —Miró a Mia a los ojos—. Estamos separados, Mia, desde hace un año. —Mia intentó asimilar la información—. Lo siento si te has llevado una impresión equivocada por culpa de mi agenda. No creerías que seguíamos juntos, ¿verdad?

Se sintió como una tonta.

—No, pero…

—Ay, Mia —dijo él—. Debería haberte dicho que estuve casado. —Bajó la vista hasta sus pies—. Debería haber sido sincero desde el principio, pero me preocupaba que fuera demasiado pronto. Me gustas mucho y no quería asustarte. —Le tomó la mano con delicadeza y la miró a los ojos—. Hay algo más que no sabes y que debería haberte dicho. Tengo hijos, tres. No sé por qué no te lo he dicho antes, seguro que te habrías acabado enterando por alguien de la oficina. Eres muy joven, y quería que me conocieras bien primero, para que vieras cómo soy. No quería que mi situación te espantara.

—Los niños no me habrían espantado. Me gustan los niños. —Mia

pensó en su propia hija. Tragó saliva y respiró hondo, decidida a hablarle de ella.

—Debería haber sabido que no te importaría —dijo Rob antes de que ella pudiera abrir la boca. Había perdido su oportunidad—. Eres encantadora —continuó—. Eres perfecta para mí. Mi separación fue muy dolorosa. Quería mucho a mi mujer, teníamos una familia muy feliz. Tenía todo lo que quería. Pero me engañó. Pensé que nunca sería capaz de volver a confiar en alguien. Pero entonces te conocí a ti, Mia. Es una sensación inexplicable, contigo me siento seguro. —Le apretó la mano entre las suyas—. Por favor, no me abandones, Mia —dijo—. Creo que me estoy enamorando de ti.

ONCE

PRESENTE

Natasha y Jen caminaban juntas desde el colegio. Jen empujaba el carrito de Ruby mientras los otros niños corrían en dirección al parque.

—¿Cómo está Rob? —preguntó Natasha—. ¿Se encuentra mejor?

—Está bien —respondió Jen—. No parece que vaya a tener problemas a largo plazo. Después del desmayo de la semana pasada, Jen no pudo evitar preocuparse, pero Rob volvía a ser el de siempre. No había indicios de que nada anduviera mal.

—Quizá haya sido algo puntual.

—Eso espero. —Jen sintió una gota de lluvia en la piel desnuda de su brazo y miró al cielo con recelo.

—El pronóstico daba lluvia —dijo Natasha, poniéndose la capucha —, pero creo que solo será un chaparrón pasajero.

—Será mejor no arriesgarse —dijo Jen—. ¿Por qué no os venís Matilda y tú a nuestra casa? Los niños pueden jugar un rato y luego les prepararé algo para cenar.

—Hoy me toca a mí ser la anfitriona —dijo Natasha—. ¿Por qué no venís vosotros a mi casa?

Lottie, Jack y Matilda volvieron corriendo hacia ellas.

—Mamá, ¿tienes un paraguas? —preguntó Lottie.

Jen negó con la cabeza. No esperaba que lloviera.

—No, cariño. ¿Por qué no sacas tu abrigo de la mochila? —Jack y Matilda ya llevaban los suyos puestos.

—Me lo he dejado en el colegio —dijo Lottie.

—No te preocupes. De todos modos, nos vamos a casa ya. Matilda puede venirse con nosotros a jugar.

—Venid vosotros a mi casa, insisto —dijo Natasha rápidamente—. Aunque está un poco desordenada. —Se sonrojó.

Jen había estado en casa de Natasha varias veces. Su piso de una habitación estaba plagado de juguetes de Matilda.

—Pero, mamá… —se quejó Matilda—. Nuestro piso es un rollo.

—¡Venid a nuestra casa! —gritó Lottie—. Porfa, mamá…, ¿puede venir Matilda a casa?

Jen miró a Natasha. La lluvia arreciaba.

—Nuestra casa está un poco más cerca —dijo.

—Vale —dijo Natasha con una sonrisa—. Pero la próxima vez venís a la nuestra.

Entraron apresuradamente al edificio en cuanto llegaron. Amy salió de detrás del mostrador de recepción para saludar.

—Estás empapada —le dijo a Lottie, que temblaba de frío—. ¿No tienes abrigo?

—Me lo dejé en el colegio —repitió Lottie, mirándose los pies.

Amy le quitó el jersey mojado a Lottie, la abrazó y le frotó los brazos fríos.

—Será mejor que entres a calentarte —le dijo. Amy siempre se había portado muy bien con los hijos de Jen. Tenía un sexto sentido para reconfortarlos. Con el tiempo, se había convertido en una especie de tía para ellos.

Alguien llegó a la recepción y Amy se retiró a su puesto de trabajo.

—Hasta luego —les dijo a Jen y Natasha, lanzándoles un beso a ambas.

Lottie, Matilda y Jack ya se encontraban frente a la puerta del ascensor y discutían porque Jack había llegado primero y pulsado el botón.

—¡Me tocaba a mí! —le gritó Lottie a Jack, empujándolo.

Jack le devolvió el empujón.

—Dejad de pelearos —dijo Jen con firmeza, separando a los niños. Se fijó en un hombre trajeado que esperaba el ascensor junto a ellas. Le dedicó una sonrisa de disculpa. A veces echaba de menos vivir en su antigua casa, donde los niños podían ser niños nada más cruzar la puerta.

—Bajad la voz —dijo Jen.

Cuando llegó el primer ascensor, dejó que el hombre entrara solo y esperaron al siguiente. Llegó en cuestión de segundos y el grupo se apiñó dentro.

El botón del decimonoveno piso estaba fuera del alcance de los niños, así que lo pulsó para evitar discusiones. El ascensor comenzó su veloz ascenso y Jen observó cómo los números se sucedían en la pantalla digital. En el piso dieciséis, el ascensor se detuvo con brusquedad y Jen se puso en tensión. En lugar de abrirse, las puertas temblaron ligeramente y el habitáculo descendió unos centímetros. Las luces se apagaron.

—¿Qué ha pasado? —dijo Jack.

—No hay nada de qué preocuparse —dijo Jen rápidamente—. En un momento nos pondremos en marcha. —Pulsó el botón para abrir las puertas, pero no pasó nada. Quizá estaban entre dos pisos. La pantalla eléctrica del ascensor se había apagado. ¿Se había ido la luz? Intentó mantener la calma, apoyándose en la pared en busca de sustento. ¿Y si el ascensor caía en picado por el hueco?

Jack empezó a dar saltos.

—¡Muévete, ascensor! ¡Muévete!

—¡Para! —dijo Jen con dureza. Se sintió mareada, de pronto consciente de la pequeña caja metálica en la que se encontraban y de la altura a la que estaban.

Natasha pulsaba el botón de alarma, pero no parecía funcionar. Seguro que estaba alertando a alguien, solo que no sonaba.

—¿Estás bien, Jen? —preguntó Natasha de repente, con el rostro iluminado por la débil luz de emergencia—. Estás pálida.

—Estoy bien —dijo Jen. De repente, se sintió aturdida y se dejó caer al suelo—. Solo necesito sentarme. —Nunca le habían gustado los lugares cerrados, desde que era niña. Siempre se sentía vulnerable y atrapada. Cuando era pequeña, se escondía en el armario de su habitación mientras su padre pegaba a su madre, y los espacios cerrados aún le aceleraban el pulso.

—¿Cómo está Ruby? —preguntó Jen. Ruby estaba sospechosamente callada en su carrito.

—Está bien —respondió Natasha—. Voy a llamar a Amy para ver si puede solucionar esto.

—¿Por qué no nos movemos? —preguntó Jack con impaciencia.

Lottie se sentó en el suelo, temblando dramáticamente.

—Tengo mucho frío —dijo—. Necesito cambiarme de ropa.

—Saldremos de aquí pronto —dijo Natasha. Estaba llamando a Amy. Al otro lado de la línea, Jen oyó que Amy contestaba, así como la breve conversación entre las dos mujeres.

—Lo va a solucionar enseguida —le dijo Natasha a Jen, agachándose a su lado. Rodeó a Jen con el brazo.

Jen se sonrojó, avergonzada.

—Lo siento mucho, lo estoy empeorando todo —dijo, tratando de recobrar el aliento—. Es que… odio sentirme atrapada.

—Tranquila, no pasa nada —dijo Natasha, acariciándole el pelo como si fuera una niña—. Todo el mundo tiene miedo de algo.

Jen recordó a Ruby en el balcón, lo cerca que había estado de caerse. Ahora estaban casi a la misma altura. Tenían que salir del ascensor cuanto antes. La administración del edificio había cometido un error al instalar los paneles del balcón con demasiada separación. ¿Y si también habían cometido un error con el ascensor? ¿Y si no era seguro?

—No pasa nada —dijo Natasha con suavidad—. Estas cosas pasan a diario. Todo irá bien.

Jen apoyó la cabeza en el hombro de Natasha. Era afortunada de tener una amiga como ella.

—¿Hola? —Un hombre gritaba al otro lado de las puertas.

Los niños se quedaron paralizados al oírlo.

—¡Hola! —gritó Natasha—. Estamos atrapadas en el ascensor.

—Un momento —dijo el hombre—. Voy a sacaros.

El hombre no tardó mucho en hacer descender el ascensor, abrir las puertas y liberarlas. Diez minutos más tarde, estaban en el ático. Lottie fue a cambiarse de ropa y Jen puso aperitivos saludables en la mesa de la cocina para que los niños comieran. Le preparó una taza de té a Natasha y se fueron al salón a charlar mientras veían jugar a los niños.

Natasha se agachó en el suelo para jugar con Ruby, mientras que los mayores correteaban por la casa.

—Echo mucho de menos cuando Matilda era pequeñita —dijo—. Es una etapa preciosa.

Jen sonrió.

—Es verdad. Pero siempre hay tantas cosas por hacer que no sé si las estoy valorando como se merece.

—Me encantaría tener otro hijo —dijo Natasha, nostálgica—. Siempre pensé que tendría una familia más grande, pero, cuando Steve se marchó, se llevó consigo los planes de tener más hijos.

—¿Cuántos querías tener? —preguntó Jen.

—Tres. Quizá incluso cuatro.

—Aún estás a tiempo.

—Tendría que conocer a alguien con una buena cuenta bancaria —dijo Natasha entre risas—. No se pueden criar tres o cuatro hijos en un piso de una habitación.

—Nunca se sabe lo que te depara el futuro —dijo Jen—. Quizá

conozcas a alguien. —Jen se preguntó si había estado con alguien desde que se separó de Steve. Ella nunca había mencionado a nadie.

—Quizá ya lo he conocido —dijo Natasha en voz baja, mirando a Jen.

—¿En serio? —dijo Jen—. ¿Quién es?

—Tú no lo conoces —dijo Natasha, sonrojándose—. Olvida lo que acabo de decir.

La tarde se pasó volando entre charlas y juegos. Natasha recogió los juguetes de los niños mientras Jen preparaba una cena rápida.

—Gracias por volver a invitarnos —dijo Natasha—. La próxima vez me toca a mí.

—No hay de qué —dijo Jen—. Siempre es un placer veros a ti y a Matilda.

—Bueno, mejor me voy ya. Tengo que preparar la cena.

—¿Quieres quedarte a cenar con Rob y conmigo? Iba a preparar salmón. Hay comida de sobra para los tres. He comprado un salmón entero, iba a usar lo que sobrara para hacer pasta y ensaladas.

Natasha dudó un segundo y luego sonrió.

—Claro —dijo—. Me encantaría. Dime en qué puedo ayudarte.

—Puedes echar un ojo a los niños mientras preparo la cena.

—Ruby se tendrá que acostar pronto, ¿no? Si quieres, puedo bañarla y meterla en la cama.

—Sí, por favor —dijo Jen, agradecida. A veces, parecía que Natasha sabía intuitivamente lo que necesitaba. Rob solía ser igual, pero últimamente estaba tan absorto en su trabajo que no le prestaba tanta atención a la familia.

El sonido del timbre las tomó por sorpresa. En teoría, era imposible llegar a la planta del ático sin una tarjeta magnética que se debe pasar en el ascensor, pero esa era otra de las prestaciones del edificio que no funcionaba, y en ese momento cualquiera podía

acceder a cualquier planta. Jen había instalado un videoportero y estaba a punto de mirar la aplicación de su teléfono, pero Natasha se le había adelantado hasta la puerta.

—¿Hola? —dijo Jen mientras Natasha abría la puerta a una mujer joven de cabello oscuro.

—Hola —dijo—. Vengo a ver a Rob. ¿Está en casa?

—No, todavía no —respondió Jen—. No suele volver hasta las 19:30.

—Ah, claro. —La mujer parecía nerviosa—. Yo… eh… trabajo con él. Salimos de la oficina a la misma hora. Pensaba que ya estaría en casa.

—Normalmente va al gimnasio después del trabajo.

—Sí, lo sé. —La mujer se recogió el pelo detrás de las orejas—. Es que pensé… Bueno, me pareció escuchar que no iba a ir al gimnasio hoy. Pensaba que vendría directamente a casa. Pero no importa. —Le tendió a Jen una carpeta de color lila llena de papeles—. Solo he venido a traerle esto. Se la dejó en la oficina.

—Claro, gracias —dijo Jen, cogiendo la carpeta—. Se la daré.

La mujer dudó un momento en el umbral y, por un segundo, Jen pensó que tenía algo importante que decir. Pero lo único que pronunció fue:

—Genial, gracias, Jen. —Y luego se dio la vuelta y se marchó.

Jen frunció el ceño. No le había dicho su nombre, pero la mujer lo sabía. Supuso que Rob se lo habría mencionado en el trabajo. Jen cerró la puerta y dejó la carpeta sobre la mesa de la cocina.

—Qué raro ha sido eso, ¿no? —le dijo a Natasha.

—Un poco, sí.

—¿La has reconocido? De cuando trabajabas con Rob.

Natasha negó con la cabeza.

—No, no me sonaba. Pero tampoco estuve allí mucho tiempo. No me acuerdo de todo el mundo.

Rob llegó a casa media hora más tarde y saludó a Jen con un beso y una sonrisa. Natasha seguía intentando dormir a Ruby; Jen podía oírla leerle un cuento en su habitación.

—Natasha se queda a cenar —dijo Jen.

—Ah, vale —respondió él—. Genial. —Rob siempre había mostrado tanta indiferencia hacia Natasha como ella hacia él. Jen se preguntaba si era alguna rencilla de cuando trabajaban juntos. Natasha fue una de tantas trabajadoras temporales, mientras que Rob era el jefe. Quizá no habían sido capaces de desprenderse de esa dinámica de poder.

—Y ha venido alguien de tu trabajo a dejar unos papeles.

—¿Qué papeles?

—Dijo que te los habías olvidado en la oficina.

Rob dio unos golpecitos a su maletín.

—Ah, sí —dijo—. Por supuesto. ¿Dónde están?

—En la mesa de la cocina —respondió ella.

Se acercó a la mesa y cogió la carpeta.

—Voy a dejarla en mi escritorio y me cambio.

De camino al despacho, se cruzó con Natasha, que salía del dormitorio de Ruby.

—¡Natasha! —dijo. Se inclinó para darle un beso en la mejilla—. Me alegro de verte.

Natasha se sonrojó.

—Yo también me alegro de verte —dijo con torpeza.

Rob siguió hacia el despacho y Jen le lanzó una sonrisa a Natasha. Apreciaba que se esforzara por llevarse bien con Rob, aunque sabía que solo lo hacía por ella. Jen quería que tuvieran una buena relación. Quizá ahora que Rob y Natasha ya no trabajaban juntos encontraran más cosas en común. Quizá podrían ser amigos.

DOCE

HACE CINCO MESES

—Pasa a mi despacho, Mia —dijo Rob, y a Mia se le aceleró el corazón. Últimamente siempre se mostraba muy formal con ella en la oficina, en un esfuerzo por que nadie descubriera su relación. Ella no estaba convencida de que funcionara. Sus compañeros de trabajo nunca le habían mostrado mucho afecto, pero los cuchicheos y las risitas cuando pasaba por delante de ellos eran cada vez más frecuentes. No le quedaba claro si eso tenía algo que ver con Rob, ya que ella nunca había sabido hacer amigos.

—Claro —dijo, levantándose de un salto, y lo siguió a través de la puerta—. ¿Qué ocurre? —preguntó mientras la cerraba.

—Necesito hablar contigo —dijo él, y por un instante Mia pensó que iba a romper con ella.

—Ah. Sí, dime —dijo ella en voz baja.

—Aquí no —dijo él—. Durante el almuerzo. He reservado mesa a la una en la *osteria*. Puedes irte de la oficina a las 12:45, yo saldré cinco minutos después y nos vemos allí.

—De acuerdo —dijo Mia esbozando una sonrisa.

—Genial —dijo Rob, abriendo la puerta de su oficina e invitándola a salir.

* * *

Una hora más tarde, Mia se puso el abrigo y los guantes y salió de la oficina, manteniendo la cabeza deliberadamente gacha al pasar por delante de la puerta cerrada del despacho de Rob. El tiempo había

refrescado bastante y, a medida que caminaba por la calle, se fijó en que los escaparates ya estaban adornados con la decoración navideña. La Navidad siempre la había entristecido, incluso cuando era niña. Las demás familias siempre eran numerosas, felices y agradables, mientras que la suya estaba compuesta solo por su madre y por ella, y los regalos se limitaban a un par de detalles simbólicos, nunca los que ella pedía.

Cuando llegó al restaurante, el camarero la sentó en una mesa al fondo del local, donde esperó a Rob doblando y desdoblando la servilleta con nerviosismo. No sabía de qué iba todo aquello. Rob estaba más distante con ella últimamente. Le había explicado que darían una mala imagen si la gente se enteraba de que estaban juntos. Los demás trabajadores no entenderían que se habían enamorado de verdad; pensarían que él abusaba de su situación de poder.

—No te has aprovechado de mí en ningún momento —le había dicho Mia, sorprendida.

—Lo sé, pero es poco decoroso. Yo soy el jefe y tú… —Se aproximó a ella por encima de la mesa del restaurante y le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja—. Bueno, tú acabas de empezar.

A Mia no le agradaba la nueva formalidad que imperaba entre ellos. Sus compañeros de trabajo tendían a ignorarla; hacían planes para salir a tomar algo delante de ella, pero nunca la invitaban. Le gustaba intercambiar miradas secretas con Rob, sabedora de que los demás no tenían ni idea de lo que se traían entre manos. Le hacía sentir poderosa. Ansiaba el momento de cruzar miradas con él, esas miradas que solo ellos comprendían. Ahora eran cada vez más escasas y esporádicas.

Por fin, Rob entró apresuradamente en el restaurante con diez minutos de retraso, le dio un beso fugaz en la mejilla y se sentó frente a ella. Ella pudo sentir la química entre ellos de inmediato.

Quería acercarse y tocarlo, pero él estaba ocupado llamando al camarero para pedir.

—¿Querías hablar conmigo? —le preguntó ella.

Él le sonrió.

—Así es, tengo una sorpresa para ti.

—¿En serio? —Los nervios y la emoción se apoderaron de Mia—. ¿Cuál?

—Ya sabes que me voy de viaje de negocios después de Navidad, ¿no?

Ella asintió. No se hablaba de otra cosa en la oficina. En enero, Rob se iba al Mediterráneo a buscar casas vacacionales para algunos de sus clientes más importantes. Había adoptado un papel de intermediario: hablaba con los agentes inmobiliarios de aquella zona, rastreaba propiedades y negociaba acuerdos para que sus clientes las añadieran a sus carteras. Ella había estado trabajando con Grace, la asistente personal de Rob, contactando con los agentes y concertando las visitas.

—Pues bien —continuó Rob—, sé que hablas francés con fluidez. Grace me ha dicho que tú te has encargado de tratar con los agentes por teléfono.

—Sí, haber crecido en Francia tiene sus ventajas.

—Bueno, pues yo no hablo ni una palabra de francés. Siempre lo suspendía en el instituto. Así que creo que te necesito para este viaje de negocios, Mia. —Él sonreía, y ella sintió que el corazón le iba a estallar en el pecho.

Se imaginó pasando una semana en el Mediterráneo. Sería algo mágico, a pesar del frío de enero. Y estarían ellos dos solos. Irían a visitar enormes casas con vistas al mar y luego beberían champán por las noches antes de dirigirse al dormitorio.

—Me encantaría ir —dijo Mia, emocionada.

—Estupendo —dijo él mientras el camarero llegaba con las bebidas.

—¡Madre mía! —exclamó ella, rebosante de alegría. Estaba en las nubes y no podía dejar de sonreír. Trataba de averiguar cómo podría volver al trabajo y sentarse en su escritorio como si nada después de aquella noticia.

—Estoy deseando enseñarte la zona —dijo él, estirando el brazo sobre la mesa y apretándole la mano—. Tengo una villa preciosa allí. Pero no les digas a los demás que vas a acompañarme. Todo el mundo se muere de ganas por venir. Les he dicho que voy yo solo. Te reservaré los vuelos y seguirás cobrando tu sueldo, pero quiero que les digas a los de la oficina que te vas una semana de vacaciones. ¿Entendido?

—Por supuesto —respondió ella con los ojos abiertos de par en par, entusiasmada. Casi podía sentir el sol invernal acariciando su rostro. Ese viaje al Mediterráneo sería un punto de inflexión en su relación, que se convertiría en algo más profundo.

—Gracias —dijo él—. Te encantará la villa. Hará demasiado frío en esa época del año como para usar la piscina, pero tiene un *jacuzzi*. Además, está justo al lado del mar. Lo pasaremos en grande.

—Vaya —dijo Mia, imaginándose en la villa con Rob, sin tener que ocultar su relación. Pasando todas las noches juntos—. ¡Qué ganas tengo!

Se permitió pensar en el futuro, uno en el que estarían juntos en el Mediterráneo con sus hijos, una familia unida y feliz. Era la vida que quería, la vida con la que soñaba. Y por fin parecía que estaba al alcance de su mano.

TRECE

PRESENTE

La fiesta de verano de la agencia inmobiliaria se encontraba en pleno apogeo. Jen estaba fuera, tomando el sol, bebiendo vino y observando a la gente mientras charlaba con Grace, la asistente personal de Rob. La fiesta era más grande de lo que recordaba de años anteriores; eran alrededor doscientas personas disfrutando de la barra libre gratuita. No asistió a la última fiesta porque Ruby era muy pequeña, pero este año había insistido en acompañar a Rob. Siempre se lo pasaba bien en esas fiestas, y le vendría bien pasar un tiempo sin los niños.

—Me encanta trabajar para Rob —decía Grace—. Es un jefe estupendo. Muy amable y generoso. Me siento privilegiada.

—Me alegro de oírlo —dijo Jen.

—¿Sabes que va a presentar la entrega de premios de la empresa más tarde? El director general se lo ha pedido. Es un miembro muy respetado dentro de los altos mandos.

—No me ha dicho nada. —Jen miró hacia donde estaba Rob, apoyado en la barra exterior, charlando con un grupo de jóvenes agentes inmobiliarios ataviados con vestidos de cóctel y trajes de chaqueta.

—Rob es muy popular entre la juventud —dijo Grace—. Todos quieren aprender de él. El año pasado ganó el doble en comisiones que cualquier otro empleado de la empresa. La mayor parte fue gracias a la venta de todos esos pisos de tu bloque. Tiene un don para las ventas. Todos quieren ser como él.

—Qué bien —dijo Jen, sintiendo una punzada de envidia. Recordó cuando ella y Rob empezaron a trabajar como agentes inmobiliarios. Siempre competían por ver quién ganaba más comisiones. En aquella época, era ella la que se llevaba la palma.

»Yo también era agente antes —dijo—. Hasta que llegaron los niños —Se encogió de hombros, como si aquello no le importara.

—Uy, debe ser maravilloso no tener que trabajar. Yo tengo dos hijos, pero apenas los veo durante la semana. Siempre tengo que volver corriendo a casa para poder recogerlos de las extraescolares. Rob es un jefe estupendo. Entiende perfectamente que necesito ver a los niños todos los días. Siempre me deja salir a las cinco en punto. Le da mucha importancia a la familia.

Jen frunció el ceño. Le habría gustado que Rob le dedicara el mismo esfuerzo a llegar a casa para ver a sus hijos. Dio un sorbo al vino y miró a su alrededor. Dos años antes, cuando fue a la fiesta por última vez, conocía a casi todos los trabajadores, pero ahora tenía la impresión de que toda la plantilla se había renovado por gente nueva y más joven. Cruzó la mirada con una mujer de veintipocos años, con un vestido rojo brillante, que hacía cola en la barra y le sonrió. Estaba segura de que la había visto antes en alguna parte. La mujer desvió rápidamente la mirada.

—Nos quedamos de piedra cuando Rob enfermó la semana pasada —dijo Grace—. No es propio de él. Nunca le había visto faltar ni un solo día al trabajo. Recibí tu correo diciendo que no se encontraba bien, pero él no nos contó gran cosa, solo que tú insististe en que tenía que quedarse en casa y descansar.

—Fue lo que dijo la enfermera —se apresuró a responder Jen—. Se desmayó la noche anterior. Lo encontraron inconsciente y lo llevaron a urgencias. Todavía no sabemos qué pasó.

—Dios mío —dijo Grace, llevándose la mano a la boca—. No tenía ni idea de que fuera tan grave. ¿Creen los médicos que es el algo

relacionado con el corazón?

Jen negó con la cabeza.

—No tenían ni idea. ¿Viste a Rob ese día? ¿Había bebido?

—Durante el día, no —dijo Grace—. Yo me voy a las cinco, así que no sé nada de lo que pasó después de esa hora.

—Estoy preocupada por él —dijo Jen, pensando en el repentino derrame cerebral que sufrió su madre—. Intenté convencerlo de que fuera al médico. ¿Y si es un problema de corazón, como tú dices?

—Seguro que no es nada de eso —dijo Grace con benevolencia—. Siempre me pongo en lo peor. Mi hermano murió de un ataque al corazón siendo muy joven. Por eso es lo primero que me viene a la mente.

—Me aseguraré de que vaya a hacerse pruebas —dijo Jen con firmeza—. De hecho, voy a ir a verlo un rato. Apenas he hablado con él en todo el día.

Jen esperaba que aquella fiesta desembocara en una velada divertida con su marido, pero ahora Rob era uno de los jefazos de la empresa y siempre estaba rodeado de gente que demandaba su tiempo y su atención. Mientras Jen paladeaba su vino, ya caliente a esas alturas, se recordó a sí misma que en solo una semana se irían a pasar el fin de semana a la costa. Los dos solos. Se moría de ganas.

Más tarde, Jen observaba la ceremonia de entrega de premios bajo el sol del atardecer. Su marido entregaba los premios con su mejor sonrisa, besando a las mujeres en la mejilla y estrechando la mano de los hombres a modo de felicitación. La ceremonia parecía no tener fin; Rob insistía en decir «unas palabras» sobre cada uno de los premiados, así como sobre todos los demás que consideraba que habían hecho un buen trabajo en las diferentes categorías.

Por fin llegó el último premio. El premio a la estrella emergente.

—Esta ha sido una decisión de lo más difícil —comenzó Rob.

Empezó a enumerar las cualidades de varios agentes jóvenes que formaban parte del equipo, bañándolos en elogios.

—¡Anuncia ya al ganador! —gritó una voz ebria entre la multitud.

Jen miró su reloj. La fiesta aún seguiría un rato más, pero no pensaba quedarse al baile. Rob lo disfrutaría más que ella, ya que conocía a todo el mundo. Jen había perdido la práctica en eso de trasnochar y estaba deseosa de llegar a casa y meterse en su acogedora cama. Su mente empezó a divagar. Esperaba que sus hijos estuvieran bien con la niñera.

Rob estaba terminando su monólogo.

—Y ahora vamos con nuestra estrella emergente del año. Seguro que todos conocéis a Lizzy. Ha desempeñado un papel destacable en todos los ámbitos, pero sobre todo ayudándome a vender los nuevos pisos de Riverview Apartments. Claro que yo le eché una mano comprando el ático. —Se rio—. Pero Lizzy lo ha dado todo para vender esos pisos. Todo el esfuerzo ha merecido la pena. Gracias, Lizzy. —Dedicó una sonrisa al público y la mujer del vestido rojo, a la que Jen recordaba de algo, subió los escalones del escenario para recoger el trofeo de plástico. De repente, Jen recordó de qué la conocía: era la mujer que se había presentado en su casa la otra noche con los papeles para Rob. Casi no la había reconocido tan arreglada.

Rob besó a Lizzy en la mejilla y ella levantó el premio con confianza ante los vítores de la multitud. Al hacerlo, sus ojos se volvieron a encontrar con los de Jen. Se miraron fijamente, y la expresión de la joven comenzó a transformarse de una sonrisa eufórica a una mueca de preocupación. Lizzy bajó la mirada al suelo y abandonó con prisas el escenario. Era difícil ver la escena con claridad desde la ubicación de Jen, pero habría jurado que estaba conteniendo las lágrimas.

CATORCE

HACE CINCO MESES

Mia vio cómo los demás abandonaban la oficina uno a uno, felicitándose las navidades a medida que salían. Era Nochebuena, el último día de trabajo antes de las vacaciones, y estaba harta de oír lo bien que iban a pasarlas todos con sus familias. Nadie se había preocupado por preguntarle qué iba a hacer ella en Navidad, pero, si lo hubieran hecho, les habría dicho que la pasaría sola en su piso y que iría a ver a su madre en Año Nuevo.

Eran las cuatro de la tarde y ya había anochecido. Por la ventana se veía pasar a la gente comprando los últimos detalles navideños, con los paraguas abiertos para protegerse de la llovizna, decidida a dejarlo todo listo antes del gran día.

La luz del despacho de Rob estaba encendida y Mia sabía que todavía estaba allí. Todo el mundo se había ido ya, y Mia tenía que agitar los brazos constantemente para que las luces automáticas no se apagaran.

Supuso que era la hora de irse a casa. Tenía pensado pasar por Marks & Spencer para procurarse algún almuerzo navideño a precio rebajado para el día siguiente. Era fácil encontrar alguna ganga si esperabas hasta tarde; siempre tenían exceso de algún que otro producto.

Quería terminar de archivar todos los correos administrativos en sus respectivas carpetas, despedirse de Rob y marcharse. Sabía que él pasaría la Navidad con sus hijos. Entendía que era demasiado pronto para que se los presentara, pero no podía evitar sentir una

dolorosa sensación de nostalgia por estar con ellos, por formar parte de su familia. Quizá el año que viene lo pasarían todos juntos.

La puerta del despacho de Rob se abrió y él se acercó a su escritorio.

—¿Todavía trabajando? —le preguntó.

Ella asintió.

—Estoy terminando las últimas cosillas antes de las vacaciones.

—Muy bien. —Echó un vistazo a la oficina, vio que no había nadie más y se inclinó para besarla. Ella se dejó llevar por un momento.

—Voy a echar de menos estar contigo en Navidad —dijo ella.

—No será por mucho tiempo —respondió él—. Dentro de poco estaremos juntos por el Mediterráneo.

—Seguro que tus hijos están deseando que sea mañana —dijo ella. Mia tenía algo de información sobre sus hijos. Había encontrado el perfil de Rob en Facebook. Era privado, pero sus fotos de perfil eran públicas y ella las había cotilleado. Había dos fotos de sus hijos: una de hacía un par de años y otra de hacía cinco. Se imaginó como sería Rob como padre, jugando con sus hijos, llevándolos de excursión. También se imaginó a sí misma formando parte de sus vidas, preparándoles la comida para pasar un día en la playa, limpiándoles la cara de chocolate y abrazándolos con fuerza. Estaba decidida a ser la mejor madrastra posible.

—Los niños están impacientes —dijo Rob—. A su edad todavía creen en Papá Noel. Será mágico. —Hizo una pausa—. Aunque la vida de un padre soltero puede ser dura.

—Debe serlo —dijo ella. Pensó en su propia hija. Ella también pasaría el día de Navidad con su padre. Mia sintió una punzada de dolor. Debería haberle hablado a Rob de su hija hacía mucho tiempo. Respiró hondo.

—Yo también tengo una hija —dijo.

—Ah, ¿sí? —dijo él, sorprendido.

—Lo siento mucho —dijo ella con un nudo en el estómago—. Sé que debería habértelo dicho antes, cuando me hablaste de tus hijos. —Bajó la mirada al suelo, preguntándose cómo reaccionaría él.

Rob le tomó la mano.

—No te preocupes —dijo—. ¿Cuántos años tiene?

—Cinco.

—Es una edad maravillosa. Seguro que pasáis una Navidad estupenda juntas.

Ella sintió que las lágrimas le surcaban las mejillas. Él cogió la caja de pañuelos que había sobre la mesa y se situó junto a ella para enjugarle los ojos.

—¿Qué pasa? —preguntó él—. ¿Qué me estoy perdiendo?

—Es que… —Mia no sabía cómo explicarlo—. Pasará la Navidad con su padre —dijo por fin—. La voy a echar muchísimo de menos.

—Lo siento mucho por ti —dijo él, apretándole los hombros—. Claro que la vas a echar de menos, es normal. Pero solo es un día.

—Es que a veces es muy duro —dijo Mia sollozando—. Lo siento mucho… No quería ponerme así.

—No te disculpes —dijo Rob, frotándole los hombros—. No tienes por qué hacerlo. —Le acarició las mejillas y luego le dio un consolador beso en la frente—. Seguro que eres una madre de diez. Tu hija tiene mucha suerte de tenerte —le dijo.

El llanto de Mia se intensificó. Le daba pavor contarle a Rob que tenía una hija, pero él lo había entendido perfectamente. Sintió una abrumadora oleada de amor por él.

Rob fue a la cocina y le llevó un vaso de agua.

—La Navidad es una época difícil para los padres solteros —dijo—. Te entiendo.

Ella asintió con la cabeza.

—Oye —dijo él—, tengo que volver ya. Pero no quiero que te quedes sola estando de bajón. ¿Qué te parece si nos tomamos una

copa de vino para celebrar la Navidad antes de despedirnos?

Mia asintió.

—Es justo lo que necesito —dijo.

Al hablarle de su hija, Mia sintió que le había entregado a Rob la parte más frágil de su corazón. Y Rob la había tratado con delicadeza; no la había destrozado. Ella le estaba muy agradecida por ello. Mientras caminaban juntos hacia el *pub*, ella le agarró la mano enguantada. Cerró los ojos y, por un momento, se imaginó que aquel paseo marcaba el comienzo de sus navidades juntos, que al día siguiente pasaría la Navidad con él y con sus hijos.

QUINCE

PRESENTE

Los niños peleaban en la parte trasera del coche. Rob y Jen estaban atascados entre el tráfico de la autopista, de camino a visitar a los padres de él en la costa sur el sábado por la tarde. Era el final de las vacaciones de mayo y Jen estaba agotada de organizar actividades y juegos todos los días. Habían visitado los museos y el acuario de Londres, ido de excursión a granjas y bosques e incluso a nadar. Jen sentía que se merecía una escapada romántica con Rob. Solo esperaba no pasarse todo el viaje durmiendo.

Tenían pensado salir por la mañana a su ansiado viaje, pero, justo cuando estaban a punto de abandonar el aparcamiento subterráneo del edificio, Rob descubrió que tenían una rueda pinchada y, para cuando la arreglaron, ya iban con dos horas de retraso.

Cuando al fin llegaron a la casa de los padres de Rob, los niños estaban irritables y aburridos, y Jen y Rob estaban perdiendo la paciencia entre tanta discusión. La puerta principal de la casa se abrió al mismo tiempo que salían del coche.

—¡Hola! —exclamó la madre de Rob, abriendo los brazos para recibir a Lottie y a Jack, que corrían a su encuentro—. ¡Vaya, cómo habéis crecido! ¡Pronto serás más alta que yo, Lottie!

Jen sacó a Ruby de su sillita y se acercó a su suegra para darle un abrazo.

—Me alegro de verte.

—¿Estos niños han comido? —preguntó su suegra, cogiendo en brazos a Ruby y llenándola de besos.

—Comieron en la estación de servicio, pero se lo dejaron casi todo. Seguramente tengan hambre otra vez.

—Muy bien —dijo Penny. Jen la siguió al interior, donde Penny encendió el horno mientras Jen saludaba al padre de Rob—. Les calentaré un poco de lasaña. Seguro que tenéis ganas de llegar a vuestro hotel. Pero primero deja que te enseñe el jardín. Ya están saliendo las flores.

Su suegra llevó a Jen al jardín. Al final de este había un pequeño sendero que bajaba hasta el mar. A los niños les encantaba. Sus suegros se habían mudado allí desde el oeste de Londres hacía once años; vendieron su enorme chalé por una pequeña fortuna e invirtieron el dinero en comprar esa casa junto al mar, así como la villa en la costa mediterránea francesa, donde la familia veraneaba. Jen y Rob pasaron allí su luna de miel y ahora volvían todos los veranos con los niños.

—El jardín está precioso —dijo Jen una vez que salieron—. Como siempre. Da gusto ver cómo tienes la casa. —Jen recordaba cuando era adolescente y la casa de Rob era su refugio. Siempre había preferido la casa de los padres de Rob, un hogar cálido, cómodo y limpio, a la caótica casa de su familia, y desde los diecisiete años pasaba la mayor parte de las vacaciones de verano en casa de sus suegros mientras ellos trabajaban. En aquel momento, él se mostraba reacio a presentarle a Jen a sus padres debido a la reputación de su familia: era bien sabido que el padre de Jen estaba en la cárcel.

Volvieron a entrar y encontraron a los niños en la cocina. Lottie y Jack estaban dando vueltas en los taburetes de la barra de desayuno. Rob y su padre charlaban en el soleado invernadero sobre la situación política mundial.

—¡Lottie! ¡Jack! ¡Bajaos de ahí! —gritó Jen. Sabía que, si rompían algo, ella se llevaría la culpa.

—Voy a sacarles un rompecabezas para que lo hagan en el salón —dijo la madre de Rob—, y así podremos preparar la cena. ¿Puedes preguntarles a Rob y Hugh si quieren algo de beber antes de que os vayáis?

Penny condujo a los niños al salón, y Jen les llevó a Rob y a su padre sendas botellas de cerveza. Esa era la dinámica cada vez que iba a casa de los padres de Rob: Jen y su suegra cuidaban de los niños, cocinaban y limpiaban, mientras que Rob y su padre descansaban. Así había sido educado Rob. Aunque tanto su padre como su madre trabajaban, era ella quien se encargaba de todas las tareas de casa.

—¿Qué tal todo en la nueva casa? —le preguntó Penny a Jen mientras preparaba una ensalada para acompañar la lasaña.

—Bien —respondió Jen. No quiso contarle a la madre de Rob que Ruby se había escapado por el balcón. Solo serviría para preocuparla.

—Los niños parecen felices.

—Están contentos de verte.

—Eres una buena esposa y una buena madre, Jen —dijo Penny con suavidad—. Debe resultarte muy difícil teniendo en cuenta tu pasado. Imagino que tu madre no fue el mejor ejemplo a seguir. Pero lo has hecho muy bien.

—Gracias —dijo Jen, sin saber muy bien cómo tomarse aquel cumplido cargado de veneno. Cuando empezó a salir con Rob, su suegra intentó separarlos por culpa del entorno de Jen. El hecho de que su relación fuera algo prohibido no había hecho más que avivar el amor que sentían el uno por el otro. Pero, una vez que Penny tuvo la oportunidad de conocer a Jen, se hicieron muy amigas.

—¿Sabes que Georgina se va a divorciar? —preguntó Penny. Georgina era la hermana de Rob.

—Rob me comentó algo, sí. —Él no se había explayado demasiado

sobre los motivos de la separación, pero Jen comprendió que el marido de Georgina la había engañado.

—Estoy destrozada, ¿sabes? No sé cómo ha podido hacer algo así. Tirar a la basura su matrimonio de esa forma. ¡Tienen hijos! Necesitan que sus padres estén juntos.

—Me da mucha pena por ellos —dijo Jen—. Pero quizá sea lo mejor. —Georgina tenía un trabajo bien remunerado y podía mantener sin problemas a su familia sin la ayuda de su marido.

Penny negó con la cabeza enérgicamente.

—No lo creo. Georgina está siendo egoísta. Tiene que quedarse con él y aceptar la realidad del matrimonio. Ningún matrimonio es perfecto. Hay que esforzarse para que funcione. Una tiene que cuidar de su marido. Tú y Rob, por ejemplo: te va a llevar de viaje este fin de semana. Los dos le estáis dedicando tiempo y esfuerzo a vuestro matrimonio.

Jen sonrió con cierta tensión. No quería hablar de su matrimonio con su suegra.

—Será mejor que nos vayamos pronto —dijo—. Queremos llegar a tiempo para cenar.

—Los hombres pueden ser muy complicados —continuó Penny, ignorando las palabras de Jen. Miró el jardín a través de la ventana —. Hugh no siempre me fue fiel. Pero trabajaba duro. Me daba todo lo que quería. Y descubrí que, si ponía la otra mejilla, mi vida era mucho más feliz. A fin de cuentas, nada de eso importa. Seguimos juntos. Y todas esas aventurillas quedaron en el pasado. No vale la pena divorciarse por esas cosas.

Jen pudo relajarse mientras cenaba con Rob en el restaurante de estrella Michelin del hotel. No había nadie exigiéndole nada ni gritándole «mamá». Por fin estaban solos los dos. Después de cenar, dieron un paseo por los extensos jardines, agarrados de la mano. Pasaron frente a una fuente ornamentada en dirección a un sendero

que llevaba al mar. Se quitaron los zapatos y cargaron con ellos mientras cruzaban la playa de arena hasta llegar al mar. El agua acariciaba sus pies descalzos sobre la arena húmeda, y Jen sintió una sensación de libertad que casi había olvidado. La ligera brisa le mecía el cabello y el sol que bañaba su rostro la hizo sentirse agradecida. El hotel estaba en medio de la nada y eran las únicas personas en la playa.

—Me alegro mucho de haber hecho esta escapada —dijo Jen—. La necesitábamos.

—Tienes razón —concordó Rob, rodeándola por la cintura—. Me encanta estar contigo. Y has elegido el hotel perfecto.

Jen contempló el mar mientras caminaban. Por un momento pensó en Natasha y en los temores que esta le había confesado sobre su matrimonio y que Jen no se había atrevido a contarle a Rob. Si confiaba más en Natasha sobre su vida matrimonial que en su propio marido, ¿en qué lugar dejaba eso a su relación? Miró a Rob, con el cabello alborotado por el viento e iluminado por la tenue luz del sol, y decidió dar el salto.

—¿Alguna vez sientes que nos estamos alejando? —Volvió a apartar la mirada, con el pulso acelerado.

—No, la verdad es que no. ¿Tú sí?

Jen se sintió rechazada, como si él no se tomara en serio sus preocupaciones.

—Un poco, quizá. Tú estás muy ocupado con el trabajo y yo, con los niños, y a veces parece que nuestros caminos apenas se cruzan.

—Dijimos que intentaríamos mejorar, ¿recuerdas? Por eso estamos aquí.

Se detuvieron y ambos miraron hacia el horizonte. Rob tomó el rostro de Jen entre las manos y la besó apasionadamente.

—Te quiero.

—Yo también te quiero —dijo Jen. Las palabras de Penny aún

resonaban en sus oídos—. No tengo nada de qué preocuparme, ¿verdad? No has conocido a otra persona, ¿no?

—¿Por qué lo dices?

—Es por algo que me dijo tu madre. Sobre el divorcio de Georgina; sobre cómo tu padre la estuvo engañando durante todo su matrimonio.

—Sí, ya lo sé —dijo Rob, negando con la cabeza en un gesto de reprensión—. Nunca se preocupó por ocultarlo siquiera. Pero yo no soy mi padre, yo nunca te engañaría. Lo sabes, ¿verdad?

Jen asintió.

—Por supuesto. Es solo que…

—Mira, Jen. Te conozco perfectamente. Te conozco desde el instituto. Sé que no tuviste una infancia fácil, y a veces eso se traduce en que te resulte difícil confiar en los hombres. Pero nuestro matrimonio es solo nuestro. Yo no soy como tu padre, no voy a acabar en la cárcel. Y tampoco soy como mi padre, no voy a engañarte. Puedes confiar en mí, de verdad.

—Claro —dijo ella—. Lo siento. —Sabía que él llevaba razón. Le costaba confiar en la gente. Era el monstruo de la ansiedad el que la obligaba a pensar así, Rob no tenía nada que ver.

—Se supone que esta escapada es para que pasemos tiempo juntos. Debería ser algo especial.

—Lo siento —repitió ella.

Rob le sonrió.

—No te preocupes, te perdono. Bueno, ¿te apetece nadar un poco?

Ella vio la mirada en sus ojos y echó a correr, pero él era más rápido. La alcanzó y la levantó en volandas como si nada. Se adentró en el mar con Jen en brazos, que gritaba y reía suspendida sobre las olas, completamente vestida.

—¡Bájame, llévame a la orilla!

—Como quieras —respondió él—. Pero solo si te bañas conmigo.

—¡Vale! —dijo Jen—. Vale, tú ganas. Acepto el trato.

La depositó en la arena y empezó a quitarse la ropa, con los pantalones ya empapados hasta las rodillas. Rob siempre había estado en forma, pero, al verlo a la luz del sol, Jen pudo apreciar los resultados de sus esfuerzos en el gimnasio.

Tras asegurarse de que no había nadie más en la playa, Jen se quitó el vestido, se desprendió de su ropa interior y se adentró junto a su marido en el mar. Una vez sumergidos en el agua, él la abrazó y ella lo rodeó a él con su cuerpo mientras sus labios se unían en un beso.

DIECISÉIS

HACE CINCO MESES

Mia se desperezó en la lujosa cama *king size*, curvando feliz los dedos de los pies. La habitación principal de la casa de vacaciones de Rob era tan espectacular como la había imaginado. No se habían molestado en correr las cortinas la noche anterior, por lo que ahora se había despertado con unas espectaculares vistas del mar a través de las ventanas.

Suspiró satisfecha. Su primera noche en el Mediterráneo con Rob había sido mejor de lo que había soñado. Él la llevó directamente al dormitorio, donde pasaron toda la tarde haciendo el amor, para luego salir a cenar a un bistró local y más tarde volver a la habitación.

Ahora podía oírlo tararear mientras preparaba salchichas y huevos para el desayuno.

Era tan afortunada de tener a un hombre como él. Recibió una llamada de la oficina poco después de llegar a la casa y Mia se vio obligada a contener la risa al oírlo decirle a Grace que no se preocupara, que no iba a sentirse solo durante el viaje. Le vendría bien algo de tiempo para sí mismo y, además, tenía mucho trabajo que hacer y muchos acuerdos que cerrar.

Tenían toda la semana por delante y Mia estaba decidida a disfrutar de cada minuto. Se levantó de la cama con delicadeza, se puso un vestido y empezó a deambular por la villa, con los pies descalzos sobre el suelo de terracota, asomándose a todas las habitaciones. Al llegar a las puertas de la terraza, se calzó los zapatos, se puso el

abrigo y salió al exterior, pasando por la sombreada zona de barbacoa y junto al *jacuzzi*. Rob le había prometido que lo usarían más tarde. Bajó los escalones hasta la piscina, cubierta durante el invierno. Se imaginó allí a su hija en verano, chapoteando alegremente en la piscina. Le costaba creer que todo aquello fuera de Rob. Si las cosas salían bien, empezarían una vida juntos y la villa también sería suya. Por fin podría dejar atrás el pasado y comenzar su propio camino; la vida que siempre había estado destinada a tener.

Continuó avanzando por el sendero y cruzó el jardín hasta llegar al acantilado. Al mirar hacia el mar bajo sus pies, una sensación de libertad y poder la embargó. Por fin la vida le sonreía.

Se sobresaltó por un repentino crujido detrás de ella; se dio media vuelta y retrocedió un paso. No sabía por qué la había asustado aquel sonido, pero sintió la inminente presencia de alguien más a sus espaldas. No había nadie. Solo eran imaginaciones suyas. Volvió a oír el ruido y se dio cuenta de que no era más que la brisa entre los árboles.

Volvió a mirar hacia el mar y se percató de que se había acercado peligrosamente al acantilado. Dio un paso atrás asustada mientras respiraba con dificultad. Tanto secretismo le estafa afectando.

—¡Mia! —gritó Rob desde la casa, la brisa transportaba su voz—. El desayuno está listo.

Invadida por una sensación de inquietud, empezó a caminar con rapidez hacia la seguridad de la casa.

DIECISIETE

PRESENTE

La luz del sol que se colaba por el hueco entre las cortinas despertó a Jen, que se dio la vuelta para ver a Rob a su lado, con el teléfono.

—¿Qué hora es? —preguntó, estirando los brazos en la enorme cama del hotel.

—Las ocho y media —respondió él.

—Vaya —dijo Jen con una sonrisa—. He dormido toda la noche seguida, sin nadie que me despierte. Me siento llena de energía.

Rob dejó el teléfono y se giró hacia ella.

—Yo también —dijo—. Me siento como nuevo.

—Tenemos que reservar nuestro próximo viaje —dijo Jen—. Queda poco para las vacaciones de verano de los niños. Tendremos que preparar nuestro viaje anual a la casa de tus padres en el Mediterráneo. Lo he mirado con tu madre y la villa está libre la primera semana de las vacaciones. ¿Te has pedido los días libres?

—Todavía no, pero no será un problema. Esa época del año siempre es tranquila. Reservaré esos días en mi agenda.

Jen cogió el teléfono y buscó vuelos a Francia. Cuatro vuelos de ida y vuelta con British Airways les costarían dos mil libras esa semana. Por suerte, Ruby aún podía viajar en su regazo. Jen le enseñó el precio a Rob en el teléfono.

—Cómpralos —dijo él—. Voy a transferirte el dinero ahora mismo.

—Gracias. —Jen esperó a que sonara la notificación y comprobó que el dinero hubiera llegado a su cuenta—. Los compraré más tarde. —Atrajo a Rob hacia ella y le plantó un beso—. Todavía nos

quedan unas horas antes de tener que recoger a los niños —dijo.

—Ahora que lo dices, he hecho una reserva para jugar al golf. Nueve hoyos —dijo Rob, apartándose suavemente—. Espero que no te importe. Tenemos uno de los mejores campos de Reino Unido justo al lado del hotel. Era una oportunidad demasiado buena para dejarla pasar. Voy a quedar con un viejo amigo.

—Ah —dijo Jen, decepcionada. Pensaba que pasarían la mañana juntos.

—El hotel tiene un *spa* —dijo Rob—. Te he reservado un masaje.

—Gracias —dijo Jen—. Un masaje será el broche de oro para este fin de semana encantador. —Rara vez tenía la oportunidad de darse un masaje, aunque una parte de ella deseaba que Rob hubiera priorizado pasar tiempo juntos.

—Claro que, si lo prefieres, puedes apuntarte al golf —dijo Rob con una sonrisa pícara.

Jen sonrió.

—Ya sabes que soy pésima jugando al golf. Te dejaría en ridículo.

—Volveré a tiempo para almorzar —dijo Rob, levantándose de la cama para dirigirse a la ducha—. Podemos comer aquí y luego ir a recoger a los niños. Mamá me ha enviado un mensaje diciendo que se lo están pasando en grande.

Jen sintió en su interior un amor desbordante por sus hijos. Ahora que había pasado una noche reparadora, estaba deseando volver a verlos y darles un abrazo enorme.

—Suena genial —dijo—. Yo me quedo relajándome en el *spa* mientras tú te vas a jugar al golf. Vamos a aprovechar al máximo nuestra escapada.

* * *

Jen se dio un masaje y luego se fue a nadar. Después se tumbó tranquilamente en una hamaca acolchada y terminó el libro que

llevaba leyendo más de un mes.

Una vez vestida, salió a dar un paseo por los alrededores del hotel. Pasó junto a una fuente y atravesó unos antiguos arcos de piedra hasta llegar a los jardines, que conducían al borde del acantilado. No había nadie más allí y sintió un escalofrío cuando bajó la vista hacia el mar. Había rebasado la zona de la playa y allí el mar golpeaba con furia las rocas del acantilado. Era una caída bastante grande. Le recordó a la villa de los padres de Rob en el Mediterráneo: también estaba edificada sobre un acantilado.

Mientras caminaba por el sendero, tuvo la sensación de que la observaban. Pero, cuando echó un vistazo a su alrededor solo vio a alguna que otra persona paseando a sus perros y a una joven haciéndose selfis. Nadie le prestaba atención. No sabía muy bien por qué estaba tan inquieta; había salido muy relajada del *spa*. Pero algo no le cuadraba. Era como si su cuerpo sintiera que estaba en peligro, se encontraba en modo supervivencia: su corazón latía cada vez más rápido y sus músculos se tensaron. Probablemente solo fuera ansiedad. Rob tenía razón: últimamente había estado muy preocupada por su relación, y el incidente de Ruby en el balcón le había dado un susto de muerte. Fue un recordatorio de que la vida podía cambiar en un instante.

Por suerte, dentro de poco se irían de vacaciones al Mediterráneo. La familia al completo. Había comprado los vuelos antes de ir al *spa*.

Jen continuó por el sendero del acantilado y llegó a los límites del campo de golf. Buscó a Rob con la mirada, pero no lo encontró. Probablemente ya habría terminado de jugar y estaría en el club del campo.

Prosiguió su caminata hasta que dio con el club y entró. Lo vio de pie en una esquina de la sala, hablando por el teléfono del trabajo, dando tumbos de un lado a otro con el ceño fruncido.

—No puedo quedar contigo hoy —decía—. No estoy en Londres.

Nos vemos la semana que viene.

Se quedó en silencio un momento.

—Mira, la semana que viene estaré de vuelta. Hablamos entonces.

Ella le dio un golpecito en el hombro y él se dio la vuelta.

—Tengo que colgar —dijo al teléfono—. Adiós. —Se dirigió a Jen—: ¿Qué tal el masaje?

—Maravilloso —respondió ella—. ¿Quién te ha llamado? Parecías estresado.

—Era Richard, uno de los propietarios de un apartamento de nuestro bloque. Le vendí uno de los pisos.

—Ah, no lo sabía.

—Solo quería que le aconsejara sobre una gotera que tiene en la cocina.

—Qué mal —dijo ella, pensando en todos los problemas que había habido con el edificio.

—Lo sé —dijo él—. Otro defecto de obra. Pero lo solucionaré en cuanto vuelva.

El teléfono de Rob volvió a sonar.

—Disculpa —le dijo a Jen mientras miraba el número. No lo tenía guardado en la agenda.

—Hola —contestó Rob al teléfono—. Lo siento, estoy ocupado ahora mismo. Te llamaré más tarde. —Colgó—. Perdona —dijo—, más de lo mismo. Otro propietario. Esta vez era Kevin. No hay mucho que pueda hacer ahora mismo. Tenemos que disfrutar nuestras vacaciones sin niños. ¿Vamos a comer?

—Claro —dijo Jen, arrugando el rostro. Sabía que no era Kevin quien había llamado a su marido. La voz al otro lado de la línea era sin duda la de una mujer.

DIECIOCHO

HACE CUATRO MESES

Mia estaba en un rincón de la tienda de ropa, hojeando el estante de vestidos. Tenía que comprarse uno nuevo para sus citas con Rob; había llegado a depender demasiado de los dos vestidos «elegantes» que tenía. Los reciclaba una y otra vez, combinándolos con diferentes prendas y accesorios con la esperanza de que él no se diera cuenta. Pero, al mirar las etiquetas, se dio cuenta de que no podía permitirse ninguno. Por el momento, tendría que contentarse con mirar.

Acarició la suave seda de un vestido azul medianoche, imaginándose que acompañaba a Rob a una fiesta con él puesto. Su relación seguía siendo un secreto para los demás trabajadores de la oficina, pero estaba segura de que no tardaría mucho en salir a la luz. Entendía la reticencia de Rob a anunciar su noviazgo demasiado pronto. Él todavía no le había presentado a sus hijos y, hasta entonces, debían ir poco a poco. Cuando se tiene hijos, es crucial esperar hasta que la relación esté completamente afianzada antes de presentarles a la nueva pareja. Pronto podrían hacer pública su relación, los hijos de Rob conocerían a su hija, y todos pasarían a formar parte de una gran familia feliz.

Habían vuelto del Mediterráneo hacía unas semanas. Ese viaje le había servido a Mia para convencerse por completo de que estaban hechos el uno para el otro. Él la comprendía a la perfección, como nadie lo había hecho nunca. Ella pudo contarle todo sobre su pasado, sobre su hija. Desveló todos los secretos que había

guardado en su interior. Se sintió enormemente avergonzada, pero él la escuchó y la aceptó tal y como era. Seguía amándola después de todo, y ella lo amaba a él.

Mia tomó el vestido azul y se lo colocó sobre el cuerpo, contoneándose de un lado a otro. Sabía que le quedaría como un guante. El corte era perfecto. Quizá Rob se lo comprara. Mientras se miraba en el espejo, vio a alguien por el rabillo del ojo y dejó escapar un grito de alegría. Como si lo hubiera invocado, allí estaba Rob. No debería haber sido una sorpresa; estaba solo unos cientos de metros de su edificio.

Se giró hacia él, sonriendo. Estaba al otro lado del escaparate, acompañado de sus hijos. Y junto a él había una mujer con el pelo rubio perfectamente peinado, señalando uno de los vestidos del escaparate.

Mia se quedó paralizada. Rob no la había visto. La mujer sostenía un carrito de bebé. Le dijo algo a Rob y este pasó a hacerse cargo del carrito. Solo con ver su lenguaje corporal, Mia supo exactamente quién era: su mujer.

En ese momento, Rob se percató de la presencia de Mia. La miró con el ceño fruncido y empezó a alejar a su mujer de la tienda. Ella protestó en un primer momento, pero él debió hacer alguna broma, porque ella se rio y dibujó una sonrisa que le iluminó el rostro. Cogió a los niños de la mano y se alejó caminando con él. Parecían la familia más feliz del mundo.

Mia sintió que iba a vomitar. El pulso se le aceleró. Rob le había mentido. ¿Cómo había podido hacerlo? Ella había confiado en él; le había contado sus secretos más íntimos e incluso le había hablado de su hija. ¿Cómo había podido traicionarla así?

No era justo. ¿Por qué tenía que quedarse Jen con todo? Rob, su familia perfecta… Mia los veía alejarse, riendo y cogidos de la mano. Lo único que quería era correr tras ellos y destrozar aquella estampa

idílica.

DIECINUEVE

PRESENTE

Llovía cuando Jen llegó al refugio de gatos. Saludó alegremente al entrar en la oficina y salió por la parte trasera, donde se encontraban los gatos. Vio a Amy arrodillada acariciando con ternura a Coco, una gata atigrada preñada.

—Coco está a punto de dar a luz —susurró Amy—. Natasha se va a llevar una decepción por perdérselo.

—¿Dónde está? —preguntó Jen, arrodillándose junto a Amy.

—Matilda no ha ido al colegio porque está enferma, así que se ha quedado en casa.

—¿Cómo está Coco?

—Está bien. Tiene contracciones.

—Ya le queda poco —dijo Jen.

Amy siguió acariciando a la gata para calmarla.

—Lo está haciendo muy bien.

Jen asintió.

—¿Necesitas ayuda?

Amy negó con la cabeza.

—No, pero no te vayas muy lejos, así podrás ver a los gatitos.

Jen empezó a limpiar uno de los areneros.

—¿Qué tal el fin de semana? —preguntó Amy.

—Bien —respondió Jen—. Muy relajante. Nos hacía falta pasar un rato los dos solos. —Pensó en cómo Rob había pasado la mañana del domingo jugando al golf, sin ella, y en la extraña llamada que había recibido en el club. Seguro que no era nada de lo que tuviera

que preocuparse.

—Me alegro de que haya ido bien —dijo Amy.

Jen suspiró.

—A veces sigo preocupándome. Por nuestra relación. Pero creo que son paranoias mías. No tuve la mejor infancia… Y ahora solo quiero que mis hijos tengan una vida feliz y tranquila.

Amy asintió.

—Es comprensible —dijo. De repente, abrió mucho los ojos—. ¡Dios mío, mira! ¡Ya están naciendo los gatitos!

Observaron cómo Coco expulsaba al primer gatito y empezó a limpiarlo a lametones.

—Qué pequeñito es —se maravilló Jen.

—Vienen más —dijo Amy.

Ambas observaron, hipnotizadas, mientras la gata continuaba su esfuerzo por dar a luz a su camada. Una hora más tarde, habían nacido tres gatitos: uno carey y dos negros.

—Sigue teniendo contracciones —dijo Amy.

La gata siguió empujando y apareció el último gatito, aunque este no se movía.

—Voy a llamar al veterinario —dijo Jen, nerviosa, cogiendo su teléfono mientras observaba a Coco lamer enérgicamente a su diminuta cría. Seguía sin moverse. Tras varios minutos se dio por vencida y lo abandonó a su suerte, centrando su atención en los otros gatitos.

Amy cogió al cachorro inerte y lo acarició.

—No está bien —dijo con los ojos desorbitados. Lo envolvió en una toalla y lo frotó una y otra vez, tratando ansiosamente de reanimarlo —. Vamos, vamos —susurró—. Te vas a poner bien —Pero su cuerpo flácido no respondía—. No funciona —dijo al fin. Las lágrimas corrían por su rostro—. Creo que ha muerto.

—El veterinario llegará pronto —dijo Jen, desesperada—. Quizá él

pueda reanimarlo.

Amy negó con la cabeza y se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

—Ya no está con nosotros.

—Qué lástima —dijo Jen, rodeando a Amy con el brazo—. Pobre Coco.

—Supongo que es parte de la vida —dijo Amy. Su cuerpo comenzó a temblar entre sollozos.

—Amy, ¿qué pasa?

—Me recuerda a… cuando di a luz. Perdí al bebé.

—Dios, Amy —dijo Jen con compasión, acariciándole la espalda—. ¿Cuándo fue eso? ¿Qué ocurrió?

—Era joven. Solo tenía diecisiete años. El embarazo fue un accidente, no lo había planeado ni lo quería. Pasó mucho tiempo hasta que me di cuenta de que estaba embarazada. Al principio, cuando me enteré, sentí que era una especie de castigo.

—¿Castigo por qué?

—Supongo que por estar con el hombre equivocado. Era mucho mayor que yo y manteníamos nuestra relación en secreto. Sabíamos que los demás no lo aprobarían, que nos juzgarían. Al principio no quería tener un bebé, pero luego empecé a acostumbrarme a la idea. Pensé que estaría bien tener una hija que me quisiera incondicionalmente, solo por ser yo. Me imaginaba comprándole cosas, jugando con ella; un equipo formado por ella y yo. Las dos contra el mundo.

—Lo siento mucho —dijo Jen con la voz entrecortada.

—La perdí justo después de nacer. Tuve que dejar de lado todos esos sueños. Continué con mi vida como si nada hubiera pasado, como si ella nunca hubiera existido.

—Lo siento de corazón, Amy. No puedo ni imaginarme lo que debiste pasar.

—Todavía recuerdo la última vez que tuve a mi hija en brazos —dijo Amy con la mirada perdida.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó Jen con delicadeza.

—Gemma —Amy tartamudeó al pronunciar el nombre—. Se llamaba Gemma.

—¿Tienes alguna foto de ella?

—Aquí no —respondió Amy—. Las tengo en casa. No me gusta sacarlas, son demasiado valiosas para mí. No quiero llevarlas en el bolso como si fueran las llaves o un cacao.

—Me encantaría verlas en algún momento —dijo Jen—. Si te apetece compartirlas conmigo.

Amy asintió.

—Quizá algún día. Nunca se las he enseñado a nadie. Son demasiado personales.

—Lo entiendo —dijo Jen, apretándole la mano a Amy con fuerza.

—No puedo creer que me dejara —dijo Amy en voz baja.

—Siempre estará contigo —dijo Jen—. En tu corazón.

—Si me quedara embarazada ahora, disfrutaría de cada momento del embarazo —dijo Amy—. Valoraría como se merece la vida que crece en mi interior.

—¿Jonathan y tú queréis tener hijos? —preguntó Jen, dándose cuenta de que Amy intentaba alejar la conversación de Gemma.

Amy asintió.

—Eso espero. Me gustaría tener tres, como tú, o quizá incluso cuatro.

Jen le apretó el brazo.

—Ojalá lo consigáis —dijo.

—Pero primero quiero que nos casemos —dijo Amy—. Aunque, si me quedara embarazada ahora, no sería un problema. Lo tomaría como un regalo.

En ese momento, demasiado tarde, llegó el veterinario. Cogió al

diminuto gatito y lo examinó.

—Me temo que este no ha sobrevivido —dijo—. Lo dejaré cerca de su madre por ahora, para que tenga tiempo de asimilarlo. Voy a echar un vistazo a los demás.

Levantó la vista y vio el rostro bañado en lágrimas de Amy.

—¿Por qué no vais a prepararos un café? —les dijo—. Ya me encargo yo.

Una vez en la cocina, Jen preparó café para las dos.

—Perdona por haberme desahogado contigo así —dijo Amy mientras cogía la taza que Jen le ofrecía—. Está bien que alguien te preste un hombro.

—No hay nada que perdonar —respondió Jen—. Estoy aquí siempre que lo necesites.

—Gracias —dijo Amy—. Sabes que también puedes contarme lo que sea, ¿verdad?

—Sí —respondió Jen—, por supuesto que sí.

Amy sonrió.

—Siempre nos tendremos la una a la otra —dijo.

Jen asintió.

—Por las amigas —susurró, levantando la taza hacia Amy.

Esa noche, Rob llegó a casa temprano con un ramo de flores y una botella de vino.

Jen le sonrió sorprendida.

—Pensaba que tenías una reunión con un cliente esta tarde —dijo.

—Ah, se ha cancelado. Me ha parecido mejor venir a casa y echar una mano. ¿Quieres que cuide de los niños?

—Sería estupendo —dijo Jen. Al día siguiente Rob se iba a pasar el fin de semana jugando al golf y a Jen le gustaba la idea de tener algo de tiempo para sí misma antes de tener que pasarse dos días llevando y recogiendo a los niños de sus diversas actividades.

Le dio un beso en la mejilla a Rob.

—Creo que voy a nadar un rato —dijo. El edificio tenía una pequeña piscina en el sótano, ideal para darse un baño vespertino.

—Yo acostaré a los niños —dijo él—, y luego prepararé la cena.

Cuando Jen llegó a la zona de la piscina, reinaba un silencio sepulcral. Las luces automáticas se encendieron mientras caminaba por el pasillo en dirección a los vestuarios. Un hombre solitario nadaba de una punta a otra de la piscina y Jen entró por el extremo contrario. El agua envolvió suavemente su cuerpo y ella sumergió la cara, centrándose en la respiración, haciendo que el estrés del día se desvaneciera.

Tras hacer su primer largo, vio que el hombre había salido de la piscina, dejándola sola en el agua. Tras varios largos más, no había ni rastro del hombre y las luces automáticas de los vestuarios se habían apagado, de modo que la única parte iluminada era la piscina, con Jen en su interior. Siguió nadando, recorriendo la piscina de un extremo a otro, relajándose mientras se concentraba en las brazadas.

Cuando emergió después de su vigésimo largo, se dio cuenta de que las luces del vestuario de mujeres estaban encendidas y se preparó para recibir compañía. Continuó nadando, pero no apareció nadie. Debía haber sido la limpiadora.

Jen salió de la piscina y se lanzó al agua. Buceó cerca del fondo, tratando de aguantar la respiración hasta el extremo opuesto. Casi lo consiguió; salió a apenas treinta centímetros del final, tomando una gran bocanada de aire. Se aferró al borde y vio unas piernas de mujer que se alzaban sobre el carril de la piscina.

Levantó la cabeza, sobresaltada. Toda la piscina estaba libre. ¿Por qué se tenía que colocar aquella mujer justo allí? Debía ser alguien que la estuviera esperando.

Vio a una mujer alta sobre ella, con gorro y gafas de natación, las manos en las caderas. El pulso de Jen se aceleró. ¿Qué quería?

—¡Jen! —dijo la mujer en voz alta—. Ya me parecía que eras tú.

Jen tardó un momento en reconocer la voz, y entonces se relajó.

—¡Anda, Natasha! ¡Hola! ¿Qué haces aquí? —Jen no tenía ni idea de cómo había accedido a la piscina. Era solo para residentes.

—Rob me dio una tarjeta para la piscina cuando estuve en tu piso el otro día —dijo Natasha con calma—. Me dijo que podía usarla cuando quisiera. Creo que me escuchó quejarme de que no podía permitirme apuntarme a la piscina de vuestro gimnasio pijo.

—Ah, ya veo —dijo Jen. Típico de Rob: le encantaba ser generoso y compartir sus cosas. Además, Jen le había pedido que se esforzara por llevarse mejor con Natasha. Seguro que lo había hecho para hacer las paces con ella. Por un momento, Jen se sintió culpable por no haber pensado nunca en prestarle su propia tarjeta—. Pues deberíamos venir a nadar juntas de vez en cuando —dijo Jen—. Aunque no tengo tiempo de bajar demasiado.

—Solo vengo cuando Matilda está con su padre —dijo Natasha—. Aprovecho para venir y despejar la mente. —Se sonrojó.

Jen intentó ocultar su sorpresa. Natasha usaba la piscina con más frecuencia que ella.

—Y me encanta esta piscina… y este edificio —continuó Natasha—. Es tan tranquilo. Tienes mucha suerte de vivir aquí, Jen.

Jen sonrió.

—A veces tengo que pellizcarme —dijo.

—Es impresionante —dijo Natasha—. Ojalá pudiera vivir aquí también. —Sonrió. Puede que algún día —dijo, antes de zambullirse en el agua y alejarse nadando.

VEINTE

HACE CUATRO MESES

Mia observaba a Jen mientras salía del gimnasio con su hija, Ruby. Llevaba unos pantalones elegantes de color claro y una camisa con un estampado vivo, similar a las que Mia había visto en una antigua revista *Vogue* que había hojeado en la sala de espera la última vez que fue al médico. Mia siguió a Jen desde una distancia prudencial mientras esta caminaba con Ruby en el carrito, charlando con su hija. Diez minutos más tarde, Jen y Ruby se adentraron en una peluquería. Una vez allí, Jen habló alegremente con su estilista mientras otro miembro del personal se llevaba a Ruby a una pequeña zona de juegos.

Mia sintió una punzada de envidia. Jen tenía una vida de cuento. Tenía todo el día para hacer lo que quisiera, financiado además con el dinero de Rob. Mia jamás haría ese tipo de cosas. Ella siempre se había pagado sus propios gastos, desde la época del instituto. Siempre había tenido algún trabajo. Incluso cuando intentaba triunfar como actriz, trabajaba de camarera. Jen era una holgazana. No se merecía la vida que tenía.

Pero Mia no podía evitar sentir una indeseada admiración por ella. Jen había atrapado a Rob y, por alguna extraña razón, él había decidido quedarse con ella. Mia tenía que averiguar el porqué. Jen era mayor que Mia y, sin duda, estaba menos en forma. Pero tenía algo especial: era tranquila, organizada y lo mantenía todo bajo control. Mia deseaba ser más como ella.

Era consciente de que no debía seguir a Jen de esa manera, pero,

desde que la vio con Rob y su familia feliz, no podía dejar de pensar en ella. Al principio la sorprendió verlos juntos, pero, al día siguiente en la oficina, Rob la llamó a su despacho.

—Tengo algo que decirte —le dijo. Mia pudo ver la preocupación en sus ojos—. La situación con mi mujer es un poco complicada. La cuestión es que seguimos viviendo juntos. No como un matrimonio, pero sí bajo el mismo techo.

Mia lo miró fijamente. Entendía por qué no se lo había dicho antes. Había dado por sentado que «separados» implicaba que vivían en casas diferentes. Pensó en la semana idílica que habían pasado en el Mediterráneo; en todas las veces que le había dicho que la quería, en sus esperanzas por pasar el resto de sus días juntos. Rob no la habría llevado a la casa de verano de su familia si no fuera algo serio, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir?

—Estamos separados en lo que importa. No tenemos relaciones sexuales. La cuestión es que dejé de quererla hace años, pero ella tiene ciertos problemas de salud mental. Tuvo una infancia difícil. Su padre estuvo en la cárcel, y eso todavía le afecta hoy en día. No puedo dejarla sin más. No sé qué sería capaz de hacer si la dejara. —Sus ojos se oscurecieron y un aura de arrepentimiento lo envolvió —. Estoy atrapado.

Cuando Mia llegó a casa ese día, sintió una rabia visceral que se apoderaba de ella. No era justo que Jen lo retuviera de esa forma. Pasó la noche buscando información sobre Jen y Rob en Google. Lo averiguó todo sobre ellos, incluidas sus direcciones anteriores en el censo electoral y los perfiles de redes sociales. Ya había estudiado en detalle toda la información pública disponible en el perfil de Facebook de Rob. Jen tenía Instagram y Facebook, pero apenas usaba su cuenta de Instagram, que contenía fotos de lugares en los que había estado, más que de personas. Su cuenta de Facebook era

completamente privada, excepto por sus fotos de perfil. Nueve años atrás, la foto de perfil de Jen mostraba una estampa de su boda. Desde entonces, cada vez que la familia crecía, actualizaba la foto para incluir al nuevo bebé. Mia descubrió los nombres de todos sus hijos gracias a la sección de comentarios de las fotos. El perfil de la hermana de Rob, Georgina, era totalmente público y Mia había revisado cada una de sus fotos, guardando todas aquellas en las que aparecía Rob. Había una foto de una barbacoa en la que se veía a Jen y Rob de fondo. Daba la impresión de que estaban discutiendo. Mia examinó la imagen durante horas, tratando de discernir la gravedad de la disputa en función de sus expresiones faciales.

A pesar de toda su investigación, sentía que no conocía a Jen en absoluto, ni tampoco entendía por qué Rob se quedaba a su lado. No llegaba a creerse del todo eso de que tuviera problemas de salud mental. Así que decidió seguirla. Si era capaz de descubrir qué era eso que tenía Jen y que a ella le faltaba, tal vez podría cambiar lo suficiente como para que Rob la dejara por ella.

Mientras observaba a Jen en la peluquería desde el otro lado de la calle, Mia se dio cuenta de lo mucho que ansiaba tener la sencilla vida de Jen. Nunca le había faltado nada ni había tenido que trabajar. Se pasaba el día con sus hijos y podía dedicarles todo el tiempo que deseara. Y, cada tarde, Rob volvía a casa con ella. Pero Jen no valoraba nada de eso.

Era la vida que Mia quería tener. Una vida que se merecía cien veces más que Jen. Y se iba a asegurar de conseguirla.

VEINTIUNO

PRESENTE

Era viernes por la noche y Jen estaba sentada en el sofá de su salón, enfrente de Natasha y Amy, sirviéndose un gran trozo de la *pizza* que habían pedido. Se alegraba de no tener que cocinar por una noche; Rob pasaría el fin de semana fuera jugando al golf con unos clientes.

—Esta pizzería pasa a ser mi favorita oficialmente —le dijo a Natasha—. Gracias por recomendármela.

—No hay de qué —respondió Natasha, mirando de reojo los últimos trozos de *pizza*—. Gracias a ti por invitarnos. ¿Cuánto tiempo estará fuera Rob?

—Hasta el lunes. Es un viaje de negocios para jugar al golf.

Natasha arqueó las cejas.

—Suena más a ocio que a negocio.

Jen se encogió de hombros.

—Hay que entretener a los clientes. A Rob le conviene tener buenos contactos. Son empresarios extranjeros que invierten en el mercado inmobiliario londinense. Cuando vienen a Reino Unido, les gusta que les enseñen los lugares de interés y que les traten como a reyes. Y les encanta jugar al golf en los mejores campos.

Vio que Natasha y Amy intercambiaban una mirada.

—¿Qué? —preguntó.

—Nada, es solo que tiene muchos viajes de negocios —dijo Amy.

—Es su trabajo —dijo Jen. No quería darle demasiadas vueltas al asunto. Su matrimonio lo era todo para ella—. Bueno, ¿qué planes

tenéis para este fin de semana? —preguntó alegremente, cambiando de tema.

—Yo trabajo —dijo Natasha—. Matilda está con su padre, así que voy a hacer horas extra. ¿Y tú?

—Lo de siempre —respondió Jen—. Llevaré a los niños a natación y a tenis. Puede que el domingo vayamos a algún parque.

—Yo tengo una cita —dijo Amy.

—¡Pero bueno! ¿Es con tu «futuro marido»? —Natasha y Jen siempre se burlaban de Amy por lo mucho que le gustaba Jonathan.

Amy se sonrojó.

—Sí. Vamos al teatro y luego nos quedaremos en un hotel.

—Es un plan perfecto —dijo Natasha—. Ojalá volviera a ser joven y la vida recuperara la emoción. Ya nunca salgo con nadie. Me siento como una solterona amargada.

Jen la miró sorprendida. Natasha tenía una belleza natural, con rasgos perfectamente simétricos y un brillante cabello oscuro. El tipo de mujer a la que todas querían parecerse. Estaba segura de que tendría una larga cola de pretendientes.

—Yo creía que no te interesaba salir con nadie —dijo Jen.

Natasha se ruborizó.

—Supongo que la clave es encontrar a la persona adecuada. A veces es difícil saber si los dos sentimos lo mismo. —Miró a Jen a los ojos y luego apartó la mirada.

Jen intuyó que había algo más detrás de sus palabras, algo que no estaba dispuesta a compartir en aquel momento. Asintió.

—Te entiendo. Tuve suerte de conocer a Rob tan joven.

—¿Qué tal fue tu fin de semana romántico?

—Genial —dijo Jen, aunque con ciertas dudas.

—¿Jen? —dijo Natasha, que se dio cuenta.

Jen suspiró y dio un trago al vino. Estaba deseando saber la opinión de sus amigas sobre el comportamiento Rob, aunque solo

fuera para quedarse tranquila.

—Pasó algo un poco extraño. Me mintió sobre una llamada que recibió. Dijo que era un hombre al que le había vendido un piso, pero yo pude oír la voz del teléfono. Era una mujer.

—Ay, Jen —dijo Natasha, poniendo la mano sobre su rodilla—. Lo siento.

—No creo que signifique nada —dijo Jen rápidamente—. No tiene prohibido hablar con otras mujeres.

—Pero te mintió —dijo Natasha con delicadeza—. Te dijo que era un hombre.

—Podría no ser nada —dijo Amy—. Pero también podría ser algo… ¿Tienes alguna otra razón para sospechar de él?

—La verdad es que no —dijo Jen. Pensó en la conversación que tuvo con Rob en la playa, cuando él la convenció de que sus dudas eran fruto de la ansiedad.

—¿Seguro que no? —preguntó Natasha—. ¿Y qué hay de cuando desapareció hace unas semanas?

—Se desmayó. ¡Estuvo en urgencias! —dijo Jen.

—Es cierto que pasa mucho tiempo fuera por trabajo —dijo Amy—. Si quisiera engañarte, no le faltarían oportunidades.

Jen se llevó las manos a la cabeza y se presionó las sienes. Sentía que le estaba faltando el respeto a Rob hablando así de él.

—Me dijo que no me había engañado —dijo.

—¿Se lo has preguntado? —preguntó Natasha, incrédula.

—Sí.

—Entonces, es que sospechabas algo.

—En realidad, no. Pero… —Le costaba explicar cómo se sentía. No tenía ninguna sospecha en concreto; el problema era más bien que las cosas entre ella y Rob no iban como le gustaría. Sentía que se estaban distanciando—. Tengo que creerle, ¿no? —dijo—. Tengo que confiar en él, es mi marido.

—Podrías vigilarlo —dijo Amy de repente.

—Podrías revisarle el teléfono —dijo Natasha, echando más leña al fuego—. A ver si tiene mensajes de otra mujer.

—Se ha llevado los teléfonos. Tanto el del trabajo como el personal.

—¿Y su portátil? —preguntó Amy—. ¿Está aquí?

—Está en el despacho —respondió Jen, antes de dar otro trago a su bebida. Era consciente de que no debía fisgonear en el despacho de Rob, pero una parte de ella estaba desesperada por comprobar los mensajes. Últimamente se sentía muy insegura, solo quería asegurarse de que su marido no le estuviera mintiendo.

—Muy bien —dijo Amy, levantándose del sofá—. Vamos a echar un vistazo. Quizá encuentres alguna respuesta.

—No tengo la contraseña de su correo electrónico —objetó Jen.

—A lo mejor tiene la sesión iniciada —dijo Amy.

Natasha soltó una risita, producto del vino, y siguió a Amy al despacho. Jen las siguió a regañadientes, tratando de reprimir la culpa que sentía por espiar los correos electrónicos de su marido. En cualquier caso, estaba segura de que no podrían acceder a ellos. Aquello carecía de sentido.

Jen observó a Amy y Natasha, que intentaban adivinar la contraseña para acceder al ordenador.

—Vais a bloquearle el acceso —dijo Jen—. Parad. Se dará cuenta de que he intentado entrar.

—Mmm… —dijo Amy—. Tengo un grado en Informática. Creo que sé cómo solucionarlo. Un momento. Necesito los datos de la cuenta, y su dirección de correo electrónico. Y luego solo tengo que comprobar una cosa en mi teléfono.

Amy fue a buscarlo al salón.

—Estoy mirando cómo se hace —gritó—. Es un poco complicado.

—No tiene ni idea de lo que hace —le susurró Natasha a Jen—. Solo intenta impresionarte.

—A ver —dijo Jen, tratando de calmar los ánimos—. Creo que no hay necesidad de hacer esto. Puedo hablar con Rob yo misma. No me parece bien leer sus correos privados.

Amy apareció de repente.

—Lo tengo —dijo—. Pásame el portátil.

Natasha se lo entregó y Amy se sentó en el suelo, apoyada contra la pared, mirando fijamente la pantalla mientras tecleaba y clicaba.

—¡Estoy dentro! —dijo, emocionada, un par de minutos más tarde.

Jen tragó saliva.

—¿Por qué no echas un vistazo? —dijo Amy mientras le entregaba el ordenador a Jen.

Jen volvió al sofá del salón y se sentó con el portátil. La curiosidad y la culpa libraban una batalla campal en su interior. Sabía que no debía leer los correos de Rob, pero no pudo evitar abrirlos. No esperaba encontrar nada. No pasaría nada por echar un vistazo rápido.

Mientras cargaba la cuenta de correo electrónico de Rob, le llegó un nuevo correo. No tenía asunto y la dirección del remitente era una combinación de letras y números que no significaban nada para Jen. Probablemente era un correo basura.

Jen pinchó en él.

Entonces se llevó la mano a la boca, presa de la conmoción, incapaz de comprender las palabras que veía en la pantalla. Las leyó una y otra vez, tratando de entenderlas.

¡Solo quería recordarte que te quiero! Estoy deseando que estemos juntos para siempre. ¿Cuándo se lo vas a decir a tu mujer? ¡Me muero de ganas de que te deshagas de ella!

VEINTIDÓS

Jen se quedó mirando el correo electrónico. Las palabras se hacían borrosas ante sus ojos.

«Estoy deseando que estemos juntos para siempre. ¿Cuándo se lo vas a decir a tu mujer?».

No podía estar leyendo bien. Seguro que no era lo que parecía.

Pero las palabras estaban ahí, en blanco y negro, no podía ignorarlas.

—¿Va todo bien? —dijo Amy, trayendo de vuela a Jen de sus pensamientos—. Te has puesto pálida.

Jen pasó la mano por la pantalla. No podía permitir que sus amigas fueran testigos de su humillación. Era demasiado.

—¿Qué pasa, Jen? —dijo Natasha con calma, incorporándose en el sofá a su lado—. Déjame ver.

Jen no sabía si llorar o gritar.

—Es tal y como pensabas —le dijo a Natasha—. Me ha estado engañando.

—¿Qué? —dijo Amy—. ¿Hay algún correo? ¿Qué dice?

Jen se dio cuenta de que no tenía sentido ocultárselo, así que descubrió la pantalla.

—Dios mío —dijo Amy—. Es horrible.

Jen volvió a mirar el mensaje.

«¡Solo quería recordarte que te quiero! Estoy deseando que estemos juntos para siempre…».

«Recordarte», como si su amor fuera lo más normal del mundo, algo tan cotidiano que necesitaran recordarlo.

Nunca pensó que Rob sería capaz de engañarla. No siempre era

completamente sincero, eso lo sabía. Distorsionaba ligeramente la verdad en el trabajo, exageraba las cosas para vender propiedades. Pero Jen pensaba que esas mentiras eran para el resto de la gente, no para ella.

Eran un equipo. Se enfrentaban al mundo juntos. Siempre habían hecho lo mejor para su relación. Ella había sacrificado su carrera laboral por él. ¿Cómo podía traicionarla así?

—Lo siento mucho, Jen —dijo Natasha, rodeándola con el brazo—. Esto es horrible, comprendo cómo te sientes. —Natasha le había contado lo dolorosa que había sido su separación del padre de Matilda. Lo difícil que le había resultado llegar a fin de mes tras la ruptura. Y ahora tenía que compartir la custodia de Matilda y pasar algunos fines de semana completamente sola, sin su hija. Jen no quería que le ocurriera lo mismo. Eso no podía estar sucediéndole a ella.

—Lo siento mucho —dijo Amy—. No puedo imaginar cómo te sientes. —Cogió la botella de *prosecco* y le rellenó la copa a Jen—. Es muy difícil asimilar algo así.

—No sé cómo ha podido hacerme esto. Creía que me quería. —Jen empezó a derramar lágrimas de furia. Había planeado toda su vida en torno a él. Había dejado de trabajar y dependía completamente de Rob. Y todo había sido en vano. Contaba al menos con su lealtad, pero ni siquiera eso le había dado.

Se bebió el prosecco de un trago y Amy le volvió a llenar la copa.

—¿Qué voy a hacer? —preguntó. El alcohol recorría sus venas y no podía pensar con claridad. Se sentía ebria y desorientada—. Nunca pensé que sería capaz de esto.

—No pasa nada —dijo Natasha con firmeza, apretándole el hombro —. Nosotras estamos aquí para ayudarte.

—Fui una estúpida al confiar en él.

—No digas eso. Se casó contigo. Te prometió que te sería fiel. Ha

sido él quien te ha traicionado. —Natasha le acarició el brazo—. Mira, ya sé que ahora mismo parece el fin del mundo, pero no tiene por qué serlo.

—Natasha tiene razón —dijo Amy—. Puedes empezar de nuevo.

Jen negó con la cabeza.

—Llevo con Rob desde los diecisiete años. Él es todo mi mundo. Tenemos tres hijos. No puedo empezar de nuevo.

—Quizá nos estamos precipitando —dijo Natasha—. Lo primero que tenemos que decidir es qué le vas a decir.

—¿A qué te refieres? —preguntó Jen. Al pensar en Rob, lo único que se le ocurría era gritarle. La había traicionado de la peor forma posible. Pero una parte de ella deseaba desesperadamente que él le aclarara que se trataba de un error, que había alguna explicación plausible—. Quizá la persona que mandó el correo se equivocó de destinatario —dijo Jen, poco convencida.

—Se lo enviaron a su dirección del trabajo —dijo Natasha.

—No creo que se lo hayan enviado ahí por error —dijo Amy con delicadeza, acariciándole la espalda a Jen—. Lo siento mucho.

La mente de Jen iba a mil por hora. Se preguntaba cómo sería esa mujer para que Rob la hubiera elegido por encima de ella. ¿Era más joven? ¿Vestía mejor? ¿Era más atractiva? ¿Más inteligente que Jen? ¿Tenía una mejor formación?

Jen no podía evitar pensar en todas sus carencias.

—Quizá no soy suficiente para él —dijo. Esa idea siempre le había rondado la cabeza cuando era adolescente. Daba la sensación de que no encajaban como pareja. Jen vivía en un piso destartalado y su padre estaba en la cárcel, mientras que Rob tenía una enorme casa independiente y unos padres atentos. Nunca había tenido sentido que él la eligiera a ella. Puede que al fin se hubiera dado cuenta. Esa vida de película no era para ella.

—Eres más que suficiente. Él es un idiota —dijo Natasha.

—¿Qué debo hacer? —preguntó Jen—. ¿Debería llamarlo? —Se imaginó gritándole por teléfono, interrumpiendo sus copas en el club de golf.

—No —dijo Natasha con firmeza—. Primero, tienes que reunir toda la información posible, ver cuál es la situación. ¿Hay algo más en su correo?

Jen miró el portátil que tenía en las manos.

—Prefiero no seguir mirando.

—Yo me encargo —dijo Amy—, si tú no quieres.

—Vale —dijo Jen, horrorizada ante la idea de que se salieran a la luz las mentiras de su matrimonio. Pero le entregó el portátil a Amy.

Amy echó un vistazo a los mensajes.

—Hay algunos mensajes más entre ellos —dijo.

—¿Qué dicen?

Amy frunció el ceño.

—Más de lo mismo. Parece que esto viene de lejos.

—¿Cómo ha podido hacerme esto? —susurró Jen. Sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas al pensar en sus hijos, que dormían en sus habitaciones al otro lado del pasillo. ¿Cómo había sido capaz de destrozar su familia?—. Pasamos unos días maravillosos juntos. No lo entiendo.

—Pero esta mujer lo llamó durante el viaje, ¿no? —dijo Natasha.

—Creo que sí —admitió Jen—. Pero él me dijo que me quería. Incluso le pregunté si tenía una aventura. Me dijo que solo estaba ansiosa. Esto no me puede estar pasando. Y dentro de poco nos vamos de viaje al Mediterráneo. ¿Tengo que fingir que todo va bien?

—No tienes por qué ir si no quieres —dijo Natasha.

—Pero sí que quiero ir —dijo Jen—. No voy a quedarme sin mis vacaciones por su culpa. Tengo muchas ganas de ir. Si hay alguien que no se merezca ir, es él.

—Tienes razón —dijo Natasha—. Deberías decirle que se quede

aquí. Pero ¿te las apañaras bien tú sola? Aquello está en medio de la nada, ¿no? Puede ser un poco deprimente, tú sola con los niños.

La mente de Jen no dejaba de dar vueltas. Natasha tenía razón.

—¿Y si te acompañamos nosotras? —dijo Amy de repente—. Unas vacaciones de chicas. Lo pasaríamos muy bien. Natasha y yo te podemos echar una mano con los niños.

—Es una idea estupenda —dijo Natasha—. Sería un viaje fantástico. Además, así le daríamos una lección. —Natasha arrastró un poco las palabras.

—Sí —dijo Jen, sintiéndose un poco más animada—. Sería genial. —Pudo imaginarse a las tres amigas sentadas en la terraza al sol, brindando por la libertad.

Amy miraba su teléfono.

—¿Cuándo te vas?

—El veintisiete de julio. La primera semana de las vacaciones escolares.

—Mi ex se queda con Matilda esa semana —dijo Natasha—. Soy libre como un pajarillo.

—¿Y a dónde voláis? —preguntó Amy—. Hay vuelos tirados de precio a Marsella. Solo cuestan cincuenta libras ida y vuelta. Saldríamos el veintiocho.

—Nosotros siempre vamos al aeropuerto de Niza —dijo Jen—. Pero se puede ir en coche desde Marsella.

—Resérvalos —dijo Natasha con una risilla—. Ni te lo pienses.

Amy asintió.

—Sería una tontería no hacerlo. —Se rio—. Aunque creo que he alcanzado el límite de mi tarjeta de crédito.

—Yo pago —dijo Natasha. Le entregó su tarjeta a Amy—. Necesito unas vacaciones. Y esto es una ganga. Además, nos lo pasaremos muy bien juntas.

Jen sonrió a sus amigas. Tenía suerte de que la apoyaran tanto.

Soltó una risa ebria. La habitación daba vueltas, pero empezaba a sentirse mejor.

—¿Ya has comprado los vuelos? —preguntó.

—Sí —dijo Amy sonriendo—. Todo listo.

Jen levantó su copa, derramando parte de la bebida sobre su sofá color crema. Ya no le importaba.

—Por nosotras —dijo—. Por la amistad.

—Por la amistad —dijeron los otras dos, chocando sus copas con la de ella.

VEINTITRÉS

HACE TRES MESES

Mia estaba sentada en una cafetería junto al bloque de apartamentos de Rob, preparándose mentalmente para su entrevista de trabajo. Había pasado casi una semana desde que dejó la inmobiliaria. La mujer a la que sustituía se había reincorporado de su baja por maternidad y ya no la necesitaban. Rob había hecho todo lo posible por encontrarle otro puesto en la empresa, pero no había vacantes.

Tomó un sorbo de agua de la botella que había comprado mientras miraba por la ventana a la gente que pasaba. Era lo más barato que tenían en el local, pero aun así le había dolido pagar aquellas tres libras.

Últimamente gastaba demasiado. Cuando finalizó su contrato temporal en la agencia de Rob, se quedó sin nada que hacer durante el día y se dio un costoso capricho yendo a la misma peluquería a la que había visto ir a Jen. Observó atenta cómo la peluquera le cortaba su larga melena morena, dejándole el pelo a la altura los hombros, para luego teñírselo del mismo tono rubio que Jen.

Desde que había dejado la agencia inmobiliaria, había solicitado todos los trabajos de oficina que encontraba, pero aún no había recibido ninguna respuesta. Por su parte, la agencia de trabajo temporal en la que estaba inscrita no tenía nada que ofrecerle.

Se quedó de piedra cuando vio el anuncio en internet. Al principio no se lo podía creer y tuvo que leerlo dos veces:

Se necesita recepcionista para un bloque de apartamentos de lujo en

la zona oeste de Londres

Imprescindible experiencia en atención al cliente

Ideal para una persona con buena presencia y trabajadora

Incorporación inmediata

Contacto mediante correo electrónico a dominic@riverviewapartments.com

Riverview Apartments. Allí era donde vivía Rob. Sería perfecto. Así podría seguir viéndolo. Rememoró la semana anterior, cuando se escaparon juntos durante el almuerzo a una enorme mansión vacía que les habían encargado vender e hicieron el amor bajo la ducha de lluvia tropical. Ahora que ya no estaba en la oficina, les sería más difícil coordinar sus agendas, pero al menos podría estar cerca de Rob si trabajaba en su edificio. Tenía que conseguir ese trabajo como fuera.

Mia recordaba que todos los documentos relacionados con el edificio y la compra del ático por parte de Rob estaban en sus correos electrónicos. Le habían dado acceso a ellos mientras sustituía a Grace durante su ausencia. El fin de semana previo lo había repasado todo al detalle, incluidos los folletos publicitarios de los apartamentos y los planos arquitectónicos del edificio. Sentía que sabía todo lo que había que saber sobre el bloque.

Había llegado su momento: iba a entrar ahí y a demostrarles que era perfecta para el puesto. Se alisó la falda lápiz azul marino, se miró en el espejo de bolsillo y se puso de pie. Con la cabeza bien alta, salió de la cafetería y entró con paso firme en la recepción del edificio de apartamentos colindante.

—Vengo para la entrevista de trabajo —le dijo a la mujer tras el mostrador.

—¿Cómo se llama?

—Amelia —respondió—. Amelia Harrison.

Cuando llegó a Londres, se acortó el nombre a «Mia». Le sonaba más cosmopolita, más adecuado para una actriz. Pero había llegado el momento de renovarse. Sonrió con amabilidad.

—Pero llámeme Amy, por favor.

VEINTICUATRO

PRESENTE

—¡Mamá! ¡Mamá!

Jen se dio la vuelta en la cama y abrió los ojos lentamente, con un intenso dolor de cabeza.

Tardó un momento en darse cuenta de era que Jack quien la llamaba desde su habitación.

—Mamá, ¿ya es de día?

Jen cogió el teléfono de la mesita de noche. Eran las siete de la mañana. Sabía que debía levantarse, pero no se veía capaz de salir de la cama todavía. Se había pasado con el vino la noche anterior.

—Todavía no es de día, Jack —gritó, y volvió a cerrar los ojos.

Escuchó un ruido proveniente del suelo.

—Ya voy yo —dijo Amy desde una cama hinchable que debían haber inflado la noche anterior.

Jen tenía un leve recuerdo en el que le insistía a Amy en que no durmiera en el sofá porque era demasiado incómodo. Recordaba cómo, totalmente borrachas, intentaban sin éxito conectar la bomba de aire en la cama hinchable sin poder parar de reír.

—Gracias —murmuró Jen cuando Amy salió de la habitación.

Se dio la vuelta y vio a Natasha tumbada en la cama junto a ella, completamente vestida.

Los recuerdos de la noche anterior incidían como un taladro en la mente de Jen.

Los correos. Rob. La otra mujer.

Ahora, a la fría luz del día, todo aquello parecía imposible.

Pero sabía que no se lo había imaginado. Ahora solo quería esconderse, huir de la realidad.

Jen escuchó a Amy preparándoles el desayuno a los niños en la cocina y se obligó a levantarse y meterse en la ducha. Se sentía de lo más agradecida por tener a sus amigas cerca para ayudarla. No se creía capaz de enfrentarse sola a los niños. El agua caliente se deslizaba por su cuerpo, y Jen deseó que también pudiera llevarse todo lo que había ocurrido la noche anterior. Una parte de ella se arrepentía de haber visto el correo electrónico, de haber afrontado la verdad. Podría haber seguido viviendo en su feliz ignorancia.

Su cerebro daba vueltas tratando de reconstruir lo que había sucedido la noche anterior. Recordaba haberse tumbado en la cama cuando sus amigas se quedaron dormidas y escribirle un extenso mensaje a Rob, en el que le llamó cabrón mentiroso, le preguntó quién era esa mujer y si acaso ella no era suficiente para él. Recordaba haber escrito el mensaje entre lágrimas.

Jen salió de la ducha, cogió una toalla y miró su teléfono. En cuanto abrió los mensajes, vio la retahíla de palabras mal escritas y autocorregidas que le había enviado a Rob en mitad de la noche.

Dios santo. Había hecho exactamente lo que Natasha le había dicho que no hiciera.

Había contactado con Rob antes de pensar las cosas con calma.

Él la había llamado mientras se duchaba. Ahora estaba llamando de nuevo. A Jen se le hizo un nudo en el estómago.

Natasha se dio la vuelta en la cama.

—Te está sonando el teléfono —dijo.

—Es Rob —dijo Jen, cogiendo el móvil.

—¡No contestes! —dijo, levantándose de un salto, y le arrebató el teléfono a Jen—. No hables con él hasta que hayas comido algo y hayas tenido tiempo para pensar.

—Vale —dijo Jen con incertidumbre.

—Dios, cómo me duele la cabeza —dijo Natasha.

—Creo que bebimos demasiado.

—¿Qué hay para desayunar?

—Poca cosa, solo tostadas. Y cereales para niños, si te apetece.

El teléfono de Jen sonó al recibir un mensaje.

Voy de camino a casa. Hablamos luego. Te quiero.

Media hora más tarde, Amy y Natasha se habían terminado sus tostadas y los niños estaban instalados frente al televisor.

—Tengo que llevarlos a tenis dentro de una hora —dijo Jen con aire abatido—. Y supongo que debería ordenar un poco la casa antes de que vuelva Rob.

Natasha la miró como si estuviera loca.

—¿Por qué ibas a mover un dedo por él?

Jen observó las botellas de vino vacías y las cajas de *pizza* en el suelo del salón.

—También es por los niños, no solo por Rob —dijo.

—Te ayudo —dijo Amy—. Pero luego tengo que irme.

—¿A qué hora vuelve Rob? —preguntó Natasha—. ¿Quieres que me quede?

—No debería tardar mucho —dijo Jen—. Pero no hace falta que te quedes. Debemos hablar en privado.

—¿Estás segura? —preguntó Natasha.

—Sí, vete a casa y descansa.

—En realidad, tengo trabajo —dijo Natasha—. Pero, si quieres que me quede, llamo y les digo que estoy enferma.

—No hace falta —dijo Jen—. De verdad. Y gracias por todo.

—No hay problema. —Natasha se levantó y se puso los zapatos—. Será mejor que vuelva y me cambie. Luego te mando un mensaje con el nombre y el número del abogado que me llevó el divorcio.

Amy se marchó media hora más tarde. Jen se sentó a la mesa de la cocina y miró a su alrededor. Contempló su ático perfectamente diseñado, con el sol que entraba por los ventanales de suelo al techo. Pronto perdería todo aquello. Sabía que ninguno de los dos podría permitirse mantener el ático si se separaban. Estaban hipotecados hasta las cejas. Se verían obligados a mudarse a algún sitio más pequeño.

Oyó la llave en la cerradura y se levantó de un salto de la mesa. Se habían ocupado de la mayor parte del desorden de la noche anterior, pero la casa no estaba ni mucho menos tan limpia y organizada como solía.

Rob entró por la puerta, vestido con unos elegantes pantalones chinos y un polo azul claro.

—Jen —dijo—. ¿Qué pasa? Me enviaste un mensaje incomprensible en mitad de la noche. ¿Estabas borracha? Me tenías muy preocupado. Tuve que volver a la carrera.

Ella miró a Rob, tratando de descifrar quién era el hombre que tenía delante. Su mundo se había derrumbado desde que él se marchó del ático la mañana anterior. Ahora, al mirarlo, sentía que estaba viendo a alguien a quien apenas conocía, casi un extraño.

Tragó saliva.

—Encontré unos correos electrónicos —dijo, intentando mantener un tono neutro y contener el torrente de emociones que brotaba en su interior—. Entre tú y otra mujer. Te envió un correo anoche diciéndote que te quería y preguntándote cuándo ibas a contarme lo vuestro.

Rob extendió la mano para tocarla.

—No es lo que parece —dijo.

Jen se apartó.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué es entonces? —Jen alzó la voz y, por el rabillo del ojo, vio que Lottie los miraba desde el sofá. Se había

prometido a sí misma que nunca discutiría con Rob delante de los niños. Había vivido demasiadas peleas y discusiones durante su infancia y quería que la de sus hijos fuera diferente—. Hablemos de esto en el dormitorio —dijo.

Se aseguró de que los niños estuvieran bien delante del televisor, colocó a Ruby en su saltador, comprobó que el balcón estuviera cerrado y se fue con Rob al dormitorio, dejando la puerta entreabierta para poder escuchar lo que hacían sus hijos.

—No puedo creer que me hayas hecho esto —dijo Jen—. Te quería. Te di todo lo que tenía, sin pensármelo dos veces… Siempre he antepuesto tus deseos a los míos. Tu carrera. Tu vida.

—Mira, Jen, déjame explicarte lo del correo electrónico. Hay una chica muy joven que trabajaba conmigo. Es una cría, muy ingenua. Y se ha enamorado hasta las trancas de mí. Me envía mensajes diciendo que estamos hechos el uno para el otro. Está completamente obsesionada. Pero yo no siento lo mismo por ella. Se está montando una película ella sola.

—Pero… —Jen no sabía qué pensar. Estaba segura de que había algo más. El perfume en su camisa, la llamada de aquella mujer durante su escapada romántica—. No te creo —dijo.

Rob suspiró.

—¿De qué va esto, Jen? Ya sabes que te quiero. Creía que teníamos un matrimonio feliz. Pero parece que te has convencido a ti misma de que algo va mal. Y, sinceramente, me preocupa; tengo la sensación de que no estás bien. Quizá el estrés de cuidar de tres hijos pequeños te está afectando.

Jen frunció el ceño.

—No es eso —dijo. Se llevó las manos a la cabeza. La resaca la estaba matando. Deseaba no haber bebido tanto la noche anterior. Pensó en el contacto del abogado de divorcios que Natasha le había enviado. En lo seguras que estaban la noche anterior de que Rob la

estaba engañando. ¿Y si se equivocaban?

—¿Es que quieres tirar por la borda todo lo que hemos construido juntos? —preguntó Rob.

—No —respondió Jen—. Pero… —Pensó en la vida familiar que tenían. Los niños estaban bien y eran felices. No quería que eso cambiara. Y tenían muchos planes en familia. El fin de semana siguiente iban a celebrar la fiesta de cumpleaños de Lottie y pronto se irían de vacaciones al Mediterráneo. Una parte de ella quería mirar para otro lado y fingir que todo iba bien, pero su instinto le decía que no era así.

Rob la rodeó con los brazos y comenzó a besarle la frente con delicadeza.

—Déjame —dijo ella, apartándolo. Necesitaba tiempo para pensar. Miró el reloj—. Lottie y Jack tienen que ir a la clase de tenis —dijo—. ¿Por qué no los llevas tú? Y llévate a Ruby contigo, que se entretenga mirando.

—Vale, claro —dijo Rob—. Si es lo que necesitas.

Jen asintió. Necesitaba espacio para poder pensar qué demonios hacer. La cabeza le daba vueltas. Estaba convencida de que Rob la había traicionado, pero sus palabras la habían hecho dudar. ¿Era verdad lo que le había contado sobre una joven obsesionada? ¿Debía confiar en él o le estaba mintiendo descaradamente?

VEINTICINCO

Amy regresó sin prisa a su piso, disfrutando del tacto del pavimento bajo sus pies y del brillante sol matutino. A diferencia de Jen y Natasha, no tenía resaca y se sentía más que preparada para afrontar la jornada que tenía por delante. Ese día marcaba el inicio de algo: un nuevo comienzo. No solo para ella, sino para todos.

Ahora que Jen sabía la verdad sobre Rob, por fin se daría cuenta de que no la quería y dejarían su relación. La propia Jen había admitido que las cosas iban mal entre ellos últimamente. Estaba claro que no eran el uno para el otro. Amy solo estaba ayudando a Jen a que se diera cuenta. Claro que sería difícil para Jen en un primer momento, pero Amy estaba segura de que pronto lo aceptaría. Al fin y al cabo, contaban con una buena situación económica, por lo que podría permitirse pagar una vivienda propia.

Y luego, en un par de meses, Amy se mudaría con Rob. Por fin estarían juntos, tal y como él le había prometido. Amy esperaba que Jen aceptara su relación. Le caía muy bien; se había convertido en una de sus mejores amigas. Y siempre se comportaba como una persona razonable. Entendería que Amy y Rob eran almas gemelas. Puede que necesitara un poco de tiempo, pero, una vez se acostumbrara, Amy sabía que sería feliz. Seguro que no tardaría en encontrar a alguien que la quisiera de una forma en que Rob ya no podía.

Amy había disfrutado preparando el desayuno de los niños esa mañana mientras Lottie y Jack charlaban alegremente con ella. Cuando Jen se enterara de lo suyo con Rob, sabría que sería una buena madrastra. De hecho, una vez que Jen terminase de aceptar

su ruptura, sin duda se alegraría de que él estuviera con Amy en lugar de con una desconocida cualquiera.

Amy sonrió al pensar en las vacaciones familiares en el Mediterráneo. Ella también estaría allí. Para entonces, Rob y Jen se habrían separado y eso les daría la oportunidad de estar juntos, de empezar su vida como una nueva familia.

Amy pensó con nostalgia en el futuro. Se imaginaba a los tres —a Rob, a Jen y a sí misma— sentados alrededor de la mesa del comedor del ático en Navidad, junto a sus hijos y con un árbol de Navidad decorado con esmero. Nunca había pasado una Navidad en familia como es debido. Siempre habían estado solas ella y su madre, y no podía evitar tener la impresión de que su madre contaba las horas para poder enviarla de vuelta al internado. Una vez incluso pasó la Navidad con sus profesores, el señor y la señora Beddow, ya que su madre había decidido irse a Estados Unidos sin ella. Esa fue la primera vez que la Navidad le pareció una fecha mágica y especial. La trataron como a una reina y la colmaron de regalos, y ella los ayudó a preparar la cena de Navidad.

Amy pensó en su hija, Gemma. La Navidad siempre era un momento oscuro sin ella a su lado. Todavía vivía con su padre en Francia, pero, si Amy tuviera un hogar estable en Reino Unido, tal vez podrían compartir la custodia. A Amy se le aceleró el corazón al pensar en ello. La próxima Navidad sería diferente; Gemma estaría con ella.

Amy abrió la puerta de su piso con una sonrisa. Había hecho lo correcto al enseñarle el correo a Jen. Rob necesitaba un empujón para cortar los lazos con su mujer. Por fin estaban preparados para empezar su futuro juntos.

VEINTISÉIS

Jen se dirigió directamente al despacho de Rob en cuanto este salió de casa con los niños. Necesitaba aclarar sus ideas, recopilar toda la información posible y decidir qué hacer. A pesar de lo que Rob le había dicho sobre su acosadora, Jen sabía en su interior que la estaba engañando. Solo había una forma de interpretar ese correo electrónico. Y, ahora que lo pensaba, no faltaban las señales: las cenas hasta las tantas, las noches fuera de casa por trabajo, el olor a perfume de otra mujer en su camisa…

De repente, Jen pudo ver un destello de su futuro. Ninguno de los dos podría permitirse vivir solo en el ático. Tendrían que venderlo, dividir el dinero y comprarse cada uno su propia casa. Suponiendo, claro, que ella tuviera derecho a quedarse con la mitad del dinero. Sabía que el ático solo estaba a nombre de Rob. Tenía que ver con el contrato que él firmó directamente con la constructora.

Natasha tenía razón. Debía averiguar de cuánto dinero podría disponer antes de decirle a Rob que quería separarse. Tendría que haberlo hecho antes de sacarle el tema de la infidelidad. Rob siempre había controlado las cuentas bancarias y solo le daba dinero a Jen si le pedía algo concreto. Ni siquiera sabía si tenían ahorros. El único dinero al que podía acceder era el fondo para la universidad de los niños, pero ese dinero era intocable.

Jen empezó a registrar los cajones del despacho de Rob. Sintió una nueva oleada de furia recorrer su cuerpo al pensar en la otra mujer. Lo había arruinado todo. ¿Quién era?

De repente, lo supo. Lizzy. La mujer a la que Rob le entregó un premio en la fiesta de la empresa. Esa noche la estuvo mirando de

forma extraña. Tenía que ser ella. Se veían todos los días en el trabajo. No le costaba imaginarse que tuvieran un romance a sus espaldas.

Jen se acordó de la vez en que fue a su ático a dejarle una carpeta a Rob. Seguro que fue para vigilarlo y comprobar contra quién competía. Jen sonrió para sus adentros. Estaba claro que Lizzy no tenía ni idea de que Rob fingía que no era más que una acosadora obsesiva, que no significaba nada para él.

Jen hurgó en los cajones en busca de la carpeta morada que había llevado Lizzy. Dijo que eran documentos del trabajo, pero ¿y si no era así? ¿Y si contenía pruebas de su relación, como recibos de hotel y notas de amor? ¿Y si Lizzy quería que Jen viera lo que contenía aquella carpeta?

La carpeta estaba en el fondo del cajón del medio. La abrió y sacó un montón de papeles. Al hojearlos, vio que todos estaban relacionados con la venta del ático: escrituras, certificados de seguridad y detalles de la venta.

Jen suspiró y revisó los otros cajones. Estaban llenos de facturas del ayuntamiento, recibos de la luz, cartuchos de impresora y papeles varios. Nada interesante. Ni un solo extracto bancario.

Pero no pensaba darse por vencida. Fue al pasillo y registró los bolsillos del abrigo de Rob. Había varios recibos de comidas en restaurantes caros, pero eso no significaba nada. Rob solía llevar a muchos clientes a cenar. El último recibo era de una joyería, con fecha de hacía dos meses, de un collar que Jen nunca había visto. Sin duda habría sido para Lizzy, no para ella.

A Jen se le rompió el corazón. Ahí estaba: la prueba definitiva. Rob no era el hombre con el que creía haberse casado. Se sintió enferma. Pero no podían separarse todavía. Primero, tenía que poner sus asuntos en orden. Además, la fiesta de cumpleaños de Lottie sería el próximo fin de semana. La niña había elegido la tarta

e invitado a toda la clase. Jen no iba a permitir que nada ni nadie le arruinara la fiesta. Si Rob se marchaba ahora, Lottie y Jack se morirían de pena. Incluso si acudía al cumpleaños, la tensión del ambiente acabaría por aguarle la fiesta.

Le diría a Rob que se marchara una vez celebrada la fiesta. Era la única solución. No quería sacar a los niños de su hogar; era él quien tendría que mudarse.

Jen sabía que era más fuerte mentalmente que Rob. Había crecido en un hogar inestable y violento y, por si fuera poco, su padre había estado en la cárcel. No tuvo más remedio que hacerse una mujer dura. Y, aunque se había suavizado con los años, en el fondo seguía siendo fuerte. Si el asunto desembocaba en una batalla entre ella y Rob, sabía que ganaría. Pero, hasta entonces, fingiría ser la esposa perfecta mientras ponía todo en orden. Luego lo pillaría por sorpresa.

VEINTISIETE

El fin de semana siguiente, Jen fue al gimnasio en el que habían alquilado parte del jardín para celebrar la fiesta de Lottie. Cuando Rob volvió con los niños de su clase de tenis el fin de semana anterior, ella fingió creer su historia de una acosadora obsesiva, pretendiendo que todo iba bien. Sin embargo, se pasó toda la semana investigando el capital de Rob. No encontró ningún tipo de ahorro, pero sí una hipoteca descomunal. El estrés que le generaba toda aquella situación estaba empezando a afectarle y no era capaz de dormir sin tomarse una dosis doble de las pastillas de su madre. Tenía la mente embotada, pero sabía que debía continuar con la farsa de que era una familia feliz. Al menos un día más. Por Lottie.

Todo estaba a punto para la fiesta. Los padres de Rob habían llegado esa mañana y Jen había preparado los regalos con su suegra. Jack saltaba como un loco en el castillo hinchable mientras Lottie se esforzaba por hacer volteretas laterales. Junto al castillo había un arreglo de globos rosas y blancos que formaban la palabra «Lottie». A petición de su hija, también habían contratado a una manicurista, que esperaba la llegada de los niños para pintarles las uñas. A Lottie se le antojó después de haberla visto en la fiesta de cumpleaños de una de sus compañeras de clase.

El sol brillaba a través de los árboles y Jen empezó a sentir que se le formaba una capa de sudor sobre la piel. Lottie tenía suerte de cumplir años en verano. El tiempo solía ser bueno, y normalmente celebraban su cumpleaños en el jardín de casa. Ese año no había sido posible, por lo que agradeció que el gimnasio también organizara fiestas de cumpleaños.

Jen no dejaba de sacar fotos de Lottie, Jack y Ruby, todos vestidos para la ocasión. Quería inmortalizar aquellos momentos felices para que sus hijos pudieran recordarlos. El día era agridulce; tenía la sensación de que sería la última vez que estarían todos juntos como una familia feliz. Sabía que separarse de Rob les destrozaría la vida.

Los padres empezaron a llegar con sus respectivos hijos, que hicieron entrega de los regalos y salieron pitando hacia el castillo hinchable. Natasha apareció con Matilda poco después de que empezara la fiesta, y Jen sintió una alivio indescriptible. Siempre se sentía mejor cuando Natasha estaba a su lado.

—Siento mucho llegar tarde —le dijo a Jen—. Su padre se ha retrasado al traerla.

—No pasa nada —dijo Rob.

Natasha le dedicó una sonrisa forzada. Jen le había explicado que, por el bien de los niños, estaba fingiendo que todo iba bien entre ella y Rob. A pesar de la tensión entre ellos, ninguno de los niños parecía haber notado ningún cambio. Era crucial que Natasha no desvelara nada.

—¿Te apetece una copa de champán? —le preguntó Jen.

—No, gracias —respondió Natasha—. La última vez que bebimos alcohol, la velada no terminó muy bien. —Le lanzó una mirada acusadora a Rob, y Jen se sonrojó al recordar la noche de chicas.

—Ven, Natasha —dijo Jen—. Te presentaré a los otros padres.

La fiesta transcurrió en un torbellino de actividad. Jen no paraba de perseguir a Ruby y de comprobar que todos los niños estuvieran bien. Habían invitado a treinta críos, siempre había alguno que quería algo. Jen conducía a un niño al baño mientras cogía a Ruby en brazos para evitar que se comiera otra galleta de la mesa cuando miró a Rob; vio que estaba charlando alegremente con una de las madres más jóvenes. Rob echó la cabeza hacia atrás y se rio de algo que ella dijo, luego extendió la mano para tocarle el brazo.

Hasta entonces, Jen no se había dado cuenta de lo cariñoso que era Rob. Siempre se expresaba físicamente: besaba en la mejilla a la gente que conocía y abrazaba a aquella con la que ya tenía relación. Jen pensaba que era su forma de ser. Pero ahora, al verlo con la joven madre, su comportamiento empezaba a molestarla. Se le antojaba que estaba coqueteando con ella.

Jen se acercó a él y le encasquetó a Ruby.

—Creo que necesita que le cambien el pañal —dijo. Se volvió hacia la mujer—. ¿Quieres otra copa?

Cuando Rob regresó con Ruby, sus padres se acercaron armados con copas de llenas de champán.

—El pañal estaba seco —le dijo Rob a Jen, desconcertado.

Jen se encogió de hombros.

—Me habré equivocado.

—Suele pasar —dijo Penny—. Es una fiesta maravillosa. Te has superado, Jen. Los niños se lo están pasando en grande.

—Gracias, Penny.

—Le he estado haciendo fotos a los niños, pero estaría bien tener una de vosotros dos con Ruby. Jen, ¿por qué no coges a Ruby?

Jen obedeció y agarró a su hija, colocándose rígida como una estaca junto a Rob. Sintió que él le pasaba el brazo por los hombros.

—Acercaos un poco más —les indicó Penny, y ambos lo hicieron—. A ver esa sonrisa.

Jen sonrió a la cámara mientras Penny hacía la foto.

—Qué bonita —dijo su suegra, mirando su teléfono—. Qué familia tan feliz.

Más tarde, cuando Jen estuvo repasando todas las fotos esa noche —las que había tomado Penny y las que había tomado ella misma—, se detuvo en la imagen en la que salía junto a Rob y Ruby. Todos sonreían, felices. No había ningún indicio de que nada fuera mal. Era

mejor actriz de lo que pensaba.

Reunió las fotos del cumpleaños de Lottie que más le gustaron para publicarlas en las redes sociales y, en el último momento, añadió la foto de ella, Rob y Ruby. No solía publicar muy a menudo, pero ese día quería hacerlo. Era un día especial para Lottie. Y esperaba que, al etiquetar a Rob, Lizzy viera las fotos. Jen había descubierto que eran amigos en Facebook y que lo seguía en Instagram.

«Celebrando el octavo cumpleaños de nuestra preciosa hija. ¡Un día perfecto con la familia perfecta!».

Así aprenderá esa Lizzy. Jen estaba planeando dejar a Rob, pero eso no significaba que Lizzy tuviera por qué saberlo. Hasta que Jen pudiera llevar a cabo su plan, era mejor que el resto del mundo pensara que su matrimonio era perfecto. Quería que la otra viera lo mucho que Rob amaba a su familia y lo poco que ella le importaba.

VEINTIOCHO

Amy estaba sentada en la cama de su habitación el sábado por la noche, mirando la publicación de Jen en Instagram. No había publicado nada en meses y, de repente, allí estaba, sonriéndole a Amy, rodeada de su familia.

«¡Un día perfecto con la familia perfecta!».

Algo no encajaba. Jen estaba hundida por la infidelidad de Rob hacía solo una semana ¿y ahora fingía que todo iba bien? No tenía sentido. ¿Acaso lo había perdonado? Por lo que Amy sabía, seguían viviendo juntos. El jueves anterior, cuando estuvieron en el refugio para gatos, Jen se negó a hablar del tema. Natasha le había dicho a Amy que Jen quería ponerlo todo en orden antes de dejarlo, pero Amy no estaba tan segura. Pensaba que, tal vez, Jen quería seguir casada con Rob. Después de todo, estaba acostumbrada a la vida de lujo que le permitía el trabajo de su marido.

Las risas de un hombre y una mujer que entraban por la puerta de su sótano devolvieron a Amy a la realidad. No tardó en colocarse los auriculares y poner algo de música en su teléfono. Desde que su compañera de piso, Leanne, rompió con su novio, había empezado a traer a casa a los hombres que conocía por internet.

—Es mucho más seguro traerlos aquí mientras estás tú que ir a su casa —le había dicho Leanne a Amy—. Al fin y al cabo, no los conozco.

Desde la habitación de al lado, Amy oyó el crujir de los muelles de la cama, mucho más fuerte que su música, que ya estaba al máximo volumen. Amy se planteó salir, daba igual a dónde, para alejarse del ruido.

Una llamada interrumpió la música que retumbaba en sus auriculares y vio que era su madre. Estuvo a punto de dejar que saltara el contestador, pero luego se lo pensó mejor. Llevaba todo el día sin hablar con nadie.

—Hola, mamá —dijo.

—Amelia, cariño. ¿Cómo estás? Llevaba mucho tiempo queriendo llamarte, pero he estado muy ocupada. Ya sabes que el jardín es una pesadilla en esta época del año. Todo crece demasiado rápido. Me cuesta mantenerlo a raya.

—No tenía ni idea. No tengo jardín.

—Pensaba que tenías una terraza. ¿No has puesto unas macetas o algo así? Para darle un poco de vida.

—No, no he puesto macetas. —Amy hizo una pausa. No quería mencionar que las plantas atraerían a las ratas que habitaban en los cubos de basura. Su madre ya pensaba que Londres estaba invadido por las ratas, no hacía falta recordárselo.

—Bueno, pues no estaría mal que lo hicieras. Es importante hacer de tu casa un hogar. ¿Cuánto tiempo llevas viviendo allí? ¿Seis meses?

Amy miró la bombilla desnuda que brillaba sobre su cama, desprovista de lámpara.

—Dos años.

—¡Vaya! ¿En serio? Cómo pasa el tiempo. Se va volando cuando te haces mayor. Ya lo descubrirás algún día. Tengo ganas de ir a visitarte. Lo he estado posponiendo… Ya sabes que no me gusta Londres, es muy sucio. Pensaba que volverías a Francia y así no tendría que desplazarme hasta allí.

—Puede que algún día —dijo Amy, pensando en la casa de Rob en el Mediterráneo. De repente, se sintió culpable por haber estado en Francia y no haber pensado siquiera en visitar a su madre—. Fui a verte en Año Nuevo. Y en Semana Santa —añadió, justificándose a

sí misma. Su madre siempre había esperado que fuera así. Ella nunca había considerado visitar a Amy. Aunque claro, pensó echando un vistazo a su lúgubre habitación, ¿para qué iba a hacerlo? Tampoco podría quedarse allí.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó su madre.

Amy se dio cuenta de que los muelles de la cama de Leanne crujían tan fuerte desde la habitación de al lado que su madre podía oírlos.

—Nada, mamá. Serán los radiadores, que son un poco ruidosos.

—¿Los radiadores? ¿Tienes la calefacción encendida? Si hace calor. ¿Eres rica o qué?

—No, mamá. Da igual.

—Porque si necesitas más dinero, no cuentes conmigo. Se te acabó el chollo cuando dejaste los estudios.

—Eso fue hace cinco años. No hace falta que sigas sacando el tema. Y no quiero dinero. Además, has sido tú la que me ha llamado. —Amy suspiró. La verdad era que le vendría bien el dinero. Había acumulado una deuda considerable en la tarjeta de crédito comprando ropa nueva para sus citas con Rob.

—Solo llamaba para saber cómo estabas. ¿Has hecho amigos?

—No tengo nueve años, mamá. No hace falta que te preocupes por eso.

Su madre suspiró.

—Entonces es que no, ¿verdad? Supongo que la gente nunca cambia. Pensaba que superarías tu timidez al hacerte mayor.

—Tengo novio —soltó Amy, antes de poder evitarlo. Pensó en Rob; estar con él hacía que el mundo pareciera un lugar mejor, le hacía sentirse interesante y digna de ser amada.

—¿Tienes novio? ¡Vaya, qué sorpresa! ¿Dónde lo has conocido? Espero que no haya sido en Tinder.

Amy casi podía ver la mirada de desaprobación de su madre al otro lado del teléfono.

—No, lo conocí en el trabajo. Cuando trabajaba en una inmobiliaria. Dirige una cadena de agencias.

Pensó que su madre quedaría impresionada por ese dato, pero continuó con su interrogatorio sin más.

—¿Cuántos años tiene? Debe ser mayor para tener ese puesto.

—Es un poco más mayor que yo.

—¿No habrá sido un romance de oficina? ¿Está casado? No me extrañaría. Hay muchos de esos por ahí, viejos verdes que van detrás de las jovencitas del trabajo.

—Mamá, no es eso. Él me quiere. Me llevó a unas vacaciones increíbles…

—¡Ajá! —dijo su madre, triunfante—. Sabía que estaba casado.

—¡Yo no he dicho eso!

—Pero lo está, ¿o no?

—Me quiere. Me lo ha dicho mil veces. Va a dejar a su mujer por mí. —Amy notó que le temblaba la voz. Recordó la publicación de Jen en Instagram sobre el cumpleaños de Lottie, presumiendo de familia ideal.

—Es lo que dicen todos —continuó su madre—. Es la vieja historia de siempre. No va a dejar a su mujer. ¿Te acuerdas de la manía que te entró con el profesor de Historia, el señor Beddow? También te encaprichaste de él cuando estabas en el instituto. Creías que acabarías casándote con él. —Se rio.

A Amy se le llenaron los ojos de lágrimas. No fue manía ni capricho. Estaban enamorados. Tuvieron que terminar su relación cuando ella dejó el instituto, a pesar de que él no quería.

Pensó en su hija, Gemma. Amy no la había visto desde que la dejó con el señor y la señora Beddow unas semanas después de que naciera. Su acomodada casa cerca del instituto le había parecido el mejor lugar para que creciera. Amy nunca le había contado a su madre lo del embarazo, jamás le dijo que había perdido a un ser tan

querido. Pero ahora no podía pensar en eso, se le partía el corazón.

—Entonces era un cría —dijo Amy—. Estoy segura de que te encantará Rob cuando lo conozcas.

Su madre suspiró.

—¿Por qué siempre tomas decisiones tan malas? Nada de lo que yo te diga te va a detener. Esto acabará de la forma más triste.

—No será así, mamá —dijo Amy. Colgó el teléfono y lo tiró con rabia a la cama. Su madre no sabía nada de Rob.

En la habitación de al lado, Leanne gemía lujuriosamente y los crujidos habían alcanzado un ritmo frenético.

Amy se secó las lágrimas que le caían por las mejillas.

VEINTINUEVE

El lunes siguiente, Jen se encontraba en una reunión con la empresa administradora de su bloque de apartamentos, con Ruby gateando entre sus pies. Miró los rostros preocupados de los demás residentes y se preguntó qué pintaba ahí. Tal vez no viviera allí mucho más tiempo. Había concertado una cita con el abogado de divorcios de Natasha a finales de esa misma semana. Quería averiguar si podía obligar a Rob a dejar el ático para quedarse ella allí con los niños; o, de no ser así, si tenía derecho a que él le pagara algún tipo de manutención para alquilar un piso. Se imaginó mudándose a un sitio más pequeño en el que Ruby tuviera que compartir habitación con Lottie. Sabía que Lottie se opondría en un principio, pero se acabaría acostumbrando. Jen sabría convertirlo en un hogar de verdad y, más tarde, se compraría algo una vez vendieran el ático y se repartieran las ganancias.

El presidente de la administradora repasaba una larga lista de problemas que se habían comunicado en los diferentes pisos: humedades, ventanas que dejaban pasar el aire, problemas con los electrodomésticos inteligentes y fallos del ascensor, así como varios errores estructurales del edificio. La lista era interminable. Jen vio que algunos de los residentes la miraban y se sintió incómoda; sabía que Rob había vendido los pisos a muchos de aquellos propietarios.

—Estamos pidiendo presupuestos para saber cuánto costará arreglarlo todo —dijo el presidente—. Pero, para que se hagan una idea, los costes ascenderán como mínimo a cien mil libras por piso.

Los presentes dejaron escapar un grito ahogado. Jen se sintió mareada. Era imposible que Rob y ella pudieran permitirse eso.

Incluso si vendían el ático, sabía que el valor de la propiedad no superaría por mucho esa cifra. Rob había hecho un trato con un bróker que conocía que le había permitido contratar una hipoteca enorme. No les quedaría nada después de pagar los intereses. Ninguno de los dos podría permitirse otra vivienda.

—¡Eso es ridículo! —gritó un hombre, enfadado.

—Pero si estos pisos son nuevos —dijo la mujer sentada a su lado —. ¿No debería responsabilizarse la constructora?

El presidente asintió con la cabeza.

—Podríamos reclamar que la empresa cubra los gastos, por supuesto, pero eso llevaría tiempo. Y, mientras tanto, tendremos que empezar a arreglar las cosas, sobre todo los problemas estructurales.

—¿Cómo es posible que un edificio nuevo tenga problemas estructurales? —preguntó otro de los asistentes—. ¿Es seguro?

—Sí, no se preocupe por eso. Es seguro. Todo se llevó a cabo conforme a la normativa durante la construcción. Son solo problemas imprevistos.

Jen tuvo suficiente. Abandonó la reunión antes de la ronda de preguntas y respuestas. Cogió a Ruby en brazos y salió por la puerta trasera.

Necesitaba hablar con Rob y averiguar qué sabía sobre los problemas del edificio y qué iban a hacer con respecto a los gastos e intereses. Colocó a Ruby en el carrito y se puso en marcha para hacerle una visita sorpresa a la oficina.

* * *

De camino empezó a llover, así que bajó la capota del carrito, abrió su paraguas y avanzó empujando el carrito con una sola mano. Pensó en Lottie y Jack, que estaban en el colegio, y se preguntó si estarían dentro en el recreo. Le preocupaba que notaran el mal

ambiente entre ella y Rob desde que descubrió su aventura, pero se había esforzado mucho por ocultarlo y actuar como una esposa y madre perfecta. Seguía fingiendo que creía a Rob acerca de que el correo electrónico se lo había enviado una acosadora obsesionada. Pero Rob debía ser consciente de que no se iba a ir de rositas, ya que se estaba esforzando más con ella. La mayoría de los días llegaba más pronto del trabajo. Volvía directamente después del gimnasio y evitaba salir a tomar algo por las noches. Incluso, de tanto en tanto, bañaba a los niños. Estaba siendo un mejor marido. Era una pena que fuera demasiado tarde.

Llegó a la oficina de Rob y se quedó un momento fuera, mirando hacia el interior. Antes de que lo ascendieran, colaboró en la distribución de la planta diáfana y se había procurado un asiento junto a la ventana. Ella siempre lo saludaba cuando pasaba con los niños. Pero, tras el ascenso, contaba con un despacho propio en la parte trasera del local.

Jen abrió la puerta y la sujetó con torpeza mientras subía el carrito por los escalones.

—Hola. —Un joven agente inmobiliario se levantó de un salto para recibirla—. ¿Puedo ayudarla?

—Vengo a ver a Rob.

—Seguro que yo puedo ayudarla. ¿Le gustaría alquilar o comprar? —Miró a Ruby, que había cogido un juego de llaves de su escritorio y estaba jugueteando con ellas—. Es una monada —dijo.

—Ni una cosa ni la otra. Rob es mi marido. Solo he venido a verlo.

Una mirada de confusión se dibujó en el rostro del agente.

—Ah —dijo—. Bueno, encantado de conocerla. Soy Damian. Empecé a trabajar aquí hace seis meses. —Le estrechó la mano a Jen—. Voy a ver si está libre. ¿Quiere pasar y sentarse?

Jen se sentó en uno de los sillones de cuero frente al escritorio del joven y puso a Ruby en su regazo.

Vio a Grace, sentada en un rincón junto al despacho de su marido, e intentó establecer contacto visual con ella, pero esta no levantó la vista. Le pareció extraño. Fue muy amable en la gala de entrega de premios de la empresa. Quizá sabía lo que estaba pasando.

Al otro lado de la sala, Damian llamó a la puerta del despacho, pero no obtuvo respuesta. Lo vio asomar la cabeza por la puerta y volver a cerrarla.

—¿Dónde está Rob? —lo oyó preguntar a Grace.

—No lo sé. No lo he visto salir de su despacho. —Vio a Jen y apartó la vista apresuradamente.

Jen se removió incómoda en su asiento.

Entonces escuchó la estridente risa de Rob al final del pasillo. Dobló la esquina con una taza de café en la mano y una joven compañera a su lado, que se reía de algo que él había dicho. Lizzy.

Grace se levantó cuando él se dirigía hacia su despacho.

—Rob, tu mujer está aquí —dijo, señalando hacia donde Jen estaba sentada—. Con tu hija.

—¡Jen! —exclamó Rob, apartándose de Lizzy—. ¡Qué sorpresa tan agradable! ¡Y Ruby también ha venido! —Cogió a su hija en brazos y le hizo cosquillas—. ¿Qué puedo hacer por ti?

Jen dudó un momento, tenía la mente llena de preguntas. Rob y Lizzy parecían más que simples compañeros de trabajo.

—Necesito hablar contigo, Rob —dijo. Se percató de que Lizzy seguía allí, mirándola fijamente.

—Ah, claro. ¿Pasa algo? ¿Por qué no hablamos en mi despacho?

La guio hacia allí, todavía con Ruby en brazos. Jen no pudo evitar fijarse en la austeridad que reinaba en la habitación. Aparte de su ordenador portátil y el monitor, un bloc de papel, un puñado bolígrafos y una pila de folletos de apartamentos, el escritorio estaba totalmente vacío. Ni una sola foto familiar.

Cerró la puerta tras entrar. Cuando él le devolvió a Ruby, ella

observó su mano izquierda.

—¿Dónde está tu alianza? —le preguntó.

—Oh —dijo él, sonrojándose. Se acercó a su escritorio, sacó el anillo de un cajón y se lo volvió a poner en el dedo—. No te vas a creer lo que me ha pasado esta mañana. Estamos vendiendo un piso precioso en el centro de Londres. Es muy amplio y tiene unas vistas increíbles. Teníamos una visita concertada con una compradora muy interesada. ¿Y adivina qué pasó? El inquilino había atascado el inodoro. No había tiempo para llamar a un fontanero, así que ¿a quién crees que le tocó ponerse a cuatro patas para desatascarlo? —Rob le sonrió—. A mí, cómo no. Para que luego digan que este trabajo es glamuroso. Me quité la alianza. No quería que acabara en las alcantarillas.

Jen arqueó las cejas. No se creía una palabra.

—Esta mañana ha habido una reunión de la empresa administradora del edificio —dijo con calma, cambiando de tema—. Los pisos tienen un montón de problemas. Creen que va a costar al menos cien mil libras por piso arreglarlos.

—Madre mía… —Rob palideció.

—¿Cómo vamos a pagar eso, Rob? —preguntó ella.

—Mira —dijo él, mirando con nerviosismo hacia la puerta de su despacho, como si le preocupara que alguien estuviera escuchando —. Las cosas no han ido del todo bien… con esos pisos. Ha habido muchos problemas.

—¿Sabías cuánto iba a costar?

Rob negó con la cabeza.

—Esperaba que no fuera tanto. Pero escucha, no quiero hablar de nuestros asuntos financieros aquí, en la oficina. Tengo un plan. ¿Podemos hablarlo esta noche en casa?

Esa noche, Rob llegó a casa y ayudó a Jen a acostar a los niños antes de sentarse a cenar juntos.

Mientras cocinaba, A Jen se le antojaba cada vez más difícil vivir separada de Rob. No tenían ahorros, y ahora debían hacer frente a esos gastos adicionales. ¿Cómo iban a poder mudarse por su cuenta?

—Me dijiste que podíamos hablar del dinero para las reparaciones de los pisos —dijo ella—. La gente estaba hecha una furia en la reunión de esta mañana. Nadie se esperaba que el coste fuera tan elevado.

Rob se llevó las manos a la cabeza.

—La constructora nos ha jodido. No paro de recibir quejas de los otros propietarios. El edificio no se construyó en condiciones, tomaron muchos atajos.

—¿Lo sabías cuando compraste el ático? ¿Por eso te hicieron el descuento?

—No tenía ni idea.

—¿De dónde vamos a sacar cien mil libras para pagar las facturas?

—De ningún sitio, Jen. Todo mi sueldo se va en la hipoteca y en los gastos de la residencia de tu madre. Nos sobra un poco para pagar el gimnasio y los gastos diarios, pero no mucho. Hemos gastado mucho con las tarjetas de crédito.

—Entonces, tenemos que recortar gastos —dijo Jen—. Puedo dejar el gimnasio, y no me hace falta ir a la peluquería. Los niños también pueden dejar algunas de sus actividades.

—No será suficiente —dijo Rob—. No podemos pagar las cien mil libras sin vender el ático.

—¿No nos queda otra que vender?

—No es tan fácil. Tendremos que informar a los compradores de este nuevo gasto y de todos los problemas del edificio. Muchos de nuestros vecinos intentarán vender sus casas también. No habrá compradores.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Jen, esperando la respuesta.

—Significa que estaremos prácticamente en bancarrota. Nos quedaremos sin nada.

Jen se llevó las manos a la cabeza.

—Dijiste que tenías un plan. ¿En qué has pensado para solucionar esto?

Rob la miró con solemnidad y le rellenó el vaso de agua.

—Sé que te va a parecer una locura, pero quiero que me escuches con atención. Tenemos que trabajar juntos para lograrlo, tenemos que ser un equipo.

Jen sintió que el temor se apoderaba de ella. Rob era la última persona con la que quería colaborar. No confiaba en él en absoluto.

—¿Qué has pensado? —preguntó Jen con el corazón acelerado.

—Hace unos seis meses, cuando las cosas se pusieron un poco turbias, contraté un seguro de vida —dijo Rob.

—Vale —dijo Jen, tratando de entender qué relevancia tenía aquella información.

—Pensé en quitarme de en medio. —La miró a los ojos.

—¿Qué quieres decir?

—Le he estado dando muchas vueltas —dijo Rob—. Si un día desapareciera, por ejemplo, mientras nadamos en el mar durante unas vacaciones… Bueno, eso resolvería muchos problemas, ¿no? Si me dieran por muerto, podrías cobrar el seguro.

No podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Qué? —preguntó, intentando averiguar si hablaba en serio.

—Jen, si yo desapareciera, todo esto se arreglaría.

TREINTA

Jen se echó a reír.

—¿Fingir tu muerte? —dijo—. ¿Y cómo se supone que ibas a hacer eso?

Rob frunció el ceño.

—Como te he dicho. Me voy a nadar al mar y desaparezco para siempre. Tú denuncias mi desaparición y cobras el seguro de vida. Y, cuando las cosas se calmen, compartes el dinero del seguro conmigo.

—¿Como el hombre aquel que desapareció en su canoa cerca de Hartlepool?

—Más o menos, sí. —Rob se movió en su asiento, incómodo.

—¿Sabes que la policía los encontró a él y a su mujer?

—Sí, pero yo sería más listo que él. *Tú y yo* seríamos más listos que él. —Extendió la mano para tocarla, pero Jen se apartó y se levantó. Se acercó a la nevera, sacó una botella de vino y se sirvió una copa. Se bebió media copa de un trago.

—Estás completamente loco —dijo ella.

—Jen, piénsalo. Podría ser la solución a todos nuestros problemas económicos. Si no lo hacemos, acabaremos en bancarrota. No podremos permitirnos pagar nuestra propia casa.

—Podríamos alquilar algo. Aún tendríamos tu sueldo. —Jen pensó en sus planes de separarse de Rob. No podría permitirse vivir sola sin el dinero de su marido. Podría conseguir un trabajo, pero, a menos que encontrara algo que se adaptara al horario escolar, difícilmente podría cubrir los gastos de la guardería, y mucho menos el alquiler.

Rob suspiró.

—Puede que no podamos contar con mi sueldo. No estoy seguro de si podré conservar mi trabajo si todos los propietarios a los que les vendí pisos aquí se quejan. Muchos ya lo han hecho.

Jen dio otro sorbo al vino.

—Piénsalo, por favor, Jen —dijo Rob.

—¿Y los niños? —preguntó ella.

—¿Qué pasa con ellos? —preguntó Rob, confundido.

Jen se dio cuenta de que no los había tenido en cuenta en absoluto en su ridículo plan.

—Pensarán que has muerto.

—Pero no será así, ¿verdad? Cuando sea seguro volver a vernos, ya se nos ocurrirá algo. Volveré a verlos, solo que quizá tarde un tiempo.

—Pero tendré que decirles que has muerto. Imagina lo traumático que sería para ellos. Te quieren. —A Jen se le llenaron los ojos de lágrimas al pensar en decirles que su padre había muerto.

—Volverán a verme. No me iré para siempre. —La miró suplicante —. Por favor, reconsidéralo, Jen. Es la única forma de darles una buena vida a nuestros hijos. Si lo hacemos, podrán seguir viviendo en una casa cara y no les faltará de nada. Si no lo hacemos, se quedarán con una mano delante y otra detrás. Podríamos acabar en la calle.

Al día siguiente, Jen dejó a los niños en el colegio y se dirigió al refugio de gatos, con la cabeza dando vueltas. No se había percatado de la grave situación económica en la que se encontraban. Aun así, el plan de Rob le parecía absurdo, sin sentido. Se creía que podía desaparecer en mitad del mar y dedicarse a vagar por Europa con una identidad falsa. Pero, si Jen no accedía, podrían perderlo todo. Se quedarían sin hogar. Jen pensó en su madre. Ya no podrían pagarle la residencia. Tendrían que trasladarla.

Rob había cometido un gran error al comprar el ático y acumular tantas deudas en la tarjeta de crédito. La había decepcionado. Apretó los puños, furiosa.

Llegó al refugio de gatos, abrió la puerta y saludó. Natasha y Amy ya estaban allí, limpiando las jaulas. Jen se acercó para echar una mano.

—¿Qué tal? —preguntó Natasha con amabilidad.

—Bien —respondió Jen—. Sobreviviendo.

—¿Cómo van las cosas con Rob? —preguntó Amy.

—La situación es… rara —dijo Jen, sin saber qué otra cosa decir. Todo había cambiado la noche anterior.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Natasha.

—Sigo pensando en cómo afrontar todo esto, en qué es lo mejor para los niños.

—A los niños no les viene nada bien vivir con unos padres infelices —dijo Amy.

—Todavía estoy organizándome. Por ahora, finjo que todo va bien, por el bien de los niños. —Jen sabía que si iba a seguir adelante con el plan de Rob, sería mejor reducir los problemas de su matrimonio al mínimo posible. Pero ¿podría hacerlo? ¿Podría fingir que seguía queriéndolo? Necesitaba esperar el momento oportuno y decidir qué hacer.

—¿Has hablado ya con mi abogado? —preguntó Natasha mientras cogía una fregona y un cubo de un rincón para fregar el suelo.

—No, todavía no. Tengo una cita para finales de esta semana. — Jen se preguntó si debería cancelarla.

Natasha dejó la fregona y rodeó con el brazo los hombros de Jen.

—Sé que la separación parece un mundo ahora, pero algún día mirarás atrás y te darás cuenta de que es lo mejor que podía haber pasado. Yo, desde luego, eso es lo que siento con respecto al padre de Matilda.

Jen asintió.

—A veces, el amor se acaba, sin más —dijo Amy—. No es culpa de nadie, simplemente son cosas que pasan. En esos casos es mejor seguir adelante con tu vida, empezar de nuevo. Seguro que conocerás a otra persona.

Jen se rio.

—Creo que voy a tomarme un descanso de los hombres por un tiempo —dijo.

Natasha le apretó el hombro.

—Bueno, el fin de semana que viene nos vamos de viaje, ¿no? Tú, los niños y yo. Salir de casa te ayudará a aclarar las ideas. —Natasha y ella iban a llevarse a los niños a pasar el fin de semana a un parque temático. Natasha había conseguido entradas con descuento y había encontrado un hotel barato en el que los niños compartirían habitación, interconectada con una «habitación para adultos» contigua.

Amy sonrió.

—Creo que un descanso te vendría de perlas. Así podrás pensar en cómo decírselo a los niños de la forma menos traumática posible.

—Y, cuando volvamos, te echaré una mano en lo que necesites —dijo Natasha—. Si Rob se va del piso, puedo ayudarte a cocinar, limpiar, encargarme de los niños, lo que sea. Estaré ahí hasta que remontes el vuelo.

Jen asintió.

—Eres mejor marido que Rob —dijo riendo.

Natasha se sonrojó.

—De verdad, cualquier cosa que necesites, ahí estaré.

A Jen se le llenaron los ojos de lágrimas. Quería romper con Rob de una vez por todas, pero todo se estaba complicando en exceso. Llegados a ese punto, no creía que fuera posible.

—No pasa nada, Jen —dijo Amy sacando un paquete de pañuelos

de su bolsillo. Pero, al acercarse a Jen, perdió el equilibrio y resbaló en el suelo mojado—. Ay —gritó al doblarse el tobillo.

Jen se agachó junto a ella y le ofreció un brazo para ayudarla a levantarse.

—¿Estás bien?

—Estoy bien —dijo Amy, avergonzada, levantándose rápidamente sin la ayuda de Jen.

—Despacio —dijo Jen—. Apóyate en mí. —Acompañó a Amy hasta un banco y la ayudó a sentarse. Le examinó el tobillo con delicadeza. No había signos evidentes de lesión, pero era difícil determinarlo con certeza—. Descansa un poco antes de intentar caminar. Te traeré una taza de té y unas galletas.

Cuando Jen regresó con el té, las dos mujeres estaban hablando sobre la cita que tenía Amy esa noche.

—Amy va a cenar en el Ritz con Jonathan esta noche —dijo Natasha.

Jonathan siempre la llevaba a los sitios más lujosos. «Los primeros flechazos del amor», pensó Jen con una pizca de amargura. Pero Amy se merecía ser feliz. A juzgar por los escuetos detalles que Amy había compartido sobre su pasado, Jen sabía que había tenido una infancia difícil.

—Vaya —dijo Jen—. Te va a encantar. Rob y yo fuimos una vez, hace años.

—Típico de mí torcerme el tobillo precisamente hoy —dijo Amy sonrojándose.

—¿Te sigue doliendo? —preguntó Jen—. Si quieres, puedo llevarte a urgencias después de recoger a Ruby.

—Me duele un poco —dijo Amy. Se levantó despacio y cruzó la habitación con torpeza, tratando de no apoyar peso en el tobillo—. Pero creo que estaré bien. Pediré un taxi esta noche.

—Buena idea —dijo Jen—. Ojalá yo también fuera al Ritz —dijo con

nostalgia—. Supongo que esas citas con Rob pasaron a la historia. —Sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas. Empezaba a darse cuenta de que el amor se había esfumado en su matrimonio. Rob sabía desde hacía tiempo que ya no la quería: tenía una aventura. Pero dejar de quererlo iba a ser un proceso lento y doloroso.

—Ay, Jen —dijo Natasha.

—Lo siento —dijo Jen—. Ver a otras personas disfrutar de la vida me toca la fibra sensible. —Se giró hacia Amy—. Me alegro por ti y por Jonathan. Ojalá Rob siguiera haciendo cosas así por mí. Solía sorprenderme con regalos y cenas caras.

—La gente cambia —dijo Amy con compasión—. Pero estoy segura de que te sentirás mucho mejor dentro de unas semanas, cuando tengas tu propio espacio.

Jen asintió, distraída.

—Dentro de poco nos vamos al Mediterráneo juntas —dijo Natasha —. Tenemos que aprovechar ese viaje para relajarnos.

Jen forzó una sonrisa. Rob también iría a ese viaje. Allí era donde tenía pensado desaparecer. Si ella seguía su plan, el dinero del seguro de vida lo cubriría todo: una casa para ella y los niños, la residencia de su madre. Quizá fuera la única solución. Tendría que quedarse con Rob y fingir que era feliz, que todavía lo quería. Era vital que todos pensaran que su matrimonio era perfecto.

TREINTA Y UNO

Amy se vistió en su habitación con un escotado vestido de noche. Rob la iba a llevar a cenar al Ritz. Se lo merecía. Es más, él se lo debía. Después de aferrarse a Jen tanto tiempo, a pesar de todas sus promesas.

Amy hizo la reserva a su nombre y le envió un mensaje para decirle que se verían allí a las 19:30. Él le iba a decir a Jen que tenía una cena con un cliente, aunque una parte de ella esperaba que le dijera la verdad y le dejara claro que su relación había acabado para siempre.

Sentía una pizca de remordimiento por haberle mentido a Jen en el refugio de gatos, fingiendo que era el imaginario Jonathan con quien iba quedar en el Ritz. Pero no era el momento adecuado para decírselo. Todavía no. A Jen le estaba costando en exceso aceptar que Rob no la amaba. Necesitaría un poco más de tiempo antes de poder aceptar a Amy.

Amy se miró en el espejo y quedó encantada con el reflejo. Era más joven que Jen, y más delgada. Puede que Jen fuera más guapa, pero Amy había pasado el suficiente tiempo con ella como para aprender a imitar su estilo de maquillaje y sacar el máximo partido a sus rasgos faciales. Era inevitable que Rob la eligiera a ella en lugar de a Jen. Tenían química, algo mucho más importante que el aspecto o la edad. El ambiente cambiaba por completo cuando ellos dos estaban juntos. Su conexión hacía saltar chispas. Amy nunca había sentido algo así antes.

A Amy todavía le dolía el tobillo, así que llamó a un Uber —que no podía permitirse— y salió a esperarlo. Pensó en lo amable que había

sido Jen al ofrecerse a llevarla al médico. Nunca había tenido una amiga así.

Odiaba mentirle; tener que esperar en las sombras hasta que ella y Rob rompiesen definitivamente. Quería que Jen supiera lo suyo cuanto antes. Así todos podrían seguir adelante con sus vidas.

Lo hablaría con Rob esa noche, le pediría que acelerara un poco las cosas. Sabía que solo estaba haciendo el paripé por los niños, pero tanto él como Jen tenían que afrontar la situación y acabar con su relación. Pensó en su hija Gemma, que vivía con su padre en Francia. Si Amy consiguiera construir un hogar feliz y estable con Rob en Reino Unido, tal vez pudiera recuperarla para que viviera con ellos.

Mientras cruzaba Londres en su transporte, contemplando las vistas, intentaba no pensar en lo que le iba a costar. Pronto su vida sería perfecta. No tendría que preocuparse por el dinero. Formaría una familia feliz con Rob, sus hijos y su querida Gemma. Estaría rodeada de amor. Era todo lo que siempre había querido. Solo tenía que asegurarse de que Jen y Rob se separaran de una vez por todas.

TREINTA Y DOS

Jen se dio la vuelta en la cama al oír la alarma. Se incorporó, sorprendida al ver que Rob seguía durmiendo a su lado. Últimamente había empezado a ir más temprano a la oficina y se levantaba antes que ella.

Lo sacudió para despertarlo.

—Rob, ¿no has oído la alarma?

Él se dio la vuelta.

—¿Qué? Ah, no la puse. Hoy me quedo en casa. He decidido tomarme el día libre y pasarlo con mi familia.

—¿En serio? —Últimamente le resultaba difícil pasar tiempo con él sin enzarzarse en una discusión por culpa de su aventura. Ella seguía fingiendo que se creía sus mentiras, pero le costaba mantenerse en el papel cara a cara.

—Sí. —Se incorporó junto a Jen y le sonrió—. Creo que va siendo hora de darte prioridad. He estado trabajando muy duro desde que me ascendieron. Y he estado tan estresado que me estaba costando la salud. Necesito un respiro.

Jen recordó lo que él había mencionado sobre las quejas de los vecinos furiosos. ¿Era eso lo que le causaba estrés? ¿Iba a perder su trabajo?

—Muy bien —dijo Jen. Fuera cual fuera el motivo, debía aprovechar la ocasión. Hasta donde podía recordar, era la primera vez que Rob estaba presente para ayudarla a llevar a los niños al colegio—. Voy a darme una ducha —dijo—. ¿Puedes levantar a los niños?

—Claro —respondió Rob—. Los despertaré y les prepararé el desayuno. Si quieres, puedo llevarlos al colegio después.

—Te lo agradecería —dijo Jen. Sabía qué era lo que pretendía conseguir: que ella aprobara su plan de desaparecer.

—También puedo cuidar de Ruby hoy. Así tendrías algo de tiempo para ti. Podrías ir al *spa*, a la peluquería o hacerte la manicura. Lo que tú quieras.

—¿Y podemos permitirnos eso? —preguntó Jen.

Rob se encogió de hombros.

—No, no podemos. Pero, ya que vamos a perderlo todo, será mejor gastar cuanto podamos antes de que nos lo quiten.

Jen nadaba de un extremo a otro de la piscina del gimnasio. Rob le había dado doscientas libras para que las invirtiera en un día de *spa*, pero no le parecía necesario teniendo acceso a su costoso gimnasio. En lugar de eso, se guardó el dinero. Tenía que empezar a ahorrar. La sensación del agua envolviendo su cuerpo le resultó reconfortante, y Jen intentó dejar la mente en blanco. Cuando se cansó de nadar, se tumbó en una hamaca e intentó leer un libro. Rob le había dicho que se relajara, pero le era casi imposible. No podía dejar de pensar en su plan de desaparecer, en lo que eso supondría para ella y para los niños.

Jen dejó a un lado el libro, cogió el teléfono y empezó a ver fotos de sus hijos. Se sentía muy agradecida por la familia que había formado. Pasara lo que pasara, siempre tendría a sus hijos.

Miró las fotos que le había tomado a Ruby desde que nació, admirando su transformación de bebé a niña. Se detuvo en una foto en la que aparecía Ruby en la playa junto a un castillo de arena que debían haber construido Jack y Lottie. Su suegra se la envió el fin de semana que se quedó cuidando de sus nietos mientras Jen y Rob pasaban unos días fuera. Ruby sonreía con picardía mientras agarraba una pala. Era una niña preciosa. Jen examinó el fondo de la foto, tratando de discernir en qué punto de la playa había sido tomada. Vio la cafetería de la playa detrás de Ruby y logró ubicar el

lugar. Sonrió. Rob y ella ya habían llevado a los niños a esa playa antes, cuando se habían quedado en casa de sus suegros.

Entonces una figura le llamó la atención: una mujer rubia con un vestido veraniego, situada a unos diez metros de los niños. Al principio, Jen pensó que estaba mirando el mar, pero, tras ampliar la imagen, vio que en realidad estaba mirando a sus hijos. Y habría jurado que esa mujer era Amy.

Cuando Jen terminó su sesión de natación, fue a la biblioteca para usar los ordenadores. Quería averiguar qué significaría para ella y los niños que Rob se declarara en quiebra. Lo que descubrió la aterrorizó: lo perderían todo.

Cuando volvió al edificio, buscó a Amy en la recepción, pero esta debía haber terminado ya su turno. Jen tendría que preguntarle por la foto más tarde. Probablemente no era ella, pero, si lo era, habría sido toda una coincidencia que hubiera ido a la playa justo el mismo fin de semana que Jen y Rob.

En cuanto Jen salió del ascensor en la planta del ático, olió el delicioso aroma del pan recién horneado. Casi podía saborearlo. Rob estaba realizando un esfuerzo admirable. Metió la llave en la cerradura y entró.

Se encontró con un ático impecablemente limpio y ordenado. Sobre la mesa del comedor, un jarrón con rosas rojas y blancas. Rob salió de la cocina.

—Esta noche te invito a cenar —dijo—. Quiero pedirte perdón por cómo me he comportado últimamente. He estado trabajando demasiado. Y, bueno, no te he tratado como debería. Soy muy afortunado de tenerte. —La besó con pasión, pero Jen fue incapaz de concentrarse en esa muestra de amor.

—¿Dónde están los niños? —preguntó. Le parecía raro que estuvieran tan callados.

—He contratado un servicio de guardería nocturna.

—¿Un qué?

—Son niñeras que se quedan con ellos toda la noche. Son totalmente legales y se comprueba que no tengan antecedentes penales. De hecho, creo que una de las niñeras daba clase en su colegio.

—¿Por qué no me lo has dicho? —Jen sintió una oleada de preocupación. No le gustaba estar separada de ellos. Deseaba poder darles un beso de buenas noches, como hacía siempre.

—Pensé que estaría bien pasar un rato solos tú y yo.

Jen oyó un ruido de sartenes proveniente la cocina.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

—Oh, es Pierre, el chef que he contratado. Nos va a deleitar con una cena de tres platos. Creo que el primero está casi listo: sopa de calabaza moscada con pan casero. Se irá después del postre y tendremos la casa para nosotros solos. Sin niños que se despierten de repente. Sin interrupciones.

—¿Cuánto te has gastado en esto? —preguntó Jen, abrumada por aquel derroche que sabía que no podían permitirse. Si quería sorprenderla, podría haber preparado una comida casera, como hacía ella a diario.

—No te preocupes —dijo Rob ,posándole una mano en el hombro —. Hay que vivir el presente. Quién sabe lo que nos deparará el mañana.

—Si tú lo dices.

—También he contratado a una limpiadora para que lo limpie todo de arriba abajo —dijo Rob, satisfecho—. Y tienes un vestido nuevo esperándote en la cama. Puedes ir a cambiarte.

—¿Puedo hablar primero con los niños? —preguntó Jen. No le gustaba la idea de que se quedaran con una desconocida.

—Claro —dijo Rob. Marcó un número en WhatsApp e inició una videollamada.

La niñera apareció en la pantalla y Rob le presentó a Jen. Luego, giró la cámara hacia los niños. Se encontraban bien, jugando con otros niños en un jardín enorme.

—Se trata de un servicio de cuidado infantil exclusivo —explicó la niñera—. Los niños lo ven como un campamento nocturno. ¡Les encanta venir aquí! Para ellos esto es como unas vacaciones.

Jen solicitó hablar con los niños, pero estaban demasiado ocupados jugando. Al menos pudo ver que estaban contentos.

Entró en el dormitorio y cogió el ceñido vestido rojo de la cama. Pasó las manos por la suave tela. Le recordó al vestido que llevaba Lizzy cuando la vio en la entrega de premios. Ese pensamiento le revolvió el estómago, pero se armó de valor. Tenía que fingir que todo iba bien. Se puso una lencería adecuada para la ocasión y luego se introdujo el vestido por la cabeza. Le quedaba perfecto, se ajustaba a su cuerpo como un guante.

—Estás increíble —dijo Rob cuando la vio—. Deja que te sirva un poco de champán. Creo que el entrante está listo.

La sopa de calabaza estaba deliciosa y, tras esto, Jen saboreó cada bocado del solomillo Wellington, cocinado a la perfección. Esa era una de las cosas que la habían enamorado de Rob cuando se conocieron: su hedonismo extremo. Ahora, sin embargo, le alarmaba que siguiera dispuesto a gastar tanto dinero cuando estaban al borde de la quiebra.

El chef sirvió el postre —una tarta de queso y chocolate—, rellenó las copas de champán y se marchó. Rob levantó su copa.

—Por nosotros —le dijo a Jen—. Por mucho años más.

Jen chocó su copa contra la de él.

—Para siempre —dijo sonriendo. No entendía cómo podía comportarse así después de haberla engañado. Empezaba a pensar que solo le interesaba seguir juntos para que ella pudiera cobrar el seguro de vida y quedarse con la mitad del dinero.

—He pensado —dijo él— que, cuando vayamos al Mediterráneo, podríamos renovar nuestros votos matrimoniales. Han pasado casi diez años, y sé que últimamente no te lo he puesto fácil.

Jen casi escupió el champán. ¿De verdad pensaba que ella no se había enterado de que la había engañado?

—¿Te sientes culpable por algo? —no pudo evitar preguntárselo. Renovar los votos después de una infidelidad, menudo cliché.

—No, claro que no. ¿Aún te preocupa ese correo electrónico que viste? Ya te lo expliqué. Fue una joven del trabajo…

—¿Que estaba obsesionada contigo?

Rob hizo una mueca.

—Sí. No podía quitármela de encima.

—¿Y ahora quieres que renovemos nuestros votos?

—Sí. Pensé que las vacaciones en el Mediterráneo serían una buena oportunidad para hacerlo. El hotel que está justo al lado de la villa celebra bodas. He hablado con ellos, y me han dicho que también hacen renovaciones de votos. He visto las fotos en el folleto, es un lugar precioso.

—Y después de eso, desaparecerás en el mar, ¿no?

—Un par de días después, sí. Pero solo si me ayudas, Jen. Necesito que reclames el dinero del seguro.

Jen dio otro sorbo al champán. Había estado pensando mucho en el plan de Rob y, cuanto más lo pensaba, más sentido tenía. Si lo hacía, no se arruinaría ni perdería su hogar. Ella y los niños podrían seguir con sus vidas como siempre.

—Vale —dijo—, puedo hacerlo.

—Genial —dijo Rob—. Perfecto. Y creo que renovar nuestros votos también ayudará.

—¿Te refieres a que sería conveniente que parezca que estamos enamorados?

Rob le apretó la mano a Jen.

—Pero sí que estamos enamorados. Te quiero mucho. Y la renovación es algo que podemos hacer en familia, con los niños presentes, para demostrar el amor que sentimos el uno por el otro.

—Supongo que podría ser una buena idea —dijo Jen con frialdad. No haría ningún daño. Los niños tendrían un bonito recuerdo de sus padres y, a su vez, demostraría su compromiso mutuo antes de la desaparición. Por un momento, Jen se imaginó a Lizzy viendo las fotos en internet y dándose cuenta de que Rob había elegido a Jen. Sonrió para sus adentros.

—De acuerdo, voy a hacer la reserva.

—Genial —dijo Jen. Le apretó la mano desde el otro lado de la mesa.

De repente, recordó que Natasha y Amy también irían a las vacaciones.

—Tengo un par de amigas que también se van a apuntar a las vacaciones con nosotros.

—Anda —dijo Rob, frunciendo el ceño—. Normalmente estas cosas son solo para la familia, ¿no?

—Sí, pero yo las invité. Y ya han reservado los vuelos. Además, tienen muchas ganas de ir. —Le dedicó una sonrisa tranquilizadora —. No te preocupes, no interferirá en tu desaparición.

Rob se animó.

—¿Estás segura de que quieres seguir adelante? ¿Me ayudarás a desaparecer?

Jen esbozó una sonrisa. El plan de Rob dependía totalmente de su cooperación. Le gustaba la sensación de tener el control. Si quería, podía dejarlo en la estacada. Por una vez era ella la que tenía la voz cantante, y eso le encantaba.

—Sí —dijo Jen—. Te ayudaré.

TREINTA Y TRES

Jen sintió un alivio enorme cuando llegó el fin de semana, se subió al coche con los niños y condujo por la autopista hasta el hotel junto al parque temático en el que pasarían el fin de semana con Natasha y Matilda. Estaba dando lo mejor de sí para aparentar que todo iba bien delante de Rob, pero la ira que sentía por su traición la estaba consumiendo por dentro. Esperaba que ya le hubiera puesto fin, que el descubrimiento del correo electrónico lo hubiera asustado lo suficiente como para acabar con su aventura. Desde luego, había reducido las cenas fuera y las salidas hasta tarde. Pero no podía estar segura de que aquello hubiera terminado. No soportaba imaginárselo con otra mujer.

Sabía que tenía que ser pragmática. Si no fuera por los problemas económicos, ya habría roto con Rob. Tal y como estaban las cosas, pronto desaparecería de su vida, cuando se lo tragara el Mediterráneo. Solo tenía que ser paciente. Lo más sensato era no dejar que la ira la dominara, actuar como si todo fuera bien entre ellos y centrarse en el plan.

Cuando Jen llegó al hotel, Natasha la recibió con un abrazo y un destello en la mirada. Lottie y Jack corrieron a acompañar a Matilda, que estaba viendo la televisión, y Ruby los siguió con pasos irregulares.

—Te veo genial —dijo Jen, fijándose en su cabello brillante y su piel radiante.

—Tú también —dijo Natasha rápidamente.

Jen sabía que estaba mintiendo. El maquillaje que con tanto cuidado se había aplicado no podía ocultar sus ojeras. Las pastillas

de su madre la ayudaban a dormir, pero le costaba mucho levantarse por las mañanas, como si tuviera que escapar de una espera neblina, y nunca sentía que hubiera descansado de verdad.

—Sé que no estoy en mi mejor momento. Es el estrés. Pero me moría de ganas de hacer esta escapada. —Ver a Natasha la hacía sentirse como si volviera a casa. Siempre se sentía a salvo con ella, como si pudiera mostrarse como era en realidad.

—A veces viene bien alejarse un poco de todo para tener espacio para pensar —dijo Natasha—. Y vamos a pasar un día estupendo juntas. ¡Los hombres están sobrevalorados!

Jen se rio. Estaba maravillada por lo despreocupada y relajada que parecía Natasha. Era la prueba de que era posible recuperarse de un divorcio y volver a ser feliz.

Jen no estaba del todo convencida ante la idea de llevar a sus tres hijos al parque temático, pero con Natasha a su lado todo fue muy fácil. Los niños se llevaban bien y apenas se pelearon. Natasha y Jen se repartieron las tareas: una jugaba con Ruby mientras la otra llevaba al resto a las atracciones, y luego cambiaban. Formaba mejor equipo con Natasha del que jamás había formado con Rob.

A Jen le encantaba ver a Lottie y Jack dejarse llevar y disfrutar. Su fiesta de cumpleaños no había aportado gran cosa a su amistad con las otras niñas de su clase, y se estaba volviendo aún más retraída. Jen se preguntaba si la tensión latente en el matrimonio de sus padres le estaba afectando y hasta qué punto. Al menos ahora se lo estaba pasando bien.

—Me alegro mucho de que hayáis podido venir con nosotras —dijo Natasha más tarde, cuando regresaron al hotel y acostaron a los niños en las literas de la habitación contigua—. A veces me aburro un poco, sola con Matilda. Es mucho más agradable hacer planes con una amiga.

Jen asintió.

—Yo también lo prefiero. Siempre los llevo a los sitios yo sola. Los padres de Rob a veces me echan una mano y… En fin, ya sabes cómo están las cosas con mi familia. —A veces, Jen veía a otras familias acompañadas por los abuelos y deseaba tener ese tipo de cercanía con su madre, pero aquello era un sueño inalcanzable.

—Pues hemos tenido suerte de encontrarnos —dijo Natasha—. ¿Cómo van las cosas con Rob?

Jen apartó la mirada, consciente de que no podía decirle la verdad a Natasha.

—Un poco mejor, la verdad —dijo—. A principios de semana contrató a un chef maravilloso para que nos cocinara en casa. —Forzó un sonrisa al pensar en el dinero que Rob había malgastado, un dinero que ni siquiera tenían.

Natasha arqueó las cejas.

—Te mereces que te traten como a una reina —dijo—. Haces mucho por él. Pero ¿cuándo vas a dejarlo?

Jen suspiró.

—No lo sé —dijo—. No dejo de pensar en lo mucho que les afectaría a los niños que nos separáramos. Creo que lo mejor es que sigamos juntos. —Estaba deseando contarle a Natasha el plan de Rob de desaparecer; preguntarle si le parecía realista, si creía que podía llevarlo a cabo. Jen no tenía nada claro que fuese a funcionar, pero sabía que no podía revelárselo a Natasha. Rob y ella estaban a punto de infringir la ley. No podía arriesgarse a que Natasha le contara a la policía lo del fraude al seguro una vez que Rob hubiera desaparecido.

—¿Qué? —dijo Natasha, indignada—. ¿Después de todo lo que te ha hecho?

—Ni siquiera estoy segura de que haya tenido una aventura. Me dijo que ese correo se lo envió una chica que está obsesionada con él. —Intentó mantener la compostura mientras repetía las mentiras

de Rob.

—¿Y tú lo crees?

Jen suspiró.

—Quiero creerlo —dijo—. Y creo que se merece una segunda oportunidad. —Odiaba mentirle a su amiga, pero tenía que hacerlo —. Rob le está poniendo mucho empeño a la relación —continuó—. Quiere empezar de cero y que renovemos nuestros votos matrimoniales.

—Jen, no lo dirás en serio, ¿verdad? —dijo Natasha, enfadada—. ¿Por qué ibas a volver con él?

Jen dejó escapar un suspiro.

—Rob y los niños son mi vida. Si lo pierdo a él, me quedo sin nada.

—¡Nos tienes a nosotras! Amy y yo nos aseguraremos de que los niños y tú estéis bien —dijo Natasha—. No lo entiendo —continuó—. Pensaba que ibas a dejarlo. Te dije que te ayudaría.

—No puedo dejarlo —se sinceró Jen—. No tenemos dinero. La hipoteca vale casi lo mismo que el piso y, por si fuera poco, tenemos unos gastos inesperados relacionados con el edificio. No podemos vender el ático. Lo perderíamos todo. No podría permitirme una casa. Nos quedaríamos en la calle. ¿Y qué pasaría con los niños? Sin padre, sin hogar… No podemos separarnos.

—Podríais veniros a vivir conmigo —dijo Natasha.

—Te lo agradezco de corazón, pero sé que vais cortas de espacio. —En el piso de una habitación de Natasha apenas había sitio para ella y para Matilda.

—Podríais dormir en el salón, en colchones hinchables. De verdad, Jen, si quieres dejarlo, yo encontraré la manera de ayudarte. Te lo prometo. —Natasha la miró a los ojos.

Jen solo podía pensar en su situación económica. No era tan sencillo; Natasha nunca entendería la magnitud del problema.

—Lo siento —dijo Jen—. Quiero intentar que las cosas funcionen

con Rob. Por el bien de los niños, es lo mejor. —Soltó una risa tímida —. No es para tanto. —A fin de cuentas, no tendría que convivir con Rob cuando este llevara a cabo su plan de desaparecer. Dejarían de estar juntos. Era solo cuestión de tiempo.

—¿«No es para tanto»? Así es como describo yo la relación perfecta —dijo Natasha sarcásticamente.

—Tampoco tiene que serlo. Solo quiero que los niños tengan un hogar estable. Apenas veo a Rob y, cuando lo veo, nos llevamos bien.

—¿Como amigos? —preguntó Natasha—. ¿No lo quieres?

—Tenemos que trabajar en nuestro matrimonio —dijo Jen—. Las vacaciones en el Mediterráneo serán una buena ocasión para ello.

Natasha suspiró.

—Creía que él no iba a venir; iba a ser una escapada solo de chicas. Estaba deseando que llegaran esas vacaciones. —Matilda se quedaba con su padre esa semana y Natasha le había dicho a Jen lo contenta que estaba de tener algo que hacer la primera semana de las vacaciones escolares.

—Es una oportunidad para pasar tiempo en familia —dijo Jen—. Creo que debemos aprovecharla.

—Creo que Amy y yo deberíamos ir de todas formas —dijo Natasha —. Odio tener que decirlo, Jen, pero quiero estar allí por si vuelve a hacerte daño. No sabemos si sigue teniendo una aventura.

Jen asintió.

—Lo entiendo —dijo—, pero no van a ser las vacaciones de chicas que nos habíamos imaginado.

Natasha asintió.

—Amy también tiene muchas ganas de ir —dijo—. ¿Sabes que se crio en Francia? Tiene familia allí. Supongo que podría ir con ella a visitarla.

—Me parece una buena idea —dijo Jen. Se acercó a Natasha hasta

agarrarle el brazo—. Natasha, valoro mucho tu amistad. Nunca he tenido una amiga tan cercana como tú.

Natasha miró a Jen a los ojos y se inclinó hacia ella.

—¿Sabes qué? —dijo—. Si te vas a quedar con Rob solo por los niños, quizá tú también te merezcas divertirte un poco.

—¿Te refieres a que le ponga los cuernos?

—Sí —dijo Natasha—, si encuentras a alguien con quien quieras estar… ¿Por qué no? Él te engañó a ti.

Jen sonrió.

—Me parece que nadie se interesa por mí desde que tuve a los niños.

—No lo creo —dijo Natasha—. Eres preciosa, Jen. Tienes una sonrisa que llena el alma.

Jen se sonrojó, avergonzada. Miró a Natasha a los ojos, sin entender muy bien lo que esta intentaba decirle.

Y entonces Natasha tomó el rostro de Jen entre sus manos y la besó.

TREINTA Y CUATRO

Un escalofrío recorrió a Amy cuando oyó el ruido metálico de la cerradura al abrirse y deslizó la mano por el suave pomo. Nunca había utilizado la llave maestra de recepción, pero Jen iba a pasar fuera todo el fin de semana, así que podía entrar en el ático sin que nadie la viera. Cogió la llave poco antes de terminar su turno, se fue a la cafetería de enfrente y esperó a que la entrada de los apartamentos se llenara de gente. Luego, se coló en el edificio y montó en el ascensor. Uno a uno, todos salieron, hasta que ella fue la única que se quedó dentro, en dirección a la última planta.

Había visitado a Jen en el ático muchas veces, pero nunca había estado allí sola. Sintió una oleada de excitación. Al atravesar la puerta, se imaginó a Rob recibiéndola y dándole la bienvenida a casa.

Tenía el apartamento para ella sola hasta que Rob regresara. Amy deambuló por el piso, deslizando las manos por las lujosas superficies. Debían aprovechar cada oportunidad que tuvieran para estar juntos mientras Jen estaba de viaje. Amy sonrió mientras se preparaba un café. Salió al balcón, se sentó en una de las sillas y disfrutó de su bebida caliente contemplando el río.

Ese apartamento sería suyo algún día. Y la villa del Mediterráneo también. Por fin podría empezar su vida con Rob, la vida a la que estaba destinada. Ella, Rob, sus hijos y Gemma. Una familia feliz. Solo faltaba que Jen aceptara las cosas como eran y dejara a Rob.

Amy volvió al interior. Rob regresaría pronto. Quería estar lista para recibirlo. En el dormitorio de Rob y Jen, se deleitó con las vistas desde los ventanales que iban del suelo al techo. Miró la cama,

perfectamente ordenada, e imaginó a Jen haciéndola antes de marcharse. Las sábanas eran blancas y estaban recién planchadas. En la mesita de noche había un único libro, de un famoso autor de novela negra, junto a una colección de perfumes. Amy se roció uno de ellos en la muñeca. No le resultaba familiar; no era el que Jen usaba a diario.

Amy abrió el vestidor y echó un vistazo a los vestidos de Jen. Tenía muchísimos. Seleccionó varios y se los probó delante del espejo. Se sonrió a sí misma. Tenía el cabello del mismo color que Jen, su mismo peinado y, ahora, sus vestidos; casi podría pasar por ella.

Se quitó la ropa de Jen y se metió entre las sábanas blancas, sintiendo el fresco tacto del algodón en su piel. Sintió una oleada de euforia. Estaba en la cama de Rob, entre sus sábanas. Él volvería pronto y ella estaba impaciente.

TREINTA Y CINCO

Jen se apartó rápidamente del beso de Natasha, con un cosquilleo en labios.

—Lo siento —dijo Natasha, sonrojándose—. Pensé que…

—No pasa nada —dijo Jen, tratando de dominar el torbellino de emociones que sentía—. Es solo que me ha pillado por sorpresa. No tenía ni idea de que te atrajera.

—¿De verdad? —dijo Natasha—. Creía que te lo había insinuado suficientes veces. Empezaba a pensar que era cosa mía, pero luego tuve la sensación de que quizá tú sentías lo mismo. Debo haberte malinterpretado. Lo siento.

¿Lo había notado Jen? ¿Lo había sospechado siquiera? No creía que fuera así, pero una nueva e incómoda sensación empezaba a brotar en su interior, una sensación que no era bienvenida en ese momento.

—No lo sientas —dijo Jen—. Eres mi mejor amiga y te quiero. Es solo que… son demasiadas cosas que asimilar, eso es todo. —Con todo lo que estaba ocurriendo, eso la desbordó por completo. Jen se vio incapaz de controlar sus pensamientos.

De pronto, entendió por qué la lealtad de Natasha era tan inquebrantable, por qué Natasha insistía tanto en que dejara a Rob. Jen abrazó a su amiga, sintiendo el reconfortante calor de su cuerpo.

—Vamos a olvidar el asunto por ahora —dijo—. Disfrutemos del resto de nuestras vacaciones.

—Claro —dijo Natasha—. Yo dormiré en el suelo esta noche, quédate tú en la cama doble.

—No te preocupes —dijo Jen—. Podemos compartir la cama. —Se

ruborizó; no sabía cómo abordar la conversación—. Pero cada una en su lado.

—Por supuesto —dijo Natasha—. Te pido disculpas de nuevo, es obvio que malinterpreté la situación. —Sonrió—. Creo que necesito una copa después de esta humillación. ¿Asaltamos el minibar?

Cuando Jen volvió a casa al día siguiente, todavía seguía pensando en Natasha, tratando de digerir lo que había pasado. Nunca la había visto de esa manera y, sin embargo, ahora no podía quitársela de la cabeza, analizando cada interacción que habían tenido, con una excitación desconocida cada vez más fuerte dentro de ella.

Llamó a Rob tras atravesar la puerta del ático:

—¿Hola?

Él apareció desde el salón.

—¡Papá! —gritaron los niños, que corrieron hacia él y lo abrazaron por la cintura.

Rob los abrazó con fuerza y Jen no pudo evitar pensar en lo cruel que era su plan de desaparecer y abandonar a sus propios hijos.

Natasha estaba en el polo opuesto a Rob. Su lealtad era incondicional y siempre priorizaba el bienestar de Jen. Cuando Rob desapareciera, Jen podría empezar su nueva vida siguiendo sus propias reglas. Pensó en el beso de Natasha y un escalofrío le recorrió la espalda. Jen se había apartado, sorprendida, pero aquel gesto había despertado algo en ella que ni siquiera sabía que existía. Había algo embriagador en ese beso.

Descartó esos sentimientos; ahora no tenía tiempo para más complicaciones. Debía concentrarse en fingir que todo era perfecto en su matrimonio. Rob se estaba esforzado mucho últimamente, al menos en apariencia. Si pretendían seguir adelante con eso, no podía permitirse cometer ningún desliz.

Esa noche, Jen se tomó un par de pastillas de su madre antes de acostarse. Cada mañana se decía a sí misma que sería la última vez

y, sin embargo, se veía cada noche con ellas en la mano. Era la única forma de que su mente descansara.

Mientras Rob se lavaba los dientes en el baño, Jen se metió en la cama. Sabía que Rob había dormido allí porque la cama no estaba hecha con el mismo cuidado de siempre. Las sábanas estaban extendidas, pero no alisadas.

Estiró las piernas bajo las sábanas y se giró hacia un lado para ponerse cómoda. Tocó algo con el pie; un trozo de tela.

Metió la mano bajo las sábanas para atraparlo.

Al sacarlo, no podía creer lo que veía. Unas braguitas rojas de encaje. Y no eran suyas.

La ira se apoderó de Jen. Ya era bastante humillación saber que la había engañado, pero seguir haciéndolo después de que ella lo hubiera descubierto era pasarse de la raya. Había traído a la otra allí, a su casa, al que una vez fue su refugio común, un lugar sagrado solo para ellos dos.

Se acabó. Podía sentir el pulso en los oídos y los puños le temblaban. Cualquier atisbo de amor que pudiera sentir por él se acababa de esfumar por completo. La había traicionado de nuevo; después del enorme sacrificio que le estaba pidiendo, la había vuelto a engañar.

Se paró a escucharlo en el baño durante un momento, tarareando mientras se lavaba la cara. Le había estado mintiendo todo ese tiempo, ocultándole un secreto tras otro. Él siempre había tenido la sartén por el mango; lo sabía todo mientras ella estaba en la oscuridad.

Pues muy bien, ella también podía jugar a ese juego. Salió del dormitorio sujetando las bragas por el borde del encaje, entró en la cocina y las metió dentro de una bolsa de plástico. Hizo una foto por si en un futuro necesitaba pruebas y tiró la bolsa a la basura.

—¿Todo bien? —preguntó Rob desde el dormitorio.

—Sí, todo bien —respondió ella, aunque por dentro estaba furiosa. Esa mujer había dejado allí su ropa interior a propósito. ¿Lizzy? ¿O había alguien más? Jen estaba decidida a averiguar su identidad. Fuera quien fuera, pronto aprendería a respetarla.

TREINTA Y SEIS

Jen fue incapaz de conciliar el sueño, mientras que Rob dormía plácidamente a su lado. Había metido a otra mujer en su casa, en su cama. La rabia la carcomía. Estando tumbada en la cama, se dio cuenta de que ni siquiera había lavado las sábanas.

Se bajó de la cama, cogió ropa de cama limpia del armario y se fue a dormir al sofá. Necesitaba saber quién había estado allí, si era Lizzy. Por un momento, pensó en enviarle un mensaje a Amy para preguntarle si había visto a alguien entrar en su casa la noche anterior, pero ella no trabajaba los fines de semana, así que desechó la idea.

Solo quería contar con alguien en quien confiar, explicarle todas las cosas horribles que habían pasado. Pensó en ponerse en contacto con Natasha, pero no pudo hacerlo. La lencería que había descubierto en la cama no haría sino reforzar su convicción de que debía dejar a Rob enseguida. Y eso arruinaría el plan de desaparición.

Jen empezó a dudar de que fuera capaz de fingir su muerte sin meter la pata. El plan era demasiado arriesgado. Rob ni siquiera había sido lo suficientemente inteligente como para revisar la cama después de acostarse con otra persona; parecía poco probable que pudiera desaparecer sin que lo encontraran.

No podía aguantarse las ganas de contárselo a Natasha, quería conocer su opinión sobre el plan de Rob. Pero una mala reacción por su parte lo mandaría todo al traste. Amy también sentía afecto por ella, pero no de forma romántica. Quizá Amy era la persona adecuada para contarle lo que había encontrado en la cama.

Siempre actuaba de forma más pragmática que emocional. Y puede que hubiera oído rumores sobre Rob de boca de las otras recepcionistas. El turno de Amy coincidía con el horario de trabajo de Rob, pero quizá hubiera oído algo por ahí.

Jen se armó de valor y le envió un mensaje.

Hola, Amy. Una pregunta rápida. ¿Te ha mencionado alguna de tus compañeras si ha venido alguien a mi ático durante el fin de semana?

Amy respondió inmediatamente, a pesar de que eran más de las once de la noche.

Comentaron que vieron subir a Rob con una mujer. No tenía claro cómo decírtelo, sabía que te dolería. Lo siento mucho.

Jen se quedó absorta en su teléfono. Había algo que no le cuadraba en aquel mensaje. No esperaba que Amy supiera nada. Llevaba todo el fin de semana sin trabajar y no tenía demasiada relación con sus compañeras de trabajo. Alguna de ellas le habría enviado un mensaje para contárselo, pero le resultaba extraño que le hubieran escrito para contarle algo como eso.

Amy le envió otro mensaje a Jen.

¿Estás bien, Jen? ¿Quieres que vaya a verte?

No, estoy bien. Nos vemos mañana.

Vale. Ya sabes que estoy aquí si me necesitas. Intenta dormir un poco.

Eso haré. Nos vemos.

Jen miraba la pantalla, pensando en la foto en la que aparecía una mujer idéntica a Amy en la playa, detrás de sus hijos. No había

llegado a preguntarle a por eso.

Se acordó del videoportero. Había desactivado las notificaciones de la aplicación, pero grababa cada vez que detectaba movimiento ante la puerta.

Con el corazón acelerado, abrió la aplicación en su teléfono y revisó las grabaciones que había captado. Las primeras la mostraban a ella y a los niños saliendo de casa el sábado por la mañana. Más tarde, esa misma mañana, había apareció una limpiadora aspirando el pasillo. Finalmente, por la tarde, vio a una mujer en la puerta de su casa, mirando hacia el ascensor como si le preocupara que pudiera haber alguien detrás de ella.

Amy.

Jen tragó saliva y continuó viendo el vídeo. No podía ser. Tenía que tratarse de un error. Estaba convencida de que Amy se daría la vuelta en cualquier momento; seguro que solo había subido para revisar el radiador del pasillo y estaba a punto de marcharse.

Jen observó consternada cómo abría la puerta de su ático sin dejar de comprobar que no hubiera nadie.

Rob debía haberle dado una llave.

Media hora más tarde, Rob llegó a casa.

Pasó otra hora antes de que Amy se marchara, con el pelo revuelto.

TREINTA Y SIETE

Jen no podía dormir; se pasó toda la noche dándole vueltas a lo que le había hecho Amy. Pensaba que eran amigas, pero la había traicionado de la forma más ruin posible. ¿Cuánto tiempo llevaban así? Jen solo conocía a Amy desde que esta había empezado a trabajar en la recepción del edificio a principios de año. A pesar de la diferencia de edad, siempre se habían llevado bien. ¿Acaso su relación con Rob comenzó cuando empezó a trabajar allí? ¿Conoció a Rob en el edificio? Todo lo que le había contado Rob sobre la joven acosadora de su oficina debía ser una patraña para que no sospechara nada.

Pensó en todos los secretos que Amy y ella habían compartido, en los mensajes del chat grupal, en las veces que se habían reído hasta quedarse sin aliento. ¿Todo eso fue una farsa? Amy y Natasha eran las dos personas en las que más confiaba, pero Amy le había estado mintiendo todo ese tiempo.

Recordó que fue Amy quien encontró el correo en el ordenador de Rob. El mismo correo que ella misma habría enviado poco antes. Su plan consistía en conseguir que Jen dejara a Rob para poder estar con él. Jen se reprochó haber sido tan fácil de manipular.

Jen se dio la vuelta en el sofá y miró la hora. Ya casi eran las seis de la mañana. Rob se despertaría pronto. Mientras escuchaba sus suaves ronquidos procedentes del dormitorio, su odio hacia él no hacía más que aumentar. ¿Cómo podía dormir tan tranquilo? Pensó en su plan de desaparecer. Pronto se libraría de él, siempre y cuando él lograra llevar a cabo la estafa. Pensó en el dinero del seguro y en la vida feliz que podrían tener ella y los niños cuando lo cobraran.

Jen se levantó y quitó las sábanas del sofá para que Rob no supiera que había dormido allí. Luego fue al dormitorio y se dio una ducha rápida y, tras esto, se dirigió a la cocina para preparar el almuerzo de los niños y Rob y su batido para el gimnasio. Podía fingir ser la esposa perfecta un poco más de tiempo. Se centró exclusivamente en el dinero y en hacer la actuación de su vida.

Amy trabajaba en la recepción cuando Jen regresó de dejar a los niños en el colegio. Jen había conseguido pasar la mañana manteniendo al mínimo las conversaciones con Rob, pero no se sentía con ánimos de hablar con Amy.

—Hola. —Amy la saludo con unos ojos llenos de compasión—. ¿Cómo estás?

Jen sintió cómo se le tensaba el cuerpo, pero fingió una sonrisa. Pensó en la noche anterior, en la vehemencia con la que Amy le había contado que vieron a otra mujer en su piso. Jen sabía que Amy quería que se derrumbara, que se decidiera a dejar a Rob para siempre.

El instinto de Jen la impulsaba a golpearla, pero no pensaba darle la satisfacción de saber que sus tejemanejes le estaban afectando.

—Estoy de maravilla, gracias —dijo mientras pasaba junto al escritorio.

Amy le indicó con un gesto que se acercara.

—Siento lo que te dije anoche —le susurró—. Pero pensé que debías saber que Rob había metido a otra mujer en tu casa.

—Gracias, Amy —dijo Jen con una sonrisa falsa—. Te lo agradezco. Pero no fue nada, por suerte. Rob me dijo que solo era una repartidora que vino a dejar un paquete.

Amy se mostró sorprendida. La sonrisa compasiva desapareció de su rostro.

—¿En serio? ¿Y le crees?

—¿Por qué no iba a creerle?

—Pues… Como me enviaste ese mensaje tan tarde anoche, pensé que pasaba algo entre tú y Rob.

—No —dijo Jen inocentemente. Sabía lo que tramaba Amy. Quería que Jen le contara que había encontrado la ropa interior en su cama, la misma que Amy había dejado allí a propósito—. De hecho, Rob y yo estamos mejor que nunca. Las cosas nos van muy bien últimamente.

—¿De verdad? —dijo Amy con los ojos como platos.

—Sí —dijo Jen, empezando a disfrutar de la farsa—. Rob incluso quiere que renovemos nuestros votos matrimoniales.

—¿Qué? —Amy palideció—. Sí que ha cambiado la situación —dijo con un hilo de voz.

—¿Tú crees? —dijo Jen, hundiendo el cuchillo hasta el fondo—. Siempre negó haber tenido una aventura; dice que solo era una niñata obsesionada. Quiere dejarme claro lo mucho que me ama.

—Claro —confirmó Amy con torpeza.

—¿Y qué tal está Jonathan? —preguntó Jen. Sabía de sobra que Jonathan no existía, siempre había sido una tapadera para Rob.

—Oh, está estupendamente. Hemos pasado el finde juntos —dijo Amy—. Lo pasamos de maravilla.

—Cuánto me alegro. ¿Tendremos boda pronto? —preguntó Jen con naturalidad.

Amy se sonrojó.

—Aún no lo sé —respondió—. Ya veremos.

—Espero que algún día te cases. El matrimonio tiene sus altibajos, pero al final eres más fuerte cuando estás en equipo.

Amy esbozó una sonrisa forzada.

—Me alegro de que las cosas vayan mejor —dijo.

* * *

Cuando Jen regresó al ático, deshizo la cama de su dormitorio y

metió las sábanas en la lavadora.

Luego empezó a rebuscar por todo el ático, tratando de encontrar más pruebas de la aventura de Rob con Amy. Una vez más, se sintió como si estuviera en la más absoluta oscuridad. Rob llevaba una doble vida completamente ajena a ella. Revisó todos los cajones del escritorio de Rob para cerciorarse de que no había pasado nada por alto la última vez. Luego continuó en el dormitorio, donde revisó la mesita de noche, la cómoda y el armario de Rob. Al pasar la mano por el estante superior del armario, sus dedos tocaron una bolsa de cierre hermético que parecía contener un teléfono. La cogió.

Sentada en la cama, vació el contenido de la bolsa: un fajo de billetes, un pasaporte y un teléfono. Abrió el pasaporte y le echó un vistazo. Era una falsificación muy convincente, en la que se habían cambiado el nombre y la fecha de nacimiento de Rob. Se preguntó si le serviría en un control fronterizo, aunque eso no importaba siempre que permaneciera en Europa, ya que no lo necesitaría para cruzar las fronteras.

Él le había asegurado que se reunirían cuando fuera seguro, que en un año o dos reaparecería con su nueva identidad y podrían continuar con su vida en familia. Ella no creía que lo dijera en serio. Sería demasiado arriesgado. Apostaba a que, una vez que le hubiera dado el dinero del seguro, no volvería a verlo nunca más. Eso no le habría importado de no ser por los niños. Se merecían mantener la relación con su padre, pero Jen sabía que Rob no dudaría en privarlos de ella si era lo que más le convenía.

Dejó el pasaporte y contó el dinero: cinco mil euros. Pasó los dedos por los billetes. Podría guardárselo y huir con los niños en ese preciso instante, pero no llegaría muy lejos con esa cantidad.

A continuación, cogió el teléfono. Rob le había dicho que iba a comprarse un teléfono desechable para ponerse en contacto con ella mientras estuviera escondido. Le advirtió que no esperara recibir

noticias de él durante al menos seis meses. Estaba convencido de que sus padres le prestarían dinero a Jen durante los primeros meses, hasta que ella cobrara el seguro.

Pulsó el botón de encendido del teléfono. Se sorprendió al ver que este se encendía inmediatamente. Estaba cargado.

Intentó adivinar la contraseña introduciendo su cumpleaños; luego, el de Lottie. Para su asombro, funcionó. Empezó a comprobar los datos del teléfono. No había ningún contacto guardado, pero, cuando entró en los mensajes, descubrió una conversación. Los primeros databan de hacía una semana, en mitad de la noche.

Ayer lo pasé muy bien.

Yo también.

¿Todo listo para la aventura?

Sí. Todo en orden. Ya tengo el pasaporte. Pronto comenzaremos nuestra nueva vida juntos.

¡Me muero de ganas! No puedo creer que esto esté pasando, ¡qué emoción!

Jen tragó saliva. Así que planeaban fugarse juntos. La «desaparición» de Rob era una estratagema para reunirse con Amy. De repente, Jen se sintió estúpida por haberse regodeado con Amy sobre la renovación votos. Amy ya debía saber que solo era una tapadera para que Rob desapareciese. Lo habrían planeado todo juntos. Jen no era más que un peón en su juego. Solo la necesitaban para que cobrara el seguro de vida. Se los imaginó riéndose de ella a sus espaldas y una mueca de asco apareció en su rostro. Ahora entendía por qué Amy tenía tantas ganas de ir al Mediterráneo con ella. Cuando Rob desapareciera, ella estaría allí,

lista para huir con él hacia la puesta de sol.

Hubo una pausa y luego más mensajes de hacía unos días. Jen no podía creer que Rob hubiera estado enviándole mensajes a Amy mientras dormía a su lado.

Estoy deseando verte este fin de semana. ¡Me alegro de que tu mujer no esté!

Hablaremos las cosas entonces. Cerraremos los planes.

Genial. Lo primordial es tu mujer, todo lo demás está arreglado.

Entonces Jen vio el último mensaje. Lo miró fijamente, conmocionada y con la boca seca.

No te preocupes por mi mujer. Yo me encargo de ella. Te lo prometo.

TREINTA Y OCHO

Amy llevaba casi toda la noche sola en el *pub*, tomando una Coca-Cola Light. Estaba en el Soho y el local estaba a rebosar. Varios grupos miraban con envidia la mesa junto a la ventana que ella ocupaba.

Volvió a mirar el móvil. Ya le había enviado tres mensajes a Rob para decirle que estaba allí, pero no le había respondido. Estaba muy confundida. Lo habían pasado genial el fin de semana pasado en su ático. Saltaron chispas entre ellos cuando él se desnudó y ella lo atrajo hacia la cama. A pesar de que estaba en casa de Jen, en su espacio, Amy sintió que ocupaba el lugar que le correspondía. La historia de Jen con Rob acabaría pronto.

Amy sabía que Rob no quería decirle la verdad a Jen, pero ella sentía que debía saberlo. Amy se imaginó a Jen encontrando la ropa interior que ella había dejado. Sin duda tuvo que ser un *shock* y, sin embargo, esa mañana se había mostrado alegre y despreocupada, fingiendo que todo iba de maravilla. Estaba viviendo una mentira; Rob ya no la quería a ella, sino a Amy.

Aun así, Amy no podía evitar sentir una punzada de duda con respecto a su futuro. Necesitaba hablar con Rob, volver a verlo para saber que todo estaba en orden y que era Jen y no ella la que estaba loca. La agencia inmobiliaria aún no había eliminado su dirección de correo laboral del sistema, por lo que seguía teniendo acceso a la agenda de Rob. Tenía una reunión con un cliente en el centro de Londres y había reservado tiempo para ir a un gimnasio de la misma cadena que el suyo en aquella zona de la ciudad. Ella le había sugerido verse en el *pub* frente al gimnasio, donde se

encontraba en ese momento, pero él no le había respondido. De modo que Amy se presentó en el *pub*, se sentó en una mesa con vistas a la entrada del gimnasio y se armó de paciencia.

Le pareció haberlo visto entrar alrededor de las 18:30 junto a una larga fila de oficinistas, pero no lo había visto salir.

Se estaba haciendo tarde. Debería estar en la cena con el cliente. Puede que no lo hubiera visto salir del gimnasio. Amy probó a llamarlo de nuevo. No hubo respuesta. Pensó en las vacaciones que tenían planeadas para dentro de unas semanas. Esperaba que para entonces Rob hubiera resuelto las cosas con su mujer.

La frustración de Amy no hacía otra cosa que aumentar mientras esperaba. ¿Cómo podía ignorarla así? Habían planeado todo su futuro juntos.

A las 23:00, decidió darse por vencida y volver a casa. No podía hacer nada más; tendría que esperar al día siguiente para hablar con Rob.

Salió del *pub* y cruzó la concurrida calle, esquivando un taxi que se había detenido para dejar a sus pasajeros. Se dirigió hacia la estación, sintiéndose completamente sola entre la multitud de amigos y parejas. Pasó junto a dos policías que charlaban mientras patrullaban las calles, ataviadas con chalecos reflectantes. Al acercarse a la estación, miró a ambos lados de la calle, todavía con la esperanza de toparse con Rob. Pasó junto a un callejón oscuro y vio allí a dos hombres junto a un tercero que yacía en el suelo. Se estremeció; su instinto le gritaba que se alejara, que se pusiera a salvo. Pero algo la detuvo. Los pantalones del hombre que estaba tirado en el suelo dejaban al descubierto unos calcetines a rayas de colores vivos. Rob tenía unos iguales. Siempre se los ponía cuando se reunía con clientes de especial importancia. Eran sus calcetines de la suerte. También reconoció los zapatos lustrados. Estaba segura de que era Rob. Dudó un momento. No era la primera vez que creía

haberse cruzado con él en la calle. Lo veía por todas partes, incluso en los lugares más improbables. Podía tratarse de cualquiera… y de cualquier cosa. Un ajuste de cuentas entre bandas, un negocio de drogas que había salido mal.

Amy volvió en sí y fue en busca de las policías. Las vio en la calle y corrió hacia ellas.

—Hay un hombre tirado en un callejón —dijo—. Creo que está herido. —Las policías se apresuraron a seguirla mientras Amy las guiaba hacia el callejón. Esperaba que los hombres se hubieran ido, pero seguían allí.

—Creo que está borracho —dijo uno de ellos al ver a las agentes—. Nos lo hemos encontrado así. No se levanta. —Amy observó más de cerca a esos hombres enfundados en abrigos oscuros y vio que solo eran hombres de negocios, nada más lejos de los delincuentes que había creído ver en un principio.

Amy se acercó un paso más. La agente se inclinó sobre el hombre y lo sacudió suavemente.

—¿Está usted bien, señor?

El hombre levantó la cabeza, aturdido, y Amy dejó escapar un grito ahogado. Era Rob.

—Dios mío —dijo—. Rob, ¿estás bien?

Rob giró la cabeza hacia ella y la dejó caer hacia atrás.

—¿Mia? —De repente, cobró consciencia de su entorno, miró a su alrededor e intentó levantarse.

—¿Está herido, señor? —preguntó la policía.

Rob seguía confuso. Negó con la cabeza lentamente.

—Creo que no… —balbuceó.

Amy se preguntó cuánto habría bebido en la cena con su cliente para haber acabado en ese estado.

—¿Puede levantarse, señor? —dijo la policía, algo impaciente. Le lanzó una mirada cómplice a su compañera, y Amy se dio cuenta de

que aquello era una tarea rutinaria del patrullaje nocturno.

La otra agente le ofreció la mano a Rob y lo ayudó a levantarse.

—¿Puede caminar? —le preguntó.

Él dio un paso adelante, tambaleándose, y Amy se apresuró a sujetarlo.

La policía se volvió hacia ella.

—¿Lo conoce? —preguntó.

—Soy su novia.

—¿Y cree que podrá llevarlo a casa sin problemas?

Amy asintió.

—Sí, claro.

—De acuerdo, entonces nos vamos. Que tengan una buena noche.

Las agentes se alejaron por el callejón y Amy condujo a Rob hacia la estación de metro, cargando con él. Cuando llegaron a la entrada, él tropezó y Amy se dio cuenta de que no sería capaz de subirlo al tren para volver a casa.

—¿Qué ha pasado, Rob? —le preguntó mientras intentaba sin éxito parar un taxi.

—No lo sé —respondió él lentamente—. Me encontraba bien y, de repente, estaba tan agotado y mareado que tuve que tumbarme.

—¿Bebiste mucho en la cena con el cliente?

Rob negó con la cabeza.

—No he ido. Tengo que irme ya, creo que llego tarde.

—Son más de las once —dijo Amy—. Ya habrá terminado.

—¿Qué? —Rob parecía confundido.

—Si no has ido a la cena, ¿dónde has estado?

—No lo sé. —Negó con la cabeza—. Solo recuerdo haber ido al gimnasio.

Amy por fin consiguió parar un taxi y ayudó a Rob a subir. A los pocos minutos de arrancar, se quedó dormido. Amy lo observaba mientras dormía, abrumada por el cariño y la preocupación. A pesar

de su estado, no olía a alcohol. ¿Había tenido algún tipo de ataque? ¿Y si le habían atracado y no lo recordaba? La policía no lo había investigado a fondo.

Cuando llegaron a casa de Rob, Amy pagó el taxi con la tarjeta de crédito de Rob y le despertó. Deseaba subir y tumbarse junto a él en el dormitorio del ático, pero no podía. No era su casa.

En lugar de eso, lo ayudó a entrar en el edificio y llamó a Jen.

—¿Amy? —dijo Jen, sorprendida—. ¿Va todo bien?

Amy respiró hondo y miró a Rob. Era el momento perfecto para contarle a Jen lo suyo con Rob. Pero algo la hizo dudar. Era medianoche, le parecía cruel y una parte de ella temía la reacción de Jen, que nunca la perdonara.

—Rob está conmigo —dijo Amy—. No se encuentra muy bien, lo he visto desplomado en la calle y lo he traído a casa.

—Ah —dijo Jen. Hizo una larga pausa, como si estuviera pensando qué decir. Finalmente dijo—: Gracias.

—¿Lo subo al piso?

—¿No puede subir solo?

—No, la verdad es que no. Sigue un poco confuso.

Jen suspiró.

—Pues no puedo dejar a los niños solos, así que tendrás que subirlo tú.

TREINTA Y NUEVE

Jen daba vueltas por el salón del ático en bata, esperando a que Rob y Amy subieran en el ascensor. ¿Era así era como iba a terminar todo? ¿Con Jen, legañosa y somnolienta, gritándole a su marido y a su amante tras volver de una especie de cita?

No. No podía terminar así. Por mucho que quisiera arremeter contra ambos, tenía que mantener el control, tenía que ser mejor que ellos.

Oyó que las puertas del ascensor se abrían en el pasillo, acompañadas de voces apagadas.

—Ya casi estamos —dijo Amy—. Solo unos pasos más.

Jen abrió la puerta y vio a Rob arrastrando los pies por el pasillo, apoyándose pesadamente en Amy.

Quería matarlo, pero puso cara de preocupación.

—Dios mío —dijo—. Rob, ¿estás bien?

Rob murmuró algo ininteligible.

—Me lo he encontrado así —dijo Amy—. Está fatal.

—¿Te has topado con él por casualidad? —preguntó Jen.

Amy parpadeó rápidamente.

—Había salido a tomar algo con unos amigos. Iba de vuelta a la estación y lo vi en un callejón.

Jen sonrió, tensa.

—Qué suerte que pasaras por allí. —Extendió la mano y tomó el brazo de Rob—. Déjamelo a mí —dijo—. Yo cuidaré de él.

Rob entró en el ático.

—Avísame por la mañana, para saber cómo está —dijo Amy apresuradamente mientras Jen cerraba la puerta.

Cuando Jen se despertó a la mañana siguiente, Rob seguía durmiendo en el sofá. Le resultó más fácil acostarlo allí que arrastrarlo hasta el dormitorio. Apenas podía mantener los ojos abiertos. Además, Jen no soportaba la idea de que durmiera a su lado en la cama después de que Amy lo hubiera traído a casa.

Jen sentía repulsión ante el comportamiento de Rob. A pesar de que había aceptado llevar a cabo todos sus planes, él seguía acostándose con Amy en su propia cama y saliendo con ella por las noches.

¿De verdad planeaban empezar una vida juntos después de que él desapareciera? ¿Sería capaz Jen de ignorar eso y quedarse con el dinero del seguro de vida sin más? Rob esperaba que compartiera el dinero con él, su plan se basaba en eso, pero no tenía por qué hacerlo. Podía dejar que se fugaran juntos y dejarlos en la estacada. Podía quedarse el dinero para ella y los niños.

Recordó los mensajes que él y Amy habían intercambiado. Lo indiferentes que se mostraban respecto a sus planes. La forma en que hablaban de Jen, como si no fuera más que un obstáculo en su camino. «No te preocupes por mi mujer». ¿Qué quería decir con eso?

Se acercó al sofá y sacudió suavemente a Rob para despertarlo.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—No lo sé… ¿Qué hora es? Tengo que ir a trabajar.

—Anoche Amy te trajo a casa. Dijo que te habías desmayado.

—¿Amy? Ah, te refieres a Mia. Sí, me encontró tirado en la calle y me trajo a casa.

—No sabía que fuerais amigos —dijo Jen, cortante.

—No lo somos. Ella trabajaba conmigo antes de entrar aquí, en la recepción. —Rob parecía nervioso—. No recuerdo muy bien lo que pasó. ¿Amy te contó algo más?

Jen contuvo su irritación; a Rob le preocupaba que Amy le hubiera

contado lo de su aventura.

—Poca cosa. ¿Qué recuerdas? —preguntó Jen. Quería saber cuándo había perdido el conocimiento y durante cuánto tiempo estuvo así.

Él negó con la cabeza.

—Casi nada… Sé que tenía una cena de trabajo, pero creo que ni siquiera fui… Recuerdo haber ido al gimnasio…, pero después de eso, nada. Solo que, mucho más tarde, me desperté en mitad de la calle… en el Soho. Vino la policía.

Jen suspiró.

—Tienes que ir al médico —le dijo—. Es la segunda vez que te pasa esto. Podría ser algo grave.

Dos horas más tarde, Jen estaba sentada frente a la doctora junto a Rob, que le explicaba sus síntomas.

—Me desmayé y no recuerdo nada —dijo Rob—. No me acuerdo de nada a partir de las siete de la tarde.

—¿Se encuentra usted bajo mucho estrés? —preguntó la doctora.

Rob negó con la cabeza.

—No, la verdad es que no.

Jen lo miró con el ceño fruncido. ¿Le resultaba tan fácil mentir que lo hacía sin motivo alguno?

—Ha estado estresado con el trabajo —dijo ella.

—Las cosas han sido un poco complicadas últimamente —admitió Rob.

—¿Y bebe usted con asiduidad?

—No.

La doctora asintió.

—Bueno, el estrés puede provocar ataques de pánico y otras anomalías físicas, pero no suele causar síntomas tan graves como la pérdida de conocimiento. Voy a hacerle un chequeo.

La doctora le tomó el pulso y le midió la tensión arterial.

—Todo parece estar bien —dijo con una sonrisa—. Creo que no hay nada de qué preocuparse. Solo ha sido un episodio aislado.

—Hace un par de meses le ocurrió lo mismo —dijo Jen.

Rob le puso mala cara a Jen. Ella sabía que quería salir de allí y volver al trabajo.

—Mmm… En ese caso, también voy a hacerle unos análisis de sangre. No creo que sea nada grave, pero por si acaso.

Jen observó a la doctora mientras escribía algo en su ordenador y sonrió. Había sido una buena idea llevar a Rob al médico. Se alegraba de que tuvieran constancia de los desmayos de Rob.

Tras salir de la consulta, Rob insistió en que se encontraba bien y que podía ir directamente al trabajo, y Jen se fue a casa. Seguía furiosa con él y con Amy por cómo la habían traicionado y por el descaro de restregárselo por la cara cuando Amy llevó a Rob a casa.

Tenía que pensar qué iba a hacer. No podía confiar en Rob ni creer nada de lo que dijera. Pensó en su plan para desaparecer y recordó el teléfono desechable que guardaba en la parte superior de su armario. Tenía que volver a comprobarlo para ver si encontraba más información.

Entró en el dormitorio y pasó la mano por el estante superior del armario, donde lo encontró la última vez.

No estaba allí. Rob lo había cambiado de sitio. Se subió a una silla y miró dentro del armario. Apartó el equipo de gimnasia de Rob y vio una carpeta amarilla en el fondo del armario. La sacó.

Contenía todo lo que encontró la otra vez: el dinero, el teléfono y el pasaporte, junto con algunos documentos adicionales. Encendió el teléfono, pero no encontró mensajes nuevos. El último seguía siendo aquel demoledor «No te preocupes por mi mujer».

Pasó a comprobar los nuevos documentos. Había tres sobres, todos del banco. Abrió el primero. Era de la cuenta de ahorro de Lottie.

«Gracias por su solicitud de retirada de fondos y cierre de la

cuenta. Se ha realizado una retirada de cinco mil libras y la cuenta se ha dado de baja».

Jen se quedó sin aliento. Le había quitado el dinero a su hija, sus fondos para la universidad, para gastárselos en su nueva vida con Amy. ¿Cómo podían importarle tan poco sus hijos?

Los otros dos sobres contenían la misma notificación con respecto a las cuentas de Jack y Ruby. Rob se había quedado con todos sus ahorros y los había transferido a su cuenta personal. Jen sintió ganas de vomitar. No le importaban en absoluto sus hijos.

Devolvió los sobres a la carpeta y sacó el siguiente documento: la póliza del seguro de vida. Allí estaba, ese era su billete para mantener su estilo de vida, para tener a los niños felices y contentos y que no les faltara de nada. Debía planear darle la póliza a Jen para que ella pudiera cobrarla. Vio el nombre de Rob en el centro del papel, así como una indemnización por fallecimiento de dos millones de libras. Había contratado la póliza hacía seis meses.

Jen echó un vistazo a las condiciones, pensando en el dinero y en la cantidad de problemas que solucionaría. Cuando Rob hubiera desaparecido, podría devolver el dinero a las cuentas de sus hijos. Volvería a trabajar y construiría su propia vida, sin Rob, en la que ella y los niños serían felices. Había revisado la mitad de las hojas cuando se detuvo de pronto. Había una segunda póliza. Vio su propio nombre sobre la línea de puntos.

Rob había contratado otra póliza para Jen.

Si Jen moría, Rob se embolsaría dos millones de libras.

Volvió a recordar sus planes de empezar una nueva vida con Amy y el mensaje que le había enviado.

«No te preocupes por mi mujer. Yo me encargo de ella».

CUARENTA

DOS SEMANAS MÁS TARDE

Jen le dio los últimos retoques a las cestas caseras que había preparado para la verbena de la fiesta del colegio. Todos los padres tenían que contribuir de una forma u otra. El año anterior, Rob había conseguido que su empresa donara una cesta de Harrods, pero ese año no tenía pinta de que fuera a ser el caso, así que Jen se había puesto manos a la obra y había preparado algunas cestas ella misma.

Jen seguía fingiendo ser la esposa perfecta, pero no por mucho tiempo. Pronto harían ese viaje al Mediterráneo, en el que se hundiría su matrimonio.

Cuando encontró los seguros de vida, no le llevó mucho tiempo sumar dos más dos: el plan de Rob de desaparecer siempre le había parecido descabellado porque nunca había tenido intención de llevarlo a cabo. Había organizado el paripé de la renovación de votos para que pareciera que tenían un matrimonio ideal. Pero Jen tenía la impresión de que sería ella la que no volvería a casa tras de las vacaciones, no él. De repente, los mensajes que se intercambió con Amy afirmando que se «encargaría de ella» habían cobrado un nuevo significado. Rob sería quien reclamase el seguro de vida de Jen después de regresar del Mediterráneo. Sin ella.

Un escalofrío recorrió a Jen. No se había dado cuenta de lo cruel que era su marido en el fondo, de lo que era capaz de hacer.

En un principio, le dijo que no podía ir al viaje, que se quedaría en casa con los niños. Trató de convencerlo de que necesitaban pasar

un tiempo separados. Pero Rob hizo todo lo posible para convencerla de que fuera. Le dijo que era esencial que siguieran adelante con el plan, que tenía que desaparecer si querían conseguir el dinero.

Al final, ella accedió a ir. Pero Rob no sabía en qué se estaba metiendo al embarcarse en aquel viaje; Jen había hecho sus propios planes para él y para Amy.

—Qué bonitas —dijo Rob mientras ella ataba un lazo alrededor de la última cesta.

—Gracias. —Levantó la cabeza para recibir el beso que él le ofrecía, tratando de no hacer evidente la aversión que sentía—. No me ha costado mucho trabajo. Voy a ir a ver a mamá con Natasha y luego me reuniré con vosotros en la fiesta.

—Perfecto —dijo Rob—. Ya sabes que siempre estoy encantado de cuidar a Lottie y Jack. Los llevaré a la fiesta. Nos vemos allí.

Jen no respondió. Él había hecho parecer que le estuviera haciendo un favor al cuidar de sus propios hijos.

Jen se sentía tensa cuando llegó a la residencia de su madre con Natasha. Su amiga y ella habían mantenido una conversación difícil en el coche, en la que volvió a preguntarle por qué no había dejado a Rob todavía. Jen no había sido capaz de darle una buena respuesta. Por mucho que quisiera confesarle la aventura entre Rob y Amy y lo que estaba tramando, sabía que lo mejor era no contarle nada a nadie.

Le pidió a Natasha que la acompañara porque sabía que le iba a resultar difícil lidiar con su madre ese día. Esa sería su última visita antes de irse de vacaciones. Pero ahora también se había extendido un velo de incomodidad entre ella y Natasha.

Jen se armó de valor mientras se dirigía a la habitación de su madre.

—No te preocupes —le dijo Natasha, poniéndole la mano en el brazo—. Todo irá bien.

—Anda, si eres tú —dijo su madre cuando entraron en la habitación —. Y en sábado. —Miró a Jen con recelo.

—Hola, June —dijo Natasha educadamente—. Me alegro de verla.

—No podemos quedarnos mucho —dijo Jen—. Solo queríamos ver cómo estabas. Los niños tienen la fiesta del colegio hoy, y la semana que viene nos vamos de vacaciones, así que no podré venir a visitarte.

Su madre asintió con la cabeza.

—No te preocupes por mí —dijo con amargura—. Tampoco se te ha ocurrido invitarme a tus vacaciones.

Ruby pululaba por la habitación, con la mira puesta una estantería llena de libros y revistas sin leer que Jen le había llevado en visitas anteriores. Jen no estaba muy segura de por qué traía a Ruby. Su madre nunca parecía interesarse por ella. Además, sus otros dos hijos empezaron a negarse a visitarla tan pronto aprendieron a hablar.

Se giró hacia Natasha.

—¿Te importa echarle un ojo a Ruby mientras voy al baño? —dijo —. Estoy a punto de reventar.

—Claro —respondió Natasha—. No es ninguna molestia.

Jen entró en el baño y rebuscó en el botiquín de su madre. Encontró las pastillas que buscaba y se guardó un bote. Las iba a necesitar más que nunca. Luego, tiró de la cadena, se lavó las manos y volvió a la habitación.

Natasha, Jen y Ruby llegaron a la fiesta justo a tiempo para ver las carreras de los niños. Lottie iba a participar en los cien metros y Matilda y Jack, en la carrera de sacos.

Jen vio a Rob al otro lado de la pista de atletismo y le saludó con la mano. Él pareció aliviado al verla. La carrera de Lottie comenzó y Jen y Natasha animaron a todos los niños que cruzaban la línea de meta y recibían una medalla. Lottie se acercó a ellas, sonrojada por

la emoción.

—¿Me has visto, mamá?

—Claro. Lo has hecho genial —dijo Jen.

Después de la carrera de Jack y Matilda, Rob cruzó la pista y saludó a Jen con un beso.

—¿Qué tal la mañana? —le preguntó ella.

—Genial —respondió él—. Los niños se lo han pasado muy bien viendo los puestos y jugando a la tómbola.

—Me he apuntado para montar un puesto con Natasha —dijo Jen.

—Sí, lo recuerdo. —Él sonrió—. ¿A qué hora tenéis que iros?

Natasha miró su reloj con insistencia.

—Ya. Será mejor que empecemos a montarlo todo —dijo. Cogió a Jen del brazo—. Vamos, Jen.

Jen le dedicó a Rob una sonrisa de disculpa y le acercó el carrito de Ruby.

—Quédate con Ruby —le dijo—. Nos vemos luego.

Se dirigieron al puesto de tartas y sustituyeron a los otros voluntarios, que agradecieron poder escapar de la larga cola de clientes hambrientos. Cuando hubo un respiro en el constante flujo de padres, Jen intentó localizar a Rob y a los niños, pero ya se habían perdido entre la multitud.

Jen volvió a centrar su atención en la cola que se estaba volviendo a formar y dio un paso atrás, sorprendida. Amy era la primera de la fila.

—¡Amy! —dijo Natasha—. ¿Qué haces aquí?

—Quería venir a animar a tus hijos en las carreras —dijo—. Me lo contaron la última vez que los vi. —Miró a Jen—. Lottie estaba superemocionada.

A Jen se le heló la sangre, pero logró dibujar una sonrisa.

—Me temo que te las has perdido.

—Anda, qué pena. Bueno, ya que he pagado la entrada, será mejor

que disfrute de la fiesta.

—¿Quieres un trozo de tarta? —preguntó Natasha.

—Sí, de chocolate, por favor.

Jen le cortó una porción, con el cuchillo tembloroso entre sus manos. ¿Qué hacía Amy en la fiesta del colegio de sus hijos?

—Aquí tienes —dijo.

—¿Cuándo termináis en el puesto? —preguntó Amy.

—Todavía nos queda media hora —respondió Natasha—. Podemos vernos después.

—Vale —dijo Amy—. Voy a ver si encuentro a los niños. Los felicitaré por sus carreras.

—Están con su padre.

—Ah, claro —dijo Amy—. Entonces, voy a buscar a Rob.

Jen intentó no mirarla mal. No quería que Amy estuviera a solas con Rob y los niños.

—Creo que ya se ha ido —dijo.

—Ah, ¿sí? —dijo Amy—. Creo que lo he visto hace un rato, junto al castillo hinchable. Seguro que todavía está por aquí.

El cliente que seguía a Amy se movía impaciente de un lado a otro.

—Nos vemos luego, Amy —dijo Natasha—. ¿Qué le pongo? —le preguntó a la siguiente persona de la cola.

Jen observó a Amy alejarse mientras cortaba la porción para el siguiente cliente. De repente, sintió un dolor punzante. Bajó la vista y vio que se había cortado el pulgar.

—¡Ay! —exclamó al ver la sangre que brotaba de la herida.

—No iréis a darme ese trozo, ¿verdad? —dijo una mujer, mirando la sangre con aprensión.

Natasha le dedicó una mirada de enfado. Cogió unas servilletas y se las dio a Jen.

—¿Estás bien?

Jen se envolvió el pulgar con las servilletas.

—Creo que me lo voy a tener que vendar —dijo.

—¿Por qué no vas a al puesto de primeros auxilios? Yo me las arreglo aquí.

Jen miró la gran cola que se había formado.

—¿Seguro?

—Sí. De todas formas, no puedes servir tartas sangrando así, ¿no?

—Gracias, Natasha.

Jen se marchó corriendo con el pulgar envuelto entre servilletas. Iría a tratarse la herida, pero antes tenía que encontrar a Amy. No podía permitir que hablara con Rob en la fiesta del colegio de sus hijos. Era una intromisión flagrante en su vida familiar. Sentía que Amy y Rob la estaban expulsando de sus vidas. Jen se dirigió a zancadas hacia el castillo hinchable, pero no encontró a Amy, a Rob ni a los niños. A su lado había un tobogán hinchable, en cuya cima divisó a Lottie y a Jack.

—¡Mírame, papá! —gritaba Jack.

Pero Rob no le prestaba atención. Estaba absorto en una conversación con Amy.

Jen intentó controlar su furia mientras se acercaba. Al verla, Amy le sonrió.

—Hola, Jen —dijo. Se inclinó y le dio un beso en la mejilla.

Jen miró a Rob, que estaba completamente pálido.

—Hola, Amy. Hola, Rob —dijo Jen—. ¿Qué pasa?

—Oh, nada, nada… —respondió Rob con rapidez, metiendo las manos en los bolsillos.

—Estábamos viendo a Lottie y Jack en el tobogán —dijo Amy.

—Parece que se están divirtiendo —dijo Jen con alegría.

—Creía que todavía te quedaba otra media hora en el puesto de tartas —le dijo Amy a Jen.

Jen entendió el mensaje: Amy quería que la dejara sola con Rob. Pero no pensaba hacerlo ni muerta.

—Me han dejado salir antes —dijo Jen. Levantó la mano para mostrarles el montón de servilletas—. Me he cortado el pulgar.

—Auch, pobrecita. ¿Necesitas una tirita? —Amy sacó una de su bolso—. Aquí tienes.

Rob miró a Amy.

—¿No decías que te tenías que ir a un compromiso?

Amy sonrió.

—¿Quieres pasar un rato con la familia, Rob?

—Estamos en la fiesta del colegio —dijo Jen—. Es un momento para estar en familia.

—Está bien, os dejo solos. Piensa en lo que te he dicho, Rob. ¡Nos vemos pronto, Jen!

Amy se alejó contoneándose, con la falda al viento.

—¿Todo bien? —le preguntó Jen a Rob. Estaba pálido como un cadáver.

CUARENTA Y UNO

Amy respiró hondo mientras dejaba a Rob atrás. Por fin lo había hecho. Había sido valiente y le había dicho lo que necesitaba saber. La fiesta del colegio no era el mejor sitio, lleno de niños gritando, pero sabía que tenía que hacerlo allí y entonces. Cuanto antes, mejor. No era el tipo de noticia que podía esperar.

Se llevó la mano al vientre.

Al principio no la había creído cuando le dijo que estaba embarazada. Insistió en que era imposible, siempre había usado condón. Pero ella le recordó lo que había pasado tres semanas, antes en su ático, cuando Jen estaba fuera. Aquella noche le dijo que tenía un retraso.

Él se quedó en *shock*, lanzando una pregunta tras otra antes de aceptar que algo así podía pasar.

—Voy a tener al bebé —le dijo ella antes de que él pudiera sugerirle otra cosa.

—Oh —dijo él—. ¿No crees que sería mejor tomarte un tiempo para pensártelo? No hay necesidad de precipitarse.

—Ya lo he pensado. Vas a ser padre otra vez, Rob.

Amy pensó en su hija. Recordó la agonía que supuso el parto; la alegría al tener a Gemma en sus brazos por primera vez. Y luego el dolor de dejarla con su padre y su mujer. En aquel momento creyó que lo correcto era fingir que el bebé era de ellos. Pensó que no tenía otra opción. Ahora anhelaba empezar de nuevo, tener una segunda oportunidad con Gemma y con el nuevo bebé.

Jen apareció justo entonces, abandonando su papel de buena samaritana en el puesto de tartas. Debería respetarse un poco a sí

misma y dejar a su marido.

Estaba claro que Rob amaba a Amy, que estaban hechos el uno para el otro. Y ahora ella le ofrecía todo lo que Jen le había dado: su propia familia.

CUARENTA Y DOS

El viernes por la noche, Rob y Jen cenaban *pizza* para llevar, sentado el uno frente al otro. Jen no había tenido tiempo de cocinar. Era el último día de clase, había tenido que recoger a los niños a la hora del almuerzo y preparar las maletas para el vuelo al día siguiente.

Rob estaba devorando su *pizza*, pero ella notaba que estaba nervioso por el viaje.

—¿Estás preparada para las vacaciones? —preguntó él—. ¿Estás decidida a seguir adelante con el plan?

Jen asintió.

—Estoy todo lo preparada que puedo estar —dijo en voz baja.

—Bien —dijo él—. Sé que tenías dudas, pero es lo correcto. Por los niños. De lo contrario, los niños y tú os quedaréis sin nada.

Se le revolvió el estómago. ¿Cómo se atrevía a fingir que le importaban sus hijos? Les había robado el dinero y planeaba dejarlos sin madre.

—He reservado la ceremonia de renovación de votos para el domingo. Tengo pensado desaparecer el martes.

—Vamos a repasarlo todo una vez más —dijo Jen. Necesitaba comprender a la perfección los planes de Rob para asegurarse de poder llevar a cabo los suyos.

—Claro —dijo Rob, antes de aclararse la garganta—. La policía pensará que desaparecí mientras nadaba una tarde cualquiera en el mar. Tú debes decirles que había estado bebiendo. Pensarán que subestimé las mareas y me arrastró la corriente.

Jen asintió.

—Tiene sentido.

—Hace unos años, una mujer se cayó al mar desde un acantilado. Nunca encontraron su cuerpo.

—De acuerdo —dijo Jen. Había investigado el funcionamiento de las mareas en profundidad. La mayoría de las veces, estas expulsaban a las personas fuera del mar, pero no siempre—. ¿Qué vas a hacer en realidad? —preguntó ella.

—Dejaré mi ropa al pie del acantilado cuando haya oscurecido. Luego, tú me llevarás en coche. He reservado una habitación en un motel con mi pasaporte falso. Está a unos treinta kilómetros.

—¿Ni siquiera vas a meterte en el agua? —preguntó Jen. Eso no era lo que le había dicho la última vez. Le afirmó que se iba a meter en el mar y a rodear el cabo a nado. Luego recogería una bolsa con ropa un poco más lejos, en la costa.

Rob negó con la cabeza.

—Es demasiado arriesgado. Las corrientes son muy fuertes.

Jen se imaginó el momento en que ambos irían en el coche. ¿Era entonces cuando planeaba matarla? ¿Un accidente nocturno en una carretera de montaña? ¿O pensaba obligarla a que lo llevara a un lugar aislado para empujarla al vacío?

—No puedo llevarte yo al motel —dijo ella—. Podría tener cámaras y grabar la matrícula del coche de alquiler. Además, no puedes presentarte en un motel la misma noche en la que desapareces. Sabrán que eres tú.

—Me voy a afeitar la cabeza —dijo Rob—, y cuando me crezca el pelo de nuevo, me lo teñiré de rubio. Pareceré otra persona. Además, si no denuncias mi desaparición hasta la mañana siguiente, no empezarán a buscarme.

Jen negó con la cabeza.

—Tenemos que ceñirnos al plan original. Te metes en el mar y rodeas el cabo. Una vez que hayas recogido tu ropa y te hayas cambiado, puedes afeitarte la cabeza, ponerte una gorra e ir

andando a algún albergue con tu nuevo pasaporte.

—No lo veo claro, Jen.

—Creo que es la única forma de que resulte convincente —dijo Jen.

Rob frunció el ceño, molesto.

—Sabes que necesito que te comprometas al cien por cien, Jen —dijo. Le tomó la mano y se la apretó—. Somos un equipo, estamos juntos en esto.

—Y por eso debes hacerme caso. Tienes que meterte en el agua. De lo contrario, no formaré parte de esto.

Rob asintió.

—Está bien —dijo—. Tú ganas. Bordearé el cabo nadando.

Jen le apretó la mano.

—Solo son unos cuatrocientos metros, Rob. Siempre has sido un buen nadador, no tendrás ningún problema.

Jen sonrió al recordar el bote de pastillas que le había cogido a su madre y que ya descansaba en su bolso. Si alguien ingería la cantidad suficiente y se metía en el mar, acabaría ahogándose.

En el fondo, era un plan mucho mejor.

CUARENTA Y TRES

La tarde siguiente, Jen salió del coche de alquiler, estiró las piernas y respiró el aire del mar.

Al fin habían llegado al Mediterráneo.

Mientras abría la villa y pasaba dentro, la invadió una sensación de expectación. Se quitó las sandalias y les pidió a Lottie y Jack que también se descalzaran. Luego caminó por las frías baldosas de terracota hasta el salón, descorrió las cortinas del patio y admiró las vistas. Más allá del acantilado, el mar se extendía infinito hasta el horizonte. Desde esa distancia parecía completamente en calma, pero Jen sabía que solo era una ilusión óptica. El mar siempre estaba agitado en aquel rincón, y solo se recomendaba bañarse a los nadadores expertos.

Lottie y Jack se dejaron caer en el sofá y sacaron el iPad de la mochila que habían traído en el avión. Rob llevaba a Ruby en brazos por la villa, enseñándole todo. La última vez estuvo allí solo era un bebé y no recordaba nada. A Jen se le encogió el corazón ante la idea de que Ruby perdiese a su padre. Tampoco tendría ningún recuerdo de él.

Llegar a la villa fue como volver a casa. Pasaron allí su luna de miel y habían vuelto todos los años desde entonces. Tenían fotos de Lottie y Jack de cada uno de esos años. En cada una de ellas sus rostros eran un poco más maduros y sus sonrisas, más amplias. Habían sido felices allí.

Se estremeció. Todo había cambiado. No sabía exactamente qué pretendía hacerle Rob, cómo y dónde iba a atacar. Tenía que andarse ojo avizor.

Rob se acercó con Ruby y a Jen se le partió el corazón por su hija. Iba a perder muchísimo cuando todo eso acabara. Pero no había otra manera.

—¿En qué piensa mamá? —le preguntó Rob a Jen.

—En cuánto te voy a echar de menos —susurró ella—. Tenemos tantos buenos recuerdos aquí.

Él la abrazó con fuerza y le besó la oreja.

—Yo también te echaré de menos —dijo—. Muchísimo. Pero hay que hacerlo.

Jen asintió.

—Hoy es el último día que pasaremos solos. Mis amigas llegan mañana por la tarde. —Jen había intentado convencer a Amy y a Natasha de que no fueran, pero sabía que era inútil. Evidentemente, Amy no iba a cambiar sus planes con Rob, y Natasha había insistido en ir, alegando que Jen necesitaba a sus amigas a su lado. Jen sabía que, en cuanto llegara, Amy trataría de quedarse con Rob. Estaba más que preparada para ello. Tenía un par de cosas que quería decirle.

—Mañana por la mañana va a ser increíble —dijo Rob—. Cuando renovemos nuestros votos. He contratado a un videógrafo profesional para que lo grabe todo.

—¿Pruebas de nuestro feliz matrimonio? —dijo Jen, incapaz de reprimir una risa amarga.

—No seas así —dijo él—. No necesitamos pruebas para nosotros. Sabemos que nos queremos. El vídeo será para el resto del mundo, para que pueda ver lo fuerte que es nuestro amor.

Jen sonrió con esfuerzo. Cuando Rob salió a destapar la piscina, cogió el juego de cuchillos que había en la cocina y lo escondió en la parte superior del armario de su dormitorio. Luego fue al lavadero, sacó un martillo del armario y lo escondió en el fondo del cajón de su mesilla de noche. Tembló al pensar en el seguro de vida que Rob

había contratado a su nombre. Estaba segura de que, si intentaba algo, sería después de la renovación de votos, pero tenía que estar alerta por si acaso.

Al día siguiente, el sol brillante resplandecía en el agua de la piscina. Jen se llevó a los niños a jugar y pasaron el rato chapoteando hasta que quedaron exhaustos.

—Vamos —dijo Rob, saliendo de la casa—. Tenemos que prepararnos. La renovación de votos es a mediodía.

—Claro —respondió Jen—. Ducha tú a los niños y vístelos mientras yo me preparo.

—¿Qué se van a poner los niños? —preguntó Rob—. Tienen que ir elegantes.

—Que se pongan lo que les hayas preparado —respondió Jen.

—Yo no he hecho las maletas. Las has hecho tú.

—Entonces, tendrán que ponerse lo que haya en la maleta.

—Estaba pensando en un traje para Jack y un vestido formal para Lottie.

Jen sacudió la cabeza mientras secaba a los niños junto a la piscina.

—Lottie tiene algunos vestidos de verano —dijo—. Jack tendrá que ir en pantalones cortos.

—Pero, Jen —dijo Rob, empezando a dar vueltas por la habitación —, es una ceremonia en un hotel caro. Quería que todo el mundo fuera bien vestido.

Jen sonrió con dulzura y le entregó la toalla a Rob para que terminara de secar a los niños.

—Anda, no te preocupes, Rob —dijo—. La renovación de votos es para celebrar nuestro amor. Eso es lo único que importa, nada más.

Él asintió.

—Por supuesto. Tienes razón.

—Tú ocúpate de los niños y yo iré a cambiarme. Nos vemos en la

puerta dentro de una hora, cuando llegue el taxi.

Rob parecía estresado cuando se montaron en el taxi una hora más tarde. Jen ocupó el asiento delantero, mientras que él se sentó detrás y dispuso a los niños.

—Quédate quieto para que te abroche el cinturón —le dijo a Jack, irritado—. Venga, quietecito. No podemos llegar tarde a nuestra propia renovación de votos.

Poco después, el taxi se puso en marcha por la sinuosa carretera costera. Jen admiraba el paisaje. La carretera era estrecha y, al cruzarse con una caravana que venía en sentido contrario, pensó en lo fácil que sería perder el control del coche y caer por el acantilado.

Cuando llegaron, los condujeron a una zona de césped, alejada de la playa. Había un arco decorado con flores blancas y cuatro asientos; tres para los niños y uno para el videógrafo, que ya estaba filmando el exterior del hotel y los jardines.

Los niños se sentaron y Rob les prometió darles caramelos después de la ceremonia si se portaban bien. Lottie se colocó hierática en su asiento, mirándolos fijamente. Jack se sentó encorvado, pero se quedó en silencio, y Ruby era demasiado pequeña para entender las instrucciones. En lugar de eso, se acercó a Jen y se escondió debajo de su falda.

La oficiante, una empleada del hotel trajeada, se rio.

—Es maravilloso tener niños en estas ceremonias —dijo—. Les dan un toque especial.

Rob sonrió y Jen le acarició el pelo a Ruby.

—¿Están listos para empezar o necesitan un poco más de tiempo? —preguntó la oficiante.

—Creo que estamos listos —dijo Jen, sonriéndole a Rob, y miró hacia el videógrafo, situado detrás de él, que les apuntaba con su cámara.

Rob la rodeó con el brazo y se giró hacia la oficiante.

Ruby se quedó junto a Jen, agarrada a su pierna, mientras repetían sus votos matrimoniales. Jen intentó no trabarse con las palabras «hasta que la muerte nos separe».

—Puede besar a la novia —dijo la oficiante, y la pareja se inclinó el uno hacia el otro, sus cuerpos unidos en un beso apasionado. Ese sería el recuerdo que sus hijos conservarían, un regalo que les estaba dando: la ilusión de que eran felices y que su familia era perfecta cuando su padre desapareció. Rezó para que la renovación de votos disuadiera las posibles sospechas de un desaparición deliberada.

Pensó en Amy y, por un momento, estuvo tentada de sorprender a Rob exponiéndole que sabía todo acerca de su aventura. Quería liberar toda la furia que había acumulado en su interior todo ese tiempo. Pero resistió el impulso. No podía revelar todas sus cartas todavía.

Almorzaron en el restaurante del hotel, en la playa, y compartieron una botella de champán para celebrar su renovado matrimonio. Jen era consciente de que solo le quedaban unas horas para estar con su familia: Amy y Natasha llegarían esa misma tarde.

Cuando regresaron a la villa, Rob se encerró en una habitación con su ordenador portátil.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó ella. Pensaba que al menos fingiría que quería pasar la noche con ella después de haber renovado sus votos matrimoniales. Pero, ahora que creía que Jen había accedido a seguir su plan, ya no se molestaba en hacer el mínimo esfuerzo por ella.

—Tengo que buscar algunas cosas antes del martes —respondió él —. Quiero comprobar las mareas para asegurarme de que se crean que he desaparecido.

Jen intentó no fruncir el ceño.

—¿Es buena idea hacerlo en tu ordenador? —preguntó—. Qué pasa

si la policía revisa tu historial de búsqueda?

—Lo borraré —respondió él.

Jen tragó saliva. Se preguntó si de verdad estaba buscando si su cuerpo desaparecería en el mar. De ser así, estaba cometiendo un error de lo más estúpido. La policía tendría acceso a todo el historial aunque lo eliminara del navegador.

—Buena idea —dijo ella sonriendo—. ¿Quieres que te traiga algo de beber?

—Me harías un rey si me trajeras una cerveza.

—Ahora mismo —dijo ella.

En la cocina, trituró las pastillas de su madre, las echó en el fondo de un vaso y vertió la cerveza fría encima. Quería dejarlo fuera de juego. Amy llegaría más tarde y ambos se unirían en contra de Jen. Lo mejor era quitar a Rob de la ecuación.

Además, Jen quería controlar el efecto que las pastillas tenían en él. Ya se las había dado dos veces, pero quería reducir al mínimo el margen de error con la dosis. La primera vez fue por error. Jen no se dio cuenta hasta mucho más adelante de que el primer desmayo de Rob fue culpa suya: en lugar de sus vitaminas, mezcló las pastillas para la ansiedad de su madre en su batido para el gimnasio. Aquel día estaba agotada y falta de concentración, por lo que debió coger el bote de pastillas equivocado.

Pero la segunda vez fue deliberado. Después de encontrar la lencería de Amy, supo que tenía que hacer algo. Quería hacerle daño, confundirlo e infundirle dudas. Quería impedir que viera a Amy. Mezcló las pastillas de su madre con el batido una vez más y él volvió a desmayarse. En ese momento no se le había ocurrido matarlo, pero la idea debía estar en algún lugar recóndito de su mente, tomando forma poco a poco. Más tarde, cuando encontró el seguro de vida que él había contratado a su nombre, supo lo que tenía que hacer.

Los fármacos eran el método más fácil. Si Rob se desmayaba en mitad del mar y se ahogaba, podría excusarse diciendo que era una enfermedad no diagnosticada. La policía se lo encontró en uno de sus desmayos. También había acudido a urgencias y a su médico de cabecera, por lo que ya había constancia de un problema de salud en su historial médico.

Jen se aseguró de que las pastillas se hubieran disuelto en la cerveza y se la entregó a Rob con una sonrisa.

CUARENTA Y CUATRO

Amy oyó el zumbido del motor del avión y sintió el empuje cuando levantó el vuelo.

—Van a ser unas vacaciones increíbles —dijo Natasha, sentada a su lado—. La villa de Rob es alucinante. Jen me ha enseñado fotos. ¡Qué suerte que podamos ir!

—Suena maravilloso —asintió Amy, sonriendo para sí misma. Recordó la última vez que estuvo allí, lo unidos que estuvieron Rob y ella, cómo hicieron el amor en todas las habitaciones de la villa. Ahora el círculo se había cerrado. Estaba de vuelta.

Miró por la ventanilla. Esta vez se sentía nerviosa. La situación iba a llegar a un punto crítico y tendría que hacerle daño a Jen. Nunca había querido que eso pasara. Anhelaba ser el tipo de madre que era ella, la que anteponía a sus hijos a cualquier cosa. En muchos sentidos, Amy quería ser como ella, ocupar su lugar en el mundo y vivir su vida, pero Jen era incapaz de aceptar las cosas y separarse de su marido.

Amy no quería perder su amistad. Ni la de Natasha. Pero ese era el precio de estar junto a su alma gemela, de vivir la vida a la que estaba destinada con Rob. Se sentía muy dividida. Una parte de ella quería convertirse en Jen, tener todo lo que ella tenía y tomar el control de su vida; pero otra parte anhelaba ser su amiga y confidente. No estaba segura de poder tener ambas cosas.

Miró a Natasha, que estaba estudiando la carta de aperitivos. Quizá consiguiera que Natasha viera las cosas desde su punto de vista.

—Tengo noticias —dijo.

—Ah, ¿sí? —preguntó Natasha—. ¿Buenas o malas?

—Noticias estupendas. —Amy sonrió.

—¡Vamos, suéltalo ya! —dijo Natasha, cerrando el menú—. No me tengas en vilo.

—Estoy embarazada —dijo, incapaz de evitar que una sonrisa invadiera su rostro.

—Dios mío. ¡Felicidades! —Natasha se giró como pudo en su asiento para abrazarla—. Jonathan y tú estaréis entusiasmados.

—Sí que lo estamos.

—Bueno, entonces, supongo que no beberás durante las vacaciones.

—No. No voy a tomar ni una gota.

—No pasa nada. ¡Jen y yo lo compensaremos! —dijo Natasha—. ¿Sabes?, he estado muy preocupada por ella. Pensaba que iba a dejar a Rob, pero le va a dar una segunda oportunidad. Incluso ha aceptado renovar sus votos matrimoniales. Pero Rob podría partirle el corazón estas vacaciones.

—No entiendo por qué se empeña en quedarse con él.

—Yo tampoco. La relación está prácticamente acabada, pero ella no quiere admitirlo.

Amy sintió un alivio enorme. Rob siempre le había dicho que su matrimonio estaba acabado y ahora Natasha se lo confirmaba. Quizá todo saliera bien una vez que Jen aceptara la verdad.

Amy nunca había querido ser la otra mujer. Rob ni siquiera le dijo que estaba casado al principio. Tal vez Natasha lo entendiera.

—Hay algo más que tengo que contarte —le dijo a Natasha.

—¿Qué?

—Es sobre Jonathan.

—Ay, madre. ¿Te va a pedir matrimonio? —Los ojos de Natasha brillaron de emoción.

—No, no es eso.

—¿Entonces qué?

Amy respiró hondo.

—Resulta que está casado.

Natasha arqueó las cejas.

—¿Casado?

—Sí. Al principio no lo sabía, pero luego me lo confesó. Están separados, pero siguen viviendo juntos porque él no puede permitirse mudarse. —No era del todo cierto, pero se acercaba bastante a la realidad. Además, Rob siempre le había dicho que él y Jen estaban separados.

—Ay, Amy. ¿Cuándo te enteraste?

—Hace poco. No quería contároslo a Jen y a ti porque pensaba que me juzgaríais. Con todo lo que está pasando entre Rob y Jen… No sabía si veríais la situación desde mi punto de vista.

—Siento que no pudieras confiar en nosotras —dijo Natasha—. Enterarte de que estaba casado debió ser muy duro para ti. Siempre has dicho que es tu alma gemela.

—Lo es. Se casó cuando era joven. Fue un gran error, pero intentó que el matrimonio funcionara durante años. Luego se separaron y me conoció a mí.

—Tiene que ser difícil —dijo Natasha—. ¿Qué te ha dicho sobre el embarazo?

—Está muy emocionado. Quiere que nos vayamos a vivir juntos. Espero que podamos permitirnos alquilar algo juntos si juntamos nuestros sueldos.

Natasha le sonrió.

—Parece una situación complicada —dijo—. Pero no te preocupes, Jen y yo siempre estaremos ahí para ayudarte. Somos tus amigas.

CUARENTA Y CINCO

Jen esperaba en el salón a que Natasha y Amy llegaran del aeropuerto mientras disfrutaba de una copa de vino. Los niños estaban a su lado, viendo la televisión. Rob dormía en la habitación de invitados; se había derrumbado sobre la cama media hora después de terminarse la cerveza. Había caído en un sueño profundo. Jen trató de despertarlo sacudiéndolo y pellizcándole, pero fue en vano. Creyó haber dado con la dosis adecuada de la medicación de su madre. Se había quedado dormido con un artículo sobre cadáveres arrastrados por las mareas abierto en el portátil.

Jen oyó que un coche aparcaba en la entrada y se levantó. Respiró hondo. Estaba lista para lo que Amy le tuviera preparado.

Cuando abrió la puerta, Natasha y Amy estaban sacando las maletas del maletero de su coche de alquiler.

—¡Jen! —gritó Natasha, dejando la bolsa en el suelo, y corrió hacia ella para darle un abrazo—. Este lugar es increíble… Nunca había visto nada igual. —Miró a su alrededor, contemplando la villa y las vistas de los acantilados.

Amy se acercó con su bolsa y se quedó a su lado.

—Es maravilloso —dijo—. Gracias por dejar que nos quedemos aquí, Jen.

Jen les sonrió a las dos.

—No hay de qué. Venga, pasad.

Dejaron los bolsos y los zapatos en el recibidor y Jen les enseñó la casa. Natasha exclamaba admirada ante cada pequeño detalle.

—De verdad, es increíble, Jen. Yo jamás podría permitirme unas vacaciones en un sitio como este.

Jen las llevó afuera y les enseñó la piscina, el *jacuzzi* y la zona de barbacoa.

—Y eso es todo —dijo—. Ya veis por qué los padres de Rob la llamaron Villa Paradise. Espero que lo paséis de lujo aquí.

—¿Dónde está Rob? —preguntó Amy.

Jen se tensó.

—Oh, se ha quedado dormido —dijo—. En una de las habitaciones de invitados. Estaba cansado después de un día de tantas emociones. Esta mañana hemos renovado nuestros votos matrimoniales. —Jen miró a Amy con una sonrisa serena y vio cómo se le ensombrecía el rostro.

—¿Al final habéis seguido adelante con eso? —preguntó Natasha.

—Por supuesto —respondió Jen con calma. Pudo ver que Natasha se mordía la lengua para no hacer más comentarios al respecto.

—¿Se unirá a nosotras más tarde? —preguntó Amy.

—Lo dudo, está dormido como un tronco. —Jen observó el gesto de confusión de Amy. Era evidente que ella y Rob habían planeado algo para esa noche. Quizá iban a contarle a Jen que tenían una aventura. Pero sus planes se habían disipado entre los ronquidos de Rob, y Amy no tenía las agallas de decírselo a Jen sola. Tendría que pasar la velada fingiendo que todo iba bien.

—Mejor, así podemos abrir un vino y cotillear un rato —dijo Natasha.

—Claro, vamos al salón y saco las bebidas —dijo Jen—. Podéis ir empezando en lo que yo acuesto a los niños.

—Nosotras te ayudamos a acostar a los niños, ¿verdad, Amy? Para agradecerte que nos hayas acogido aquí.

—Sí, claro.

Jen no quería que Amy se acercara a sus hijos. Intentó pensar en otra tarea que encomendarle. La cocina seguía hecha un desastre tras la cena de los niños.

—No creo que hagamos falta las tres —dijo Jen—. Amy, ¿te importaría limpiar la cocina? No debería suponer demasiado lío. Así lo tendremos todo listo en cuanto los niños se acuesten. ¿Habéis comido? Tenemos un montón de *baguettes* y quesos variados. Si no, podemos ir al supermercado o pedir comida para llevar, aunque no hay mucho donde elegir por aquí.

—Pan y queso me parece la cena perfecta —dijo Natasha—. Queso francés y vino francés… Eso es el paraíso para mí.

—¿Rob querrá algo de comer? —preguntó Amy.

—Si se despierta con hambre, puede coger algo de la nevera —dijo Jen. Esperaba que a Amy se le soltara la lengua, fruto de la ingesta de alcohol con el estómago vacío; quizá así revelase quién era de verdad y cuáles eran sus planes. Lo más ventajoso para Jen sería que todas las cartas estuvieran sobre la mesa antes de que Rob se despertara.

—Vale —dijo Amy—. Pues me pondré a limpiar la cocina.

Después de bañar y acostar a los niños, Natasha y Jen volvieron a la cocina.

—¡Buen trabajo, Amy! —dijo Jen con condescendencia—. La cocina está estupenda.

—No hay problema —dijo Amy, recogiéndose el pelo rubio detrás de la oreja con nerviosismo.

Jen sabía que estaba desconcertada por el hecho de que Rob estuviera dormido.

—Creo que nos hemos ganado una copa —dijo Jen, sacando una botella de vino de la nevera. Ella no pensaba beber mucho, solo una copa, pero quería que Amy bebiera lo suficiente como para bajar la guardia.

—¿Queréis tinto o blanco?

—Yo blanco —dijo Natasha.

—¿Amy?

Amy se sonrojó.

—Yo agua. No voy a beber.

—Ah, vale —dijo Jen con un nudo en el estómago. ¿Por qué no bebía Amy?

Natasha miró a Amy y le susurró algo.

—¿No se lo vas a decir? —escuchó Jen.

Jen entrelazó las manos, preparándose para lo que se avecinaba.

—Estoy embarazada —dijo Amy tímidamente.

Jen sintió que el mundo se tambaleaba bajo sus pies.

—¡Enhorabuena! —dijo con un entusiasmo tan forzado que casi rozó la histeria—. ¿De cuánto estás?

—No mucho —respondió Amy—. Me he enterado hace poco.

—Ah —dijo Jen—. Cuando yo estaba embarazada, siempre me decían que no contase nada hasta que hubiera pasado el primer trimestre. Ya sabes, por el riesgo de un posible aborto.

Natasha le lanzó una mirada de desaprobación a Jen.

—Pero es una noticia estupenda, Amy —continuó Jen, con la cabeza dándole vueltas. Ahora estaba más segura que nunca de que Rob planeaba empezar una nueva vida con Amy y el bebé. ¿De verdad sería capaz de matarlo con un hijo en camino? Sin duda, era lo que se merecía. Él pensaba deshacerse de ella, sin tener en cuenta siquiera a sus propios hijos.

Apretó las manos con fuerza e intentó no pensar en ello. Ya había aceptado que sus hijos tendrían que afrontar la pérdida de su padre. Lo mismo le pasaría a ese nuevo bebé.

—Te traigo un vaso de agua y nos ponemos cómodas —le dijo a Amy, tratando de ocultar el temblor en su voz.

Fueron al salón y se sentaron en el sofá, frente a las puertas del jardín que daban al vasto mar.

—Entonces —dijo Natasha—, ¿las cosas van mejor entre Rob y tú?

Jen asintió mirando a Amy.

—Sí, la renovación de votos fue algo mágico. Lo celebramos junto al mar, y nuestros hijos estuvieron allí para presenciar el momento. Fue maravilloso.

Jen vio un destello de tristeza en los ojos de Amy. Parecía a punto de romper a llorar.

—Bueno —dijo Natasha—, Amy y yo veníamos hablando en el avión sobre un par de excursiones que podríamos hacer mientras estamos aquí. La idea era daros a Rob y a ti algo de espacio para pasar tiempo en familia, pero, si te cansas de él, puedes venirte con nosotras.

De repente, Amy se levantó.

—Voy al baño —dijo mientras salía de la habitación.

—¿Está bien? —preguntó Jen a Natasha con inocencia.

Natasha suspiró.

—Su relación con Jonathan es más complicada de lo que pensábamos. Resulta que está casado. Creo que está un poco preocupada por eso, sobre todo ahora, con el embarazo.

Jen asintió.

—Quizá lo que le preocupa es que él no deje a su mujer —dijo.

CUARENTA Y SEIS

Amy se echó agua en la cara en el baño. La situación la estaba sobrepasando. Se veía atrapada entre Rob, Jen y Natasha. Quizá nunca debería haber venido aquí, nunca debería haberse metido en esto.

Había sido un gran error. Rob y ella eran almas gemelas, pero quizá eso no era suficiente. Era evidente que él no lo veía del mismo modo si acababa de renovar sus votos matrimoniales con Jen. Amy creía que la amaba a ella, no a Jen. Había venido al Mediterráneo para que pudieran estar juntos y pasar el resto de sus vidas el uno con el otro. Recordaba la última vez que estuvieron en aquella villa, lo enamorados que estaban.

Amy parpadeó para contener las lágrimas. Ojalá Rob hubiera estado despierto cuando ella había llegado. Podrían haberle contado la verdad a Jen, juntos, en el mismo momento en que ella entró por la puerta. Pero no, él se había quedado dormido.

De camino al baño, se detuvo en la habitación de invitados e intentó despertarlo, pero Rob estaba totalmente inconsciente. Era tan desconsiderado por su parte, tan impertinente. Después de todo lo que tenía planeado.

Frunció el ceño, confundida. Eran almas gemelas, pero ¿las almas gemelas se trataban de esa forma?

Pensó en el señor Beddow, el hombre en quien una vez confió ciegamente. También se había equivocado con él.

Amy respiró hondo, salió del baño y regresó al salón.

—¿Todo bien? —preguntó Natasha.

—Sí, bien —respondió Amy—. Todo va bien.

—Natasha me estaba diciendo que hablas francés perfectamente —dijo Jen.

Amy se sonrojó.

—Crecí en Francia. De hecho, fui a un instituto no muy lejos de aquí. Era un internado de habla inglesa, pero también aprendí francés.

—Vaya, qué guay —dijo Natasha—. La época del internado debió estar genial. Ese tipo de centros tienen unas instalaciones increíbles.

Amy asintió.

—A mucha gente le encanta —dijo—. Pero yo no fui feliz allí. Por suerte, había una pareja de profesores que me cuidaron muy bien. Me dejaban ir a su casa para esconderme de los matones. Eran como unos padres para mí. No podía contar demasiado con mi madre, y mi padre se marchó cuando yo era pequeña. —Amy no estaba del todo segura de por qué les estaba contando todo eso. El simple hecho de estar cerca de su antiguo internado le provocaba una mezcla de emociones que necesitaba sacarse de dentro.

—¿Los has visitado alguna vez? —preguntó Natasha.

Amy negó con la cabeza.

—No he vuelto desde entonces. Pero les escribo. —No mencionó que habían dejado de responderle.

—Podríamos visitarlos ya que estamos aquí —dijo Natasha—. En una de las excursiones.

Amy asintió.

—Supongo. —Antes de ir allí, tenía pensado pasar a ver a Gemma e intentar convencer a los Beddow de que compartieran la custodia con ella. Pero ahora le parecía inútil sin Rob a su lado.

—¿Qué te lo impide? —preguntó Jen con curiosidad, antes de dar un sorbo a su vino.

Amy no sabía qué decir. Se sentía abrumada por todo lo que estaba pasando. Rob, estar cerca de su internado, la sensación de que todo

lo que consideraba importante en su vida escapaba de su control. Rompió a llorar.

Natasha la abrazó al instante.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¡Amy! ¿Qué pasa?

Amy contuvo las lágrimas.

—Es complicado —dijo. Sentía que el peso del mundo entero la oprimía. De repente, sintió la necesidad irrefrenable de contarle a alguien lo que había estado ocultando todos esos años. Tal vez Natasha y Jen la odiaran cuando se enteraran de lo suyo con Rob, pero eran sus únicas amigas de verdad—. Es mi hija —dijo—. De la que os hablé. Vive con ellos. El señor Beddow es su padre. Tanto él como su mujer me cuidaron durante el embarazo; sentía que me querían y que se preocupaban de verdad por mí. Me ayudaron a ocultarle el embarazo al directiva del centro y me permitían faltar fingiendo que estaba enferma cuando ya se me notaba la barriga. Y, cuando di a luz, la señora Beddow me ayudó en su propia casa.

—¿Tu profesor es el padre? —dijo Natasha—. Eso es ilegal.

—Lo sé. No quería que se lo contáramos a nadie porque sabía que la policía vendría a buscarnos. Cometimos un error terrible, pero es que lo que sentíamos el uno por el otro era demasiado intenso —intentó explicar Amy—. Y no hacíamos daño a nadie. La señora Beddow lo sabía y lo aprobaba. De hecho, me acogió en su casa. Pero la policía nunca habría entendido la naturaleza de nuestra relación. Teníamos que mantenerla en secreto. Así lo hicimos, los tres. Éramos una familia.

—¿Y qué pasó? —preguntó Jen con delicadeza.

—Tuve al bebé. Y entonces las cosas cambiaron. El centro me dijo que no podía cursar bachillerato allí. No fue por el bebé, nadie del internado lo sabía, sino porque había faltado a demasiadas clases y por mi mal rendimiento académico. En realidad, el centro nunca quiso que siguiera estudiando allí, pero el señor Beddow luchó para

que me admitieran y se comprometió a darme clases particulares para ayudarme a seguir el ritmo del curso. Pero no lo conseguí, así que tuve que dejarlo. El señor Beddow me dijo que no podía ayudarme más. Para entonces estaba muy atrasada. Y él tenía razón. No era capaz de seguir las clases y tuve que faltar varios meses durante el tramo final del embarazo para que nadie se diera cuenta. Aunque, en realidad, yo no era lo suficientemente inteligente. Aquel nunca fue mi sitio.

—¿Y se quedaron con tu bebé cuando te fuiste? —preguntó Natasha, conmocionada.

—Me dijeron que era lo mejor para ella. Tenían una casa enorme en el recinto del internado, y eran una familia encantadora. Yo, en cambio, no tenía nada. Ni dinero, ni pareja. Solo tenía una madre que me odiaba porque me habían expulsado del internado. No podía ofrecerle la vida que ellos tenían. Me dijeron que seguiríamos en contacto, que podía ir a verla cuando quisiera. Pero no fue tan sencillo. El internado no quería que yo volviera por allí. Además, fingieron que la niña era suya, que la señora Beddow era su madre. Me sorprendió que los creyeran, pero así fue. La señora Beddow se había apartado de la enseñanza más o menos cuando supuestamente habría estado embarazada, por lo que los demás profesores llevaban meses sin verla. Fueron los Beddow quienes inscribieron a mi hija en el registro. Yo no tenía ningún derecho a reclamarla. —Las lágrimas empapaban el rostro de Amy.

—¿Y su casa está cerca de aquí? —preguntó Natasha.

Amy asintió.

—A unos treinta minutos en coche. Solo quiero ver a mi hija. —Sentía una especie de atracción hacia ella, un profundo anhelo visceral.

—Deberíamos ir —dijo Natasha—. Mañana. Yo te llevo. —Sacó su teléfono y abrió el navegador—. ¿Dónde está?

—No estoy segura de que sea una buena idea —dijo Amy. Se moría de ganas por ver a Gemma, pero no se creía capaz de enfrentarse a su pasado, a todo lo que había perdido. Pensó en todas las cartas que les había enviado a lo largo de los años, en cómo habían dejado de responderle. Le dijeron que la querían y que era parte de su familia, pero en el fondo no la querían cerca.

—¿Por qué no? —preguntó Natasha.

—No creo que quieran verme por allí. —Se sentía sobrepasada.

—Es tu hija. Es importante que la veas, sobre todo ahora que tienes otro bebé en camino. Será su hermanito.

Amy se llevó la mano al vientre y pensó en su plan de criar al bebé con Rob y Gemma en una familia feliz. Ya no estaba segura de que fuera posible.

Natasha rodeó a Amy con el brazo y la apretó mientras le secaba las lágrimas. Sintió un gran alivio por haber hablado de Gemma. Había guardado el secreto durante tanto tiempo. Y Jen y Natasha no la habían juzgado como temía. La habían apoyado.

Media hora más tarde, Jen se excusó y se fue a la cama. Natasha y Amy se quedaron hablando hasta bien entrada la noche. Amy estaba agradecida de tener una amiga tan buena. Cuando Natasha dio por terminada la velada y se acostó, Amy se quedó sentada en el sofá, mirando la inmensidad de la noche a través de las puertas del patio.

Pasado un tiempo, se levantó para irse a la cama. Se suponía que iba a compartir cuarto con Natasha, pero, al pasar por la habitación de invitados, se asomó y vio a Rob acurrucado, profundamente dormido en la cama doble. Jen debía haberse acostado ella sola en el dormitorio principal.

Amy se quedó allí un momento. Sentía un profundo deseo de que la abrazaran, de sentirse querida. Deseaba que Rob la rodease con sus brazos y quedarse dormida sintiendo el calor de su cuerpo.

Fue al dormitorio que compartía con Natasha y vio que esta ya

estaba dormida. Amy cogió su maleta y la llevó al dormitorio de Rob. Luego, se cambió y se tumbó a su lado.

CUARENTA Y SIETE

Rob se despertó y se dio la vuelta en la cama, amodorrado. Vio el cabello rubio de Jen en la almohada junto a él y alcanzó su teléfono en la mesita de noche. Eran las ocho de la mañana.

¿Cómo era posible que fueran las ocho de la mañana?

No recordaba nada de la noche anterior. Lo último de lo que se acordaba era de estar buscando información sobre las mareas en su portátil. Pero eso fue a media tarde. No podía haberse quedado dormido tanto tiempo, ¿verdad? ¿O acaso se había desmayado otra vez?

Se sentía inquieto; le faltaba algo, había algo que no entendía.

No estaba en el dormitorio principal, sino en la habitación de invitados. Y Jen había venido a dormir con él, en lugar de ocupar el dormitorio principal.

—¿Jen? —dijo. ¿Por qué no se había levantado ella tampoco? Seguro que los niños ya se habían despertado. Ellos dormían justo al otro lado de la villa, cerca del dormitorio principal. ¿Se habían quedado dormidos los dos y se habían olvidado de los niños?

—Jen —repitió, dándole un empujoncito. Entonces lo invadió una horrible sensación de ansiedad.

La mujer que estaba a su lado se dio la vuelta en la cama y abrió los ojos.

No era Jen. Era Mia.

Rob no alcanzaba a comprender lo que estaba ocurriendo. ¿Por qué estaba ella allí, en su villa? ¿Y qué hacía en su cama?

—Rob —dijo Mia, tratando de acurrucarse contra él.

Él se apartó.

—¿Mia? ¿Qué demonios haces aquí? —A Rob se le hizo un nudo en el estómago. No recordaba nada de la noche anterior. ¿Y si se había acostado con ella otra vez y no se acordaba?

—He venido a verte —dijo ella—, para que podamos estar juntos. Y para ayudarte a dejar a Jen de una vez por todas. —Le acarició el pelo con la mano.

Rob bajó de la cama de un salto. Sintió un gran alivio al darse cuenta de que estaba completamente vestido. Era imposible que hubieran hecho nada.

—Mia, sabes que no estoy interesado en ti. Te he dicho mil veces que dejes de seguirme. Y ahora te presentas aquí, en mi casa de vacaciones. ¿Cómo has llegado hasta aquí? —La miró. Estaba completamente loca, era una desequilibrada. Ojalá nunca se hubiera fijado en ella.

—Jen me invitó —dijo Mia—. Vamos, Rob. Tu relación con Jen está acabada. Lo pasamos muy bien juntos. Estábamos hechos el uno para el otro. Y ahora, con el bebé en camino, podremos formar una familia. Esta es nuestra oportunidad de estar juntos. No niegues la realidad. No niegues lo que sientes.

Agarró a Rob por el cuello de la camisa y lo atrajo hacia ella.

Rob se la quitó de encima de un empujón.

—¡Suéltame! —dijo en un susurro lleno de furia—. Apareces a mi casa sin que nadie te invite. Tienes que irte. Ya. Vete y sal de mi vida.

CUARENTA Y OCHO

Rob observó a Mia salir corriendo de la habitación a lágrima viva.

No podía creer que se hubiera entrometido así en sus vacaciones. ¿Era una de las amigas a las que Jen había invitado? Debía haber decidido venir por su cuenta. Estaba tan perdida… y tan decidida a que estuvieran juntos.

A Rob no le interesaba. Nunca lo había hecho. Solo había sido un rollo de oficina, una de tantas jóvenes con puestos temporales. Si ella no lo hubiera estado acosando de esa manera, estaba seguro de que ya habría olvidado su nombre a esas alturas.

Se dio cuenta de que iba a suponerle un problema cuando empezó a hacerle preguntas sobre su mujer y su matrimonio. Él le dijo que estaba separado, cómo no; lo mejor era decirles a las mujeres lo que querían oír. Pero Mia lo creyó a pies juntillas cuando le dijo que iba a dejar a su mujer por ella. Era otra de sus promesas vanas, siempre les decía lo mismo, pero Mia se lo había tomado en serio.

Se acostó con ella un par de veces más y decidió que era hora de terminar con aquello. Se aseguró de que su contrato temporal concluyera. Le dijo que lo sentía mucho, pero que tenía que dejar la oficina. Y ese debía haber sido el final de la historia. No tendrían que haber vuelto a verse nunca más.

Pero ella empezó a entrometerse en su vida. Incluso empezó a trabajar en la recepción de su edificio, y lo único que podía hacer Rob al respecto era evitarla. El fin de semana que Jen y él se fueron de escapada romántica a la costa, ella los siguió, llamándolo por teléfono para intentar convencerlo de que se vieran. Le enviaba correos electrónicos a diario declarándole su amor, le dejaba

mensajes telefónicos e incluso reservaba mesa en restaurantes caros a su nombre con la esperanza de que él se reuniera con ella allí. Él nunca se presentaba, pero ella era incapaz de captar el mensaje. Cuando él le dijo que lo dejara en paz, ella lo amenazó con contarle a Jen lo de su «aventura». A juicio de Rob, ni siquiera merecía ese nombre; para él no había significado nada.

Rob no se había atrevido a bloquearla por completo, porque sabía que lo primero que haría ella sería contárselo todo a Jen. No solo que se habían acostado. Mia podía contárselo todo: las cenas en restaurantes caros, las escapadas a hoteles a la hora del almuerzo, incluso podía contarle que la había llevado a la villa del Mediterráneo durante una semana entera. Rob sabía que su matrimonio no sobreviviría a eso. Así que no le quedaba más remedio que ignorar a Mia e intentar evitarla.

Su estrategia estuvo funcionando hasta ese momento de debilidad de unas semanas atrás. Ella se presentó en su apartamento sin pretexto alguno. Desnuda. Dispuesta. Jen estaba fuera y él había salido a tomar algo con unos viejos amigos. Cuando volvió a casa, se encontró a una mujer desnuda, mucho más joven que él, esperándolo en su cama. ¿Quién podría resistirse a eso? Se dijo que sería la última vez. Incluso en aquel momento, borracho y cachondo, supo que era una estupidez, pero ella se estaba entregando a él.

Y ahora estaba embarazada y causando más problemas que nunca. Estaba decidida a tener el bebé, decidida a encadenarlo.

No se había dado cuenta de que se había hecho amiga de Jen hasta que apareció en la fiesta del colegio. Pero eso no era todo. Su locura era tal que se había hecho tan íntima de Jen que esta la había invitado a sus vacaciones en familia. Allí estaba, en la villa de sus padres, y lo iba a arruinar todo. Si Jen se enteraba de los detalles de su aventura con Mia, se vería en un gran aprieto. Dejaría de confiar en él. Mia había elegido el peor lugar y el peor momento posibles

para aparecer. Rob tenía miedo; todo se le estaba viniendo encima. Mia solo iba a entorpecer sus planes. Tenía que hacer algo al respecto. Tenía que deshacerse de ella de una vez por todas.

CUARENTA Y NUEVE

Jen salpicó a Lottie y Jack en la piscina, y ellos estallaron en carcajadas. Natasha estaba con Ruby en la parte menos profunda, vertiendo agua de un vaso de plástico a otro. Jen sintió un aluvión de gratitud hacia su amiga. Siempre tenía energías para jugar con los niños, y estos se lo pasaban muy bien con ella.

Jen no vio a Rob la noche anterior ni esa mañana. Fue a ver cómo estaba antes de acostarse, solo para asegurarse de que seguía respirando, y luego se retiró al dormitorio principal, donde disfrutó de la cama *king size* para ella sola.

Ese sería su último día con los niños. Debería despertarlo pronto, para que pasara algo de tiempo con ellos. Se preguntaba cuánto lo echarían de menos los niños cuando no estuviera. Tampoco es que lo vieran demasiado, pero les costaría seguir adelante sin su padre. Jen siempre había odiado a su padre por la forma en que trataba a su madre, pero, cuando entró en prisión, descubrió que lo extrañaba.

—¡Mamá, mamá! —gritó Jack—. ¡Mírame! —Se lanzó de bomba sobre ella, dándole una patada en la cara.

—Jack, por favor, ten más cuidado —le dijo ella cuando volvió a salir a la superficie.

—¡Lo siento! —dijo él.

—Hay que echarte más crema solar —le dijo ella. Tenía las orejas rojas.

—¿Está en tu bolso? —preguntó Natasha. Había salido con Ruby de la piscina y estaban sentadas a la sombra en una tumbona, jugando a dar palmas. El bolso de Jen estaba justo al lado de Natasha.

—Sí —respondió Jen.

—Yo la cojo —dijo Natasha.

—No, no, tranquila —dijo Jen rápidamente, nadando hacia ella—. Ya voy yo.

Natasha ya estaba rebuscando en el bolso, pero Ruby se lo arrebató y volcó el contenido sobre los adoquines.

A Jen se le aceleró el corazón. Había metido las pastillas en ese bolso. No quiso dejarlas en la cocina, en una maleta ni en ningún otro sitio donde alguien pudiera encontrarlas. Le pareció que el único lugar seguro era el inmenso bolso que siempre llevaba consigo. Pero ahora todo cuanto contenía estaba esparcido por el suelo.

—Te ayudo a recogerlo —dijo, saliendo apresuradamente del agua. Volvió la vista atrás para comprobar que Lottie y Jack estuvieran bien y empezó a meterlo todo en el bolso. Guardó toallitas, pinzas para el pelo, pañales de baño, tiritas…, pero no vio las pastillas. Sintió que le faltaba el aire. Sus ojos se encontraron con los de Natasha, que la observaba de forma extraña.

Luego miró a Ruby, con el bote de pastillas en las manos, intentando abrirlo.

—¡Ruby! —dijo Jen justo cuando Natasha le quitó las pastillas.

—Los peques siempre tienen que coger lo más peligroso —dijo Natasha. Miró con detenimiento el bote de pastillas—. Espera un momento… —Miró a Jen, confundida—. Esto no es tuyo. Es de tu madre.

Jen quiso que la tierra se la tragara. No podía permitir que Natasha la descubriera ahora. No después de todo lo que había planeado.

—Es que… he tenido muchos dolores y molestias —dijo Jen, pensando rápidamente en una mentira—, y no he tenido tiempo de ir al médico, así que…

—¿Cuánto tiempo llevas tomándolas? —preguntó Natasha en voz

baja.

—No mucho. Últimamente he estado muy estresada. Las necesito para relajarme.

—El fin de semana que pasamos juntas, después del beso… te las tomaste ¿verdad? Esa noche caíste redonda, y yo no pude pegar ojo.

—Sí, así fue —admitió Jen—. Las tomo cada noche.

Jen contuvo la respiración. Rezó por que Natasha no hiciera más preguntas, por que no relacionara las pastillas con el hecho de que Rob estuviera fuera de combate cuando Amy y ella llegaron.

—Son adictivas, ¿sabes? —dijo Natasha.

Jen sonrió con tristeza.

—Sí, lo sé. Cuando esté un poco más tranquila, trataré de dejarlas.

—Si alguna vez estás estresada, siempre puedes hablar conmigo —dijo Natasha—. Quiero ayudarte.

Jen deseaba confiar en Natasha, contárselo todo: sincerarse sobre lo de Amy y Rob, sobre sus planes. Pero no podía arriesgarse a decirle la verdad e implicarla. Aun así, sabía que si algo salía mal, Natasha sería la primera persona a la que acudiría.

CINCUENTA

Amy no podía dejar de temblar. Estaba acurrucada en un rincón de la habitación que compartía con Natasha, llorando.

No podía creer lo que Rob le había dicho. La crueldad con la que la había rechazado, gritándole que se marchara. No la quería ni quería estar con ella.

No podía ser verdad. Le había dicho muchísimas veces que la amaba, que dejaría a Jen. Le había dicho que quería estar con ella.

Pero luego, cuando su contrato temporal terminó, no volvió a saber de él. El vínculo entre ellos se rompió. Al principio, Amy pensó que se debía a que ya no se veían en el trabajo; las oportunidades para verse a escondidas se habían esfumado. Pero no era solo eso. Ella intentó reavivar la llama, trató por todos los medios hacerle ver que eran almas gemelas… Pero él siempre se mostraba distante.

No sabía qué había hecho mal. Lo único que tenía que hacer era demostrarle que estaban hechos el uno para el otro. Reservaba cenas en restaurantes caros para que fueran juntos y consiguió un trabajo en el edificio donde él vivía para que les resultara más fácil verse. Incluso estudió a Jen para asegurarse de que no le faltara nada de lo que ella tenía; cambió de peinado y de imagen para parecerse a Jen porque pensaba que eso era lo que le gustaba a Rob.

Creyó que habían recuperado la pasión cuando se coló en su ático y reconectaron. Pero entonces él volvió a actuar con la frialdad de siempre. Ni siquiera mostró interés cuando le dijo que estaba embarazada de él. Amy solo quería tener una familia que la quisiera, era lo que siempre había deseado. No sabía qué más podía hacer. Él

parecía empeñado en negar la existencia del destino, rechazaba la posibilidad de que estuvieran juntos.

Ella se lo había puesto muy fácil: había viajado hasta el Mediterráneo para reunirse con él y que pudieran decírselo a Jen juntos.

Pero Rob la había rechazado. Le había dicho que se fuera.

Ella no lo entendía. Al principio, Rob era tan cariñoso, tan atento. Pero había cambiado. Igual que el señor Beddow.

Amy tragó saliva. Era evidente que todo aquello era culpa suya; había algo en lo más profundo de su ser que la hacía imposible de amar. Nadie la había querido nunca de verdad, solo la habían utilizado.

—¿Amy? —Natasha estaba en la puerta, mirándola—. ¿Qué pasa? —Se acercó y la rodeó con el brazo—. Venía a ver si estabas lista para ir a tu antiguo internado.

Amy negó con la cabeza.

—No puedo. Creo que tengo que irme.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Es Rob —dijo.

Natasha la miró confundida.

—¿Qué pasa con Rob?

Amy sollozó con mayor intensidad. Ya no tenía sentido seguir mintiendo. Lo había estropeado todo.

—Rob es el hombre casado con el que estaba saliendo —le dijo a Natasha.

—Pero ¿qué hay de Jonathan? —preguntó Natasha.

—No hay ningún Jonathan. Siempre fue Rob.

Natasha se quedó con la boca abierta.

—¿Qué? —dijo—. ¿Quieres decir que has estado saliendo con Rob todo este tiempo? ¿Tú eras la mujer con la que tenía una aventura?

—Lo siento mucho —dijo Amy entre llantos—. Creía que me quería,

de verdad que sí. Pero solo me estaba utilizando.

—¿Y qué pasa con Jen? ¿Cómo has podido hacerle esto?

—Empezamos antes incluso de conocer a Jen —dijo Amy.

—¿No sabías que era su mujer?

Amy negó con la cabeza.

—No lo supe hasta que miré los correos de Rob y vi su nombre. Entonces me sentí tan culpable que no supe qué hacer. Intenté romper con Rob, pero él me dijo que todavía me quería. —Las mentiras brotaban con facilidad de la boca de Amy. Jen y Natasha siempre la habían apoyado, eran las únicas personas que lo habían hecho. Había estado ciega al no darse cuenta antes. Tenía que decir lo que fuera necesario para mantener su amistad. No podían culparla. Jen y Natasha eran todo lo que le quedaba.

—¿Seguiste viéndolo después de eso?

—Me dijo que me quería, que iba a dejar a Jen, y yo creía que ella también querría que se fuera. Se había enamorado de mí. Parecía lo mejor para todos. Pero me sentía muy culpable constantemente, de verdad. Fue muy duro. —A veces, Amy sentía que no era real, que solo estaba actuando, interpretando una serie de papeles en la vida.

—Más duro fue para Jen —dijo Natasha, irritada.

—Lo sé —dijo Amy—. La he fastidiado. —Sentía vértigo ante la perspectiva de perder también a Natasha y a Jen. Las consideraba su familia—. ¿Crees que me perdonará? ¿Crees que podremos seguir siendo amigas, las tres? —Amy sabía que era una pregunta estúpida, que no había ni la más remota posibilidad, pero estaba desesperada.

Natasha se apartó de ella.

—No, no podemos… Amy, sé que estás dolida, pero has traicionado a Jen de la peor forma posible. No esperarás que sigamos siendo amigas después de esto.

—Lo siento mucho —dijo Amy—. Sé que fui una estúpida. Rob me ha utilizado. Me mintió una y otra vez. No le importo lo más mínimo.

—A Rob no le importa nadie más que él mismo —dijo Natasha.

Amy sabía que tenía razón. Se había quedado sola, ya no había nadie en el mundo que se preocupara por ella. Rompió a llorar desconsolada cuando Natasha salió de la habitación.

CINCUENTA Y UNO

Rob no dejaba de dar vueltas por la habitación de invitados, tratando de poner sus pensamientos en orden. Tenía que alejar a Amy de Jen, asegurarse de que no le contara la verdad sobre ellos. Debía conseguir que se marchara de la villa. Cuanto antes. Si Jen llegaba a pensar que había algo entre ellos, no podría confiar en ella para llevar a cabo sus planes.

Todavía se sentía aturdido y un poco atontado. Tenía un dolor de cabeza insoportable y el ir y venir le hacía sentirse débil y mareado. Empezaba a preguntarse si le pasaba algo grave de verdad, algo más que estrés. El de anoche había sido su tercer desmayo. ¿Y si padecía algún tipo de trastorno físico? Eso no podía estar pasándole a él. Ahora no.

Rob intentó dejar a un lado sus preocupaciones y concentrarse en el presente. Tenía que echar a Mia de la villa. Pensó en qué podría motivarla a irse. Dinero, tal vez. Podría sobornarla para que se fuera. Comprarla. Tendría que pagar un taxi para que la llevara hasta el aeropuerto, así como un vuelo. Sería caro, pero valdría la pena; lo que fuera por alejarla de Jen.

Su maleta estaba en el suelo. Metió dentro el cepillo y el cargador de móvil que se había dejado junto a la cama y la cerró.

Luego fue a buscarla.

Oyó risas procedentes del exterior y, al atravesar las puertas del patio, vio a Jen y a los niños en la piscina.

—Ya era hora de que te levantaras —dijo Jen con una sonrisa.

Rob suspiró aliviado. Aún no había hablado con Mia. Se acercó.

—No sé qué me ha pasado. Tuvo que ser el cansancio. Me quedé

dormido mientras estaba con el ordenador.

—Has estado muy estresado últimamente —dijo Jen—. Pero estoy segura de que pronto estarás mucho más tranquilo.

Rob asintió.

—Sí, creo que tienes razón —dijo, pensando en la nueva vida que había planeado, lejos de todo.

—Deberías pasar tiempo con los niños hoy —dijo ella.

Él comprendió lo que de verdad quiso decirle: «antes de que te vayas mañana». Jen seguía dispuesta a ayudarlo. No sabía nada de Mia.

—Claro —dijo él—. Lo estoy deseando. He pensado en llevarlos a la playa, a unos kilómetros de aquí. Hay una gran extensión de arena, perfecta para que jueguen con las palas.

—Suena genial —dijo Jen.

—Deberíamos ir todos juntos —dijo él—. Pasar un día en familia. —Por un momento, sintió una oleada de emoción. Ese sería el último día que pasaría toda la familia unida. Nunca le había dado demasiada importancia a eso, pero había algo agradable en el hecho de que estuvieran todos juntos, algo cálido y acogedor. De súbito, se dio cuenta de que echaría de menos ese vínculo de unión.

—Claro —dijo Jen—. Será estupendo.

Primero tenía que encontrar a Mia y deshacerse de ella.

—Voy a darme una ducha y a prepararme —dijo—. Quedaos un rato más en la piscina, parece que os lo estáis pasando en grande.

Rob se despidió de ellos con la mano y volvió a entrar. Vio a Natasha en la cocina, cortando una manzana.

—Hola —dijo con aire distraído—. Estoy buscando a Mia. ¿La has visto?

—Mia… —Natasha se mostró confundida por un segundo—. Ah, Amelia. Amy. No quiere verte. —Natasha lo miró con ira y Rob dedujo que ella ya debía haberse enterado de su relación.

—No te creas nada de lo que dice —dijo él.

—Eres un cabrón mentiroso, Rob —dijo Natasha—. No sé cómo puedes comportarte así.

El enfado de Rob iba en aumento, pero logró contenerlo. No podía distraerse con Natasha. Tenía que encontrar a Mia.

—Tú ni siquiera me conoces —dijo mientras salía con prisa de la cocina.

Recorrió la villa mirando en todas las habitaciones hasta que por fin la vio tumbada bocabajo en la cama de la habitación que compartía con Natasha.

—Mia —dijo, extendiendo la mano y agarrándola del brazo—. Tienes que irte. —Sacó un fajo de billetes de la cartera—. Toma, dinero para el vuelo de vuelta. O puedes irte de viaje por Francia, tomarte unas vacaciones o lo que se te ocurra. Me da igual dónde vayas, pero lejos de aquí.

Mia se giró hacia él.

—¡Aléjate de mí! —gritó.

Instintivamente, Rob le tapó la boca con la mano y la sujetó contra la cama. Jen no podía escuchar nada.

—Cállate —le susurró. Volvió a levantar el fajo de billetes—. Quédate este dinero. Hay más de mil euros. —Odiaba tener que desprenderse de esa suma; iba a utilizarla para su huida. Pero tenía que hacerlo. No habría huida posible si Mia se lo contaba todo a Jen —. Podrías pasar unas vacaciones estupendas —dijo—. Vete de viaje por Francia, sé libre. También puedes pagarte un vuelo de vuelta si lo prefieres.

Ella lo empujó con fuerza y rodó hacia el lado opuesto de la cama. Corrió en dirección a la puerta, pero él la agarró del brazo.

—¡Mia!

—¡Te he dicho que me dejes! —Salió corriendo de la habitación hacia la cocina, con Rob pisándole los talones.

—¡Mia! ¡Espera! Solo quiero ayudarte.

—¿Qué te está haciendo? —dijo Natasha, enfadada. Seguía de pie junto a la encimera de la cocina, cuchillo en mano.

—Me estaba agarrando —dijo Mia—. Estaba…

Rob la asió de nuevo.

—Cállate, eso no es verdad. —Le tapó la boca con la mano y ella se retorció—. Estoy intentando ayudarte, Mia. —Miró a Natasha y vio la turbación en sus ojos—. Solo estoy intentando ayudarla.

—¡Suéltala! —gritó Natasha.

Pero Rob se negaba a soltarla, no hasta que accediera a marcharse.

—Tienes que irte —le dijo—. Coge el dinero y vete.

Mia forcejeó bajo su yugo. Por el rabillo del ojo, pudo ver un destello plateado. Natasha deslizó el cuchillo hacia Mia sobre la encimera, y esta lo agarró con tal fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. Rob la soltó rápidamente y dio un paso atrás, al tiempo que Mia lanzaba una cuchillada furiosa que trazó un tajo en el pecho de Rob.

CINCUENTA Y DOS

Jen entró en la cocina con los niños envueltos en las toallas, recién salidos de la piscina. Tenían hambre y habían entrado en busca de algo para picar.

Vio a Rob sujetando a Amy junto a la encimera de la cocina, tapándole la boca con la mano.

Dio un paso atrás, confusa ante aquella escena. ¿Qué estaba pasando? Pensaba que planeaban huir juntos. ¿Acaso se habían peleado?

—Lottie, Jack —susurró—. Llevad a Ruby a vuestra habitación y empezad a cambiaros. —Los empujó hacia la puerta de su habitación, impidiendo que vieran a Amy y Rob. Cerró la puerta de la habitación tan pronto entraron.

Devolvió la vista a la cocina justo a tiempo para ver a Amy rajarle el pecho a Rob.

—¿Qué estás haciendo? —gritó. Se acercó y le quitó el cuchillo a Amy, que temblaba y lloraba.

—La tenía agarrada y le estaba tapando la boca con la mano —dijo Natasha—. Ha sido en defensa propia. —Jen trató de comprender lo que estaba sucediendo. ¿Por qué atacaba Rob a Amy? ¿Habían discutido? ¿Qué pasaba con el bebé?

—Está loca —dijo Rob. Se apretaba el pecho en el punto donde el cuchillo le había cortado la piel—. Me ha estado acosando. Lleva meses siguiéndome. No puedo deshacerme de ella.

Jen se quedó boquiabierta. Había visto los mensajes que se habían intercambiado: planeaban comenzar una vida juntos. ¿Por qué la acusaba ahora de acosarlo?

—No es verdad —dijo Amy—. Teníamos una aventura. Lo siento mucho, Jen, pero es la verdad. Y estábamos enamorados.

Jen los miró a ambos, conmocionada. Se dio cuenta de que él le había dado la espalda a Amy. La había abandonado de forma cruel y desconsiderada. ¿Era por Jen? ¿Pensaba que Amy se lo iba a contar todo y acabaría echando por tierra sus planes? O puede que, después de todo, hubiera elegido a Jen.

Jen vio el fajo de billetes que Rob aún tenía en la mano y se dio cuenta de que había intentado pagarle a Amy para que se fuera. Algo debía haber cambiado entre ellos; ahora, Rob trataba a Amy igual que a Jen. Jen no pudo evitar sentir que se lo tenía bien merecido.

—¿Cómo has podido, Rob? —le dijo, volviéndose hacia su marido—. ¿Cómo has podido liarte con mi amiga? Después de todo lo que he hecho por ti.

—Lo siento mucho, Jen —dijo él, todavía presionándose el pecho—. Pero no es como ella dice. Fue solo una vez, un error. Desde que pasó aquello, se ha obsesionado conmigo.

—¡Me dijiste que me querías! —le gritó Amy—. Me dijiste que la dejarías, que estaríamos juntos.

Rob negó con la cabeza.

—Eres una zorra desequilibrada —escupió—. Acostarme contigo fue un gran error. —Miró a su mujer—. Jen es el amor de mi vida.

Jen contuvo las ganas de reír. Como si fuera a creerlo después de todo lo que había descubierto.

—La has dejado embarazada —dijo Jen con calma, disfrutando de su sufrimiento.

Al otro lado de la habitación, el móvil de Rob empezó a sonar. Nadie le hizo caso.

—Ya te he dicho que fue un error. Una noche. Eso fue todo.

Natasha lo miró con ira.

—No te creemos, Rob.

Jen vio que Rob palidecía y que la sangre de su pecho goteaba sobre las baldosas de terracota. Cogió papel de cocina y empezó a limpiarla, pero el líquido se había filtrado en las juntas y no salía fácilmente. «Esto no puede ser», pensó. Si Rob iba a ahogarse en el mar, no podía haber rastro de su sangre en la villa. En caso de que la policía fuera a investigar, sería demasiado sospechoso.

—¿Dónde están los niños? —preguntó Natasha de repente.

—En su habitación —respondió Jen.

—Voy a ver cómo están —dijo Natasha mientras salía de la cocina, dejando a Jen a solas con Rob y Amy.

—¿Cómo has podido hacerme esto? —le preguntó a Amy—. Creía que eras mi amiga.

Amy rompió a llorar.

—Lo era, Jen. Es decir, *sigo siendo* tu amiga. Es que… estaba enamorada.

—Le he pedido que se vaya —dijo Rob, con la mano en el pecho—. Tiene que marcharse de aquí.

—Me voy —dijo Amy en voz baja—. Voy a por mi maleta.

Cuando Amy se marchó, Jen se giró hacia Rob.

—¿Por qué me has hecho esto? —le dijo.

—Lo siento —dijo él—. Lo siento muchísimo.

Jen se alejó de él.

—Jen —dijo él—. De verdad, no es lo que parece. Ella me acosaba. Yo… casi le tenía miedo.

Jen quería decirle lo mucho que lo despreciaba, que ni siquiera se sentía capaz de soportar su compañía un solo día más. Quería decirle que era mucho más inteligente que él, que sería ella quien riera la última. Pero no podía hacerlo. Al día siguiente él desaparecería de su vida para siempre. Debía ser paciente.

—Tenemos que curarte la herida —dijo ella—. Hay que vendarla.

Rob se miró el pecho. La sangre seguía brotando.

—¿No lo ves? —dijo—. Me ha rajado con un cuchillo. Está loca.

El teléfono de Rob volvió a sonar mientras Jen escudriñaba el armario en busca de vendas. Finalmente, encontró algunas al fondo del mueble. Con una toalla húmeda, empezó a limpiarle la herida a Rob.

—Vamos a seguir adelante con nuestro plan, ¿verdad? —susurró Rob con urgencia—. Esta tarde podemos pasarla juntos, en familia.

Jen asintió. Le daba vueltas a cómo podría aprovechar la impulsividad de Amy en su beneficio. Ella odiaba a Rob ahora. Quizá pudiera manipularla para que hiciera el trabajo sucio por ella.

—No te preocupes. No cambiaremos el plan.

Un escalofrío la recorrió mientras le vendaba con cuidado la herida a Rob. Recordó cómo tapaba la boca a Amy mientras la agarraba. Nunca había visto a Rob como un hombre violento, pero ahora había descubierto de lo que era capaz en una situación desesperada.

Jen fue al dormitorio de los niños para ver cómo estaban. Los dos mayores coloreaban y Ruby estaba en el suelo construyendo una torre de libros con Natasha.

—¿Están bien? —preguntó Jen.

—Sí, están bien —respondió Natasha. Se levantó y miró a Jen a los ojos—. ¿Y tú? ¿Estás bien? Debe haber sido una situación muy dura.

—Sí, tienes razón. —Jen no sabía qué otra cosa decir.

—Rob por fin se ha quitado la careta. —Natasha le apretó el brazo, y ese contacto físico casi hizo que Jen rompiera a llorar. Pasara lo que pasara, Natasha siempre estaba ahí para apoyarla.

—Tengo que preparar la comida a los niños —dijo Jen—. Luego los llevaré a la playa. —No quería llorar delante de Natasha. Necesitaba controlar sus emociones.

—De acuerdo —dijo Natasha—. Pues yo creo que iré a darme una vuelta en coche para ver la zona. Siempre y cuando vayas a estar

bien sola, claro.

—Estaré bien —dijo Jen. Su voz reflejó más seguridad de la que sentía en realidad.

—Bueno, si necesitas algo, ya sabes dónde estoy. Solo tienes que llamarme.

Natasha se fue a su habitación y Jen llevó a los niños al salón, donde encendió la televisión. Luego empezó a preparar los bocadillos en la cocina, sin perderlos de vista. No veía a Rob por ninguna parte. Se preguntó si se estaría preparando para ir a la playa con ellos, si todavía pensaba seguir adelante con la jornada familiar.

Mientras preparaba la comida, el teléfono de Jen empezó a sonar.

Miró la pantalla con sorpresa.

Llamaban de la oficina de Rob.

—¿Hola? —contestó.

—Hola, soy Grace. Siento llamarte, Jen, pero no consigo localizar a Rob. ¿Está contigo?

—No. Y no está trabajando, estamos de vacaciones. —Grace no tenía derecho a llamarlos durante su tiempo libre.

—Sí, claro, lo sé. Pero es muy urgente. He estado llamando a Rob, pero no contesta. —Grace expulsaba las palabras como si se le acabara el tiempo.

—¿De qué se trata? —preguntó Jen, curiosa.

—Es grave —dijo Grace—. Ha venido la policía. Se están llevando todos los archivos de la oficina, los documentos de Riverview Apartments, y los ordenadores también. Como parte de la investigación.

—¿Qué? —dijo Jen, con un nudo en el estómago—. ¿La policía? ¿Rob está en problemas?

—No lo sé, pero no pinta bien. Escucha, tienes que decirle a Rob que me llame. Yo le pondré al corriente de todo. Al parecer, los

apartamentos no son seguros. Alguien falsificó el certificado de seguridad y, no sé por qué, todo el mundo piensa que fue Rob. Creen que fue él quien cometió el fraude.

—Le diré que te llame —dijo Jen.

Pensó en el ático. En una semana estarían de vuelta; sus hijos tendrían que dormir allí.

—¿Son seguros los apartamentos, Grace? —preguntó.

—No lo sé. Creo que no —balbuceó Grace—. No pasaron las inspecciones de seguridad, pero alguien lo encubrió.

CINCUENTA Y TRES

Amy hizo la maleta con lágrimas en los ojos. No podía creer lo mucho que había metido la pata. Rob no era su alma gemela. No podía serlo. Ni siquiera era una buena persona. Se había pasado meses obsesionada con él, dedicando cada minuto a pensar en él. Y todo había sido una pérdida de tiempo.

Ahora no tenía nada. Ni novio ni amigas, y encima tenía que largarse de allí. Ni siquiera sabía a dónde ir, o a dónde podía permitirse ir. No había cogido el dinero que le había ofrecido Rob, por lo que no podía pagarse un vuelo a casa. Tendría que encontrar un hostal barato en algún sitio, pasar la noche allí y cargarlo a su tarjeta de crédito. O tal vez podría quedarse en su antiguo instituto. Seguro que tendrían habitaciones libres durante las vacaciones de verano. Quizá el señor y la señora Beddow la acogieran, como en los viejos tiempos. Cuando era más joven, habían sido como una familia para ella, pero luego empezaron a ignorar sus cartas y sus correos. Le habían dado la espalda por completo. Igual que Rob.

Pero precisamente allí era donde debía estar, ¿no? Con su hija, sangre de su sangre. Siempre había sentido que su lugar estaba con aquella familia y extrañaba muchísimo a su hija. Ahora tendría cinco años. Quería saber qué tipo de niña era. Necesitaba estar con ella.

Amy no quería volver a ver a Rob ni a Jen. La vergüenza y la humillación que sentía eran demasiado grandes. No terminaba de creerse que hubiera atacado a Rob con el cuchillo, pero la forma en que la estaba sujetando la había aterrorizado.

Amy salió a escondidas por la puerta lateral y rodeó la villa hasta llegar al camino de entrada. Pensó en los momentos que había

vivido con Rob en la villa; en la semana paradisiaca que habían pasado juntos, solos ellos dos. Para ella lo había sido todo, pero para él no significaba nada. Era hora de pasar página.

En la entrada, vio el coche de alquiler de Natasha. Dejó la maleta a un lado y probó la puerta. Estaba cerrada.

Natasha tenía la llave.

Lo último que quería Amy era volver a entrar en la casa, pero necesitaba el coche para marcharse de allí. No podía permitirse un taxi.

Amy se acercó a la ventana de la cocina y echó un vistazo al interior. Vio a Jen, de espaldas a ella, preparando bocadillos. Tras ella se encontraban los niños, viendo la televisión en el salón diáfano. Mientras miraba por la ventana, Natasha salió por la puerta principal de la casa.

—¿Qué haces?

Amy se apartó de la ventana de un salto.

—Solo estaba… Necesito las llaves del coche. Me voy. Es lo que todos quieren.

—No puedes conducir el coche de alquiler. Está a mi nombre.

Amy la miró fijamente.

—Pero tengo que irme.

—Si Rob quiere que te vayas, que te pague el taxi y el alojamiento.

—Me ofreció dinero, pero lo rechacé. No puedo volver para pedirle que me pague un taxi. De ninguna forma. Deja que me vaya, Natasha. Necesito alejarme de todo esto.

Natasha suspiró.

—Mira, iba a coger el coche para dar una vuelta. Me parece que Rob y Jen necesitan tiempo para hablar. No quiero estorbarles.

—¿Podrías llevarme?

—¿A dónde vas?

Amy tragó saliva.

—A mi antiguo internado.

—¿Vas a ver a tu hija?

Amy asintió.

—¿Estás segura de que es el mejor momento? Has tenido una mañana de muchas emociones.

—Había pensado en quedarme allí y pasar algo de tiempo con Gemma.

Natasha parecía preocupada.

—¿Y si te dicen que no? —preguntó.

Amy intentó contener las lágrimas.

—¿Cómo iban a hacer algo así? —preguntó—. No pueden negarme que vea a mi hija.

Natasha le apretó el brazo.

—Iré contigo —dijo.

Mientras Amy observaba los paisajes que discurrían a través de la ventanilla del coche, recordó cuando su madre la dejó por primera vez en el internado. Estaba tan emocionada. Pero no tardó mucho en darse cuenta de que no encajaba allí y pronto empezó a odiar el centro.

Habían pasado diez años. Diez años desde que comenzó a sentir ese vacío que siempre había formado parte de ella. Su padre ya se había marchado cuando ella era pequeña y su madre no mostraba el mínimo interés en visitarla durante las vacaciones. Siempre había anhelado tener una familia y un lugar en el que sentirse segura. Eso es justo lo que le proporcionaron el señor y la señora Beddow.

Fueron las únicas personas que alguna vez se preocuparon por ella. No tenían hijos, así que hacían las veces de padres de los niños con dificultades sociales y solían invitarlos a cenar a su enorme casa, situada dentro de los límites del internado.

Fue entonces cuando el señor Beddow se enamoró de ella y dieron comienzo a su relación. Su esposa lo sabía todo, e incluso animaba a

Amy a pasar la noche en su casa. Ambos la querían, o eso decían.

Esa fue la única vez que se había sentido parte de una familia. Pensó que podría revivir esa sensación con Rob, pero resultó imposible.

Llegaron al internado y pulsaron el timbre junto a la verja. La persona al otro lado del interfono las dejó entrar sin preguntar quiénes eran. Supuso que la seguridad era más laxa durante el periodo de vacaciones. A medida que Natasha avanzaba por el sinuoso camino de entrada, Amy se sintió invadida por unos nervios atroces. Se preguntaba qué aspecto tendría ahora su hija; si la reconocería, si sabría que era su madre solo con verla, si sentiría una conexión inmediata con ella.

Amy dirigió a Natasha por el camino de entrada hacia las casas del personal docente, situadas a la derecha. La casa estaba al final de la calle; era una de las viviendas más grandes y tenía su propio jardín.

—Ya estamos —dijo Amy—. Yo me quedo aquí. Voy a coger mi bolso del maletero.

—No te voy a dejar sola —dijo Natasha con firmeza—. Voy a entrar contigo. Tenemos que llamar y presentarnos, no nos estarán esperando.

Amy arrugó el rostro, irritada. Debería haber vuelto para ver a su hija hacía años. Los Beddow debían llevar mucho tiempo esperándola. Se merecía ver a su hija.

—Está bien —dijo.

Mientras caminaba por el sendero hacia la puerta, sintió unas repentinas ganas de vomitar, y tuvo que esforzarse por reprimirlas. Había recorrido ese camino tantas veces para ver al señor Beddow en el pasado… y cada una de esas veces se había sentido emocionada y afortunada de que la hubieran elegido a ella. Pero ahora era una mujer adulta y no pudo evitar pensar que había algo sórdido y sucio en todo aquello. La pareja rondaba los cuarenta años

en aquel entonces; ella tenía dieciséis cuando comenzaron la relación y diecisiete cuando tuvo a Gemma.

Se quedó mirando el picaporte de latón con forma de león, el mismo de hacía tantos años atrás. De repente, deseó estar en cualquier otro sitio menos allí. Sentía que el mundo entero caía sobre ella y que todo había sido un terrible error.

Natasha levantó el picaporte y llamó a la puerta.

Amy dio un paso atrás justo cuando se abrió la puerta.

Una mujer de unos treinta años, con el pelo corto y oscuro, apareció ante ellas.

—¡Hola! —dijo con un animado acento irlandés—. He visto llegar el coche. ¿En qué puedo ayudarlas?

—¿Están el señor y la señora Beddow? —preguntó Amy, echando un vistazo alrededor.

—¿El señor y la señora Beddow? Ah, ya no viven aquí. Se marcharon hace un par de años. Mi marido es uno de los profesores del internado, así que nos mudamos a esta casa.

—Ajá, ya veo —dijo Natasha—. Bueno, sentimos haberla molestado.

—No hay problema. Es una molestia bienvenida. La vida aquí es un poco aburrida durante las vacaciones escolares. Todo se queda demasiado tranquilo…

—¿El señor y la señora Beddow se fueron a trabajar a otro centro? —preguntó Amy, tratando de entender cómo era posible que ya no vivieran allí. ¿Cómo podían haberse ido sin decirle a dónde iban? Se habían llevado a su hija.

—No —dijo la mujer—. Ambos dejaron la enseñanza. Hubo un pequeño escándalo con una de las alumnas. Hubo muchos rumores sobre el señor Beddow. Trataron de ocultarlo todo, pero no creo que pudiera conseguir otro trabajo.

Amy tragó saliva. Había conocido a otra persona. Encontró a otra

alumna para reemplazarla. Nunca había sido especial, ni siquiera para él.

—¿Podría darnos su dirección? —preguntó Natasha.

—Sí, claro. Se la apunto.

Cuando volvieron al coche, Amy apretó los ojos con fuerza para no llorar. La familia se había mudado y se habían llevado a su hija consigo. Tenía que encontrarla.

CINCUENTA Y CUATRO

Jen estaba de pie en la playa viendo a sus hijos construir castillos de arena con Rob mientras el viento le mecía el cabello. Seguía tratando de digerir todo lo que había pasado esa mañana. El encontronazo entre Rob y Amy; la forma en que negaba rotundamente su relación con ella. Y la llamada de Grace, que le había abierto los ojos, dejándole claro lo poco que le importaba su familia a su marido.

Mientras preparaba los bocadillos para los niños, se dio cuenta de sus verdaderas intenciones. Rob no solo intentaba huir de sus problemas económicos. Había cometido un fraude. Tenía problemas con la policía. Por no mencionar que había vendido pisos con problemas de seguridad a sus clientes. Había falsificado el certificado de seguridad del edificio, permitiendo que familias con niños vivieran en casas defectuosas. Y lo que es más, había metido a su propia familia en el piso más alto de un edificio inseguro. ¿Cómo había podido hacerlo? Ruby casi se cayó por el balcón y, aun así, él no dijo nada, dejándoles seguir viviendo allí. No le importaba su familia en absoluto. Había puesto a sus hijos en peligro sin pensarlo dos veces.

La ira y el asco se apoderaron de ella mientras cortaba los bocadillos. Quería enfrentarse a Rob, coger el martillo y aplastarle la cabeza. Quería dejar salir toda su rabia. Él no se merecía ni a ella ni a los niños.

Jen tenía la cabeza a punto de estallar, pero intentó calmarse. Solo debía esperar hasta el día siguiente. Debía ceñirse a su plan y deshacerse de Rob de una forma tranquila y sensata. Así no quedaría rastro alguno de lo que había hecho. Ahora, más que

nunca, necesitaba que desapareciera de su vida. Para siempre.

Fingir ser una familia feliz en la playa fue un ejercicio casi doloroso. Su marido le repugnaba, quería estar lo más lejos posible de él, pero tenía que seguir fingiendo. Por los niños. Ese iba a ser su último día en familia, los últimos recuerdos de su padre. Tenía que ser especial. Al día siguiente pensaba mandarlos a un campamento para mantenerlos a salvo. Se quedarían a dormir allí, tal y como habían hecho en ocasiones anteriores para que Rob y Jen tuvieran una noche libre. Por la mañana, habrían perdido a su padre.

A Jen se le llenaron los ojos de lágrimas y se las enjugó con el dorso de la mano. Odiaba tener que hacerles algo tan horrible a sus hijos. Pero era la única solución posible. Rob les había quitado todo y los había puesto en peligro.

Jack llenaba el cubo de arena para hacer un castillo y Lottie buscaba conchas para decorarlo. Mientras tanto, Ruby, sentada a su lado, cogía arena con las manos y la dejaba escurrirse entre sus dedos. Jen sacó su teléfono, dio un paso atrás y tomó varias fotos de los niños con Rob. Se imaginó que esas fotos ocuparían un lugar de honor en sus mesitas de noche cuando fueran mayores. Sus últimos momentos junto a su padre. Más tarde las publicaría en Instagram, como prueba de sus vacaciones perfectas.

Dejó el teléfono, miró a su alrededor y se acercó a una pareja que pasaba por allí.

—¿Les importaría hacernos una foto a toda la familia? —preguntó.

—Por supuesto —respondió la mujer, cogiendo el teléfono con una sonrisa.

Jen se sentó en la arena, colocó a Ruby en su regazo y reunió a los niños a su alrededor. Rob se arrodilló a su lado. Justo en ese momento, empezó a sonarle el teléfono en el bolsillo. Lo sacó y lo miró. Jen alcanzó a ver el nombre en la pantalla: Grace. Rob guardó el teléfono y dirigió la mirada a la mujer que estaba tomando la foto.

Jen no le había contado a Rob lo que Grace le había dicho antes, pero, por la forma en que él ignoraba sus llamadas, se dio cuenta de que él ya sabía el motivo de estas. Tenía la conciencia manchada.

—Ya está —dijo la mujer, devolviéndole el teléfono—. He hecho unas cuantas. Espero que os gusten.

—Gracias. —Jen miró las fotos. Había una en la que salían todos sonriendo a la cámara. Se preguntó cómo evocarían ese día los niños, si crearía un bonito recuerdo.

Antes de ir a la playa se detuvieron en un parque infantil y, mientras los niños jugaban en los columpios y los toboganes, Jen y Rob ultimaron los planes de su desaparición al día siguiente. Jen sabía ahora que Rob había tenido la intención de desaparecer desde un principio; nunca quiso huir con Amy ni deshacerse de Jen. Necesitaba borrarse del mapa para escapar de la policía y de los cargos por fraude.

Rob dejaría su ropa junto al mar y luego nadaría bordeando las rocas hasta la orilla contraria. Allí recogería la mochila que habría dejado antes, se secaría y se cambiaría, y luego viajaría a pie hasta un hostal, donde se registraría con su identidad falsa. Antes de que Jen denunciara su desaparición a la mañana siguiente, él se afeitaría la cabeza e iría de hostal en hostal por toda Europa.

Jen tenía las pastillas preparadas. Si las machacaba y se las echaba en una bebida justo antes de que Rob se metiera en el mar, quedaría incapacitado y se ahogaría. Pero sería difícil calcular el momento exacto. Rob debía sentirse débil y mareado una vez en el agua, no antes.

Si su plan funcionaba, la corriente debería arrastrar su cuerpo sin vida. Si no, su muerte seguiría pareciendo accidental, un ahogamiento por imprudencia. Según la investigación que Jen había realizado en los ordenadores públicos de la biblioteca local, las pastillas deberían haber desaparecido de su organismo para cuando

le realizaran una autopsia.

Corría un gran riesgo, pero era la mejor oportunidad que tenía Jen para empezar una nueva vida con sus hijos.

Mientras miraba al mar, su teléfono comenzó a sonar.

Era Natasha.

—Hola —dijo—, ¿qué pasa? —Era difícil oírla bajo el rugido de las olas.

—Estoy con Amy —dijo Natasha—. Estamos buscando vuelos para volver a Reino Unido, pero no hay ninguno en los próximos días.

—Oh —dijo Jen—. ¿Puede volver de alguna otra manera?

—El Eurostar también está completo.

Jen frunció el ceño.

—¿No tiene ningún sitio donde quedarse?

—No, todavía no. Estamos en temporada alta. Nos está costando mucho encontrar un sitio con habitaciones libres.

Jen miró a Rob, que jugaba con los niños. Vio los vendajes que le cubrían la herida del pecho. Pensó en Amy, en que no tuvo ni el menor atisbo de duda cuando agarró el cuchillo. Rob le había destrozado la vida. Tenía derecho a estar furiosa con él. Amy era la única persona que odiaba a Rob tanto como Jen. Quizá pudiera convertirse en una aliada. O en una sospechosa, si la policía empezaba a indagar. En cualquier caso, podría ser útil.

—Dile que vuelva a la villa —dijo Jen.

—¿Estás segura? —preguntó Natasha, sorprendida.

—Sí —dijo Jen—. Puede quedarse en tu habitación. Pero dile que no se interponga en mi camino.

CINCUENTA Y CINCO

—Jen dice que puedes quedarte en la villa hasta que salga tu vuelo de vuelta —le dijo Natasha a Amy. Habían parado en una cafetería mientras buscaban alojamiento y vuelos para Amy y llamaban a Jen.

—¿Qué? —preguntó Amy entre lágrimas—. ¿Por qué?

Natasha se encogió de hombros.

—No lo sé. Es muy amable por su parte, dadas las circunstancias.

El cuerpo de Amy temblaba a causa de los sollozos. Estaba desconcertada por la reacción de Jen.

—Siempre se ha portado muy bien conmigo —dijo en voz baja—. Una parte de mí deseaba que Rob tuviera otra esposa, alguien más fácil de odiar. Valoro mucho nuestra amistad.

Natasha suspiró.

—Lo que hiciste es imperdonable.

—Lo sé —dijo Amy con voz temblorosa—. Lo siento. Me arrepiento de todo lo que ha pasado. Ahora sé cómo es Rob de verdad…

—¿Y acaso no lo has sabido siempre? —preguntó Natasha—. La temporada que estuve trabajando con Rob me quedó claro que era un mujeriego. Siempre pensé que Jen era demasiado buena para él.

—Me dijo que quería estar conmigo… y yo me lo creí —dijo Amy—. Confié en él cuando dijo que dejaría a su mujer. ¿Cómo pude ser tan estúpida? —Se tapó el rostro con las manos—. Siempre he sido así, no sé por qué. También confié en el señor y la señora Beddow. Pensaba que se preocupaban por mí de forma desinteresada. Pero se han llevado a mi hija y ni siquiera me han dicho a dónde se han mudado.

—Ahora tenemos la dirección —dijo Natasha con delicadeza—.

Podemos ir a visitarlos, así podrás ver a Gemma.

Amy se llevó la mano al vientre y pensó en la vida que se gestaba en su interior. El bebé sería diminuto en esos momentos, un ser pequeño y frágil, pero pronto Amy tendría dos hijos. Necesitaba que se conocieran, que fueran una familia. Tenía que recuperar a Gemma.

Pero sin Rob, ¿qué podía ofrecerle?

—Ojalá hubiera podido quedarme con Gemma —dijo Amy—. Quizá estén dispuestos a compartir la custodia. Así mis dos hijos podrían crecer como hermanos. —Se le rompía el corazón al pensar en su hija, al imaginar el tacto de su cuerpecito entre sus brazos.

—Puede —dijo Natasha, pero Amy percibió la duda en su voz. Era evidente: pensaba que Amy estaba completamente loca si creía que tenía alguna posibilidad de recuperar a su hija.

—¿Cuál es la dirección? —dijo Amy—. ¿Podemos ir ahora?

Natasha consultó el papel que tenía en la mano e introdujo la dirección en Google Maps.

—Está a una hora más o menos —dijo—. Quizá sea mejor que descansemos un poco y vayamos mañana. Ha sido un día muy estresante.

Amy no pudo ocultar su decepción.

—Está bien —dijo a regañadientes—. Pero ¿me prometes que me llevarás?

—Por supuesto —respondió Natasha.

Volvieron a la villa en silencio. Amy no pudo parar de pensar en Gemma y en los Beddow durante el camino.

Cuando llegó, se fue directa al dormitorio pasando fugazmente por el salón, donde Jen y a Rob jugaban a un juego de mesa con los niños. No era justo, pensó, que Jen disfrutara de tanto amor y ella no tuviera nada. No era justo en absoluto. Pero quizá se mereciera estar sola. Nunca había sido lo suficientemente buena. Ni para el

señor Beddow, ni para Rob; ni siquiera como para tener una amistad pura y verdadera.

Se sentó en la cama por un momento, sin saber qué hacer a continuación. De repente, sintió un calambre en el estómago y se encogió de dolor. Una sensación de desaliento extremo la invadió de camino al baño. Al sentarse, su ropa interior confirmó sus temores. Le había bajado la regla.

CINCUENTA Y SEIS

Esa noche, Jen y Natasha disfrutaban de un vino sentadas en el sofá. Los niños estaban en la cama y Rob había salido al campo de golf. Le dijo a Jen que necesitaba ir a echarse unos hoyos para desestresarse y calmar los nervios antes del gran día. Ella se alegró de quitárselo de encima. Le estaba costando un gran esfuerzo mental comportarse como si todavía le agradara, cuando en realidad lo despreciaba.

—Ha sido un día muy largo —le dijo Jen a Natasha.

—Sí, lo sé. Gracias por dejar que Amy se quede aquí. Lo ha pasado bastante mal hoy. Fuimos a ver a su hija, pero se habían mudado.

—Vaya —dijo Jen—. Entonces, ¿no la ha podido ver?

—No. Tenemos la nueva dirección. Lo intentaremos mañana.

—¿Está bien? —preguntó Jen.

—La verdad es que no. Creo que el rechazo de Rob le ha afectado en exceso, pero ¿qué esperaba?

—Mmm… —Amy se había metido en esa situación ella sola. Pero ahora Jen la conocía un poco mejor y sabía lo ingenua y vulnerable que era. Para empezar, Rob nunca tendría que haber hecho nada con ella. Se había aprovechado de Amy.

—Es un cabrón —dijo Natasha, acercándose a Jen.

—Sí —dijo Jen—. Lo es. —Ya no tenía sentido ocultarle a Natasha lo que pensaba de Rob. Apoyó la cabeza en el hombro de Natasha, agradecida de tener a una amiga así a su lado.

—Me sorprende que te portes tan bien con Amy —dijo Natasha, pasando los dedos por el pelo de Jen—. Después de lo que te ha hecho.

Jen frunció el ceño.

—Me ha traicionado —dijo—, pero solo es una cría. Además, entiendo por qué se dejó engañar por Rob. Le diría cualquier cosa que ella quisiera oír para llevársela a la cama.

—Eres demasiado buena. Yo en tu lugar no habría sido tan magnánima —dijo Natasha.

Jen sonrió.

—No tengo energías para enfadarme —dijo. Después de ver lo mucho que Amy odiaba a Rob, la humillación que él le había hecho pasar, se dio cuenta de que Amy podría ser una buena aliada.

—¿Qué está haciendo ahora? —le preguntó Jen a Natasha.

—Creo que está leyendo en su habitación.

—¿Por qué no vas a ver si quiere venirse con nosotras?

Natasha se mostró confundida.

—¿Estás segura?

—Sí, ¿por qué no? Las mujeres tenemos que apoyarnos entre nosotras.

—Está bien. —Natasha la miró extrañada, pero desapareció y volvió unos minutos más tarde con Amy.

—Amy —dijo Jen con dulzura—, ¿por qué no te sientas con nosotras? Me temo que no tenemos refrescos. ¿Quieres un poco de agua? He oído que has tenido un día complicado.

—Gracias —dijo Amy, mirando al suelo—. ¿Estáis tomando vino? Me vendría bien una copa.

Jen arqueó las cejas.

—¿No estabas embarazada? —dijo.

Amy la miró decepcionada.

—Sí —dijo—, eso creía. Tenía un retraso, pero hoy me ha bajado la regla.

Natasha cogió la botella de vino, le sirvió una copa a Amy y se la pasó.

—¿En serio? —dijo Jen—. Qué casualidad, ¿no?

—¿El qué?

—Bueno, es demasiada coincidencia. Ahora que tú y Rob os habéis peleado, ya no estás embarazada. Es casi como si todo hubiera sido mentira desde el principio. Para poder quedarte con él.

Amy dio un sorbo al vino.

—No fue así. No me venía la regla, y estaba segura de que me había quedado embarazada. Lo sentía en lo más profundo de mi ser.

—¿No te hiciste una prueba?

—No creí que fuera necesario.

—Lo siento —dijo Natasha, rodeando a Amy con el brazo—. Debe ser difícil de asimilar.

Amy asintió con la cabeza y se enjugó una lágrima.

—Quizá sea el destino —dijo—. Rob nunca quiso tener el bebé.

Una pequeña parte de Jen sintió pena por Amy. Parecía tan desdichada.

—Me dijo que te iba a dejar —dijo Amy en voz baja—. Y yo le creí.

—Puede parecer encantador —dijo Jen—, pero nos ha mentido a las dos. A mí me dijo que me quería, que era la única mujer en su vida.

—No puedo creer que sea tan mentiroso —dijo Natasha.

—Lo odio —dijo Jen, sincerándose al fin con sus amigas y sacando a la luz la rabia que había estado acumulado en su interior.

—Te mereces a alguien mucho mejor que él —dijo Natasha, acercándose a ella—. Y tú también, Amy.

—No puedo creer que te tapara la boca con la mano así —dijo Jen —. Eso fue una agresión. —Jen nunca había visto a Rob hacer nada ni remotamente violento. Aunque, por otra parte, Rob siempre había tenido el control de todo, siempre había hecho las cosas a su manera. Había sacado a relucir su cara oculta.

—Estaba aterrorizada —dijo Amy—. Por eso cogí el cuchillo y… Lo

siento mucho…

—No te disculpes —dijo Jen—. Lo entiendo. Tenemos que cuidarnos las unas a las otras.

Amy sonrió tímidamente.

—Sé que la he jodido —dijo—. Pero esperaba que, cuando terminaran estas vacaciones, pudiéramos seguir siendo amigas.

Jen intentó no reírse. Amy era una completa ilusa. En lugar de eso, asintió con abnegación.

—Ya volveremos a quedar en la protectora y en el edificio. Creo que podemos dejar todo esto atrás y empezar de cero. —Jen sabía que necesitaba a Amy y a Natasha de su lado. Pasara lo que pasara al día siguiente con Rob, ambas debían contar la misma historia que ella. Necesitaba su lealtad.

Amy sonrió.

—Gracias, Jen.

Natasha miró a Amy y a Jen, perpleja.

—Creo que estáis borrachas —dijo—. Jamás pensé que volveríais a ser amigas después de esto. —Sonrió—. Pero no me quejo.

—Bueno, ¿qué ocurrió cuando fuiste a ver a tu hija? Natasha me dijo que no estaba —dijo Jen. Quiso cambiar de tema antes de irse de la lengua sobre Rob.

—Se mudaron. Por lo visto, tuvieron algún tipo de escándalo con otra chica del internado —dijo Natasha. Las lágrimas comenzaron a caer por las mejillas de Amy y Jen le pasó un pañuelo.

Amy se limpió la cara.

—No creo que quieran verme. Creo que el señor Beddow, el padre de Gemma, nunca me ha querido. Él y su mujer fingieron que mi hija era suya. No me quieren en sus vidas.

—Eso es horrible —dijo Jen, sintiendo el dolor de Amy. No podía ni imaginar cómo sería que alguien le quitara a sus hijos.

—No pueden robarte a tu hija.

—Yo les dejé hacerlo —dijo Amy entre lágrimas—. Les dije que estaría mejor con ellos que conmigo.

—Eras muy joven —dijo Jen—. Se aprovecharon de ti. Te manipularon y luego te robaron a tu bebé.

Amy inclinó su copa de vino y Jen pudo ver que había empezado a comprender la verdadera naturaleza de la relación que tuvo con sus profesores.

—No fue exactamente así —dijo Amy—. Yo lo quería. Los quería a los dos. Ellos cuidaban de mí.

Jen miró a Amy y comprendió lo joven y vulnerable que era en aquella etapa de su vida.

—¿Quieres recuperar a tu hija? —le preguntó.

—Sí —respondió Amy—. Por supuesto que sí.

Jen asintió.

—No pueden impedir que veas a tu propia hija. Mañana, Natasha y yo iremos contigo a verlos y no aceptaremos un no por respuesta. Verás a tu hija, tenlo por seguro.

CINCUENTA Y SIETE

Rob se levantó de la cama y empezó a vestirse. Se acercó a la ventana de la habitación del hotel y miró el exterior mientras se ponía los pantalones.

—Vuelve a la cama —dijo Lizzy—. Es la última vez que te veré en dos semanas. Tenemos que aprovecharlo al máximo.

Rob miró su reloj. Le había dicho a Jen que estaba en el campo de golf. No podía entretenerse mucho.

Volvió a mirar a Lizzy. La había deseado desde el mismo momento en que puso los ojos sobre ella en la oficina. Su relación se había ido estrechando cada vez más hasta que, por fin, ella cedió a sus insinuaciones. Mia todavía estaba en la ecuación por aquel entonces, pero él ya se había cansado de ella. Lizzy era diferente; más natural, más tranquila. Hacía que la cosa fuera interesante. Mia ya no tenía ningún misterio y su actitud desesperada y quejumbrosa solo sirvió para empujarlo aún más hacia Lizzy.

Al principio, ella se hizo la difícil, pero al final Rob consiguió llevársela a la cama. Llevaban juntos tres meses. Él vaticinaba que podrían durar un par de años, quizá más.

—Tengo que irme —dijo—. He dejado algunas cosas aquí, en la bolsa de viaje gris. Solo unos zapatos y algo de ropa. Y unos gemelos especiales que me compró mi padre por mi vigesimoprimer cumpleaños. No es gran cosa, pero puedo comprar lo demás más adelante.

—Lo meteré todo en mi maleta para Italia —dijo Lizzy. Sonrió—. Estoy deseando verte allí. Será toda una aventura.

Se inclinó y la besó. Era tan joven e ingenua. No le había explicado

por qué huía. Ella no sabía nada de los problemas que tenía con los pisos ni de los apuros en los que se encontraba. Pero no pudo ocultarle que iba a fingir su propia muerte, y le hizo prometer que no le diría a nadie que se iba a encontrar con él en Italia.

En un primer momento, ella se pensó que era una broma. Hasta que él le explicó lo del seguro de vida. Los ojos se le iluminaron al pensar en el millón de libras que Jen le iba a dar. Rob tenía la esperanza de que ella no descubriera la verdadera razón. Hacía varias semanas que se había ido a un puesto mejor en otra agencia inmobiliaria, así que posiblemente no estaría al corriente de la investigación por fraude en su oficina.

Pensar en cómo la policía habría irrumpido en su oficina le daba náuseas. Grace le había mandado numerosos mensajes pidiéndole que la llamara, pero él no se atrevía a hacerlo. Había cometido un gran error. Los constructores de los pisos le habían mentido: le dijeron que estaban esperando a que se aprobara el certificado de seguridad del edificio. Le aseguraron que ya estaba firmado, pero que se había retrasado por cuestiones administrativas. Mientras tanto, Rob había conseguido una larga cola de compradores interesados en los pisos, y estaba deseando hacerse con su comisión. Así que falsificó el certificado de seguridad del edificio con la intención de sustituirlo por el auténtico cuando estuviera listo. Pero el auténtico no llegó a tiempo y las ventas de los pisos se llevaron a cabo utilizando su falsificación.

Para cuando quedó claro que el certificado de seguridad jamás iba a expedirse y que el edificio no había pasado las inspecciones, ya estaba metido hasta el cuello. Había comprado el ático con un descuento considerable. No le convenía que nadie se enterara de los problemas que tenía el edificio.

Contrató un seguro de vida por si acaso lo descubrían. Habría resultado sospechoso contratar una sola póliza a su nombre, por lo

que también adquirió otra a nombre de Jen. Luego empezó a planear su desaparición y la manera de convencer a todo el mundo de que había muerto. Era la única vía de escape del atolladero en el que se encontraba, la única forma de evitar la cárcel y disponer de algo de dinero para vivir.

Por suerte, pudo convencer a Jen, pero entonces apareció Mia, amenazando con echarlo todo a perder. Ahora parecía que Jen estaba de su parte, pero no podía permitir que descubriera lo de Lizzy.

—¿De verdad tienes que volver a la villa ahora? —preguntó Lizzy, rodeándolo con los brazos.

—Tengo que pasar mi última noche con Jen —respondió él. Le debía por lo menos eso.

Ella le tomó la mano.

—¿Puedes enseñármelo primero? —preguntó.

—¿Enseñarte el qué?

—El lugar donde vas a desaparecer.

Él sonrió.

—¿Para qué quieres verlo?

—Solo para poder imaginarlo —dijo ella.

Él dudó un momento y luego asintió con la cabeza.

—De acuerdo.

Rob condujo de vuelta hacia la villa y Lizzy lo siguió en su propio coche. Aparcaron al final del camino de entrada, donde no se los podía ver desde la casa. Él salió del coche y cerró la puerta en silencio, y Lizzy lo imitó.

—Por aquí —dijo él, tomándole la mano.

Les costaba ver en la oscuridad y Lizzy tropezó con una pequeña piedra. Él la sujetó y ella dejó escapar una risa nerviosa.

—Ten cuidado —le dijo él mientras sus ojos se acostumbraban a la luz de la luna. La guio a través de una pequeña verja hasta el

sendero del acantilado que rodeaba el jardín de la villa.

Ella volvió la vista atrás mientras el viento le mecía el pelo.

—¿Es tu casa? —preguntó—. Es espectacular.

—Sí —respondió Rob con una sonrisa. Deseaba haber tenido la oportunidad de llevar a Lizzy allí, como había hecho con Mia. Iba a echar de menos su villa, aunque solo era una de las muchas cosas que tendría que dejar atrás para empezar de nuevo.

—Ojalá pudiera verla por dentro.

Rob vio que la luz del salón estaba encendida. No podía arriesgarse.

—Me temo que no va a poder ser —dijo—. Jen está dentro.

—¿Puedo ver el lugar donde desaparecerás? —preguntó Lizzy.

—Está justo aquí arriba. —Rob la condujo por el sendero hasta el punto donde este se adentraba en el mar.

—Allí —dijo, señalando hacia abajo—. ¿Ves el camino del acantilado? Bajaré hasta allí para darme un baño y dejaré la ropa en las rocas. Iré nadando hasta la playa de al lado, recogeré mi bolsa y me iré caminando.

—No veo el camino —dijo Lizzy, acercándose un tanto.

—Ten cuidado —le dijo él—. No te acerques demasiado al precipicio. —Resultaba difícil ver dónde terminaba el acantilado en la oscuridad de la noche y, además, la brisa nocturna comenzaba a arreciar.

Un escalofrío recorrió su cuerpo. Él la tomó de la mano y la envolvió en un abrazo. Con el viento soplando entre sus cabellos, la besó.

—Te voy a echar de menos —dijo él.

—Solo son dos semanas —dijo Lizzy sonriendo—. Pronto volveremos a estar juntos.

CINCUENTA Y OCHO

Cuando Amy se acostó, Jen y Natasha se quedaron charlando. Rob aún no había vuelto y ya eran más de las once de la noche. Jen no tenía claro si estaba en el campo de golf o si, en realidad, estaba haciendo otra cosa que no quería que ella supiera. Pero a esas alturas ya no le importaba. Siempre y cuando volviera a casa esa noche y estuviera preparado para su «desaparición» al día siguiente, no habría ningún problema.

Se le pasó por la cabeza que tal vez había cambiado de planes. Quizá se había dado cuenta de que ella ya no estaba de su lado y le preocupaba lo que pudiera hacer. Frunció el ceño mientras Natasha le rellenaba la copa de vino. Estaba nerviosa por lo que pudiese pasar al día siguiente y eso la estaba volviendo paranoica.

—Te honra haber sido tan indulgente con Amy —dijo Natasha.

—Gracias —dijo Jen. Natasha se había sentado más cerca de ella y sus hombros se rozaban.

—Me sorprende lo tranquila que has estado con todo esto. Es casi como si… ya supieras lo de Amy y Rob.

Jen miró a Natasha, deseando confesarle todos sus planes, todos los secretos que había guardado durante tanto tiempo.

—Me imaginaba que había algo —dijo.

Natasha la miró.

—Eres un enigma, Jen. Nunca sé lo que estás pensando. A veces eres tan hermética.

—Las cosas han sido difíciles últimamente.

—Sabes que puedes confiar en mí, ¿verdad? —dijo Natasha con voz queda.

—Sí, claro.

—Y sabes que siempre me has atraído.

—No lo sabía hasta ese beso de hace unas semanas —dijo Jen con sinceridad. Sintió un brizna de posibilidad en el pecho, el lejano reflejo de un nuevo horizonte una vez que Rob se hubiera ido.

—Pensaba que no estabas interesada porque seguías enamorada de Rob. Pero hace mucho tiempo que no estás enamorada de Rob, ¿no es así?

Jen negó con la cabeza.

—Creo que mi amor por él empezó a desvanecerse cuando descubrí que me engañaba —dijo—. Ya no parecía el hombre con el que me había casado. —La tensión en el aire era palpable. Jen podía sentir el aliento de Natasha en su cuello.

—¿Alguna vez has sentido algo por mí? —preguntó.

Jen tragó saliva y se giró hacia ella, dejando que los labios de Natasha se encontraran con los suyos. Por un momento, los pensamientos de Jen se detuvieron y se dejó atrapar por el beso.

Cuando se separaron, Natasha estaba sin aliento.

—Has estado ocultando cosas —dijo, acariciándole el pelo a Jen—. Has estado fingiendo ser feliz en tu matrimonio para mantener las apariencias.

Jen asintió.

—Y por los niños —dijo—. Lo son todo para mí.

Se preguntó cuánto sabía Natasha, qué había descubierto.

—No he parado de darle vueltas desde que vi las pastillas de tu madre en tu bolso —dijo Natasha. Jen contuvo la respiración—. Dijiste que ibas a dejar a Rob, pero luego cambiaste de opinión. No importaba lo mal que te tratara, tú no estabas dispuesta a separarte de él. No lo entendía.

—Era por los niños —dijo Jen—. Eso es todo.

—Rob sigue sufriendo desmayos, ¿verdad? —dijo Natasha—. La

primera vez fue a urgencias, la segunda vez se lo encontró Amy y, cuando llegamos aquí, se había quedado dormido a una hora anormalmente temprana. Pero tú no parecías preocupada por su salud.

—Claro que me preocupaba —dijo Jen—. A pesar de todo lo que ha sucedido, sigue siendo mi marido.

—Te conozco, Jen. Te he… admirado durante mucho tiempo. Sé que no me estás contando toda la verdad.

Jen se quedó callada, sin saber qué decir. ¿Podía confiar en Natasha?

Natasha tomó aliento.

—Has estado drogando a Rob, ¿verdad? Por eso se quedó dormido tan pronto la primera noche.

Jen le acarició el pelo a Natasha. Ya no tenía sentido negarlo.

—Me conoces demasiado bien —dijo.

—O sea, que es cierto —dijo Natasha, incrédula—. ¡Lo has estado drogando! Madre mía, Jen.

Jen se acurrucó en los brazos de Natasha. Ahora tendría que contárselo todo. De lo contrario, Natasha sabría que Jen lo había drogado cuando desapareciera en el mar.

—Natasha —dijo—. ¿Puedo confiarte un secreto?

CINCUENTA Y NUEVE

Al día siguiente, Natasha llevó a Amy y a Jen a la casa de los Beddow mientras los niños estaban en el campamento de vacaciones. Les llevó un buen rato encontrar el camino a la granja. La entrada estaba cubierta de maleza y sin señalizar, y el camino, embarrado y lleno de baches. Natasha maldecía al ritmo que el coche de alquiler saltaba sobre los socavones.

Natasha se detuvo frente a la casa. Amy contempló la granja desde la ventana trasera del coche. Allí era donde vivían ahora el señor y la señora Beddow. Con Gemma. Su hija. El lugar estaba descuidado; las malas hierbas se acumulaban ante a la pared delantera. No era lo que Amy esperaba. Cuando vivían en el internado, tenían un jardín perfectamente cuidado, lleno de rosas, que el jardinero del centro mantenía con mucho cariño.

Amy observó la casa, preguntándose cuál de las habitaciones sería la de Gemma. Fantaseó con Gemma mirando por la pequeña ventana que daba al campo. Debía ser maravilloso crecer rodeada de la paz y la tranquilidad del campo. Amy imaginó que su habitación estaría llena de juguetes. El señor y la señora Beddow siempre habían querido tener un hijo y estaba segura de que la habrían mimado, dándole todo lo que se le antojase.

Amy recordó lo que Jen le había dicho la noche anterior: que ella y Natasha se asegurarían de que pudiera ver a Gemma. Se merecía verla. La había dejado a cargo de los Beddow porque sabía que ellos le darían una vida mejor que la que ella podría ofrecerle, pero ahora no estaba tan segura de que hubiera sido la decisión correcta.

—¿Estás lista para entrar? —preguntó Jen con delicadeza desde la

parte delantera del coche.

—No lo sé —dijo Amy. No se veía capaz de enfrentarse a ellos después de tantos años. Había sido muy liberador contarles la verdad a Jen y Natasha la noche anterior. Eran las únicas personas en el mundo que la sabían. Su madre no había ido a visitarla al internado durante los últimos meses del embarazo, por lo que ni siquiera sabía que Amy había tenido una hija. Por otra parte, si el resto del personal del centro descubrió que estaba embarazada, nunca dijo nada. Además, para entonces ya la habían acogido los Beddow, de cuya casa apenas le permitían salir. Puede que surgieran dudas cuando nació Gemma, pero los Beddow dijeron a todo el mundo que era suya.

—Estaremos a tu lado —dijo Natasha, apretándole la rodilla—. No tendrás que pasar por esto sola.

—Gracias —dijo Amy. Estaba muy agradecida de poder contar con ellas. La noche anterior sintió que Natasha y Jen eran la familia que nunca había tenido, las únicas personas en las que podía confiar. Le alegraba que se hubieran ofrecido a acompañarla.

Las tres salieron del coche. El ruido de las puertas del coche al cerrarse resonó en el paisaje desértico, pero no hubo respuesta desde el interior de la casa.

—¿Seguro que es la dirección correcta? —preguntó Jen—. Parece que no hay nadie en casa.

—Sí, seguro —respondió Amy.

—¿Quieres llamar o echamos un vistazo primero? —preguntó Natasha.

—Echemos un vistazo —dijo Amy. Aún no estaba preparada para llamar a la puerta; no se sentía con fuerzas de enfrentarse a la pareja que una vez había significado tanto para ella.

Dieron la vuelta a la casa, observando las instalaciones en ruinas. Había un antiguo establo con la puerta metálica colgando de las

bisagras. En una de las esquinas había botellas con productos químicos, cuerdas y algunos bidones de gasolina. La parte trasera de la granja estaba en peor estado si cabe; las tejas sueltas pendían precariamente sobre el borde del canalón.

Amy buscó juguetes infantiles en el jardín trasero, cubierto de maleza. Esperaba encontrarse un columpio, un tobogán, incluso una carretilla o una pala de juguete. Pero no había nada. Entre las hierbas vio un rastrillo oxidado y unas tijeras de podar. Aquel no era un lugar para que jugaran los niños.

Amy se estaba poniendo enferma. Ese no podía ser el lugar en el que estaba creciendo Gemma. No podía haberla abandonado a una vida así.

—Vamos a llamar —dijo Jen con decisión—. A ver si están en casa.

Dio la vuelta a la casa, seguida por Amy y Natasha.

Jen se acercó a la puerta y llamó. No hubo respuesta.

—Quizá deberíamos volver a casa —dijo Amy—. No están.

—No —dijo Natasha—. No te vas a marchar. Tienes que resolver esto mientras estés en Francia. Tienes que ver a tu hija.

Jen volvió a llamar, esta vez con más fuerza.

La puerta se abrió de golpe.

—¿Qué queréis? —preguntó una mujer, enfadada.

Amy la reconoció de inmediato. La señora Beddow había envejecido mucho en los cinco años que había pasado sin verla. Había perdido unos veinte kilos, su rebelde cabello oscuro estaba salpicado de canas y tenía los ojos hundidos.

—¿Señora Beddow? —dijo, vacilante—. Soy yo, Amy.

—¿Amy? —La miró con recelo—. Oh, Amy. Te has teñido el pelo de rubio. Estás diferente. Pero ¿qué estás haciendo aquí?

No estaba contenta de verla.

—He venido a ver a mi hija, Gemma.

—Gemma no está.

—Déjenos entrar —dijo Natasha, poniendo el pie en el quicio de la puerta para impedir que la cerrara.

—¡Leo! —gritó la señora Beddow—. ¡Leo! ¡Baja! Otra vez ha venido gente a molestarnos.

Se escucharon pasos rápidos en las escaleras y luego apareció el señor Beddow, con el mismo aspecto de siempre. Tenía el pelo rubio, aclarado por el sol, y la cara bronceada.

—¿Qué quieres? —le dijo a Amy.

—¿No la reconoces? —dijo la señora Beddow—. Es Amy. La chica que estaba antes que Jessica.

—¡Andando! —dijo él—. Sí, ya veo. Claro, ahora la reconozco. —Miró a Amy de arriba abajo—. ¿Qué quiere?

—Quiere ver a su hija —dijo Jen con firmeza.

—¿A su hija?

—Gemma… —susurró la señora Beddow—. Ha venido a ver a Gemma.

—Pues no va a poder ser.

—No nos vamos a mover de aquí hasta que la veamos —dijo Natasha—. Abusasteis de Amy y le robasteis a su bebé. Deberíais estar en la cárcel.

—¿Acaso no hemos recibido suficiente castigo ya? —preguntó la señora Beddow—. Leo perdió su trabajo. Y Gemma… Bueno, ella se ha ido.

—¿Se ha ido a dónde? —preguntó Amy, tragándose la bilis que le subía por la garganta.

—Era una niña ignorante y mala —dijo Leo—. Desde el principio lloraba mucho. Era difícil de tratar. Tuvimos que darla en adopción.

—Se la llevaron —dijo la señora Beddow con el rostro cubierto de lágrimas—, después de lo que le hiciste a Jessica.

—Yo no le hice nada a Jessica.

—Era menor de edad —dijo la señora Beddow—. Era demasiado

arriesgado. —Se volvió hacia Amy—. Hemos perdido a Gemma —dijo —. Perdimos a nuestra hija cuando acusaron a Leo. La mandaron a un hogar de acogida. Probablemente la habrán adoptado.

—Eso no es asunto suyo —dijo Leo mientras le propinaba una fuerte patada a Natasha en la espinilla. Ella retiró el pie de la puerta en un acto reflejo.

La señora Beddow le cerró la puerta a Amy en las narices.

Amy volvió a llamar a la puerta.

—¡Tienen que decirme dónde está! —gritó. Golpeó la puerta de madera sin parar hasta que se le enrojeció la mano—. ¡Díganme dónde está! —gritó una y otra vez.

—No pueden irse de rositas —dijo Natasha—. Te la robaron y encima la descuidaron.

Amy pensó en su pobre hija, sin un solo juguete con el que jugar, atrapada con los Beddow, una pareja que llevaba chicas adolescentes a casa para «entretenerse». No la habían cuidado, no habían jugado con ella, no la habían querido.

Recordó las palabras con las que el señor Beddow se había referido a Gemma, llamándola mala e ignorante. Era su propia hija, pero no se había preocupado por ella. Todo ese tiempo, Amy había intentado olvidarse de su hija, dejarla en paz para que pudiera tener una buena vida con ellos. Estaba segura de que el señor y la señora Beddow la querrían y la cuidarían. Pero no fue así.

Natasha empezó a gritar hacia la casa.

—¡Salgan! —dijo—. No pueden esconderse como si nada.

—Esto no puede quedar así —dijo Jen—. No es justo. Tienen que pagar por lo que han hecho.

Jen tenía razón. Tenían que ser castigados, pero Amy sabía que a nadie le importaba lo más mínimo. A nadie le importó ella en su momento. El internado hizo la vista gorda, y la policía nunca habría creído que habían abusado de ella. Si quería justicia, tendría que

tomarla por su propia mano.

A Amy la invadió una enorme sensación de desesperanza. Lo había perdido todo. Ya no le quedaba nada por lo que vivir. Lo único que quería era que pagaran por sus actos. De repente, recordó los bidones de gasolina del establo. Fue corriendo y cogió uno, junto con un trapo que encontró al lado. Empapó el trapo en gasolina y se dirigió a la puerta principal.

—¡Amy! —gritó Natasha—. ¿Qué estás haciendo?

Pero Amy ya había sacado un mechero de su bolso, había prendido el trapo y lo había metido en el buzón.

SESENTA

—¡Dios mío! —exclamó Jen al ver a Amy meter el trapo en llamas en el buzón.

Natasha golpeó la puerta principal.

—Tenemos que avisarlos de que hay un incendio —dijo con urgencia.

No hubo respuesta desde el interior de la casa.

Las llamas comenzaron a extenderse tras la puerta. Jen podía sentir el calor que emanaban.

Natasha dio la vuelta hasta la parte trasera de la casa.

—¡Fuego! —gritó—. ¡Hay un incendio!

—Hay que llamar a los bomberos —dijo Jen mirando su teléfono—. Pero no tengo cobertura.

Amy se quedó mirando fijamente la puerta cerrada, como en una suerte de trance.

—Vamos a alejarnos en el coche hasta que tengamos cobertura —dijo Jen, que agarró a Amy por el brazo y la arrastró hacia el vehículo.

—No podemos dejarlos ahí dentro —dijo Natasha—. Se van a quemar vivos.

—Sí que podemos —dijo Jen—. No nos queda otra. Si intentamos entrar para ayudarlos, pondríamos en peligro nuestras propias vidas.

Natasha miró su teléfono.

—Yo tampoco tengo cobertura. —Se subió al asiento del conductor; Jen metió a Amy a empujones en el asiento trasero y se sentó a su lado.

—¡Vamos! —dijo.

Natasha condujo rápidamente por el camino y luego se detuvo, indicando que iba a girar hacia la carretera principal.

Jen miró su teléfono. Seguía sin tener cobertura.

Amy se había girado en su asiento, mirando hacia la casa. Cuando Jen volvió la vista atrás, vio que salía humo del tejado.

Su teléfono había conseguido una barrita de cobertura. Jen intentó contactar con los bomberos, pero la llamada no llegó a establecerse.

—Dios mío —dijo Natasha, mirando por el espejo retrovisor—. Se ve el humo desde aquí.

Giró hacia la carretera principal. No habían avanzado mucho cuando se cruzaron con dos camiones de bomberos a toda velocidad y con las sirenas encendidas.

—Están de camino —dijo Jen.

Amy seguía mirando por la ventana trasera.

—¿Qué va a pasarme ahora? —susurró en voz baja.

Cuando llegaron a casa, Rob estaba nadando en la piscina. Los niños se iban a quedar a dormir en el campamento, como hacían todos los años.

Jen, Natasha y Amy se sentaron en los sofás del salón. Jen le sirvió una copa de vino a cada una.

—Ha sido intenso —dijo.

—No dejo de mirar por si ha salido en las noticias —dijo Natasha—. Pero no hay nada en internet, salvo un par de fotos en las redes sociales.

—Déjame ver —dijo Jen, arrebatándole el teléfono. Las fotos se habían tomado hacía quince minutos y solo mostraban una columna de humo en el horizonte.

—A lo mejor ya han apagado el fuego —dijo Jen, esperanzada—. Hemos visto a los bomberos. Habrán llegado rápido.

—No puedo creer que haya hecho eso —dijo Amy, respirando entrecortadamente—. No era mi intención, pero me dejé llevar por el

odio. Me quitaron a mi hija. No pensé en las consecuencias.

—Ha sido una estupidez —dijo Natasha—. Podrían meterte en la cárcel.

—Se lo merecían —dijo Jen, indignada—. Después de lo que le hicieron.

Una lágrima se deslizó por la mejilla de Amy.

—¿Debería llamar a la policía? —preguntó—. ¿Debería confesar?

—Quizá —dijo Natasha, que se levantó y empezó a dar vueltas de un lado a otro—. Puede que sea lo mejor. Te van a pillar tarde o temprano. —Se puso pálida—. Y seguro que alguna cámara ha grabado el coche de alquiler. Lo alquilamos a *mi* nombre. Nos van a encontrar, no hay duda.

—Espera un momento —dijo Jen pensando en sus propios planes. No podía permitir que la policía fuera a la villa. Ahora no—. No nos precipitemos. No hace falta llamar a la policía; si tienen alguna pregunta que hacernos, vendrán a buscarnos.

—Prefiero que no tengan que venir a buscarnos —dijo Natasha—. Pensarán que las tres somos responsables si Amy no confiesa, ¿no?

—¿Y si los Beddow han muerto en el incendio? —dijo Amy en voz baja—. Sería por mi culpa.

Natasha volvió a mirar su teléfono.

—No han muerto —dijo, aliviada—. Alguien ha comentado que dos personas escaparon de la casa antes de que se propagara el fuego. Ilesas. Hay una foto de los Beddow con los bomberos. Ambos están bien.

Amy se puso blanca como la nieve.

—Sabrán que fui yo —balbuceó—. Sabrán que fui yo quien prendió fuego a su casa.

—Pero ¿se lo dirán a la policía? —preguntó Jen—. Porque si lo hacen, nada te impide contarles que abusaban de ti y que te quitaron a tu bebé. Eso es un delito. Creo que preferirán callarse.

—¿Estás segura? —preguntó Amy, llena de dudas.

—Si te digo la verdad, Amy —dijo Jen—, no vas a ganar nada hablando con la policía. Los Beddow no querrán meterse en más problemas.

Una vez que consiguió calmar a Natasha y Amy, Jen salió a ver a Rob a la piscina.

—¿Todo bien? —le preguntó él, mirándola.

—Sí, todo bien —respondió ella. No necesitaba saber nada del incendio. Era mejor que nadie supiera que habían estado allí. Últimamente le resultaba más natural ocultarle secretos que compartir información con él.

—¿Por qué dejas que Amy se quede en la casa? —preguntó él.

—El avión de vuelta estaba completo. Y me pareció lo más sensato. Es impredecible, no podemos perderla de vista. Y menos en un momento tan crucial. Si la tratamos mal, podría entrometerse en nuestros planes y mandarlos al traste.

Rob asintió.

—Está loca —dijo—. No tienes ni idea de lo que he tenido que aguantar —Miró a Jen buscando su complicidad. No la obtuvo—. Asegúrate de que no se acerque a mí.

—Vale —dijo Jen. Recordó que Amy le había dicho a Rob que estaba esperando un hijo suyo, pero él no había mostrado el más mínimo interés en el bebé. Ni siquiera se había preocupado por lo que le pasaría cuando él desapareciera.

—¿Estás preparado para esta noche? —preguntó Jen.

—Todo lo preparado que se puede estar —respondió él—. He dejado mi bolsa entre la maleza de la playa de al lado. Voy a bajar sobre las nueve, cuando haya oscurecido. Puedes decir que te diste cuenta de mi desaparición por la mañana.

—Bien pensado —dijo Jen. Lo miró un momento, tratando de ver al hombre al que una vez había amado. Era como mirar a un extraño

—. Me gustaría bajar a la playa contigo —dijo—. Será la última vez que nos veamos en mucho tiempo.

Él salió de la piscina y la besó. Sería uno de sus últimos besos y Jen tuvo que hacer acopio de toda su fuerza mental para no apartarlo.

—Va a ser duro estar sin ti —dijo él—. Te quiero.

—Yo también te quiero —respondió Jen. La mentira salió con sorprendente facilidad de sus labios.

SESENTA Y UNO

Rob y Jen caminaron de la mano hasta el acantilado, donde comenzaba el sendero que zigzagueaba por la ladera. La espera hasta que se impuso la oscuridad necesaria para poder llevar a cabo su plan se les había hecho eterna. Ahora, Rob estaba hecho un manojo de nervios, como si estuviera cometiendo un gran error. Pasaría mucho tiempo antes de que volviera a ver a sus hijos, pero la situación no sería diferente si lo metieran en la cárcel. Dudaba que Jen los llevara a visitarlo. Ella ni siquiera visitaba a su propio padre. Pensó en Lizzy, en Italia. Todo iba a salir bien. Una nueva vida lo esperaba.

Jen había traído un par de botellas de cerveza y le pasó una.

—Para que te relajes —le dijo.

Él la aceptó con gratitud, necesitado de calmar sus nervios y estabilizar sus temblorosas manos. Jen hizo chocar su botella contra la de él, se la llevó a los labios y dio un trago.

—Bajemos juntos el sendero —dijo ella—, mientras nos bebemos esto.

Caminaron hacia el mar en silencio, como si ya se hubieran dicho todo lo que tenían que decirse. Jen se mantuvo cerca de la sólida pared del acantilado, como si tuviera miedo de caer por el otro lado. Nunca antes había tenido miedo al recorrer ese camino, pero en la oscuridad todo parecía diferente. Resultaba difícil ver por dónde iban.

—¿Qué les has dicho a Natasha y Amy? —preguntó Rob—. ¿A dónde les has dicho que ibas?

—Les he dicho que hacía una noche preciosa para dar un paseo —

respondió Jen—. Me dijeron que quizá me acompañarían más tarde, primero quería pasar un rato sola.

—Bueno, pues sigamos con el plan —dijo él.

Rob se sentía cada vez más inquieto a medida que bajaba por el camino irregular que conducía a la pequeña playa. Le temblaba la mano que agarraba la barandilla de las escaleras. Dio otro trago a la cerveza buscando calmar los nervios. La botella estaba casi vacía.

Llegó al final del sendero con Jen a su lado.

Ella se acercó, le quitó la botella vacía y la guardó en una bolsa de plástico. Rob sonrió para sus adentros. Era típico de Jen asegurarse de no dejar basura.

Rob se quitó la ropa y se puso el bañador. Dobló las prendas y las dejó en un montoncito perfectamente ordenado. Luego, se giró hacia Jen.

—Así que esto es un adiós —dijo—. Por ahora. —Empezó a temblar. Pese a que era una noche cálida, tenía frío vestido únicamente con el bañador.

Jen lo rodeó con los brazos y levantó la cara para darle un último beso. Cuando sus labios se encontraron, Rob pensó en todos los años que la había amado, en lo buena esposa que había sido. Supuso que él no siempre había sido el marido perfecto, teniendo en cuenta que la fidelidad era uno de los criterios de evaluación, pero siempre le había proporcionado todo lo que ella había deseado.

—Estás helado —dijo ella, apartándose. Le frotó los brazos con fuerza—. Será mejor que te metas en el agua. El ejercicio te calentará.

Él asintió, le dio un último beso y se adentró en el mar. Dejó que su cuerpo se sumergiera, pero notó que los temblores empeoraban. Tenía que ponerse en marcha. Miró hacia la pequeña bahía que tenía delante. Debía bordear a nado el acantilado que se adentraba en el mar hasta llegar a la siguiente playa. La distancia hasta el acantilado

le pareció mayor de lo que recordaba. Una ola lo golpeó y, por un momento, quedó sumergido bajo el agua. Volvió a la superficie y comenzó a nadar a brazadas constantes.

Pero, por alguna razón, sus brazos se negaban a obedecer a su cerebro. De repente, todo se volvió borroso y se sintió abrumado por el cansancio. Intentó nadar, pero no pudo. Sintió que se hundía. Reconoció la sensación: así se había sentido antes de desmayarse. Tan cansado que apenas podía moverse, incapaz de levantar la mano siquiera.

Tenía que volver a la orilla. Ya. Algo iba terriblemente mal. Trató de reponerse del agotamiento y mover los brazos en el agua, pero la corriente lo arrastraba mar adentro.

No podía ser, no podía acabar así. Era imposible. Iba a reunirse con Lizzy en Italia. Iba a empezar otra vida lejos de todos sus problemas. Una vida divertida y emocionante.

Debía volver a la orilla. Centró la mirada en la playa y pataleó con más fuerza. Puso toda su energía y concentración en regresar a aquel punto.

Vio a Jen en la playa. Ella era consciente de que estaba en problemas. ¿Por qué no se metía en el agua? ¿Por qué no acudía en su ayuda? No entendía que se estaba ahogando. Intentó gritar para pedir ayuda, pero se le llenó la boca de agua y volvió a hundirse. Luchó por regresar a la superficie.

Aún podía ver a Jen; ella no lo perdía de vista. Y fue entonces cuando lo comprendió todo. La cerveza. Estaba drogada. Ella quería que se ahogara.

SESENTA Y DOS

Jen vio cómo Rob se adentraba en el mar. Pudo ver que se tambaleaba ligeramente, pero él no parecía haberse dado cuenta. Todos sus esfuerzos estaban dando frutos. Fue complicado meter las pastillas en la botella de cerveza: primero tuvo que triturarlas y luego remover la cerveza con una pajita. Pero mereció la pena, ya que consiguió que Rob se la bebiera de camino a la playa. No solo eso, sino que, además, fue en el momento exacto. Empezó a hacerle efecto justo cuando se metió en el agua. Esperaba haber acertado con la dosis. La suficiente como para que se ahogara.

Rob se sumergió en el agua y Jen esperó a que empezara a nadar. Pero una ola lo arrolló y lo sumergió. Volvió a salir a la superficie y empezó a mover los brazos, pero parecía tener dificultades para nadar. Ella podía notar su confusión. Se volvió a hundir y ella contuvo la respiración. Las pastillas estaban haciendo efecto demasiado rápido. Habría sido mejor que empezaran a actuar cuando estuviera en aguas más profundas.

Rob luchó por volver a la superficie y ella lo observó, valiéndose de toda su energía para avanzar hacia adelante, hacia la orilla. Consiguió hacer pie, inestable entre las olas, aunque estaba saliendo del agua.

Jen se dio cuenta de que aquello no iba a funcionar. Miró el montón de ropa que Rob había dejado en la orilla. Aún podría parecer que se había ahogado al darse un temerario baño nocturno. Podría cobrar el seguro de vida y llevar una vida feliz y tranquila con sus hijos. Pero Rob tenía que adentrarse más en el agua para ahogarse y que la corriente lo arrastrara mar adentro.

Cogió el teléfono y le envió un mensaje a Natasha a toda prisa. Jen le había confesado todo la noche anterior, y ella le había dicho que contara con ella si necesitaba cualquier cosa.

Hay problemas con Rob. Te necesito en la playa.

Jen vio a Rob salir del mar y arrastrarse por la orilla a cuatro patas. El vendaje que le cubría la herida del pecho estaba empapado. A Jen le dio un vuelco el corazón. Si alguna vez encontraban el cuerpo, la herida del cuchillo podría delatarlos e incitar a la policía a investigar. Tenía que asegurarse de que nunca encontraran el cadáver, de que las mareas se lo llevaran.

—¿Qué ha pasado? —preguntó inquisitivamente—. ¿Estás bien?

—No —jadeó él mientras se ponía de pie—. No estoy bien. Me siento fatal. —Empezó a tambalearse hacia el sendero que subía por el acantilado—. Tengo que volver —dijo con voz temblorosa—. Necesito tumbarme.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Jen.

—No, puedo solo —respondió él, alejándose de ella. Seguía llevando el bañador y resbaló en los escalones de hormigón que conducían al sendero, golpeándose la rodilla.

—Déjame ayudarte —dijo Jen, extendiendo el brazo.

Él la rechazó.

Jen se aproximó y se detuvo unos escalones por encima de él. Vio el miedo reflejado en sus ojos. Sería muy sencillo empujarlo hacia abajo, ver cómo su cuerpo colisionaba con los escalones de piedra. Probablemente moriría. Sin embargo, su cuerpo permanecería allí, y podrían juzgarla por asesinato.

Él subió despacio los escalones hasta que logró incorporarse tembloroso junto a ella. Una pequeña valla de madera era lo único que los separaba de una caída hacia las rocas.

Cuando él se giró hacia Jen, ella pudo ver que sus ojos estaban

llenos de ira.

—¿Qué me has hecho, Jen? —preguntó en voz baja.

—¿Qué quieres decir?

—Me has drogado, ¿verdad? Esa cerveza… Tú eres quien me provocaba los desmayos.

Jen sonrió. Por fin lo había entendido.

—¿De verdad creías que podías tomarme por tonta, Rob? —preguntó con calma mientras el viento le acariciaba el pelo. Reprimió sus emociones, su rabia. Quería mantener el control.

—No, claro que no. Amy estaba mintiendo y lo sabes. Nunca tuvimos una aventura como ella afirma.

—Pero te acostaste con ella. Y no fue la única, estoy segura.

—Pero, Jen, yo te elegí a ti. Sabes que es así. Siempre quise estar contigo —balbuceó—. Las demás no significaban nada para mí.

—¿Y debería darte las gracias por haberme elegido? —replicó Jen, dejando aflorar su ira—. ¿Es eso? ¿Crees que tienes una fila de mujeres peleándose por ti?

—Estamos casados. Acabamos de renovar nuestros votos. Pensaba que me querías.

—Tienes un ego enorme, Rob —dijo Jen—. Sigues creyendo que eres un partidazo, cuando no eres más que un delincuente de poca monta que está a punto de desaparecer y abandonar a sus hijos. Tu codicia ha puesto en peligro la vida de tus hijos al meterlos en un edificio lleno de problemas, y encima les has robado los ahorros. ¿Qué te hace pensar que alguien podría quererte?

—Tú me querías, Jen. Sé que me querías. Estábamos bien juntos. Éramos un equipo.

Jen se rio.

—Hubo en tiempo en que yo también lo creía. De verdad. Lo hacía todo en casa: las tareas domésticas, cuidaba de los niños, cocinaba todas las comidas y me encargaba de que todo funcionara a la

perfección. Lo hacía por nosotros, por nuestros hijos. Porque creía que, si cooperábamos, podríamos construir una vida mejor para ellos. Pero entonces me di cuenta de que yo era la única persona del equipo. Tú solo te preocupabas por ti mismo. Nunca compartiste tu dinero conmigo, no como es debido. Me veías como una especie de asistenta barata.

—¿De qué te quejas? Te pasabas todo el día en casa, yendo al gimnasio y haciéndote la manicura mientras yo hacía todo el trabajo duro. ¿Qué tiene de malo que me divirtiera un poco mientras tú te gastabas mi dinero?

Jen dejó escapar una risa.

—No te enteras de nada, ¿verdad?

Rob se llevó la mano a la cabeza.

—¿Qué me has hecho? ¿Voy a volver a desmayarme?

Jen asintió.

—Tendrías que haberte desmayado en el mar —dijo con frialdad.

Rob se recompuso ligeramente y, a pesar de que le fallaban las fuerzas, se abalanzó sobre Jen. Ella acabó con la espalda apoyada contra la pequeña valla de madera y sintió cómo se doblaba bajo su peso. Intentó empujarlo, pero sus pies se empezaron a deslizar sobre la piedra mojada. Estaba segura de que terminaría resbalándose por completo. Rob la empujaba por los hombros, como decidido a tirarla por el precipicio. Jen estaba convencida de que la valla estaba a punto de ceder, lanzándolos a ambos al mar. Jen empujó a Rob hacia atrás, rezando por que las pastillas hicieran efecto cuanto antes y lo dejaran inconsciente.

—¡Jen! —gritó una voz desde lo alto del sendero.

Jen vio a Amy bajando los resbaladizos escalones de dos en dos. Saltó sobre Rob, agarrándolo por los hombros y alejándolo de Jen. Rob perdió el equilibrio y resbaló, golpeándose la cabeza con un crujido espantoso.

—¿Estás bien, Jen? —preguntó Amy—. Estaba caminando por los acantilados y oí voces. Sabía que era Rob. ¿Te ha hecho daño?

Jen respiraba de forma acelerada y entrecortada, y tardó un momento en recuperar el aliento.

—Estoy bien —dijo temblando.

Ambas miraron a Rob. Jen comprobó que tenía la vista perdida; la mirada, ausente.

Amy le dio una patada en el cuerpo abotargado.

—¡Te lo mereces! —gritó—. ¿Cómo has podido tratarnos así?

Jen se llevó el dedo a los labios. La situación se estaba descontrolando por momentos. Amy era impredecible. ¿Dónde estaba Natasha? Había dicho que vendría. Rob parecía a punto de desvanecerse.

Pero no podía morir allí. Las culparían a ellas. Tenía que ahogarse y que el mar lo arrastrara. Todo saldría bien si lo encontraban pasados unos meses, pero no podían hallar su cuerpo inmediatamente. La policía podría averiguar lo que había pasado. Su mente daba vueltas mientras pensaba en las personas que se habían ahogado allí: un hombre, hacía diez años, cuyo cuerpo no apareció hasta tres años después; y una mujer, cuatro años atrás, cuyo cuerpo nunca se encontró. Siempre y cuando la marea fuera la adecuada y el agua lo bastante profunda, Rob sería arrastrado mar adentro. Solo tenía que llevarlo al agua.

Rob cerró los ojos y cayó desmayado.

—¡Dios mío! —exclamó Amy—. ¿Está bien?

Jen le dio un golpe con el pie. No se movió. Estaba inconsciente. Habían recorrido un tercio del camino de ascenso. A sus pies, el mar era rocoso y poco profundo. Si subían otro tramo de escalones, llegarían al banco. Ese punto del acantilado tenía las mejores vistas, pero también pendía sobre en aguas profundas. Sería su mejor baza para conseguir que el mar se llevara el cuerpo de Rob.

—¿Hola? —Jen oyó otra voz. Natasha. Levantó la vista hacia el acantilado y vio una luz, que debía ser la de su teléfono.

—Estamos aquí abajo —gritó Jen. Su voz resonó en los acantilados y se dio cuenta de que había gritado demasiado alto. ¿Y si alguien más la había oído?

Desechó esa idea. Las casas vecinas estaban muy lejos como para escucharla.

Oyó un ruido en la parte superior de la escalera y vio a Natasha bajando por el sendero.

Jen subió unos escalones para encontrarse con ella.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Natasha.

—Rob iba a darse un baño —respondió Jen—, pero se mareó en el agua. Salió y me atacó, y Amy me rescató. Se ha golpeado la cabeza y se ha quedado inconsciente.

Natasha desvió la vista de Jen a Amy, y se dio cuenta de que Jen estaba mintiendo por el bien de Amy.

—Tenemos que llevarlo al hospital —dijo Amy.

—¿Me ayudas a subirlo por las escaleras? —preguntó Jen.

Natasha miraba fijamente la bolsa de plástico que había junto a Jen y que contenía las dos botellas de cerveza vacías. La había dejado caer cuando Rob la atacó. Por suerte, las botellas no se habían roto. No podía dejarlas allí, la policía podría encontrarlas.

Natasha conocía los planes de Jen, pero no pudo evitar preocuparse al ver a Rob en ese estado.

Jen agarró a Natasha por el brazo y la atrajo a ella.

—Recuerda lo que me hizo —le dijo—. Me dijiste que me ayudarías. Si Rob desaparece, podremos estar juntas.

—No pensé que fueras a hacerlo —susurró Natasha.

Jen miró a Amy, que observaba el cuerpo inerte de Rob.

—Tenemos que llevárnoslo —dijo.

Natasha tragó saliva.

—Vale —dijo, y levantó a Rob por las piernas—. Vosotras dos, cogedlo de los brazos.

Amy y Jen se encargaron de un brazo cada una. Natasha empezó a subir los escalones de espaldas. Rob pesaba mucho y los escalones resbalaban, por lo que resultaba difícil llevarlo, aunque avanzaban con paso firme.

Pronto llegaron a la plataforma sobre el borde del acantilado, donde se encontraba el banco.

—Vamos a parar aquí —dijo Jen, jadeando. Lo bajaron al suelo.

—¿Está bien? —preguntó Amy, mirándolo—. No está… muerto, ¿verdad?

Habría sido mejor si fuera así; sería más fácil convencerlas de tirar su cuerpo al mar.

—Dios mío —dijo Jen mientras se agachaba y le tomaba el pulso. Su corazón todavía latía—. Creo que sí —dijo. Le puso la mano sobre la boca para sentir su aliento. Seguía respirando—. Está muerto —dijo Jen—. Está muerto. —Se cubrió el rostro con las manos simulando conmoción ante la pérdida.

—¡Oh, no! —dijo Amy, llevándose las manos a la cara, horrorizada —. Lo he matado. ¡Lo he matado! ¿Qué vamos a hacer? ¿Llamamos a una ambulancia? ¿Es demasiado tarde para practicarle los primeros auxilios? —Miró a Jen en busca de orientación—. Lo aprendí en el instituto, pero no me acuerdo muy bien… —Se arrodilló junto a Rob.

—Es demasiado tarde, Amy —dijo Jen—. Ojalá no fuera así.

Amy miraba de un lado a otro.

—Si ya está muerto… ¿a quién llamamos?

Jen miró a Rob en el suelo, vio el vendaje sobre su herida de cuchillo y tuvo una idea.

—Si llamamos a la policía, pensarán que tú lo has matado —le dijo a Amy—. Encontrarán tu ADN en su cuerpo, y lo atacaste con un cuchillo. Irás a la cárcel.

—¿No podemos decir que fue en defensa propia? ¡Intentaba ayudarte!

—Hoy has incendiado una casa. Y has apuñalado a Rob. Nunca te creerán.

Las lágrimas comenzaron a surcar el rostro de Amy.

—Todo irá bien —dijo Jen—. Todo irá bien si nos mantenemos unidas. Podemos tirarlo al mar.

Amy parecía desconcertada.

—Pero ¿qué será de él?

—El mar se llevará su cuerpo. Las mareas son fuertes aquí, no lo encontrarán.

Jen miró a Natasha, rezando por que esta estuviera pensando en su futuro juntas, por que no le dijera a Amy que Jen había drogado a Rob.

—Es una buena idea —dijo Natasha—. Solo nosotras sabemos que tiene una herida de cuchillo. Tenemos que permanecer unidas.

Jen podía sentir la confusión de Amy. Le estaban ofreciendo una salida, una forma de escapar de sus errores.

—Siempre estaremos a tu lado, Amy —dijo Jen—. Pero no sabemos qué pensará la policía. Y Rob ya está muerto, no podemos hacer nada por él. Lo mejor para todas es deshacernos del cuerpo.

Amy asintió entre lágrimas.

Jen se acercó al banco y se detuvo frente a él, mirando el precipicio que tenía ante sí. Las olas rompían contra el acantilado. Si había entendido correctamente el funcionamiento de las mareas, en un par de horas la marea comenzaría a bajar y la corriente arrastraría el cuerpo de Rob mar adentro.

Jen miró a Natasha.

—Llevémoslo hasta el borde —dijo.

—Esperad un momento —dijo Amy en voz baja—. Tengo que despedirme. —Se inclinó sobre el cuerpo de Rob y le dio un beso en

la mejilla. Jen rezó para que no notara su débil respiración. Pero Amy estaba demasiado conmocionada como para captar esos detalles—. Lo siento mucho —le susurró al oído—. Las cosas no tendrían que haber acabado así.

—Vamos, Amy —dijo Jen—. No tenemos mucho tiempo.

Amy se levantó y se secó las lágrimas con el dorso de la mano. Luego, levantaron el cuerpo entre las tres: Natasha cogió las piernas y Jen y Amy, los brazos. Las lágrimas se derramaban por el rostro de Amy.

Se detuvieron al llegar al borde del precipicio. Jen miró hacia arriba, examinando el camino del acantilado para comprobar que no hubiera nadie mirando. No pudo ver ninguna iluminación artificial. La única luz era la de la luna y las estrellas. En otra vida habría sido una noche mágica, romántica incluso.

Su vida con Rob pasó ante sus ojos: cuando lo conoció en el instituto, la primera vez que fue a la maravillosa casa de sus padres, el día de su boda, cuando se quedó embarazada. Todo esos momentos prometían una vida familiar mucho mejor que la que había tenido de niña. Pero todo eso terminó cuando él sacrificó a su familia por su codicia. La vida que habían construido juntos había acabado, al igual que la vida del propio Rob.

—Adiós, Rob —susurró. Luego se dirigió con calma a Natasha y Amy—. Tenemos que lanzarlo lo más lejos posible del acantilado. Hay que balancearlo.

Asintieron con la cabeza sin mediar palabra.

—A la de tres —dijo Jen.

—Uno, dos, tres… —Al unísono, las tres balancearon el cuerpo hacia el mar y lo soltaron casi al mismo tiempo.

Vieron a Rob caer como un muñeco de trapo, sus miembros flácidos agitándose, hasta caer al agua.

Desapareció bajo la superficie. Jen casi esperaba que la inmersión

en el agua lo despertara, que algo instintivo dentro de él se diera cuenta de lo cerca que estaba de la muerte y, de alguna manera, burlara el efecto de las pastillas y lo obligara a luchar por salir a flote.

Pero no salió. Jen observó el punto donde había caído a medida que pasaban los minutos. Jamás reapareció. Miró hacia la inmensidad del mar tratando de divisar la blanca piel de su cuerpo, pero no pudo encontrarla. No había vuelto a salir de su última zambullida. Había desaparecido.

TRES DÍAS DESPUÉS

The London Times

02/08/2024

Se piensa que el padre de familia desaparecido en Francia se ha ahogado

La policía francesa está investigando la desaparición de Rob Peterson, un ciudadano londinense. Él y su esposa estaban de vacaciones con sus tres hijos y dos amigas cuando desapareció a principios de esta semana. Su ropa fue encontrada en una playa cercana. Se cree que se adentró en el mar para nadar durante la noche y tuvo problemas con las mareas.

Los guardacostas han suspendido las labores de búsqueda y se cree que Peterson se ha ahogado. Su esposa, Jen Peterson, está desconsolada. «Rob era un buen nadador», nos dijo. «No me creo que haya muerto. El domingo renovamos nuestros votos matrimoniales delante de nuestros tres hijos. Todavía no les he contado lo que le ha pasado a su padre. Están esperando que vuelva. No puede haberse ahogado».

Los padres de Rob, Hugh y Penny, se han desplazado a Francia para ayudar en la búsqueda de su hijo, así como para cuidar de sus nietos. «Haremos todo lo que sea necesario para encontrarlo», dijo Penny. «Sé que sigue ahí fuera. Una madre sabe estas cosas. Tenemos que encontrarlo, por los niños. Es un padre y un marido maravilloso».

Sin embargo, los informes médicos indican que Rob había sufrido

desmayos previamente y que podría padecer una enfermedad cardíaca no diagnosticada, lo que podría haber contribuido a su desaparición en el agua.

TRES SEMANAS DESPUÉS

Lizzy disfrutaba de un cóctel sentada en un bar de la costa italiana. Ya se había aburrido del pueblo costero en el que estaba. No había mucho que hacer y poco que ver, y no hablaba el idioma. Todos los días transcurrían exactamente igual: se bañaba en el mar, almorzaba en la playa, tomaba el sol y se iba a tomar algo a un bar.

Llevaba allí más de una semana y, aunque había hablado con algún que otro turista y había hecho un par de excursiones, no había establecido ninguna relación significativa ni había tenido muchas conversaciones de interés.

Rob debería haber llegado hacía una semana. Sabía que había llevado a cabo su plan de desaparecer. Lo habían publicado en los periódicos. Encontraron su ropa en la orilla, tal y como él había dicho. Se suponía que iba a cruzar Francia para reunirse con ella en Italia. También debía traer dinero en efectivo para sacarla del hostal de mala muerte en el que se alojaba y hospedarse juntos en un buen hotel. Pero no se había molestado en aparecer. Rob había pasado de ella, igual que de todas las demás. No debería haber cedido a sus encantos; fue una estupidez creer que él la veía de forma distinta al resto de las mujeres de la oficina con las que se había acostado. Le había dicho que la amaba, que ella era diferente a las demás. Ella creía de verdad que era una persona especial para él. Incluso había dejado su trabajo por Rob.

Adiós a su aventura recorriendo juntos Europa. «Quizá ha conocido a otra persona por el camino —pensó con amargura—. O puede que haya decidido que no quería compartir el dinero del seguro».

Lizzy suspiró. Supuso que tendría que volver a su trabajo en la

inmobiliaria. Por suerte, ya no trabajaba en la empresa de Rob. Había oído rumores de que estaban en problemas, algo relacionado con un fraude. Varios empleados habían sido suspendidos y se estaba realizando una investigación. Dio otro sorbo a su cóctel y decidió que se marcharía al día siguiente. Visitaría un par de sitios más de Europa y luego volvería a casa. No pensaba esperar a Rob ni un día más.

SEIS MESES DESPUÉS

Jen terminó de desempaquetar la última caja y colocó los jarrones y las fotos familiares en la cornisa de la chimenea del salón. Le había llevado casi una semana, pero al fin había terminado de ordenar el contenido de todas las cajas.

Faltaba una semana para Navidad, y sus hijos estaban pasando unos días con sus suegros mientras ella se mudaba a su casa de campo y lo dejaba todo preparado para ellos. Había hecho las compras navideñas, montado el árbol y decorado su nuevo hogar. Todo parecía mágico, cada una de las habitaciones resplandecía con las luces navideñas. Los calcetines colgaban sobre la chimenea victoriana. Estaba impaciente por que vieran la casa, imaginando la alegría que reflejarían sus ojos. Sabía que la primera Navidad sin su padre les resultaría difícil y quería que fuera especial.

Se le hizo extraño mudarse de Londres, pero sabía que era hora de pasar página y empezar de nuevo. No fue fácil conseguir el dinero del seguro de vida. La policía concluyó que Rob era el responsable de haber falsificado los certificados de seguridad del edificio, y barajaban la hipótesis de que se hubiera quitado la vida. Después de un sinfín de llamadas telefónicas y otro tanto papeleo, la compañía de seguros accedió al pago. Jen había encontrado una pequeña casa de campo que pudo comprar con el dinero del seguro. Seguía siendo propietaria del ático, pero no podía venderlo hasta que se solucionaran los problemas del edificio. La disputa legal sobre quién debía hacerse cargo de la reparación prometía prolongarse indefinidamente.

Trasladó a su madre a una residencia cercana para poder visitarla

con regularidad y encontró un trabajo como agente inmobiliaria en la zona. El sueldo y las comisiones no le alcanzaban para pagar los gastos de los niños y la residencia de su madre, pero lo compensaría con el dinero del seguro hasta que pudiera acceder a un sueldo mayor. Estaba deseando volver a trabajar y ponerse manos a la obra con la venta de propiedades.

Jen miró las fotos que había colocado sobre la cornisa. En la mayoría aparecían ella y los niños, pero había una con Rob, la que se hicieron el último día que pasaron juntos en la playa. La familia al completo sonreía. Un recuerdo agridulce.

Jen plegó la última caja de cartón y la guardó en el trastero. Natasha y Amy irían esa noche para celebrar su nueva adquisición y tenía que prepararse.

A las siete de la tarde el timbre anunció su llegada.

Envolvió a Natasha en un abrazo incómodo.

—Hola —dijo Natasha con calma. Hacía dos semanas que no la veía. La relación entre Jen y Natasha se había enfriado poco después de la muerte de Rob. Natasha pasó momentos de mucha angustia tras aquello, preocupada por si las descubrían y atormentada por la culpa. La chispa que había entre ellas se desvaneció enseguida. Les costaba estar juntas, pues se recordaban mutuamente el terrible delito que habían perpetrado. Jen pensaba que podría vivir con ello, pero algunas noches tenía pesadillas y se despertaba empapada en sudor frío.

—Tienes una casa increíble —dijo Amy al entrar. Todo rastro de envidia se había esfumado. Amy era una persona diferente. Al principio, cuando regresó a Inglaterra, temía que la culparan por el incendio de casa de los Beddow y por la desaparición de Rob. Al igual que a Natasha, la culpa la carcomía. Pero nadie pudo relacionar la desaparición de Rob ni el incendio con Amy. Los Beddow le dijeron a la policía que fue la propia señora Beddow quien provocó el

incendio accidentalmente, y ese fue el fin de la investigación.

Con el paso de los meses, Amy fue ganando confianza. Consiguió un trabajo como asistente personal en un banco de inversiones y alquiló un estudio en una zona más barata de Londres. Era mucho más feliz desde que las autoridades francesas accedieron a realizarle una prueba de ADN a Gemma y la posterior confirmación de que, en efecto, era su madre. La visitó por primera vez hacía un mes y ahora no paraba de hablar de ella. Gemma era una niña preciosa de cinco años, con los ojos enormes y llena de energía a la que le encantaba jugar en el barro. Amy tenía pensado traerla consigo a Inglaterra en cuanto las autoridades francesas lo aprobaran. Gemma ya estaba exigiendo un gato cuando llegó a Reino Unido.

Jen estaba contenta por Amy, a pesar de todo. Comprendía ese impulso que la llevaba a hacer cualquier cosa por su hija, y se alegraba de que estuviera dejando atrás el pasado.

—Entrad —dijo Jen—. Os enseñaré la casa.

Les hizo un recorrido por toda la casa, en el que les mostró las habitaciones de los niños y el pequeño jardín con columpios y tobogán.

—Pareces feliz, Jen —dijo Natasha.

—Lo soy —respondió Jen. Rob nunca la había hecho feliz, pero sí la seguridad que le proporcionaba, y ahora había conseguido eso por sus propios medios. La semana siguiente empezaría en su nuevo trabajo y tenía suficiente dinero en el banco para vivir con comodidad. Se había asegurado un futuro para ella y sus hijos; era la vida que siempre había deseado. Ese había sido su sueño desde que era niña, y por fin lo había alcanzado.

Llevaba una vida tranquila, salvo por las pesadillas. Pese a todo, Jen temía que algún día Rob volviera a aparecer en su vida exigiendo su parte del dinero. Se quedó de piedra cuando vio a aquel hombre musculoso en su gimnasio de Londres, con la misma

complexión que Rob y el pelo oscuro y rizado. Veía su rostro en todos los hombres de treinta y tantos años que iban al trabajo con traje; le parecía verlo entre la multitud en las estaciones de tren y de fondo en los informativos. Siempre estaría allí, en su mente, atormentándola.

Pero las pesadillas eran un precio que estaba dispuesta a pagar gustosa a cambio de ser libre. Libre para ser ella misma, libre para empezar de nuevo. Por fin había recuperado el control y jamás volvería a renunciar a él por nadie.

UNA CARTA DE RUTH

Querido lector, querida lectora:

Me gustaría darte las gracias por leer *Los secretos de mi marido*. Me lo he pasado en grande escribiendo este libro y he disfrutado mucho poniendo a los personajes en todo tipo de situaciones disparatadas. ¡Espero que hayas disfrutado de la lectura! Si te ha gustado y quieres estar al día de mis últimas publicaciones, suscríbete en el siguiente enlace. Tu dirección de correo electrónico no se compartirá bajo ningún concepto y podrás darte de baja en cualquier momento.

www.bookouture.com/ruth-heald

Si te ha gustado *Los secretos de mi marido*, te agradecería mucho que escribieras una reseña. Me encantaría saber qué te ha parecido, y también resulta muy útil para que los nuevos lectores descubran mis libros.

Me encanta conocer la opinión de mis lectores, así que no dudes en contactar conmigo a través de Facebook, X, Goodreads o mi página web.

Muchas gracias por tu tiempo,

Ruth Heald

www.ruthheald.com

AGRADECIMIENTOS

Los secretos de mi marido, como todos mis libros, ha sido el resultado de un esfuerzo colectivo. En primer lugar, quiero dar las gracias a mi marido y a mis hijos, que siempre están ahí y me apoyan incondicionalmente.

Me cuesta creer que este sea mi octavo *thriller* psicológico. Nunca habría sido posible sin el excelente equipo de Bookouture, que me ha apoyado y animado a lo largo de mi carrera como escritora. Son un equipo encantador, siempre dispuestos a adaptarse a mis horarios escolares y otros compromisos personales.

Este libro comenzó con una idea que compartí con mi editora, Laura Deacon, y a la cual le dimos forma juntas. Le estoy muy agradecida por su ayuda a la hora de estructurar el hilo conector y los temas del libro, y por convertir la semilla de la idea en una sinopsis viable. Gracias a Ruth Tross, que, en ausencia de Laura, me ayudó a desarrollar la idea durante la primera fase de redacción.

Le debo un agradecimiento enorme a Ruth Jones, mi actual editora, que me ha ayudado a pulir este libro hasta convertirlo en lo que es ahora. Me ha apoyado mucho durante todo el proceso, me ha brindado su ayuda y me ha aportado muchas ideas para mejorar el libro y hacer que la enrevesada trama resulte un poco más creíble. También quiero darle las gracias a mi correctora, Laura Gerrard, a mi revisora, Jenny Page, y a la diseñadora de la portada, Lisa Horton. Estoy deseando escuchar la voz de Tamsin Kennard cuando le dé vida al audiolibro.

Como con todos mis libros, me he apoyado en mis lectoras beta, Charity Davies y Ruth Jones (¡otra Ruth Jones!), y en sus

perspicaces comentarios al inicio del proceso.

También estoy agradecida al maravilloso equipo de publicidad de Bookouture, que no deja de animarnos, así como al resto del equipo de Bookouture, que hace todo lo posible para apoyar los libros de todos sus autores.

Una vez más, gracias a mis colegas escritores, que conocen muy bien los altibajos de este proceso y que siempre están ahí para mí.

Por último, gracias a mis lectores. Es maravilloso pensar que mi obra se lee y se disfruta en todo el mundo.